

YVES CHIRON

EL PADRE PÍO



**El capuchino
de los estigmas**
8ª edición

ARCADUZ

PALABRA

Título original: *Padre Pio. Le stigmatisé*
Colección: Arcaduz
© 1989 by Librairie Académique Perrin
© Ediciones Palabra, S.A., 2012
Paseo de la Castellana, 210 – 28046 MADRID (España)
Telf.: (34) 91 350 77 20 – (34) 91 350 77 39
www.palabra.es
epalsa@palabra.es
© Traductor: Manuel Morera Rubio
Diseño de Cubierta: Marta Tapias
ISBN: 978-84-9840-628-3

Todos los derechos reservados

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo χ por escrito del editor.

A la memoria de
Giuseppe Pagnossin
(1924-1987)
l' «Alfiere della Verità»

PRÓLOGO

Escribir una biografía del Padre Pío (1887-1968) es como un reto. Es casi un contemporáneo todavía. Su existencia ha sido tan tumultuosa, tan rica en acontecimientos trágicos, misteriosos o extraordinarios, que a veces sería deseable una distancia en el tiempo. La espuma de las diversas pasiones aún deja sus huellas en los testimonios o escritos disponibles hoy día.

Es también un reto por la dimensión misma del personaje y de su existencia. En la vida del Padre Pío abunda lo sobrenatural: visiones, curaciones milagrosas, bilocación, *incendium amoris*, olor de santidad, don de lenguas, predicciones, sin hablar de los estigmas que, durante exactamente cincuenta años, fueron la manifestación más llamativa, la más visible de lo sobrenatural en su vida. ¿Cómo relatar estos hechos extraordinarios sin hacer un simple catálogo de lo sensacional? Es necesario dar siempre su significado espiritual. En este caso, el historiador que compone un relato según testimonios o documentos dignos de fe debe también recurrir a la teología mística para intentar explicar lo inexplicable.

Numerosas son las obras que se han dedicado a quien el papa Benedicto XV presentaba, en 1921, como «un hombre extraordinario, uno de esos a quienes Dios envía de vez en cuando a la tierra para convertir a los hombres». En las colecciones de documentos publicados en Italia hemos encontrado minas inagotables donde el investigador encontrará una multitud de reproducciones fotográficas de los textos, manuscritos o papeles originales. En Francia, el centenario del nacimiento del Padre Pío permitió la publicación de dos obras interesantes: por el Padre Jean Derobert, un estudio de la espiritualidad del estigmatizado de Gargano, partiendo de su correspondencia de los años 1910-1922 y, por Dante Alimenti, un magnífico álbum fotográfico de todos los lugares en los que vivió el Padre. Por último, los padres capuchinos han realizado trabajos muy serios sobre su ilustre hermano: hay que señalar una tesis universitaria sobre los años 1918-1925, una colección de documentos históricos sobre las visitas de los médicos en los primeros años de la estigmatización y la edición crítica e íntegra de la correspondencia del Padre Pío. Esta reciente publicación (más de cuatro mil páginas

editadas de 1981 a 1984) abre al historiador un campo en gran parte inédito.

Todos estos trabajos, de diversa naturaleza, merecían una síntesis. Se les podía añadir otros testimonios todavía desconocidos y un esfuerzo paciente para desenredar algunos hilos y aclarar zonas dejadas hasta entonces en la sombra. Una biografía que no tiene la ambición de ofrecer algunas claves de comprensión nuevas y proponer hipótesis diferentes es de poca utilidad. La visita a los lugares en donde vivió el Padre Pío era, por supuesto, necesaria: la casa natal, el pueblo de su juventud, los conventos perdidos en la campiña del Mezzogiorno en los que el joven religioso hizo su aprendizaje, la pequeña celda del convento Santa Maria delle Grazie donde pasó los cincuenta últimos años de su vida. El lector comprenderá que nos hayamos hecho un tanto familiar de este capuchino extraordinario y que hablemos sencillamente de «Padre Pío» y no nos hayamos conformado al uso que exigiría que dijéramos «el Padre Pío»... Sus directores espirituales y sus hermanos lo llamaban más familiarmente aún «Piuccio».

Por títulos diversos, Giuseppe Pagnossin, Pierre Pascal, padre E., Gilbert Callet, Joël Pottier, el padre Gerardo di Fumeri, Silvano Panunzio, Henri Bourdeau, Yvette y Marcel Nivoit, me han proporcionado ayuda y apoyo. Gracias les sean dadas. Evidentemente, no pueden ser considerados como responsables de las explicaciones o de las hipótesis, a veces sorprendentes, que a mí solo comprometen. La ayuda de Isabel ha sido para mí, como siempre, valiosísima. Por último, mi agradecimiento a François-Xavier de Vivie, que me alentó a emprender este trabajo.

CAPÍTULO 1

EN PIETRELCINA

Pietrelcina es un modesto pueblo de Samnium, a una docena de kilómetros de Benevento. Nápoles la tumultuosa queda lejos, al sudeste. Después de Benevento, la verde Campaña deja adivinar la montañosa Molise de pueblos colgados en suaves colinas. El olivar, el trigo, la viña, el tabaco son los cultivos dominantes. Sin embargo, no es un territorio rico. El relieve atormentado pone un toque pintoresco en el paisaje, pero siempre ha dificultado las grandes explotaciones y las grandes fortunas rurales.

LA FAMILIA FORGIONE

Hace cien años, Pietrelcina contaba unos cuatro mil habitantes. La parte más antigua del pueblo se había formado en la época medieval alrededor de una pequeña iglesia colgada en un espolón rocoso. Todavía hoy la iglesia de Santa Ana domina los vallecillos de alrededor¹. En la parte baja, el barrio del Castello, asentado en la roca, contiene las casas más antiguas de Pietrelcina. Casas y roca parece confundirse en un conjunto gris, fuera del tiempo. «Sentimos agudamente la sustancia de la que está hecha Pietrelcina –ha escrito bellamente Gherardo Leone–, cuando penetramos en el dédalo de callejas del Castello. Son calles estrechas, la mayor parte de ellas en escalera, de irregular pavimento, que suben y bajan retorcidas como si fueran gruesas cuerdas. Paredes desnudas, que dejan ver el dibujo de las piedras que las componen. Cortados rocosos en los espacios no construidos. Callejas grises, modeladas de vejez y de silencio.»

Uno de los más viejos caserones del barrio es el de la familia Forgione. En el Vico Storto Valla. Allí nació en 1887 el Padre Pío, Francesco Forgione en su estado civil. Sus padres procedían de familias establecidas en Pietrelcina desde hacía mucho tiempo. Grazio María Forgione y María Giuseppa De Nunzio se habían casado en 1881. María acababa de cumplir veintiún años, Grazio los iba a cumplir. No fue la riqueza lo que unió a los dos jóvenes, sino más bien el afecto mutuo. Él, descrito como rudo pero cordial, trabajador. Ella, profundamente creyente, piadosa, un rostro de rasgos finos, ojos dulces y pies muy pequeños. Ella aportaba como dote un trozo de terreno que no superaba la hectárea, en las afueras del pueblo. Las gentes del lugar llamaban a ese lugar Piana Romana, la Llanura Romana. De él sacará Grazio Forgione todo el alimento para una familia que esperaba fuera numerosa.

La boda, celebrada religiosamente el 8 de junio de 1881, estuvo acompañada de ritos inmemoriales para conjurar *gli uocchi*, el mal de ojo. Gherardo Leone ha interrogado a los ancianos del pueblo sobre estas supersticiones hoy prácticamente olvidadas. Son un dato interesante sobre la religión popular del Mezzogiorno en el siglo pasado. «Cuando la casada, vestida de *pacchiana*, es decir, con el traje típico del pueblo –una falda de

seda roja finamente plisada con un delantal azul, una blusa roja con reflejos dorados, medias blancas y la toca blanca característica de las mujeres samnitas–, se dirigía a la iglesia, llevaba un escapulario en el que figuraban trece santos, sólo varones, y se había guardado en el bolsillo un par de pequeñas tijeras. Nadie podía tomar agua bendita antes que ella; para que no sufriera una desgracia, se recubría la pila con una toalla. Por último, durante la ceremonia nupcial, ella ponía un pico de su vestido sobre la rodilla del casado –que también iba en traje típico, con unos calzones adornados con cintas blancas, medias blancas bordadas y un chaleco abotonado–, para alejar las *male cose*, es decir, en señal de deseos de serenidad y prosperidad en su unión. Pero quizá en este gesto haya también inconscientemente un claro significado de sumisión. Y Giuseppa fue sumisa a su hombre como pocas esposas con una solicitud total»².

La joven pareja se instaló primero en la casa del padre de Giuseppa, en el número 19 de la calle Santa Maria degli Angeli. Allí nació, un año después, un primer hijo, Michele. Poco tiempo después, los Forgione se mudaron al Vico Storto Valla, en una habitación que Grazio había heredado de sus padres. Una vivienda dividida en cuatro partes, separadas unas de otras... Tuvieron que adaptarse. La primera en el número 23³, estaba formada por dos pequeñas habitaciones seguidas. Primero la cocina, enlosada con piedras planas: una pequeña chimenea, al lado un banco pegado a la pared, una minúscula ventana –más bien una lucerna– que apenas si deja pasar el día, un hueco en la pared y una estantería permitían colocar los utensilios, en el suelo una trampilla cuadrada daba acceso a una especie de sótano siempre muy seco, en el que se podía guardar las cosechas anuales. En total, unos diez metros cuadrados en donde se pasaba lo esencial de la jornada. Para aprovechar la luz del día, abrían la puerta estrecha que da a la calle; en Italia del sur el sol es generoso y sus rayos duran muchos meses del año. En la segunda habitación, más pequeña aún, la familia tomaba sus comidas en una mesa rectangular. Cuando nacieron más hijos, la habitación servía también como cuarto para los niños. Una pequeña ventana se abre al amplio horizonte de las colinas que se contempla desde Castello. Desde esta ventana, Giuseppa podía observar la venida de Grazio cuando regresaba por la tarde de Piana Romana.

La segunda parte de la Casa Forgione se halla en el otro lado de la calle, en un patio frente a la cocina. No es más que un cobertizo en el que guarda la madera y que a veces sirve de establo. Más lejos, la tercera parte, un pequeño cuarto cuadrado sobre un saliente rocoso. Sólo se accede a él por una escalera muy empinada. En esta habitación única, aislada, llamada la Torretta, le gustará estudiar a Francesco y luego, siendo ya religioso, rezar y meditar. Vivirá en ella horas maravillosas, inolvidables, extrañas a veces.

Finalmente, en el número 27 de la calleja, se hallaba la última vivienda de la familia Forgione. Era el dormitorio: una habitación de cuatro metros por tres, con una ventana

que daba al valle. Se accede a ella desde la calle por tres pequeños escalones. El mobiliario era sencillo pero sólido. En ella nacieron los otros hijos de Giuseppa y de Grazio. Dos murieron a corta edad: primero, Francesco, nacido en febrero de 1884, que sólo vivirá tres semanas, y Amalia, nacida en mayo de 1885, que no llegará a los dos años. Dios da los hijos, Dios los toma; esa fuerte mortalidad no sorprendía a nuestros abuelos.

El 25 de mayo de 1887, un cuarto hijo nació en casa de los Forgione a las cinco de la tarde⁴. También a éste lo tomará Dios, pero de otra manera... Al día siguiente, al salir el sol, el recién nacido fue bautizado por el párroco de la parroquia, don Nicolantonio. Sus padres le pusieron el nombre de Francesco. María Giuseppa tenía gran devoción a San Francisco de Asís, quiso que su nombre bendito, que no había podido permanecer en la familia a causa de la muerte de un primer Francesco, fuese de nuevo honrado. En los años siguientes vendrán tres hijas a completar la familia: Felicita, en 1889, Pellegrina, en 1892, Grazia, en 1894. Por último, otro hijo, Mario, nacido el 24 de marzo de 1899, morirá menos de un año después.

La familia no era pobre. Los Forgione eran propietarios de su vivienda y de su tierra, lo cual no era corriente entonces. Es verdad que la pequeña propiedad familiar no permitía a los Forgione y a sus cinco hijos llevar una vida de burgués. Pero al menos, en su casa no se pasó nunca hambre y todos eran vestidos decentemente. En Piana Romana, según los años, Grazio cultivaba trigo o maíz. Cerca del campo, una vieja granja servía para guardar los aperos. También se criaba en ella algunos animales: patos, gallinas, ovejas, conejos. Grazio iba todos los días a su terreno y, en tiempo de cosecha, Giuseppa lo acompañaba. Se tardaba su buena hora en llegar andando. Llevaban algunas provisiones para el almuerzo. Si el tiempo urgía, pasaban allí la noche para estar a pie de obra al día siguiente al alba. Con frecuencia, los hijos pasarán los días de verano en esos campos de Samnium, pintorescos con sus ondulaciones y su terreno desordenado. Todas las noches, al regresar de la granja, la familia se detenía en la iglesia para rezar el Ángelus. Una vida de trabajo y de sencillez. Pero Grazio Forgione tendrá que salir de Italia, pues su terreno no le daba bastante dinero para que viviera su familia. No tenían que ir con él o que fueran a verlo. Era un exilio temporal aceptado, frecuente entre los campesinos italianos de finales del siglo pasado. En 1898, Grazio se embarcó por primera vez para América. Hasta 1903 trabajará en Nueva York, en Long Island, en la bahía de Jamaica, para costear los estudios de Francesco. Volverá a su país y luego, en 1910, se marchará a Argentina, donde pasará siete años. El Padre Pío dirá varias veces con emoción que su padre tuvo que exiliarse dos veces para que él pudiera hacerse capuchino. Es verdad.

FRANCESCO

El que iba a ser Padre Pío fue muy discreto acerca de su infancia. Algunas confidencias en cartas a sus directores espirituales y los recuerdos que han contado sus parientes o algunos testigos permiten reconstruir sólo algunas escenas de una infancia que, no obstante, conservará su misterio. Su madre contaba que un día llevó a Francesco, que sólo tenía unos meses, a uno de sus vecinos, Giuseppe Fajella, un anciano que se dedicaba a la astrología y hacía horóscopos para la gente de los alrededores. La predicción se le quedó grabada para siempre en la memoria: «Este niño será honrado en el mundo entero. Pasarán fortunas por sus manos, pero no poseerá nada». Profecía un poco oscura, pero que se realizó. Sin duda, el propio Fajella se habría quedado asombrado si hubiera tenido tiempo para conocer la continuación de la historia.

Francesco Forgione no era en absoluto un niño travieso. A los nueve o diez años prefería mirar las imágenes de los libros de piedad más que jugar con sus amigos: «No quiero ir con ellos –decía–, porque son unos blasfemadores». No sería Mamma Peppa, su madre, quien le llevara la contraria: sabía bien que su hijo era distinto de los otros niños. Nunca tuvo que levantarle la mano. Podía permanecer horas sentado a la puerta de la iglesia, esperando tranquilamente que abrieran las puertas. Le gustaba, todas las mañanas y todas las tardes, «visitar a *Gesù* y a la *Madonna*», como él decía. Si su madre no lo veía pegado a ella, no se inquietaba. Sabía siempre dónde encontrarlo. A decir verdad, la religión era como la respiración diaria de la familia Forgione, lo mismo que las grandes fiestas marcaban el ritmo de la vida de Pietrelcina.

Navidad, Pascua, Ascensión, Pentecostés, Todos los Santos, eran los puntos de referencia habituales de la familia y de los trabajos en los campos. Cada momento importante del año litúrgico estaba asociado a una pequeña alegría familiar. Tradiciones religiosas y tradiciones familiares estaban íntimamente unidas en los Forgione: «la víspera de Navidad, freían una enorme cantidad de buñuelos, festejando así las cosechas del año. Los niños comían todo lo que querían [...] Para el Viernes Santo, Giuseppa preparaba los pasteles de Pascua. El día de Pascua hacía una hogaza de pan con la harina muy blanca y una torta de arroz y queso blanco [...] Para la gran fiesta del mes de

agosto, ponía trajes nuevos a sus hijos, con los pequeños ahorros que había ido poniendo de lado poco a poco gracias a la venta de huevos y a las pequeñas economías que hacía. También Grazio lucía algún traje nuevo [...] En noviembre, hacía su ofrenda en la novena de los difuntos: un delantal lleno de trigo o de maíz, que echaba en el lugar destinado para ello, en donde había dos cubas, una para el trigo y otra para el maíz. Todas las noches, el sacristán recogía los dos montones. El *Libera nos Domine*, que el párroco cantaba al día siguiente, era por los difuntos de los donantes»⁵.

A este calendario litúrgico se añadían las devociones locales. En Pietrelcina, la fiesta más celebrada y más respetada era la de la Libera. Se llamaba así a la estatua de Nuestra Señora de las Gracias, patrona de Samnium, que había librado del cólera al pueblo el 3 de diciembre de 1854, después de una procesión de rogativas. Desde ese acontecimiento memorable, se festejaba la Libera dos veces al año: el día del aniversario del milagro, en invierno, con una ceremonia penitencial de acción de gracias; y el primer domingo de agosto con una gran procesión y tres días de fiestas. Esta última fiesta coincidía con el final de la recolección y cada familia ofrecía los primeros frutos de la cosecha. Los dones se distribuían al clero, a los conventos y a los pobres. Los *masti'e festa*, echados a suerte cada año, tenían el honor de llevar a la Madonna en la procesión y de vigilar la imagen cubierta de oro las dos noches de las fiestas. Siempre con emoción, el primer domingo de agosto, durante toda su vida, el Padre Pío recordará a sus conciudadanos que celebraban la Libera. Era uno de los más hermosos recuerdos de su infancia.

Otra fiesta religiosa, que le hizo descubrir el poder que podía tener una súplica sincera, marcó profundamente al joven Francesco. Cumplía nueve años. Había ido con su padre a Altavilla Irpina, localidad a unos veintisiete kilómetros de Pietrelcina. Era día de feria al mismo tiempo que día de fiesta: Altavilla Irpina honraba a San Pellegrino mártir, su santo Patrón. Una gran muchedumbre había acudido al santuario. Grazio y su hijo habían salido muy de mañana montados en un asno, para estar seguros de llegar al comienzo de la Misa celebrada por el obispo. Llegaron justo a tiempo. La ceremonia fue larga y solemne y contrastaba con las miserias humanas llegadas a suplicar una gracia a San Pellegrino.

Después de la ceremonia, numerosos fueron los peregrinos que permanecieron en el santuario para invocar al santo. Entre los fieles que manifestaban su piedad, una joven madre hacía más ruido todavía que los otros. Imploraba con vehemencia la curación de un niño deforme que tenía en sus brazos y que daba unos gritos roncós. Ella también gritaba, gemía, tendía a su hijo lisiado hacia la imagen de San Pellegrino. Francesco detuvo a su padre, que iba a salir de la iglesia. ¿Simple curiosidad de niño o deseo de unir su oración a la de la desesperada? En todo caso, lo que siguió impresionó a Francesco.

De pronto, con un gesto irracional, la madre echó a su hijo sobre el altar a los pies de

la imagen del santo. «¡Si no quieres curarlo, quédate con él!» Ante la sorpresa de toda la asistencia, aquel pequeño ser retorcido cayó a sus pies y, aparentemente curado, anduvo por primera vez en su vida. La madre no creía lo que estaba viendo. Todos los peregrinos del santuario gritaron milagro. El Padre Raffaele da Sant'Elia a Pianisi, por quien es conocida esta historia, cuenta que, después de haber relatado esta curación milagrosa, el Padre Pío lloró abundantemente, incapaz de añadir palabra. Este milagro de San Pellegrino, añade el Padre Raffaele, fue «como el anuncio de tantas cosas misteriosas que Dios realizó más adelante por medio del futuro Padre Pío»⁶.

Este episodio extraordinario asombró al joven Francesco. Sin embargo, él mismo, desde hacía ya muchos años, tenía experiencia de una vida interior igual de asombrosa. Desde su edad joven, recibió la gracia de frecuentes visiones de la Virgen y benefició de la presencia visible de su ángel custodio. No obstante, antes de 1915 nadie supo nada de esto o no comprendió el carácter sobrenatural de estos hechos, ni siquiera su madre. Él creía que se trataba de fenómenos ordinarios de los que participaban todos los creyentes. Estas cosas nos son conocidas porque las confió a su primer director espiritual en el convento, el padre Agostino da San Marco in Lamis.

Estas cosas acompañaban, como algo ordinario según Francesco, su vida marcada ya por la oración y la penitencia. Visitaba diariamente la iglesia de Santa Maria degli Angeli. A veces, se quedaba encerrado para pasar allí algunas horas. Le gusta especialmente una pequeña capilla, a la derecha del coro, dedicada a Santa Ana. Bajo el altar de esa capilla, una urna contiene los restos de San Pío mártir. Pío I, papa de 140 a 155, fue enterrado primero en las catacumbas de Santa Priscila en Roma. El papa Pío VII, en 1801, hizo don de estas reliquias de su ilustre predecesor al príncipe Luigi Carafa, barón de Jelsi y de Pescolamazza. Éste entregó la urna santa a la pequeña iglesia de Pietrelcina. Así, Francesco Forgione pudo recogerse con frecuencia, unas decenas de años después, en la capilla de Santa Ana y recurrir a la intercesión de un papa mártir del que ignoraba casi todo. Fue en parte en su honor por lo que Francesco, hecho religioso, tomará el nombre de Pío.

Mamma Peppa conocía la devoción de su hijo a San Francisco y a San Pío. A ruegos suyos, pudo contarle lo que sabía del Poverello de Asís y de los mártires de los primeros siglos. Pero también ella se hacía preguntas sobre su Francesco, tan piadoso, tan serio ya. Un día —él tenía ocho o nueve años—, lo sorprendió en su habitación dándose golpes en la espalda con una cadena de hierro. Trastornada, no comprendía esta precoz penitencia. El muchacho le respondió con aplomo:

—Tengo que pegarme lo mismo que los judíos pegaron a Jesús y le hicieron salir sangre de su espalda.

Imitación de Cristo, que más tarde será identificación incluso en la carne.

Estos hechos verídicos son evidentemente los acontecimientos memorables y

excepcionales de una infancia que no se parece a ninguna otra y eran la preparación para una vida extraordinaria habitada por Cristo. Esta leyenda dorada, aunque auténtica, está atemperada por los detalles más corrientes, casi tranquilizadores: Francesco no era un ángel. Se conocen algunos episodios divertidos: el niño curioso que se fuma por el camino los cigarros que le ha mandado comprar su tío regresa titubeante, borracho de un placer desconocido; el niño glotón que se come un tarro lleno de pimientos rellenos y está enfermo durante varios días, y también el niño travieso que no se echa atrás para pelearse amigablemente con su amigo Luigi Orlando, para medir sus fuerzas.

En resumen, un niño que a veces se muestra muy diferente de los niños de su edad, pero que no vive completamente en otro mundo. Tomaba parte en los juegos de sus amigos: los bolos, las bolas, el tirachinos; con mayor frecuencia se limitaba a observarlos con atención, hasta el punto de recordar, incluso en su vejez, las expresiones propias de cada juego. También sabía dar pruebas de ingenio. Así aquel nacimiento que construyó con un amigo, cuando ambos tenían nueve o diez años: «Al acercarse Navidad, mientras el minúsculo rebaño estaba encerrado en la cabaña de Piana Romana, Francesco y Luigi decidieron construir un nacimiento. Fueron al arroyo de allí cerca y rascaron el fondo. Reunieron así mucha arcilla, que conservaron en un trapo mojado. Día tras día modelaron los diferentes personajes y los ponían a cocer en el hogar de la casa. Utilizaron también piedras, musgo y pajitas. El conjunto fue colocado en un hueco de la pared de la cocina de los Forgione. Pero Francesco consideró que el Nacimiento necesitaría luz. Se fue al campo a buscar caracoles; cogió un buen montón y le pidió a Luigi que les extrajera la carne. En las conchas vacías echaron un poco de aceite sisado a sus madres y colocaron una mecha. De esta manera obtuvieron muchas pequeñas llamas que daban una luz casi irreal»⁷.

A este niño serio, sus padres no dudaban en confiarle la guarda de las cinco o seis ovejas de la familia. Las llevaba a pacer en el campo cercano. Tomaba un pedazo de pan y de queso para el almuerzo y pasaba el día en los prados, solo o en compañía de Luigi. Por la tarde, al regresar de los campos, iban cuatro o cinco amigos a casa de un campesino un poco más instruido de los otros. Cosimo Scocca, uno de los raros hombres del pueblo que poseía lo equivalente a nuestros estudios primarios, intentaba enseñar a leer a los chavales. Les mostraba la letra A y decía:

—¿Cómo se llama esta letra? Es sencillo. Cuando os subís a un burro decís: ¡A! ¡A!

Y así, todo el alfabeto... Pero esto no era suficiente para la enseñanza de Francesco, tanto más cuanto que ya había manifestado varias veces su deseo de ser sacerdote.

Así pues, sus padres decidieron, a sus once años, confiarlo a don Domenico Tizzani, para que le diera algunas lecciones particulares. Don Tizzani vivía en Pietrelcina, lejos de los Forgione, y pocas personas sabían que se trataba de un anciano sacerdote que había abandonado el sacerdocio para vivir con una de sus penitentes; en todo caso,

Francesco no se enteró hasta más tarde. A razón de cinco liras al mes, don Tizzani aceptó dar clases de italiano al más joven de los hijos de Forgione a partir de septiembre de 1898. El dinero pedido era una cantidad importante: el equivalente a veinte kilos de trigo. Para costear este gasto nuevo y devolver una deuda de cien liras, contraída ya hacía tiempo, Grazio se decidió tentar la suerte en América. Se había enterado de que en Nápoles una oficina de alistamiento buscaba obreros agrícolas dispuestos a trabajar lejos. Él, el pequeño propietario que tenía a honra hasta entonces el haber podido alimentar y vestir debidamente a sus cinco hijos, aceptó ser contratado como mano de obra por un patrón al que no conocía. Por si fuera poco, Giuseppa estaba encinta por octava vez. ¿Debería retrasar la marcha hasta que diera a luz? No por eso la situación económica de la familia iba a mejorar. Grazio dejó a los suyos con la esperanza de enviarles algún dinero lo antes posible.

En un primer momento, Giuseppa creyó que el sacrificio de su marido iba a ser inútil. En efecto, don Tizzani se quejó de su nuevo alumno. No aprendía nada, decía, como si su espíritu estuviera irremediablemente cerrado. Su madre se desesperaba. También se extrañaba de esta inapetencia para el saber, pues hasta entonces su hijo había dado muestras de buena voluntad. Finalmente, cansado de machacar las mismas lecciones a un alumno tan obtuso, don Tizzani le mandó definitivamente al niño a su madre. Francesco, entonces, le explicó a su Mamma Peppa:

—Mi cerebro está cerrado, pero su corazón es malo. Por eso no puedo aprender nada.

La inteligencia del muchacho, por un instinto espiritual, se había cerrado automáticamente a la influencia de quien él aún no sabía que era un sacerdote renegado. Misterio de una presciencia sobrenatural que siempre será incomprensible para el profano.

Mamma Peppa decidió enviar a Francesco a otro profesor, Angelo Caccavo. De inmediato empezó a progresar con regularidad. Sus compañeros recordaban haberlo visto siempre, en esa época, con un libro en la mano. Era ordenado y metódico. A menudo subía a la Torretta para estudiar allí con tranquilidad. En dos años recuperó el tiempo perdido con don Tizzani y aprendió el programa de los tres primeros años de secundaria.

No por estos buenos resultados escolares padeció en nada su vida interior. Francesco estaba impaciente por recibir a Jesucristo. A los nueve años pidió hacer la primera comunión. El párroco, respetando la regla de aquella época, según la cual el niño debía tener once años, se la negó. Hasta los doce años, Francesco no pudo hacer la primera comunión. El mismo día, 27 de septiembre de 1899, recibió el sacramento de la confirmación de manos de Mons. Donato Maria Dell'Olio, arzobispo de Benevento. Quince años más tarde, cuando siendo joven sacerdote preparó a cuatrocientos cincuenta niños de Pietrelcina para la confirmación, recordaba el día extraordinario de su

adolescencia en el que también él había sido confirmado en la gracia de su bautismo. Después de la ceremonia, escribió a su director espiritual:

«Lloraba de consuelo en mi corazón con esta ceremonia sagrada, porque me acordaba de lo que el Espíritu Paráclito me había hecho sentir el día en que recibí el sacramento de la confirmación, día único e inolvidable para toda mi vida. ¡Qué suaves mociones (*mozioni*) me hizo sentir ese día ese Espíritu consolador! Con el recuerdo de ese día me siento enteramente devorado por una llama muy viva que quema, consume y no causa dolor»⁸.

Todas las mañanas, antes de ir a casa del maestro Caccavo, Francesco iba a ayudar a Misa a Santa Maria degli Angeli. Su determinación de ser sacerdote no había cambiado y hacía poco había decidido que sería en la Orden de los Capuchinos. Esta determinación aparece por primera vez públicamente en una carta que escribió a su padre el 5 de octubre de 1901. Grazio sigue en los Estados Unidos. Francesco es quien, como miembro más instruido de la familia, escribe al padre y va a correos a retirar los giros que éste envía con regularidad. En esta larga carta de 1901, le da noticias de la familia, cuenta sus progresos en la escuela, una pequeña peregrinación que hizo con la clase a la Virgen de Pompéi y, con gran madurez –tiene poco más de catorce años–, repite su decisión de consagrarse a Dios: «El próximo año, si Dios quiere, todas las fiestas y todas las diversiones habrán acabado para mí, porque abandonaré esa vida para abrazar otra, mejor»⁹.

UNA VOCACIÓN FRANCISCANA

Al partir para América, Grazio conocía el deseo de su hijo de ser sacerdote, incluso fue para permitirle responder a esa vocación por lo que decidió exiliarse temporalmente. También es probable, las fechas concuerdan, que ya supiera que la elección de Francesco habían sido los capuchinos. Así, esa carta de 1901 no le sorprendió en absoluto.

Mamma Peppa no era extraña a esa elección de Francesco. Siempre había tenido una gran devoción a San Francisco de Asís. Había querido que uno de sus hijos llevara su nombre. En la Italia del sur, los capuchinos eran los más numerosos entre la familia franciscana. Eran amados y respetados. Eran de una orden pobre y mendicante a la que los campesinos se sentían muy cercanos, sus figuras marrones eran familiares a todos. En Pietrelcina, el hermano Camillo, del convento de Morcone, a unos treinta kilómetros de allí, era quien pasaba a veces a pedir para su comunidad. La primera vez fue en el verano de 1898, antes de partir Grazio, y de ese día es el deseo de Francesco de entrar en «los hermanos de la barba».

Cada familia daba al hermano Camillo, en la medida de sus posibilidades, la limosna de un trozo de pan, de queso o algunas medidas de harina. Siempre era bien acogido en casa de los Forgione. Daba a los niños medallas y estampas. Sin duda Francesco quedó impresionado por el buen Camillo, su larga barba, su hábito color marrón, su cordón en lugar del cinto y sus sandalias de cuero. Lo que su madre o su primo don Salvatore Pannullo, cura de Santa Maria degli Angeli, le habían contado de San Francisco de Asís se añadía a su admiración. La espiritualidad franciscana, hecha de sencillez y de pobreza, a imitación de Cristo peregrino en la tierra, y de amor a todas las criaturas vivas, se adecuaba perfectamente a ese hijo de campesino. Su sensibilidad franciscana ante la naturaleza nos es conocida principalmente por sus trabajos escolares. Redacciones que datan de sus trece o catorce años muestran un temperamento amante de la naturaleza, dispuesto a apreciarla en su variedad y en su riqueza y hábil para describirla con una sensibilidad fina.

Con toda naturalidad, deseando desde que tenía cinco años consagrarse totalmente al Señor, decidió Francesco entrar en los capuchinos. Las visitas regulares del hermano

Camilo contribuyeron a esa elección inquebrantable. Sin embargo, el paso del joven Francesco de Pietrelcina a la vida religiosa no fue sin obstáculos. Según los sacerdotes que guiaron su infancia y sus primeros directores espirituales, las persecuciones diabólicas comenzaron ya desde su primera infancia y entorpecieron el camino del muchacho. A partir de sus cuatro o cinco años, cuenta el padre Benedetto da San Marco in Lamis, el diablo se aparecía con frecuencia a Francesco por la noche, con formas amenazadoras y horribles. Otras veces, el demonio tomaba formas más inesperadas. Don Nicola Caruso, un sacerdote de Pietrelcina, cuenta: «Más de una vez, Francesco me dijo que, al volver de la escuela, cuando llegaba a casa, encontraba a un hombre vestido de sacerdote que no lo quería dejar pasar. Entonces, Francesco se paraba; una criatura (un muchacho joven) con los pies desnudos llegaba y hacía la señal de la cruz, el sacerdote desaparecía y Francesco, tranquilo, entraba en su casa»¹⁰.

El demonio bajo la apariencia de un sacerdote y el ángel de la guarda con los rasgos de un muchacho joven desconciertan nuestro espíritu moderno, que se rebela ante lo sobrenatural y ante su manera de comunicarse. Los miedos nocturnos del niño nos parece que proceden fácilmente de algo distinto de lo diabólico. Sin embargo, cuando sabemos lo que será la vida extraordinaria del Padre Pío, cuando vemos que lo inexplicable, maravilloso o trágico, formará la trama de su existencia, entonces consideramos con mirada menos escéptica los acontecimientos sorprendentes de su infancia. En esto, igual que en el milagro espectacular de San Pellegrino del que fue testigo, se puede ver una preparación para la misión y para la vocación que fueron las suyas: compasión (participar en los padecimientos de Cristo) e intercesión (llevarle las almas para que Él las salve).

Por intermedio de don Pannullo, Francesco recibió en julio de 1902 la aceptación de su admisión en el noviciado capuchino de Morcone. Aquello era para el joven Forgione –acababa de cumplir quince años– el cumplimiento de su deseo espiritual más ansiado. Nada era sencillo, no obstante, y el alma del muchacho estaba aún atormentada. La víspera de entrar en el convento, esta lucha era aún viva. Veinte años más tarde, contó esa lucha de sus quince años:

«Sentía dos fuerzas que se enfrentaban en mí desgarrándome el corazón: el mundo me quería para él y Dios me llamaba a una nueva vida. ¿Dios mío, cómo describir mi martirio? El solo recuerdo de la lucha que se desarrollaba en mí me hieló la sangre en las venas. Pasaron veinte años. Sentía que tenía que obedecerte, Dios verdadero y bueno, pero mis enemigos me tiranizaban, me descoyuntaban los huesos y me retorcían las entrañas. Quería obedecerte, mi Dios y mi Esposo. ¿Pero dónde encontrar la fuerza para resistir a ese mundo que no es el tuyo? Finalmente, apareciste y, tendiendo tu mano todopoderosa, me llevaste a donde me habías llamado (...) Y en las tentaciones, los ataques bien concretos del Enemigo, invoqué los Santísimos Nombres de Jesús y de

María, llamando con ansia al buen Padre para que viniera en mi ayuda. Y allí estaba dispuesto ante mi llamada. Se presentaba a mí y, viendo que yo hacía esfuerzos para alejar de mí la imagen funesta, me parecía que me sonreía, que me invitaba a otra vida. Me daba a comprender que el puerto de seguridad, el asilo de la paz, para mí, estaba en las filas de la Milicia eclesiástica»¹¹.

La lucha fue, pues, dura y se puede decir que no hacía más que empezar. El adolescente Francesco Forgione que se dispone a entrar en los capuchinos es un muchacho moreno, sólido, no muy alto, de cabeza redonda. Sin embargo, tiene una salud frágil. A partir de sus nueve años emprendió, por así decir, un ciclo de enfermedades que no se detendrá hasta su muerte. Durante el invierno de 1896-1897, le dieron unas fuertes fiebres. Un médico de Benevento pensó que no era más que un simple desarreglo intestinal. Las medicinas eran caras, las visitas del médico eran caras. Se dejó que la fiebre fuera desapareciendo sola, pero el muchacho siguió quejándose regularmente de fuertes dolores en los pulmones. En el noviciado, estos males se acentuaron y vinieron a añadirse otros, a veces inexplicables y, en cualquier caso, incurables. La cantidad increíble de las enfermedades del Padre Pío y de sus padecimientos físicos es uno de los aspectos misteriosos de su misión en nuestro tiempo.

¹ Entonces, estaba dedicada a «Santa María de los Ángeles» y era todavía iglesia parroquial. Perderá su título y su nombre en 1908, cuando la sede de la parroquia sea transferida definitivamente a un barrio más reciente del pueblo.

² Gherardo Leone, Padre Pio. Enfance et prime jeunesse, edición La Casa Sollievo della Sofferenza, San Giovanni Rotondo, 1975, pp. 14-15.

³ Hoy las dos partes principales de la casa Forgione llevan los números 28 y 32.

⁴ Giuseppe de Rossi ha observado en la vida del Padre Pío una correspondencia numérica alrededor del número 5: «El Padre Pío el quinto año del centenario de San Francisco, cuyo nombre le impusieron en el bautismo, en el quinto mes del año, el vigésimo quinto día (cinco veces cinco), a las cinco de la tarde, en Pietrelcina, pueblo de cinco mil habitantes. Vivía con cinco capuchinos cuando tomó el nombre de Pío bajo la protección de San Pío V,

cuya fiesta se celebra el quinto día del quinto mes del año. Hoy, el Padre Pío, vive con cinco sacerdotes en el monasterio de San Giovanni Rotondo. Su celda tiene el número 5». Giuseppe de Rossi, que hizo esta comprobación cuando aún vivía el Padre Pío, podría haber añadido que el Padre murió exactamente cincuenta años después de haber recibido los estigmas. ¿Pero se puede llegar a alguna conclusión de todo esto?

⁵ Gherardo Leone, o. c., pp. 57-59.

⁶ Durante cuarenta años, el Padre Raffaele fue el confesor del Padre Pío y uno de sus

escasos verdaderos confidentes. Ha dejado sus recuerdos, inéditos, del mayor interés. El episodio referido aquí fue publicado por Fernando da Riese Pio X, Padre Pio da Pietrelcina, *crocifisso senza croce*, ediciones «Padre Pio da Pietrelcina», San Giovanni Rotondo, 1984 (2ª ed.).

[7](#) Episodio relatado por Dante Alimenti, Padre Pio (álbum fotográfico), Librairie Jacques, Bruselas, 1987, p. 28.

[8](#) Carta de 12 de mayo de 1914 al padre Agostino, Epistolario, Ediciones «Voce di Padre Pio», 1981, t. I, pp. 470-472.

[9](#) Carta del 5 de octubre de 1901 a Grazio Forgione, Epistolario, t. IV, p. 798.

[10](#) Testimonio citado por Fernando da Riese Pio X, o. c., pp. 44-45.

[11](#) Citado por Jean Derobert, Padre Pio, transparent de Dieu. Portrait spirituel de Padre Pio à travers de ses lettres, De. Jules Hovine, 1987.

CAPÍTULO 2

UN JOVEN RELIGIOSO

En los días que precedieron a su entrada en el noviciado de Morcone, el 6 de enero de 1903, tres visiones vinieron a confortar en su vocación al joven Francesco. Visiones bastante complejas, de rico simbolismo, que se pueden resumir así: el que iba a ser el hermano Pío vio, en unos instantes, un resumen de su futura existencia. Un resumen en forma de alegorías, pero cuyo sentido era claro: la vida del futuro religioso sería «como una lucha continua y encarnizada contra el demonio» (Padre Alessandro da Ripabottoni).

Por orden de sus superiores, el Padre Pío escribió más tarde (en tercera persona) una relación de esas tres visiones. Tenemos ahí por primera vez un texto autógrafo sobre un hecho sobrenatural de su vida¹. La primera visión tuvo lugar en los últimos días del año 1902, cuando meditaba sobre su vocación y su próxima partida para el convento. Vio a su lado «un hombre majestuoso, de rara belleza, espléndido como el sol. Éste lo tomó de la mano y le dijo: «Ven conmigo, porque es necesario que luches con un valeroso guerrero». Lo condujo a un ancho campo. Allí había reunida una gran multitud de hombres que estaban divididos en grupos. De un lado estaban hombres de hermoso rostro y vestidos de blanco, puros como la nieve; del otro, estaba el segundo grupo, vio a hombres de aspecto horrible y vestidos de negro, como sombras».

El personaje «espléndido como el sol» que lo acompañaba lo mandó combatir a «un hombre de tamaño desmesurado, que tocaba con su frente las nubes», él también horrible. Francesco rogó a su acompañante que le ahorrara ese combate, pero en vano. Éste solamente le prometió que le ayudaría y añadió: «No permitiré que te derrote». El combate fue terrible. Gracias a la ayuda del personaje luminoso, Francesco ganó y puso en fuga a su horrible adversario. «Una corona de rarísima hermosura, que no es posible describir», fue entonces colocada sobre su cabeza y luego rápidamente retirada. El que le había mandado combatir le dijo que le estaba reservada una corona aún más hermosa, que el personaje contra el que acababa de luchar volvería siempre al asalto y que Francesco no debía temer esos asaltos ni dudar del resultado de los combates: sería vencedor. Los espectadores de rostro horrible aullaban y proferían insultos, mientras que

los asistentes de rostro hermoso aplaudían y cantaban alabanzas al personaje luminoso. Así acabó la primera visión.

Esta visión tenía de qué inquietar al adolescente, por las luchas que dejaba presagiar. Además, no era claramente inteligible. El día de la fiesta de la Circuncisión de Jesús, es decir, el 1 de enero de 1903, Francesco tuvo una segunda visión después de comulgar. En el relato que hizo más tarde, la presenta más bien como «una luz sobrenatural interior» que se apoderó de él un instante (la teología mística clasificará este fenómeno sobrenatural como «visión intelectual»). Esta visión interior explicaba de hecho el significado de la visión anterior más gráfica. Él entendió que su entrada en religión era como entrar al servicio del Rey celestial, el mismo que le había incitado a luchar contra el misterioso hombre infernal. En una palabra, entraba en la Milicia de Cristo para combatir a Satanás.

El 5 de enero ya estaban reunidos todos los documentos necesarios para entrar en el convento: certificado del alcalde testificando «la buena conducta moral» del interesado, los certificados escolares y una carta del arzobispado de Benevento certificando el bautismo y la confirmación. La marcha podía ser fijada para el día siguiente por la mañana. En la noche del 5 al 6, una tercera visión vino a confortar a Francesco. Vio y oyó a Jesús y a la Virgen María, que lo alentaban de nuevo y le prodigaron palabras reconfortantes y de afecto.

EN MORCONE

El 6 de enero, día de la Epifanía, después de haber oído misa en Santa Maria degli Angeli, se despidió. Estaban allí todos, su hermano, sus hermanas, primos, tíos, tías y vecinos con rostro triste, «como para un duelo», dirá él. Su madre, su maestro Cáccavo y dos de sus amigos de clase lo acompañaron a pie hasta la estación, a dos kilómetros de allí. Antes de subir al tren, Francesco pidió de rodillas a su madre que lo bendijera. Mamma Peppa estaba turbada.

—Ahora ya no me perteneces a mí —le dijo ella con sencillez— sino a San Francesco.

No pudo aguantarse de llorar y, cuando el tren arrancó, se desmayó.

El Padre Pío no podrá nunca recordar sin lágrimas en los ojos esa partida para Morcone y esas palabras de su madre. También dirá que, durante su noviciado, en los momentos difíciles, el recuerdo de aquel adiós desgarrador lo confortó con frecuencia: «A decir verdad, nunca he sido tentado contra la vocación, pero algunas veces, cuando los ataques del demonio eran demasiado vivos, la escena emocionante de la despedida de mi madre me venía a la memoria y recobraba el valor».

Francesco partió de Pietrelcina acompañado por su maestro Cáccavo, por don Nicolás Caruso y otro muchacho de la región que también aspiraba a la vida religiosa, Vincenzo Masone. Llegados a Morcone después de una hora de tren, Francesco y Vincenzo encontraron a otros dos muchachos que postulaban también hacerse hijos de San Francisco: Salvatore Pranzitella, de Campobasso, y Giovanni Di Carlo, de Roio cerca de Nápoles. El convento estaba entonces completamente aislado del pueblo. Se accedía a él por un sendero pedregoso y desde lejos se percibía su masa clara destacada en las colinas arboladas del entorno. Celdas pequeñas, bóvedas bajas y oscuras, un interior pobre y sencillo, contrastaban con un jardín lujuriente, rico en árboles, en plantas de todas clases y en manantiales de agua.

Los cuatro jóvenes fueron confiados al maestro de novicios, el Padre Tommaso da Monte Sant'Angelo. Un maestro de novicios que no tenía treinta años, «un poco severo, pero con un corazón de oro —recordará el Padre Pío—, muy bueno, comprensivo y lleno de caridad con los novicios». Los recién llegados tuvieron que pasar un pequeño examen

sobre italiano, historia, geografía y latín, y luego comenzó un período de probación. Francesco tuvo por compañero de postulante a Giovanni Di Carlo. Un retiro de quince días precedía a la toma de hábito y al noviciado propiamente dicho. Quince días de silencio, de oración, para acostumbrarse a la vida conventual y a la regla capuchina. Giovanni, siendo ya el Padre Anastasio, contó que, un día que se hallaban solos en la sacristía, vieron en los casilleros de los padres unas disciplinas con trozos de hierro. De inmediato se quitaron la camisa y se azotaron la espalda con los temibles instrumentos... Esta dolorosa manera de hacer penitencia no era desconocida para Francesco, pero sí lo era para Giovanni. Éste se fue desalentando poco a poco. Nunca, pensaba, podría soportar las mortificaciones y penitencias, ni el silencio que era de regla. Pronto pensó en abandonar esa vida demasiado dura y regresar al campo napolitano. Entonces, Francesco lo animó para que se quedara, con algunas palabras razonables:

—¿Después de haber hecho tanto para venir aquí vamos a irnos? ¿Qué dirían nuestros padres y quienes nos han orientado a esta casa? Poco a poco, con la ayuda de la Madonna y de San Francisco, también nosotros nos acostumbraremos como se han acostumbrado los demás. Los que están en este convento, y los otros también, ¿no han sido como nosotros?

Giovanni no se fue y, al acabar el retiro, el 22 de enero, los cuatro postulantes tomaron el hábito capuchino. Francesco abandonó sus ropas de seglar.

—Que el Señor te despoje del hombre viejo y de sus acciones —le dijo el Padre Tommaso, según el ritual.

Después les entregaron, uno a uno, las ropas religiosas: el sayal, símbolo del hombre nuevo que estaba llamado a ser y también signo de pobreza y de uniformidad; la capucha, símbolo de la protección que podía esperar de Dios y también signo de la humildad que debía conservar en todas circunstancias; el cordón, símbolo de la fortaleza que el Señor le daría y signo de la pureza que debía ser suya en adelante. Luego, le entregaron una vela:

—Acepta la luz de Cristo en señal de inmortalidad, para que, muerto para el mundo, vivas en Dios. Levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará.

Finalmente, último signo de abandono definitivo del mundo, le dieron un nombre de religión que, en adelante, sería el suyo hasta la muerte. Francesco Forgione se convirtió en Pío da Pietrelcina. Único lazo que lo unía al mundo, su lugar de nacimiento, que permitía distinguirlo de los otros Píos que había en la orden, así era para todos los religiosos. «Pío» había sido escogido en honor de San Pío, papa mártir a quien Francesco había rezado con frecuencia en Pietrelcina, pero también en memoria de San Pío V, gran papa de la Contrarreforma católica y vencedor de los turcos en Lepanto. Así, en adelante, el Padre Pío celebrará su onomástica el 5 de mayo, fiesta de San Pío V.

Empezó entonces un rudo año de noviciado. Se atribuyó a fray Pío da Pietrelcina la

celda número 28. En el dintel de la puerta, una inscripción en cerámica indicaba el camino a seguir: «Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios». Un enorme saco lleno de hojas de maíz, colocado sobre cuatro tablas y un basto armazón de madera, servía de lecho. El novicio debía dormir con el hábito, echado de espaldas y con las manos cruzadas sobre el pecho. Una mesa, una silla, un gran crucifijo de madera, eran el universo del joven capuchino. Las pequeñas ventanas de las celdas daban todas al claustro. La jornada del novicio se repartía entre su celda y la iglesia: levantarse a las 5, un oficio, la misa, comida tomada en silencio, algunas instrucciones espirituales dadas por el maestro de novicios, otros oficios (uno de ellos en la mitad de la noche para rezar maitines) y el resto del tiempo el tú a tú con Dios y consigo mismo. Única lectura permitida durante el primer año: las reglas y las constituciones de la orden.

La vida en el noviciado era dura. Gherardo Leone, que preguntó a hermanos ancianos, cuenta hasta qué punto la comida era la mayor privación para esos jóvenes aspirantes a la santidad: «La comida era poco abundante, incluso escasa. Y también por esto el noviciado es en el recuerdo de los ancianos un lugar de una austeridad y de un rigor increíbles. El hambre atenazaba a esos muchachos que en sus casas estaban acostumbrados a una alimentación, quizá sencilla, pero abundante. Siempre se levantaban de la mesa con hambre; era un verdadero suplicio para esos cuerpos robustos. Ayunos reglamentarios venían a añadirse a esta sobriedad permanente. Se ayunaba todos los viernes del año. Y además había el ayuno en honor de la Santísima Virgen, tan amado por San Francisco: duraba desde el 30 de junio hasta el 15 de agosto. Luego había el ayuno de Navidad, del 2 de noviembre al 25 de diciembre. Por último la «gran» Cuaresma, o sea, la Cuaresma ordinaria. Y como si esto no hubiera sido bastante, se comía de rodillas sobre el suelo en las fiestas de la Virgen y de los santos de la orden y los viernes de marzo»².

A esta mortificación de los apetitos se añadía, tres días a la semana, lunes, miércoles y viernes, la obligación de darse disciplinas (una cadena a la que se enganchaban gruesas bolas o trozos de hierro). Se dirigían al coro después de cenar, se apagaban las luces y cada uno se azotaba la espalda para luchar contra las tentaciones: las pasiones, la pereza, la soberbia, la inconstancia. Y en fin, los novicios debían procurar pasar inadvertidos: tener siempre los ojos bajos y no romper el silencio sino por obligación.

El maestro de novicios ha testificado que fray Pío «fue siempre un novicio ejemplar, puntual en la observancia de la regla y nunca daba el menor motivo para ser reprendido». Este novicio se distinguía también por lo que la teología mística llama «el don de lágrimas», manifestación primera de la compasión que, en el Padre Pío, llegará al sufrimiento en la carne hasta la sangre. Uno de sus hermanos ha contado que fray Pío elegía siempre, para la hora de meditación en común, la Pasión y los padecimientos de Cristo. Para ello utilizaba un manual clásico del siglo pasado, el del Padre María da

Bergamo, capuchino. Infaliblemente derramada abundantes lágrimas, hasta el punto de dejar en el suelo trazas bien visibles de sus llantos. Por eso, tomó la costumbre, para evitar las preguntas y las miradas indiscretas de sus condiscípulos, de extender en el suelo un pañuelo antes de comenzar su meditación diaria...

Cuando Grazio Forgione regresó de América aquel año de 1903, fue al convento con Mamma Peppa. En el locutorio apenas si reconocieron a su Francesco, tan pálido y delgado estaba. Éste, respetuoso hasta el escrúpulo con la Regla, que establecía que no se hablara ni se levantara la vista sin permiso del maestro de novicios, no osaba moverse ni mirar a sus padres. Por un momento, éstos pensaron que se había vuelto idiota. El Padre Tommaso tuvo que autorizar a fray Pío para que hablara y levantara la vista y, para tranquilizar a Mamma Peppa y porque era la verdad, dijo:

—No se le conocen defectos al hermano Pío.

Después de nueve meses de esta conducta ejemplar, se encargó a fray Pío la instrucción de un novicio que acababa de recibir el hábito capuchino. El que había de ser Padre Angelico da Sarno recuerda: «En octubre de 1903, pocos días después de haber tomado el hábito capuchino en el noviciado de Morcone, me asignaron como instructor un novicio algunos meses mayor que yo, fray Pío da Pietrelcina. De él recibí las primeras instrucciones de vida religiosa. ¡Dulces y lejanos recuerdos de 1903! Durante tres meses, diariamente, me acuerdo como si fuera hoy, el buen Pío venía a mi celda. Me explicaba los artículos de la regla y de las constituciones, me prodigaba palabras buenas y persuasivas, sobre todo cuando mi vocación pasó por un momento algunas tentaciones. Yo esperaba con ansia la hora fijada por el Padre maestro de novicios para la visita cotidiana de fray Pío»³.

Fray Pío, novicio de comportamiento impecable, persuasivo, piadoso, dulce, era un ejemplo para sus compañeros. Día tras día había seguido la regla, se había esforzado en recibir con buen espíritu los castigos o reproches que le hacía el maestro de novicios. La severidad del Padre Tommaso era conocida, pero, recordaban los antiguos, «no se portaba así por maldad o por estrechez de espíritu. Con frecuencia, infligía pruebas no para castigar una falta real, sino para probar la paciencia, la humildad, la obediencia y el renunciamiento al amor propio del novicio».

Durante aquel año de noviciado en Morcone, fray Pío conoció el 25 de abril de 1903 a un religioso que iba a desempeñar un papel muy importante en su vida: el padre Benedetto da San Marco in Lamis. Unos años más tarde será su director espiritual y mantendrá con él, de 1910 a 1922, una correspondencia espiritual que es el testimonio más concreto y más auténtico sobre la vida mística del Padre Pío⁴. No es improbable que, desde ese año 1903, el padre Benedetto se ocupara del alma del joven religioso ejemplar, aunque la irregularidad de sus estancias en Morcone impidiera una dirección continua.

El 22 de enero de 1904, al término de un año de noviciado, fray Pío, en presencia del Padre provincial y en compañía de sus condiscípulos que habían superado la larga prueba, pronunció sus votos simples (o temporales, es decir, por tres años). Había pasado toda la noche en oración. Por la mañana temprano, su madre, su hermano Michele y uno de sus tíos llegaron al convento. A las 11.45, al acabar una misa solemne, fray Pío se consagraba a Dios y se comprometía públicamente con tres votos: «Yo, hermano Pío de Pietrelcina, pido y prometo a Dios todopoderoso, a la bienaventurada Virgen María, al bienaventurado Francisco, a todos los santos y a ti, Padre mío, observar hasta el fin de mi vida la regla de los hermanos menores confirmada por Su Santidad el papa Honorio, viviendo en la obediencia, la pobreza y la castidad». El provincial dijo entonces: «Y yo, en nombre de Dios, te prometo la vida eterna si observas esas cosas».

Después de la ceremonia, Mamma Peppa, muy emocionada, lo abrazó:

—Hijo mío, ya eres entero hijo de San Francisco; que él te bendiga.

El noviciado había terminado. Le quedaba a fray Pío terminar sus estudios de secundaria, siguiendo su preparación para la profesión religiosa definitiva. Y, más lejana, se perfilaba la última etapa: la ordenación sacerdotal.

DE CONVENTO EN CONVENTO

El 25 de enero de 1904, fray Pío y Giovanni Di Carlo, que ahora era fray Anastasio, abandonaron Morcone para irse al convento de Sant'Elia a Pianisi, a unos sesenta kilómetros de allí, en la provincia de Campobasso. En él tenían que terminar sus estudios de secundaria y empezar la filosofía. El Padre provincial los acompañaba montados en un mulo, el camino era largo.

Un novicio, que más tarde será el padre Raffaele de Sant'Elia a Pianisi y será el último confesor del Padre Pío, recuerda la llegada y la viva impresión que le causó el joven hermano Pío: «Desde ese primer encuentro, el hermano Pío provocó en mí, de manera particular, un sentimiento de admiración a causa de su comportamiento ejemplar... Yo era joven y no conocía nada en cuestiones de virtud, pero observé en él algo que lo distinguía de los otros escolares».

El aire de Sant'Elia a Pianisi le sentó mejor a fray Pío que el de Morcone, la altitud era menor y hacía más viento. Mejoró de salud y de cara. Pero le esperaban otras preocupaciones. Empezó un período de manifestaciones y persecuciones diabólicas. Manifestaciones anodinas o espantosas. Por muy extraños que parezcan los hechos que vamos a relatar –hechos que tendrán lugar a lo largo de unos diez años–, no dejan, sin embargo, de ser lógicos si se les considera en el orden sobrenatural. En efecto, el diablo tenía que oponerse por todos los medios a una vocación religiosa que iba a admirar al mundo entero y a llevar hasta la conversión a un número incalculable de personas.

El diablo «gran artesano de iniquidades», según la definición del Padre Pío, también es maestro de artificios y de engaños. Muchas veces nuestro capuchino lo experimentó así en los primeros años de su vida religiosa. Una vez era su cama la que se volcaba por una mano invisible, otra vez sus libros eran desgarrados o su tintero arrojado contra la pared cuando estaba solo en su celda. Más tarde, encontrará totalmente en blanco las cartas que le enviaban sus directores o, al revés, emborronadas de tinta, al abrir el sobre. En este caso sólo había un remedio: rociar de agua bendita las cartas e instantáneamente aparecían las líneas.

Pueden provocar una sonrisa estas fechorías del demonio y que no son más que

efecto de la telequinesia tan apreciada por ciertos parapsicólogos. Pero a veces los asaltos del demonio eran más violentos, ya lo veremos, y el Padre Pío saldrá de esas peleas físicamente dolorido y ensangrentado. Por lo demás, el carácter innegablemente sobrenatural de los estigmas que recibirá en 1918 y que persistirán durante cincuenta años, hasta su muerte, nos parece que en cierto modo otorgan autenticidad a los acontecimientos de los años precedentes.

Otro episodio de esa época, como el revés de las manifestaciones diabólicas: la primera experiencia del fenómeno de bilocación o desdoblamiento. Este hecho sobrenatural es conocido en detalle porque, unos días después, fray Pío, muy extrañado por lo que le había sucedido, puso por escrito su aventura. Era el 18 de enero de 1905, fray Pío llevaba un año en el convento de Sant'Elia a Pianisi. Su relato es del mes de febrero siguiente:

«Hace unos días me sucedió un hecho insólito: cuando estaba en el coro con el hermano Anastasio, era el 18 del mes pasado a eso de las 23 horas, de repente me encontré en una casa burguesa en la que el padre se estaba muriendo, al mismo tiempo que nacía un niño.

»Entonces la Santísima Virgen María se me apareció y me dijo: “Te encomiendo esta criatura. Es una piedra preciosa en bruto: trabájala, puliméntala, hazla lo más luminosa posible, porque un día desearé adornarme con ella. No lo dudes, ella vendrá a ti, pero antes la encontrarás en San Pedro”. Después de esto me volví a encontrar en el coro»⁵.

Reconozcamos que esa experiencia es para sorprender a un adolescente de diecisiete años y medio: una bilocación con, además, una aparición de la Virgen y una misión muy curiosa. El Padre Pío sintió la necesidad de poner por escrito este «hecho insólito». Más tarde entregó el papel al padre Agostino. La continuación de la historia es igualmente asombrosa. Giovanna Rizzani, a cuyo nacimiento había asistido el Padre Pío ese 18 de enero de 1905, fue a la basílica de San Pedro en Roma una tarde del año 1922 y se confesó con un capuchino al que no conocía y que le aconsejó que fuera a San Giovanni Rotondo. Allí fue y cuál no sería su sorpresa al reconocer en el Padre Pío el capuchino que la había confesado en San Pedro. El Padre Pío la dejó más asombrada aún cuando le dijo que había asistido a su nacimiento, en Udine, y le describió con detalle la habitación que la había visto nacer. Giovanna Rizzani será más tarde terciaria francisca y fiel hija espiritual del Padre Pío.

No es necesario precisar que ni en 1905 ni nunca el Padre Pío fue a Udine, a cientos de kilómetros de allí, en Venecia, y que en 1922 no salió ni un solo día del convento de San Giovanni Rotondo. Salió de su tierra natal solamente una vez en mayo de 1917, cuando acompañó a Roma a su hermana Graziella, que iba a entrar en un convento de brígidas.

Este don de bilocación del Padre, del que se benefició en dos ocasiones Giovanna

Rizzani, no asombra. Hay decenas de testimonios que relatan hechos similares sucedidos en los años siguientes. ¿Cómo se interpreta ese carisma? Parece no sólo imposible sino incluso ridículo que Dios permita a una de sus criaturas soslayar durante unos momentos las leyes comunes del espacio y del tiempo. Sin embargo, pensándolo bien, vemos que esta bilocación nunca sucede por propia voluntad del Padre Pío. No decide de repente trasladarse a tal o cual lugar porque le parezca bien, ni siquiera para edificar a las masas. La bilocación sucede porque hay una urgencia, peligro grave, un alma o un cuerpo que salvar. Todas las gracias sobrenaturales o los dones místicos nunca se conceden si no es por el bien de las almas y jamás para glorificación de su beneficiario. Esto es tan así, que en los procesos de canonización estas gracias o dones no se consideran signos irrefutables de santidad. Para ser considerado santo por la Iglesia, primero hay que haber dado muestras de heroicidad en las virtudes más comunes: la caridad, la humildad, el celo por las almas, la piedad.

Indiquemos también, a propósito de este don de bilocación, la somera explicación que un día dio, casi inadvertidamente, el Padre Pío. Eran los últimos meses de 1944 o 1945. Algunos Padres, entre ellos el Padre Pío, estaban en la recreación. Uno de los que presenciaron la conversación cuenta:

«No recuerdo cómo el muy reverendo Padre Paolino se puso a hablar de la bilocación de San Antonio que, estando predicando en Padua, se halló en Lisboa donde libró a su padre de su condenación ya decretada.

»Insistiendo en ese hecho, el muy reverendo Padre Paolino decía: “Me gustaría saber cómo se produce la bilocación, y si el santo sabe lo que quiere, adónde va y cómo va”.

»El Padre Pío, que hasta ese momento parecía ausente, intervino como él solo podía hacerlo: “Sabe lo que quiere, sabe adónde va, pero no sabe si es sólo en espíritu o bien con alma y cuerpo”.

»Nos miramos estupefactos, sin pronunciar una sola palabra. El experto había hablado»[6](#).

Experto, sí, puesto que el Padre Pío conoció su primera bilocación en 1905, unos cuarenta años antes, y fue seguida de otras numerosas. Pero en los años 1904-1905, ese hermano colmado de tantas gracias y perseguido por el demonio, no dejaba de dedicarse al estudio. Después de un año de noviciado dedicado a leer las constituciones y la regla de la orden, los años vividos en Sant’Elia a Pianisi fueron años de estudio. Hubo de volverse a acostumbrar al estudio del italiano y del latín. Han sido encontrados y publicados unos cuadernos escolares de esos años[7](#). Se trataba de ejercicios de redacción en italiano que el maestro corregía. Desarrollaban los temas más diversos: «Decid a vuestro preceptor cuáles son los efectos benéficos de su severidad paternal», «Describid la suave primavera que renueva a la naturaleza, contrastándola con el horrible invierno» o también «Un grato recuerdo de vuestra infancia».

Estas redacciones de adolescente son interesantes por más de un motivo. Primero, como lo ha señalado su primer editor, porque nos ofrecen por su mismo estilo algunos rasgos de carácter muy auténticos del joven fray Pío y nos informan sobre su nivel escolar: «Las ideas son buenas con frecuencia, manifiestan una inteligencia incluso superior a la de los adolescentes de la edad que Francesco debía de tener cuando las redactó, es decir, dieciséis o diecisiete años. Las faltas de ortografía son frecuentes. En su mayor parte parecen debidas a verdadera precipitación: se encuentran omisiones de sílabas, singulares escritos en plural, una consonante en lugar de otra. Otras faltas han podido ser cometidas con convicción, como, por ejemplo, algunas dobles consonantes en vez de una sola, debidas a una pronunciación equivocada, o una sola consonante en vez de dos. En algunas exposiciones se encuentran también numerosas faltas de gramática y de sintaxis, así como impropiedades»⁸.

Son interesantes también porque nos permiten descubrir cuáles eran los sentimientos y las preocupaciones de un joven religioso que, por otra parte, poseía una vida interior muy agitada. Por supuesto, domina la preocupación religiosa, y son raras las redacciones del joven fray Pío en las que no aparece el nombre de Dios, en las que el tema sea el ocio, la severidad o lo ridículo. A menudo parecen detectarse acá y allá recuerdos de infancia, a veces transformados, y una cierta nostalgia de la vida de familia en Pietrelcina. ¿Se podría creer que fray Pío, por muy comprometido que estuviera en una aventura mística incomparable, no hubiera pensado en los suyos, en Mamma Peppa? Más extrañas y más escasas ciertas imágenes idílicas que son señal de un temperamento generoso que sabe dar pruebas de una hermosa grandeza de alma. En conjunto, esas redacciones literarias no tienen nada de excepcionalmente bello o elevado. Y esto nos da tranquilidad: fray Pío no es un genio literario. Ya es bastante que su vida espiritual sea excepcional.

Los años equivalentes a los dos últimos cursos transcurrieron en Sant'Elia a Pianisi, repartidos, para fray Pío, entre el trabajo escolar y el trabajo de su alma, que se disputaban Dios y el diablo. En mayo de 1905 fue enviado por unos cuantos días al santuario de la Madonna dei Monti, en Campobasso, a unos treinta kilómetros de allí. Tenía que ayudar a los padres capuchinos con ocasión de la peregrinación tradicional de mayo. También era para sus superiores una ocasión de fortalecer su salud al hacerle cambiar de aire. Sus pulmones habían vuelto a hacerle sufrir y unos desarreglos intestinales lo habían dejado pálido como la pared. En Campobasso hizo el oficio de ayudante de Misa. Era su primer contacto con el mundo desde su entrada en el noviciado. El joven fray Pío, después de dos años y medio de casi reclusión, no debió de sentirse cómodo en medio de aquella masa de peregrinos acudidos a honrar a su Madonna. Su aspecto enfermizo se añadía a su torpeza, hasta tal punto que los fieles no se atrevían a acercarse a él, pues creían que estaba tuberculoso.

En octubre, todos los hermanos tuvieron que abandonar Sant'Elia a Pianisi, pues había que hacer importantes trabajos en la iglesia y en el convento. Fueron trasladados al convento de San Marco la Catola, por encima del lago de Occhito. El lugar era soberbio: el convento se hallaba en lo alto de un promontorio solitario frente a una naturaleza salvaje. Fray Pío emprendió estudios de filosofía bajo la dirección del padre Giustino da San Giovanni Rotondo. Le manifestará a éste un vivo afecto, recordando las buenas horas de trabajo pasadas juntos y el descubrimiento de la metafísica. Desde luego, el Padre Pío no será un filósofo, ni siquiera un teólogo en el sentido universitario que hoy se le da –especialista en cuestiones teológicas–, pero dará muestras de una ciencia de los hombres y de un conocimiento de la fe bien diferentes y superiores, no extraídos de la simple razón o de la intuición, sino de una vida sobrenatural. Lo cual no excluirá, lo veremos con frecuencia, un sólido sentido común y un buen humor a veces tosco.

En San Marco la Catola, fray Pío volverá a encontrar al padre Benedetto da San Marco in Lamis, el cual entró un poco más en la intimidad del alma del joven religioso y, durante los seis meses de estancia de fray Pío en ese convento, podemos imaginar que las conversaciones espirituales fueron numerosas. Cuando en 1910 comience la dirección espiritual por correspondencia, ambos religiosos ya se conocerán bien.

En abril de 1906, fray Pío regresa a Sant'Elia a Pianisi, donde los trabajos acababan de terminar. Prosiguió su formación filosófica. Fue en esa época cuando fray Pío, durante una recreación con sus hermanos, predijo al reapertura del convento de San Giovanni Rotondo, cerrado desde hacía muchos años, y que a él lo destinarían allí. En efecto, la profecía se realizó: los capuchinos pudieron instalarse de nuevo en San Giovanni Rotondo tres años más tarde, en 1909, y el Padre Pío llegó en 1916. Permanecerá allí hasta su muerte en 1968. Aquel mismo año de 1906 (¿podría ser el mismo día?), un alma privilegiada de San Giovanni Rotondo, Lucia Florentino, anotaba en su diario la visión que acababa de tener: un gran árbol sería plantado de nuevo en el convento del pueblo y su sombra se extendería sobre el mundo entero. Quienes se refugiaron bajo sus ramas obtendrían la «verdadera salvación». Lucia Florentino no supo que más tarde ese gran árbol salutífero iba a ser un religioso cuya fama y beneficios se extenderían al mundo entero.

El domingo 27 de enero de 1907, fray Pío hizo por fin, entre las manos del superior del convento, la profesión de los votos solemnes. Escribió y firmó de propia mano el siguiente compromiso:

«Yo, F. Pío da Pietrelcina, estudiante capuchino, habiendo cumplido los cuatro años de religión requeridos por los decretos pontificios, después de haber hecho profesión de los votos simples en el noviciado de Morcone en la provincia de Sant'Angelo el 22 de enero de 1904; siendo hoy de edad de diecinueve años, ocho meses y dos días; en este 27 de enero de 1907, he hecho mi profesión solemne en el convento de Sant'Elia a Pianisi,

entre las manos del reverendo padre Raffaele da San Giovanni Rotondo, actual guardián, en presencia de la familia religiosa y especialmente de los reverendos padres que han firmado como testigos. Declaro que hago esta profesión solemne por propia voluntad y libremente y por consiguiente me considero ligado para siempre por los votos de la orden capuchina, bajo la regla del seráfico padre San Francisco de Asís, con el solo y único fin de dedicarme al bien de mi alma y consagrarme por entero al servicio de Dios. [...]»⁹.

Le quedaba a fray Pío, religioso capuchino por la eternidad, terminar sus estudios para ser admitido al sacerdocio. Acabó su segundo año de filosofía y, los días 9 y 10 de octubre de 1907, pasó con éxito los exámenes. A finales de mes abandonó San Marco la Catola por el convento de Serracapriola, en la vertiente adriática del Molise, a unos quince kilómetros del mar. Pero el aire marino no le sentó bien al joven religioso.

En Serracapriola empezó el estudio de la teología bajo la dirección del padre Agostino da San Marco in Lamis, el cual iba a ser, en paralelo con el padre Benedetto, su director espiritual hasta 1922 y testigo de un itinerario místico poco corriente. «Era bueno, obediente, estudioso, aunque enfermizo» dijo de su alumno el padre Agostino. Añade que todavía no había descubierto en ese estado de salud frágil nada de extraordinario o de sobrenatural. La estancia en Serracapriola fue breve y atormentada. La salud de fray Pío se agrava rápidamente. Los ayunos y las penitencias que se imponía además de la regla común y un ritmo mantenido de estudio dieron con su cuerpo ya debilitado. El diagnóstico que un médico había hecho ya cuando fray Pío estaba aún en Sant'Elia a Pianisi fue confirmado: «broncoalveolitis en la punta izquierda». Dolores en los pulmones y fuertes fiebres no tenían otra explicación según el médico.

Sus superiores decidieron enviarlo a su casa, en Pietrelcina, para la convalecencia. Estimaron que el buen aire natal le sentaría bien. Así pues, fray Pío permaneció cerca de un año en Pietrelcina. Encontró con gozo a su madre y a su familia. Se alojaba en la Torretta, tratando de encontrar en el silencio de esa pequeña habitación aislada la atmósfera del convento que había tenido que abandonar con disgusto. Los habitantes del Castello consideraron con respeto al que entre ellos llamaban «nuestro pequeño monje». Habían dejado a un muchacho joven más bien robusto y se encontraban con un joven religioso, delgado, larguirucho en su hábito de tela basta, con la barba naciente, enfermizo hasta el punto de tener que abandonar momentáneamente el convento. Tomaron la costumbre, aunque no era sacerdote, de confiarse a él, pedirle sus consejos y sus oraciones. Fray Pío se preparó así, de manera inesperada, a su misión sacerdotal de dirección y de apoyo de los corazones.

Procuraba también llevar una vida regular de oraciones, en unión de pensamiento con sus hermanos que habían quedado en el convento. Recitaba el oficio a las mismas horas y pasaba largas horas en la iglesia donde había sido bautizado, Santa Maria degli

Angeli.

En noviembre de 1908, aparentemente curado, se reintegró al convento. Pero no fue en Serracapriola cuyo aire marino, según se creía, no le había sentado bien, sino en Montefusco, no lejos de Benevento. Reanudó sus estudios de teología bajo la dirección del padre Agostino da San Marco in Lamis. En Pietrelcina sólo había estudiado algunos libros, y el padre Agostino había ido algunas veces a verle para comprobar los progresos que hacía en teología y el estado de su alma.

El 19 de noviembre, en la catedral de Benevento, fray Pío recibió las órdenes menores (portero, lector, exorcista, acólito) de manos del arzobispo del lugar, Mons. Benedetto Bonazzi, y al día siguiente, en la misma iglesia, recibió el subdiaconado de manos de Mons. Paolo Schinosi, arzobispo de Marcianopoli: primeras etapas hacia el sacerdocio, primeros compromisos para servir y darse, en las huellas de Cristo.

SACERDOTE «ALTER CHRISTUS»

Fray Pío prosiguió sus estudios de teología primero en Montefusco. Uno de sus profesores de entonces, el padre Bernardino da San Giovanni Rotondo, ha dejado el siguiente testimonio: «no se distinguía por su inteligencia. Tenía una inteligencia corriente. Se distinguía por su comportamiento. En medio de sus condiscípulos alegres y ruidosos, él era tranquilo y pausado, incluso durante la recreación; siempre humilde, dulce, obediente»¹⁰.

Al mismo tiempo, enclenque, enfermizo, daba pena ver a fray Pío. Se quejaba de dolores torácicos, alternaba accesos de fiebre y sudores fríos, se desmayaba fácilmente. Al cabo de seis meses, sus superiores se resignaron a enviarlo de nuevo a su casa. Nadie había diagnosticado lo que, sin embargo, era claramente una tuberculosis pulmonar, así es que los tratamientos que le prescribían sólo podían tener poca eficacia. Al alejarlo del convento, sus superiores querían evitarle el tener que observar la severa regla capuchina. Pensaban que fray Pío podría regresar pronto, acabar sus estudios de teología y ser ordenado sacerdote.

En realidad, durante cerca de siete años, el joven capuchino enfermo residirá en Pietrelcina, con vanos intentos de reintegrarse al convento de vez en cuando. El arcipreste de la iglesia donde se bautizó, que ahora se llamaba de Santa Ana, preparó a fray Pío para recibir el diaconado, segunda de las órdenes mayores, última etapa antes del sacerdocio. El 18 de julio de 1909, en la iglesia del convento de Morcone, fray Pío fue ordenado diácono por Mons. Benedetto Maria Della Camera, obispo de Termopoli, luego regresó de inmediato a Pietrelcina.

Allí, al lado de don Salvatore Pannullo para el estudio de la liturgia y de don Giuseppe Orlando, cura de la nueva parroquia de Pietrelcina, para la teología dogmática, prosiguió su formación doctrinal hacia el sacerdocio. En noviembre y diciembre estuvo algunas semanas en el convento de Gesualdo, no lejos de Benevento, donde recibió clases de teología moral. Tal vez es en esta época donde hay que situar una nueva astucia del demonio, relatada por numerosos autores, que la sitúan en fechas diferentes. En todo caso, el episodio merece ser contado.

Un día llamaron discretamente a la puerta de la celda de fray Pío y vio entrar, sonriente pero serio, al padre Agostino. El padre Agostino no residía habitualmente en Gesualdo y fray Pío se extrañó de su visita. Ennemond Boniface, en uno de sus ensayos sobre el Padre Pío, continúa el relato:

«Después de algunas fórmulas vagas de bienvenida, el padre Agostino se puso a reprender, primero suavemente, a su dirigido que, según él, no estaba en absoluto hecho para la vida conventual, sobre todo la capuchina. Su salud, ya resquebrajada, no lo resistiría. Nunca podría mantenerse en ella, sobre todo cuando, una vez ordenado, tuviera que llevar la vida muy dura de los capuchinos en una comarca tan ruda. Eso era una evidente señal de la voluntad del Señor. ¿Por qué insistir, entonces? Se puede uno santificar en el mundo lo mismo que en un convento, y el apostolado es en él a veces más fecundo... Además, todas esas historias de diabluras, que se contaban hoy en la provincia y más allá, todo eso sonaba a patológico. Ciertamente había en ello por su parte una exageración imaginativa, por no decir más. Eso sólo podía perjudicar a la fama de la propia orden.

»Bien pensado, el padre Agostino aconsejaba, en definitiva, al hermano Pío que regresara a su tierra, que trabajara allí, sin perjuicio de que más tarde, cuando su salud estuviese restablecida y su vocación confirmada, volviera a llamar a la puerta del convento... donde, desde luego, se le acogería con los brazos abiertos.

»Mientras hablaba, el hermano Pío, que en un principio estaba atento, se hallaba cada vez más asombrado de oír a su propio director esas palabras, que parecían sin duda razonables, pero que se parecían tan poco a todo lo que hasta entonces le había dicho. Así es que, interiormente, suplicaba la ayuda divina. De repente, tuvo una especie de iluminación. Aprovechó una pausa de su prolijo interlocutor y le dijo: “Sabe usted, padre, que para mí lo único que cuenta es la voluntad del Señor. ¡Pues bien!, para reafirmarme en esa disposición, suceda lo que suceda, le pido que diga usted bien fuerte conmigo: ¡Viva Jesús!”.

»No se necesitó más para que el visitante se desvaneciera como el humo, dejando tras él, como recuerdo, un olor nauseabundo»[11](#).

Y cuando el sujeto es demasiado resistente, como en el caso de fray Pío, entonces el diablo emplea las astucias más sutiles. Por consiguiente, no fue el demonio, sino su estado de salud lo que obligó a fray Pío a abandonar una vez más el convento. No lo hizo de buena gana y siempre por orden de sus superiores. Los vecinos de Pietrelcina, que no comprendían el motivo exacto de esas idas y venidas, no dejaban de venerar cada vez más a su «pequeño monje».

Esta intervención del demonio en la vida de fray Pío no es nueva. Es muy normal que el príncipe de las tinieblas le dispute a Dios el alma y la vida de un joven religioso. Pero lo que es nuevo en esta tentación diabólica de abandonar el convento es que Satán,

para ser más convincente, hubiese tomado el rostro del padre Agostino. La verdad es que Satán puede revestirse de mil formas, utilizar mil medios extraordinarios, pero siempre «los artificios diabólicos se realizan utilizando simplemente las leyes y los elementos naturales»¹². Satán no es un dueño absoluto. «Engaña, ciega, corrompe, hace que se tome lo falso por verdadero y el mal por el bien “atribuyéndose la apariencia de un ángel de luz” (2 Co 11, 14)... Su imperio no es despótico, sino que requiere la aquiescencia de los interesados; no fuerza, propone, sugiere, persuade, engatusa [...] Por lo demás, en el interior del individuo encuentra un cómplice, la naturaleza, sobre todo después de que la ha hecho perder su estado de integridad: explota sus malos instintos y sus pasiones»¹³.

En enero de 1910, fray Pío, cada vez más preocupado por su salud, pidió a sus superiores ser ordenado sacerdote anticipadamente. Canónicamente, la edad requerida era de veinticuatro años cumplidos, pero él no tenía aún veintitrés. El 22 de enero de 1910 escribió a su director espiritual, el padre Benedetto –que desde 1908 era también ministro provincial de la orden, es decir, representante del ministro general para todos los conventos de la provincia capuchina de Foggia–, para conseguir la dispensa. Hay que señalar que es la primera dirigida por fray Pío al padre Benedetto. Hasta 1922, fecha en la que toda correspondencia espiritual será prohibida al Padre Pío, intercambiarán cientos de cartas: en total, 165 cartas dirigidas por el Padre Pío al padre Benedetto, 103 dirigidas por el padre Benedetto al Padre Pío. La correspondencia con el padre Agostino empezará en agosto de ese mismo año: conocemos 197 cartas del padre Agostino y 180 del Padre Pío¹⁴. Más de 600 cartas que, desde luego, son un testimonio incomparable sobre un singular itinerario místico. El padre Benedetto era director espiritual de fray Pío, el padre Agostino era su confesor y confidente. Pero pronto se verá una especie de ósmosis entre los tres religiosos y, con frecuencia, es el más joven quien dirigirá a sus hermanos de más edad.

Esta carta del 22 de enero es, pues, una verdadera súplica:

«... Desde hace mucho tiempo, me esfuerzo para frenar en mi corazón un deseo muy vivo, pero le confieso a usted que todos mis esfuerzos no han conseguido más que atizarlo cada vez más. Por consiguiente, voy a confiar ese deseo a quien puede escucharlo.

»Varias personas que, según creo, conocen las últimas disposiciones de la Santa Sede, me han asegurado que, si usted solicitara la dispensa para mi ordenación, explicando el estado actual de mi salud, todo podría ser conseguido.

»Así pues, Padre, todo depende de usted, no me haga usted desear por más tiempo ese día.

»Así, si el Altísimo, por su misericordia, tiene decidido abreviar los padecimientos de mi cuerpo haciendo cesar mi exilio en la tierra, como espero, moriré muy feliz, pues no dejaré ningún otro deseo en esta tierra»¹⁵.

Fray Pío temía morir antes de haber sido ordenado. El padre Benedetto accedió bien gustoso a su petición. El estado de salud de fray Pío no mejoraba. El 18 de abril, en una carta, precisa: «Escribo la presente en la cama, donde me encuentro desde hace varios días con una fiebre bastante elevada». Siempre era el pulmón izquierdo el que le causaba dolores, una infección que las medicinas (muy caras en aquella época) no acababan de eliminar.

Por fin, el 1 de julio la congregación romana de religiosos concedía al Padre Pío, a petición del padre provincial, una dispensa de nueve meses para que pudiera ser ordenado sin tardar. El día 6, el padre Benedetto se lo dijo a fray Pío. El 21, éste se dirigió al convento de Morcone para prepararse para la ordenación, que debía tener lugar el 10 de agosto en Benevento. Pero no pasó más que una noche en el convento de su noviciado, con las angustias de una fuerte fiebre $-39,5^{\circ}$ – y de vómitos continuos. Se consideró preferible volverlo a enviar a su casa, donde esperaría con tranquilidad el día solemne. El 31 de julio tuvo fuerzas bastantes para dirigirse a Benevento y hacer un examen oral sobre diversas cuestiones de teología. «Los examinadores quedaron satisfechos», le escribe el mismo día al padre Benedetto. Fray Pío, cuyos estudios teológicos habían sido más que perturbados por la enfermedad y las pruebas espirituales, había aprendido sin duda más con sus sufrimientos que en los libros.

Por fin, el 10 de agosto, fiesta de San Lorenzo mártir, en presencia de su madre y del padre Benedetto, era ordenado sacerdote en Benevento por Mons. Paolo Schinosi, arzobispo de Marcianopoli. En las estampas de su ordenación sacerdotal, había hecho imprimir estas líneas:

Jesús,
mi aliento y mi vida,
te elevo
en un misterio de amor,
que contigo yo sea para el mundo
Camino, Verdad, Vida
y para ti sacerdote santo,
víctima perfecta.

padre Pío capuchino [16](#)

Estas líneas del día de su ordenación podrían resumir lo que iba a ser la existencia del Padre Pío. De regreso a Pietrelcina el 11 de agosto, fue acogido por toda la comarca con banda de música y celebraba su primera Misa en la iglesia de Santa Ana, donde había sido bautizado. El domingo, día 14, cantaba su primera Misa solemne. El padre Agostino había ido para predicar el sermón de costumbre, habló de la misión del sacerdote, que se expresa en tres lugares privilegiados: el púlpito, el altar y el confesonario. Dirigiéndose al Padre Pío, manifestó un deseo que resultó ser totalmente

profético: «No tienes mucha salud, no puedes ser un predicador. Te deseo, pues, que seas un gran confesor». El Padre Pío no podía recordar esa primera Misa solemne sin sentirse fuertemente conmovido. «¡Qué feliz fui ese día. Mi corazón ardía de amor por Jesús... Empecé a saborear el paraíso!»

Ese paraíso iba a mezclarse a menudo con el infierno durante los años que el Padre Pío tuvo que pasar aún en su tierra natal. Permanecería en Pietrelcina hasta febrero de 1916, excepto una breve estancia de algo más de un mes en Venafro, en 1911. Aquellos años pasados en Pietrelcina después de su ordenación son bastante misteriosos, al menos así parecerán al Padre Pío y a sus directores espirituales. Había esa enfermedad pulmonar, que no paraba de empeorar y complicarse, y había otros males inexplicados e incurables. Había los padecimientos morales y las tentaciones espirituales, que redoblaban. Había, en fin, como sólo resultado de todo esto, una vocación religiosa contrariada, puesto que el Padre Pío no podía residir en un convento y seguir la regla de San Francisco. Contrariedades y obstáculos a los que ni el interesado ni sus directores espirituales llegaban a encontrar sentido. El padre Agostino reconocerá más tarde: «La enfermedad era misteriosa, igual que era misteriosa la estancia en Pietrelcina».

¿Qué camino quería Dios que siguiera el joven capuchino? En marzo de 1916, después de pasar siete años en Pietrelcina, el Padre Pío ve su futuro como «una palabra vacía de sentido» y le pregunta a su director sobre la voluntad del Señor: «¿Acaso el más grande sacrificio que he hecho al Señor no ha sido el no haber podido vivir en el convento?».

Hoy que ya el Padre Pío ha cumplido su misión terrestre, aquella estancia en Pietrelcina aparece, sin embargo, como un período capital de su vida. En realidad fueron años de preparación para la misión y el testimonio que Dios iba a pedirle. En julio de 1916, el Padre Pío entraba en el convento de San Giovanni Rotondo, no lo abandonará hasta su muerte, cincuenta años más tarde; el 20 de septiembre de 1918 recibía los estigmas, señales del Señor, llagas que sangrarán durante exactamente cincuenta años. A San Giovanni Rotondo multitudes enormes de peregrinos acudirán para ver a ese primer sacerdote estigmatizado de la historia de la Iglesia, para asistir a su Misa, rezar, confesarse con él, pedirle consejo. Esa misión, esa responsabilidad, ¿no necesitaba años de oscura preparación? Pero una preparación incomprensible a la mirada humana, porque no era del orden del saber común y del aprendizaje ordinario. Una preparación misteriosa, hecha de pruebas, de tentaciones, de confortaciones místicas y de gracias. Preparación que difícilmente se puede contar en un relato seguido y, sobre todo, comprender y hacerla comprender en sus profundidades.

En muchos aspectos, esa estancia del Padre Pío en Pietrelcina, en su tierra natal, estancia de casi siete años antes de su entrada en San Giovanni Rotondo y de su estigmatización, anterior a una misión de conversión y de curaciones, que iba a atraerle,

según palabras del papa Pablo VI, «una fama y una clientela mundiales», esa estancia oscura en Pietrelcina, ¿no recuerda los «años oscuros» que vivió Jesús en Nazaret, también al lado de su madre, antes de ir a llevar al mundo el Evangelio de Dios y de padecer, por ello, la Pasión?

[1](#) El texto íntegro de las visiones está publicado en anexo del primer volumen del Epistolario, pp. 1279-1284.

[2](#) Gherardo Leone, o. c., pp. 125-126.

[3](#) Testimonio citado por Francobaldo Chiocci y Luciano Cirri, Padre Pio, storia d'una vittima, i libri del No, Roma, 1967, t. I, p. 34.

[4](#) Su correspondencia espiritual con el Padre Pío así como la del padre Agostino –de la que hablaremos más adelante– han sido íntegramente publicadas: son el objeto de las 1.387 páginas del primer volumen del Epistolario.

[5](#) Texto publicado en anexo al tomo IV del Epistolario, p. 920.

[6](#) Padre Costantino Capobianco, Paroles et anecdotes de Padre Pio, Résiac, 1986, pp. 109-110.

[7](#) Quedan cuatro cuadernos. El tercero es el único que ha sido publicado por Gherardo Leone en anexo a su Padre Pio. Enfance et prime jeunesse, ediciones La Casa Sollievo della Sofferenza, 1975. Luego ha sido publicada una edición completa y crítica de los cuatro cuadernos bajo la dirección del padre Gerardo Di Flumeri: Componimenti scolastici, ediciones «Padre Pio da Pietrelcina», San Giovanni Rotondo, 1983.

[8](#) Gherardo Leone, o. c., p. 187.

[9](#) Documento manuscrito reproducido en F. Chiocci y L. Cirri, o. c., t. III, p. 14.

[10](#) Testimonio referido por el padre Fernando da Riese Pio X, o. c., p. 61.

[11](#) Ennemond Boniface, Padre Pio da Pietrelcina. Vie-Oevres.Passion, La Table Ronde, 1966, pp. 59-60. E. Boniface sitúa este episodio en 1906 en Sant'Elia a Pianisi, lo cual es imposible, pues fray Pío no conoció al padre Agostino hasta octubre de 1907 en Serracapriola.

[12](#) Joseph de Tonquédec, S. J., «Algunos aspectos de la acción de Satán en este mundo», en Satan (obra colectiva), número especial de Études carmelitaines, D.D.B., 1948, p. 502.

[13](#) Ibidem, p. 495.

[14](#) Sabemos que, de mayo a diciembre de 1909, fray Pío había ya escrito algunos tarjetones y cartas breves al padre Agostino, pero no han llegado a nosotros y el propio destinatario no recordaba su contenido. Debía de tratarse de cartas más bien sin importancia, dando noticias, más que de una correspondencia espiritual.

[15](#) Carta de 22 de enero de 1910 al padre Benedetto, Epistolario, t. I, pp. 178-179.

[16](#) Texto publicado en anexo del Epistolario, t. IV, p. 921.

CAPÍTULO 3

EL SECRETO DEL REY

Las masas que acudirán a San Giovanni Rotondo serán atraídas ante todo por dos actos del Padre Pío: su Misa y la confesión, los dos sacramentos en los que el sacerdote más se muestra como «otro Cristo». Presencia corporal de Cristo dado en alimento y perdón de los pecados para una vida nueva. El Padre Pío dispensaba estos dos sacramentos con gestos que, ya de por sí, eran oraciones y actos sobrenaturales.

LA MISA DEL PADRE PÍO

Jean Guitton, que asistió una vez a la Misa del Padre Pío, habló de su fuerza espiritual: «... Avanzaba pesadamente hacia el altar, a las 4 de la madrugada, ante un pueblo de fieles, pobres, ricos, mezclados, que formaban un solo cuerpo inmóvil, una sola oración muda. Avanzaba en la recitación con dificultad creciente y al comienzo del canon se detuvo como ante una escalada inverosímil, una cita de amor doloroso y radiante, un misterio inexpresable, un misterio que podía hacer morir. Esa mirada que elevaba a lo alto después de la consagración decía todo eso. Yo me decía: quizá sea el único sacerdote estigmatizado en acto, mientras que todos los demás lo son en potencia»¹.

Esas misas que conmocionaban a tantos fieles, misas largas, piadosas, liturgias sagradas y solemnes, admiraban ya a los habitantes de Pietrelcina. De 1910 a 1916, la Misa del Padre Pío fue ya para ellos objeto de asombro al mismo tiempo que un momento misterioso.

Sus superiores habían destinado al Padre Pío, una vez ordenado, a su tierra natal. Se daba por supuesto que permanecería con su familia hasta que su salud se recobrara, si algún día podía serlo... Ayudaría al arcipreste Pannullo en Santa Ana. Durante cinco años y medio, el Padre Pío estuvo atendiendo la pequeña iglesia del Castello. Se le encargaron los bautismos, las bodas y los funerales. Pero para no perjudicar su salud no se le permitía confesar más que durante el tiempo pascual y, como se suponía que estaba tuberculoso, estaban reservados para él un cáliz y unos ornamentos.

En Pietrelcina, el Padre Pío no vivía ya con su madre en las exiguas habitaciones de Vico Storto Valla, sino cerca de allí, en el 44 de Via Salita Castello, en una casa un poco más espaciosa que Grazio Forgione había comprado en 1903, cuando volvió por primera vez de América. Morada modesta compuesta por una habitación principal, a la que se accedía por una escalera exterior, y un pequeño dormitorio. Mamma Peppa iba todos los días a hacer un poco de limpieza y llevaba las comidas. Lis tío Forgione, en ausencia de Grazio, que había tenido que escoger de nuevo el exilio algunos meses antes, se ocupaban de las tierras de Piana Romana y proporcionaban la subsistencia de Giuseppa y

de su hijo sacerdote.

El Padre Pío celebraba la Misa habitualmente en la iglesia de Santa Ana, que estaba muy cerca, la iglesia de su bautismo, de su primera comunión y de su confirmación. Estaba demasiado débil para ir todos los días a la nueva iglesia de Pietrelcina, abajo del Castello. Las misas del Padre Pío eran largas, interrumpidas por inesperados éxtasis; demasiado largas para los feligreses habituales de Santa Ana. Don Giuseppe Orlando, su colega en la nueva iglesia, ha dejado un testimonio asombroso sobre las «misas demasiado largas» del joven religioso y del subterfugio que utilizaba para acortarlas: «Su Misa era un misterio incomprensible [...] En el *memento*, el Padre Pío estaba de tal modo embebido en sus oraciones, que pasaba más de una hora sin que continuara. Su Misa era tan larga, que la gente la evitaba, porque todos tenían que ir al campo a trabajar, es una comarca agrícola y no podían quedarse horas y horas rezando con él... el Padre guardián le sugirió entonces al párroco que lo llamara al orden mentalmente y así, por santa obediencia [el Padre Pío] obedecería inmediatamente [...] Todos los días que el Padre Pío decía Misa, el arcipreste se colocaba en la iglesia y, desde lejos, lo dirigía mentalmente; y el Padre Pío obedecía inmediatamente»².

Durante toda su vida, el Padre Pío tuvo la gracia de vivir realmente las misas que celebraba. En cada momento de la liturgia revivía un momento de la Pasión de Cristo: la flagelación y la ofrenda de sí en el ofertorio, el sacrificio, la crucifixión y la muerte en el momento de la consagración, la vida en Dios en el momento de la comunión.

Desde muy pronto, a sus directores espirituales les hizo saber esta unión con Dios durante la Misa:

«... Los latidos de mi corazón, cuando me encuentro con el Santísimo Sacramento, son muy violentos. A veces me parece que se me va a salir del pecho. En el altar, siento a veces un ardor tan grande de toda mi persona que no puedo describirlo. Sobre todo el rostro me parece como si se me encendiera todo entero. Qué sean estas señales, Padre, lo ignoro»³.

Otro día, manifiesta: la Virgen María «me ha acompañado ella misma en el altar esta mañana...». Penetramos en los secretos sobrenaturales de una vida mística. Manifiestan lo inefable, lo indecible. El Padre Pío contaba estas gracias a sus directores espirituales porque éstos se lo habían mandado; y generalmente nos son conocidas por sus cartas de dirección espiritual. En su apostolado futuro nunca dirá nada de estas manifestaciones místicas. En su infancia, ciertas gracias le parecían naturales, comunes a todos los fieles, y no consideraba que valía la pena contarlas a otros; y cuando comprendió su carácter sobrenatural y excepcional, se guardó bien de divulgarlas en público. El Padre Pío se esforzó siempre en hacer suya esta recomendación bíblica citada por el padre Benedetto: «Es bueno esconder el secreto del Rey (*Tb* 12, 7).

Poco a poco, algunas briznas del «secreto del Rey», secretos de Dios, fueron

conocidas, en especial cuando las cartas a sus directores espirituales empezaron a ser parcialmente publicadas –sin su consentimiento– en los años 60. Todavía hoy, a pesar de la divulgación de todos los documentos importantes, a pesar de la multitud de testimonios circunstanciados y dignos de fe, es difícil escribir la historia de la vida interior del Padre Pío. ¿Cómo contar experiencias y acontecimientos que no pertenecen al orden común? Con frecuencia habrá de ser un caminar a tientas por senderos desconocidos.

Por ejemplo, ¿de qué tipo de experiencias son las sensaciones que el Padre Pío experimentó un día y que manifestó en una carta al día siguiente? Si el lenguaje empleado es un lenguaje ordinario, la realidad expresada no es reducible a una experiencia puramente humana:

«Ayer, fiesta de San José, sólo Dios sabe cuántas dulzuras sentí, sobre todo después de la Misa, de manera que aún las siento dentro de mí. La cabeza y el corazón me quemaban; pero era un fuego que me hacía bien. Mi boca experimentaba toda la dulzura de las carnes inmaculadas del Hijo de Dios. Si en ese momento en el que lo siento todo yo consiguiera introducir para siempre en mi corazón esos consuelos, ciertamente estaría en el paraíso.

«¡Qué feliz me hace Jesús! ¡Qué suave es su espíritu! Pero estoy lleno de confusión y no sé hacer más que llorar y repetir: ¡Jesús, mi alimento!...»⁴.

LOS ASALTOS DEL DEMONIO

El 13 de enero de 1912, el Padre Pío escribía al padre Benedetto: «Tengo casi continuamente una indigestión de consolaciones». Abundancia de gracias, abundancia de consolaciones. Pero al mismo tiempo, en la misma carta, habría podido hablar de una «indigestión de persecuciones diabólicas». Hemos visto que, desde su infancia, el demonio se había atravesado en su camino. Desde entonces no tuvo prácticamente descanso. En los años oscuros de Pietrelcina, los asaltos de Barbablú (Barba Azul, como con frecuencia llama el Padre Pío a Satán en sus cartas) redoblaron. Si bien el Padre Pío y sus directores estuvieron mucho tiempo perplejos por el sentido de su estancia en Pietrelcina, Barba Azul sí que conocía su importancia: era el preludio a la larga misión terrestre de uno de los sacerdotes más extraordinarios de la historia de la Iglesia. Por eso se encarnizó de manera particular, y por todos los medios posibles, contra este pobre monje capuchino de salud tan frágil que sólo encontraba alivio en la santa Misa.

Las escenas dramáticas relatadas por el Padre Pío en sus cartas a sus directores espirituales son increíbles para un espíritu racionalista que niegue la existencia de lo sobrenatural. Pero si consideramos la historia del mundo y la historia de cada hombre como un «drama divino» (según la expresión del teólogo Hans Urs von Balthasar) en el que la voluntad y las pasiones tienen que elegir entre responder a la gracia y a los dones de Dios o padecer la acción negativa y el misterio de iniquidad del diablo, entonces el encarnizamiento de Barba Azul contra el Padre Pío es comprensible, si no totalmente normal y previsible.

Fue una serie sin fin de persecuciones, obstáculos, vejaciones. En enero de 1911, el Padre Pío le dice a su director: «No tengo valor para contarle lo que me sucede desde hace muchos días. ¿Quién podría creer que incluso durante las horas de descanso soy atormentado? El demonio quiere perderme a toda costa (...) Al subir al altar, siento esos asaltos, pero Jesús está conmigo, ¿de quién podría tener miedo?».

Las cosas van a agravarse. Cuando el Padre Pío escriba: «Barba Azul y sus semejantes no paran de pegarme casi hasta darme muerte», no hay que tomar esa expresión en sentido figurado. Se trata de verdaderos asaltos y de verdaderos golpes.

Hasta su entrada en el convento de San Giovanni Rotondo seguirá así; ataques del demonio y consolaciones divinas se alternan.

Un día de 1912, escribe: «Barba Azul no quiere confesarse vencido. Adopta todas las formas. Desde hace varios días viene a visitarme con otros comparsas armados de palos y de instrumentos de hierro y, lo que es peor, mostrándose bajo sus propias formas.

No se sabe cuántas veces me ha arrojado del lecho para arrastrarme por la habitación». Algunas veces se levantaba por la mañana cubierto de cardenales y ensangrentado... Pero en la misma carta también añadía: «¡Paciencia! Jesús, su Madre, el ángel, San José y el Padre San Francisco están casi siempre conmigo»⁵.

¿Por qué el Padre Pío era así maltratado y golpeado por Satán? Porque el demonio quería poner obstáculos a su vocación e impedir su misión. ¿Por qué dejaba Dios sufrir así a su servidor con los golpes del Adversario? Para ponerlo a prueba. Pero más allá de estas explicaciones inmediatas, podemos considerar esas persecuciones padecidas por el Padre Pío, añadidas a sus sufrimientos físicos, como una «reserva de gracias» para el futuro. En virtud de los misterios de la compensación espiritual y de la comunión de los santos, cada sufrimiento vale un bien espiritual y permite rescatar un alma. Misterios divinos en los que el sufrimiento y el amor son indisolubles, prodigados juntos. El Padre Pío lo entendía así cuando escribía: «... Puede usted creer, Padre, que me gozo en los padecimientos. Jesús mismo quiere mis padecimientos; los necesita para las almas».

Estos ataques del demonio fueron también, en el orden divino, la respuesta inmediata del Señor a un ruego que el Padre Pío hizo en noviembre de 1910: ofrecerse como víctima. Le explicaba así al padre Benedetto su decisión espiritual: «Desde hace tiempo siento una necesidad, la de ofrecerme al Señor como víctima por los pobres pecadores y por las almas del purgatorio.

»Este deseo ha ido creciendo cada vez más en mi corazón, hasta el punto de que se ha convertido, por así decir, en una fuerte pasión. Es verdad que ya he hecho varias veces ese ofrecimiento al Señor, presionándole para que vierta sobre mí los castigos que están preparados para los pecadores y las almas del purgatorio, incluso multiplicándolos por cien en mí, con tal de que convierta y salve a los pecadores y que acoja pronto en el paraíso a las almas del purgatorio, pero ahora deseo hacer ese ofrecimiento al Señor con el permiso de usted»⁶.

Este ofrecimiento de sí fue aceptado –¡y hasta qué punto!– por el Señor, puesto que, desde entonces, permitió que se desencadenara sobre el Padre Pío, víctima voluntaria, una cantidad incalculable de persecuciones diabólicas. Estas persecuciones y ataques del demonio, de las que hemos contado las más señaladas, tuvieron su paroxismo en los años 1911-1916. El Padre Pío sabía bien que al final el Señor saldría victorioso del demonio. En el orden divino nada es en balde. Los padecimientos siempre sirven para el bien, el nuestro o el de otros. Dios permite que un alma que le es fiel sea perseguida por el

enemigo del género humano, porque esta injusticia aparente sirve siempre para un bien mayor.

Los sufrimientos físicos que agobiaban al Padre Pío eran también parte de las pruebas necesarias. Su enfermedad inexplicablemente persistente no cesaba, sin embargo, mientras el demonio lo atormentaba: sudores fríos, fiebres, desvanecimientos, se sucedían y acompañaban a violentos dolores torácicos. Los cuidados prodigados desde hacía años no aliviaban nada ahora al pobre religioso. Había que llegar a la conclusión de que esa enfermedad misteriosa persistía «por una permisión especial de Dios», era una prueba suplementaria enviada por Dios para habituar, por así decir, al Padre Pío al sufrimiento. El 27 de junio de 1911, el padre Benedetto escribe en ese sentido al Padre Pío: «Creo que es inútil consultar a los médicos: estoy persuadido de que tus sufrimientos son directa y expresamente queridos por Dios y no tienen remedio»⁷. Sin embargo, tres meses después, el mismo padre Benedetto ordenó al Padre Pío que fuera a consultar a un especialista en Nápoles.

El interesado se extrañó, pues consideraba esa visita médica «totalmente inútil». El padre Benedetto explicó que se trataba de saber si el pobre religioso podía reintegrarse al convento sin que su salud se agravara. En la segunda quincena de octubre, fue a Pietrelcina a buscar al Padre Pío y lo llevó a Nápoles para consultar al profesor Antonio Cardarelli, especialista en enfermedades pulmonares. Éste, después de haber auscultado largamente al religioso, pronosticó que apenas si le quedaba un mes de vida y que todos los remedios no podrían detener el fatal resultado.

El padre provincial decidió entonces llevar al Padre Pío al convento de Venafro, no lejos de Monte Casino, para que muriera como religioso, rodeado de sus hermanos. En Venafro, el padre Agostino da San Marco in Lamis daba clases de oratoria sagrada a algunos jóvenes sacerdotes preparándolos para su apostolado de predicación, esencial en la regla capuchina. Vio con pena la llegada de su protegido: ¡se hallaba en tan lastimoso estado! Al menos podría cuidar de él. El padre Benedetto, reclamado por otras obligaciones, le confió ese encargo.

La proximidad del mar, a unos treinta kilómetros, el clima templado, la amena naturaleza, hacían de aquel lugar de grato descanso. Sin embargo, el estado de salud del Padre Pío se agravó. Tuvo que guardar cama. Ya no podía ni siquiera celebrar Misa. Durante veintiún días, la Eucaristía fue su único alimento. Que siguiera vivo era como un milagro. El superior del convento, el Padre Evangelista da San Marco in Lamis, y el padre Agostino llevaron de nuevo a Nápoles al Padre Pío. El profesor Cardarelli no pudo más que afirmar: «No comprendo nada de esto» y recetar alguna medicina.

Esa estancia en Venafro –mes y medio– fue terrible. Los asaltos del demonio alternaron con los éxtasis y las visiones. El padre Agostino, que presencié la mayor parte de esas escenas, escribía en su «Diario» las invocaciones y el diálogo con el invisible,

que iban marcando los éxtasis así como los relatos de las visitas diabólicas o celestes que le hizo el Padre Pío.

El diablo se le apareció al Padre Pío en forma de gato negro, del papa Pío X o de una joven desnuda que danzaba lascivamente o también de la propia Virgen Santísima. Esos fenómenos diabólicos parecían asombrosos. Pero la teología mística los ha observado con frecuencia en la vida de los santos. Sólo se trata de tentaciones violentas o de «obsesiones externas», es decir, que el diablo actúa sobre los sentidos externos. Puede actuar en el oído por medio de palabras, canciones blasfematorias u obscenas, para incitar al mal y conmocionar el alma; también puede actuar haciendo estruendos para asustar. Puede actuar sobre el tacto infligiendo golpes y heridas (ya hemos visto esta clase de intervenciones diabólicas sobre el Padre Pío en Pietrelcina), la finalidad - entonces es llevar el alma a la desesperación y apartarla de la confianza en Dios. El demonio puede, en fin, actuar -y éste es el caso de Venafro- sobre la vista. Entonces, dice el clásico Tanquerey, se aparece «bien bajo formas repugnantes, para asustar a las personas y apartarlas de la práctica de las virtudes, como lo hizo con la venerable Madre Inés de Langeac y muchos otros; bien bajo formas seductoras, para atraer hacia el mal, como le sucedió con frecuencia a San Alfonso Rodríguez»⁸.

El Padre Pío padeció esas vejaciones diabólicas que no duraban más de un cuarto de hora, pero inmediatamente era consolado por Jesús, por la Virgen María, por su ángel custodio, por San Francisco de Asís y otros santos. Apariciones, quizá más exactamente, visiones de éxtasis, que le sucedían dos o tres veces al día y duraban una o dos horas cada una. En esos éxtasis, el Padre Pío interpelaba a Jesús como sólo las almas sencillas y confiadas se atreven a hacerlo: «¡Jesús, convierte a ese hombre!»; pedía por tal o cual alma que le había sido encomendada. «¿Quieres castigarlo? -preguntaba, refiriéndose a otro-. No, Jesús, castígame a mí. No debes castigarlo. ¿No te he dicho que deseo ofrecermelo por todos?»⁹.

El Padre Pío recordaba su misión de compasión con esta observación casi irónica: víctima expiatoria por todos. Esa estancia en Venafro fue la escena en la que el demonio se desencadenó como nunca lo había hecho. En el período anterior a su regreso definitivo al convento, en 1916, las semanas de tormento fueron las más extrañas, las más cargadas de lo sobrenatural extraordinario. En Venafro, durante un éxtasis, al padre Agostino se le ocurrió llamar a un médico para que examinase al Padre Pío en ese estado. Por dos veces, el 29 de noviembre y el 3 de diciembre, el Dr. Nicola Lombardi, médico de cabecera del convento, asistió a un éxtasis. Dejó un testimonio escrito del mayor interés sobre lo que pudo observar en esas circunstancias tan excepcionales:

«Escuché durante media hora las palabras que dijo en el éxtasis y quise auscultarlo en ese estado. Quedé asombrado al ver que los latidos del corazón estaban en sincronía con los del pulso, quedé asombrado por la vivacidad y la belleza de su rostro». En otra

ocasión, anota: «Hace unos días fui llamado por el propio Padre Pío y observé que estaba de nuevo en el lecho, los ojos abiertos, el rostro sonrosado, la mirada fija como si tuviera algo delante; dirigía la palabra a Cristo, a la Señora y a su ángel de la guarda. El diálogo, más bien soliloquio, era deshilvanado. Duró cosa de media hora en mi presencia y la de los monjes. En ese estado comprobé que el corazón, el pulso, todo estaba fisiológicamente normal. Cuando el diálogo acabó, porque los personajes con quienes hablaba se retiraron, cerró los ojos y se quedó dormido. Si el Padre guardián durante ese estado de sueño, lo llama desde el exterior de la celda sin levantar la voz, como hizo una vez en mi presencia, [el Padre Pío] se levanta, riendo y bromeando como si nada hubiera ocurrido»[10](#).

Más extraordinario aún es que el Padre Pío, que fue moribundo a Venafro, regresó, no curado, pero sí en un estado casi floreciente. Veintiún días de ayuno absoluto, asaltos repetidos del demonio, éxtasis agotadores, habían sido la razón del diagnóstico pesimista del doctor Cardarelli. No se entendía nada. De vuelta a Pietrelcina, al día siguiente, solemnidad de la Inmaculada Concepción, el Padre Pío cantaba la Misa en la pequeña iglesia de Santa Ana «como si nunca hubiera padecido nada», anota el padre Agostino.

Sin embargo, el demonio no lo dejaba en paz. En su primera carta decía: «*Il baffone* [el bigotudo] no quiere reconocerse vencido; pero al mismo tiempo Jesús está con nosotros»[11](#).

Ataques del demonio, presencia de Jesús y de los santos y, desde 1910, como veremos, señales más interiores, más raras del Señor.

LAS SEÑALES DEL SEÑOR

El Padre Pío, sacerdote desde agosto de 1910, víctima ofrecida a Dios, asaltado por el demonio, sin encontrar consuelo más que en la oración y en la celebración de la Misa, tenía, desde esa época de Pietrelcina, un secreto que muy pocas personas conocían: dolores en las manos, en los pies y en el costado correspondientes muy exactamente a las cinco llagas de Jesús crucificado. Estos dolores, primero temporales, eran el anuncio de los estigmas visibles, permanentes y sangrantes que aparecerán el 20 de septiembre de 1918 y durarán hasta su muerte, exactamente cincuenta años.

¿Cuándo comenzó esta estigmatización invisible (dolores internos sin señales exteriores)? Hasta una fecha reciente, quienes han escrito sobre el Padre Pío, que han sido numerosos, han dado fechas contradictorias: 1911, 1914, 1915 o incluso no los mencionaron. Es verdad que el Padre Pío no ha facilitado la tarea de sus futuros biógrafos. No tuvo un diario personal más que durante algunas semanas del verano de 1929. Sólo en las cartas a sus directores espirituales desveló un poco del secreto del Rey. La publicación íntegra de éstas y de otros documentos conocidos recientemente han permitido ahora reconstruir con precisión las etapas de esa configuración con el Señor hasta en la carne.

El 8 de septiembre de 1911, el Padre Pío escribía al padre Benedetto: «Ayer por la noche me sucedió algo que yo no sé ni explicar ni comprender. En medio de la palma de las manos apareció un poco de rojo parecido a la forma de una moneda de un céntimo, acompañado también de un dolor fuerte y agudo en el centro de ese poco de rojo. Ese dolor era más sensible en el centro de la mano izquierda, hasta tal punto que aún dura. Igualmente siento un poco de dolor bajo los pies. Este fenómeno se está repitiendo desde hace casi un año. Pero no os preocupéis si es la primera vez que os lo digo; es que he tenido que vencer una maldita vergüenza. ¡Y aún ahora, si supierais la violencia que he tenido que hacerme para decíroslo! Tendría muchas cosas que deciros, pero me faltan las palabras...»¹².

El Padre Pío indicaba: «el fenómeno se repite desde hace casi un año». Fue, pues, a finales del mes de agosto o a comienzos del mes de septiembre del año 1910 cuando

fueron sentidos los primeros dolores en las manos y en los pies, o sea, algunos días solamente después de ser ordenado. La cronología nos ayuda a comprender mejor el sentido teológico de esos «signos del Señor». El religioso capuchino que lloraba abundantemente cuando meditaba la Pasión del Señor, que aspiraba a ser sacerdote —«otro Cristo»—, una vez revestido del sacerdocio fue más que colmado por su Señor: le fue dado el participar en los padecimientos de Jesús crucificado. Locura a los ojos de los hombres es este amor de compasión (padecer con).

De agosto o septiembre de 1910, fecha de las primeras «señales», al 20 de septiembre de 1918, fecha del éxtasis crucificante que dejará señales sangrantes para toda la vida, el fenómeno se repite varias veces. Pero con registros diferentes, por así decir. Los estigmas fueron primero ocasionales, es decir, no continuamente dolorosos, luego permanentes (a partir de septiembre de 1915, como veremos), aunque siempre invisibles, al final visibles, continuos y sangrantes a partir de septiembre de 1918. Esta progresión en la impresión de los estigmas es una pedagogía divina, como si el Señor hubiera querido habituar lentamente y por grados a su servidor para que sufriera la Pasión en su carne. Pero hay que tener en cuenta otro elemento: los propios sentimientos del Padre Pío. En 1910 y en septiembre de 1911, si creemos la carta citada, cuando los dolores de los estigmas se manifestaban de manera discontinua, eran acompañados de señales visibles en los puntos sensibles (un poco de rojo). No había, pues, aún llaga sangrante, sino sólo el comienzo, una marca. A continuación, hasta septiembre de 1918, esas marcas desaparecieron. El Padre Pío ha dado, involuntariamente, la explicación al responder a una pregunta del padre Agostino sobre su estigmatización aún invisible. El 10 de octubre de 1915, le escribe: «... La primera vez que Jesús quiso honrarme con ese favor, fueron visibles, especialmente en una mano, después, porque mi alma quedaba bastante aterrada por tal fenómeno, rogué al Señor que retirara ese fenómeno visible. Desde entonces ya no ha aparecido; pero si las heridas han desaparecido, no ha desaparecido el dolor muy agudo que se deja sentir particularmente en ciertas circunstancias y en días determinados»¹³.

Podemos concluir de esta carta y del primer testimonio citado que, hasta el 7 de septiembre de 1911, los estigmas, cuando se dejaban sentir con intermitencia se hacían visibles. La marca debía de ser superficial, puesto que desaparecía cuando el dolor cesaba. Después de esa fecha, los dolores de los estigmas continuaron, pero ya no se manifestaron externamente. El Padre Píos decía que esos dolores se dejaban sentir particularmente «en ciertas circunstancias y en días determinados». No concretó nunca de qué fechas determinadas se trataba. Señalemos la extrema discreción del Padre Pío sobre sus estigmas: en su correspondencia sólo hace alusión a ellos ocho veces y, de ordinario, por obediencia, para responder a preguntas de sus directores espirituales. Hasta septiembre de 1918, cuando su aspecto externo y sangrante será visible para todos,

solamente ellos se hallarán en esta confidencia.

Podemos suponer que el Padre Pío debía de sufrir por esos estigmas invisibles en el tiempo del año litúrgico en que se conmemora la Pasión de Cristo: durante la Semana Santa y en especial el Viernes Santo, el 14 de septiembre cuando la Iglesia celebra la Exaltación de la Santa Cruz, el 17 de septiembre cuando los capuchinos y todas las demás Órdenes de la familia franciscana celebran la estigmatización de San Francisco de Asís (que en realidad tuvo lugar el 14 de septiembre). De una carta de 1912 podemos deducir que esos dolores podían manifestarse también en tiempos ordinarios del año, pero en días concretos de la semana. Vale la pena citar el párrafo, porque en él se percibe también la tragedia de un alma que sufre dolorosamente en su carne, aunque sabe quién le envía esa prueba: «Desde el jueves hasta el sábado, como también el martes, para mí es una tragedia dolorosa. Me parece que el corazón, las manos y los pies son atravesados por una espada, tan grande es el dolor que siento...»¹⁴.

Unos meses después, otra carta revela una nueva señal con la que el Señor gratificó al Padre Pío. Era el 23 de agosto y la carta es del 26. Esta vez se trataba de una herida interna, una «herida de amor» como un «dardo de fuego» de lleno en el corazón. Otros grandes místicos conocieron esta visitación del amor divino, visitación dolorosa y suave a la vez. En la iglesia Santa Victoria de Roma, Bernini inmortalizó en el mármol la «Transverberación de Santa Teresa»: un raptó extático, un entero abandono en el querer divino, que el artista ha representado bajo la figura de un ángel que esgrime un dardo. Marta Robin, en el siglo xx, habló de «un fuego ardiente, a veces un fuego exterior, pero sobre todo un fuego interno. Era un fuego que salía de Jesús. Exteriormente yo lo veía como una luz (...) Es una alegría viva, pero es una alegría divina, o más bien es una alegría interior. Es un sufrimiento extremo, insoportable, pero es un sufrimiento muy dulce»¹⁵.

Unos decenios antes que ella, el Padre Pío empleaba expresiones parecidas para contar el incendio de todo su ser por el Amor divino que acababa de conocer:

«Me hallaba en la iglesia dando gracias después de la Misa, cuando de repente sentí que se me hería el corazón por un dardo de fuego tan vivo y tan ardiente que me creí morir. Me faltan las palabras adecuadas para haceros comprender la intensidad de esa llama; soy incapaz de expresarme. ¿Lo cree usted? El alma, víctima de esas consolaciones, queda sin habla. Me parecía que una fuerza invisible me sumergía todo entero en ese fuego... ¡Dios mío, qué fuego! ¡Qué suavidad!»

Según la carta, parece que no sea la primera vez que tal «herida de amor» fuera hecha al Padre Pío, pero en todo caso era la primera vez que hablaba de ello. Añadía, en francés (!): «Mon cher Père, à présent Jésus a retiré son javelot de feu, mais la blessure est mortelle...!»¹⁶.

Varias veces en los años siguientes, el Padre Pío experimentará de nuevo esas

«heridas de amor», amor místico que incendia el alma con una mezcla de suavidad y de dolor, dolores exquisitos.

¿Cómo podría el Padre Pío haber contado a otros esas heridas de amor con las que era gratificado y las señales invisibles de la Pasión de Cristo que había recibido? Con frecuencia, en las cartas a sus directores, le faltan las palabras. En Pietrelcina guardaba secretos esos acontecimientos de su vida interior. A su madre, a quien veía todos los días, no le habló de ninguno de los misterios de su alma. Sólo incidentalmente Mamma Peppa pudo darse cuenta de algunas cosas, que, por lo demás, fueron totalmente incomprensibles para ella.

Desde la infancia lo había visto enfermizo, por así decir extraño, pero siempre dulce y piadoso. Lo había visto partir para el convento, pronunciar sus votos, hacerse sacerdote. Daba gracias a Dios por esas gracias. Por todo lo demás –sus enfermedades extrañamente largas, sus Misas que no terminaban nunca, sus días pasados en oración– ella ponía su confianza en el Señor. Un día –era en la pequeña finca de Piana Romana durante la vendimia– había sorprendido una brizna del secreto del Rey, pero entonces no comprendió su sentido.

Detrás del caserón de piedra, bajo un olmo donde al Padre Pío le gustaba leer y rezar, sus primos le habían construido una cabaña de madera con techo de paja. Durante los meses de verano, el Padre Pío pasaba allí sus días y a veces sus noches. Su madre lo acompañaba en ocasiones a Piana Romana, si así lo necesitaban los trabajos del campo. Ese día, era el 14 de septiembre de 1915, ella fue a la cabaña a llamar a su hijo para que fuera a comer. Vio que agitaba las manos...

—Hijo mío, ¿qué haces? –le preguntó –. ¿Estás ahora aprendiendo a tocar la guitarra?

El Padre Pío miró tiernamente a su madre y con una sonrisa le dijo:

—Algo diferente de la guitarra, Mamma. Si supieras...

Y la madre no trató de saber más.

En realidad, los dolores de los estigmas que el Padre Pío sentía con intermitencia desde septiembre de 1910 se habían manifestado de nuevo ese día y desde entonces no cesaron, aunque todavía invisibles. Señalemos una coincidencia que ningún biógrafo del Padre Pío ha señalado hasta ahora y que permite avanzar una hipótesis. Ese 14 de septiembre de 1915 recuerda necesariamente el 14 de septiembre de 1224 cuando, en el monte Alverno, Francisco de Asís pidió dos gracias: «Señor Jesús, hay dos gracias que os pido me concedáis antes de mi muerte: la primera es que, en lo que sea posible, yo sienta los sufrimientos que habéis debido de padecer en vuestra cruel pasión; la segunda, que sienta en mi corazón, en lo que sea posible, ese amor sin medida que os hace arder a vos, Hijo de Dios, y que os ha llevado a sufrir gustosamente tantas penas por nosotros, miserables pecadores»¹⁷.

A cerca de setecientos años de distancia, en ese mismo día en que la liturgia de la Iglesia celebra la Exaltación de la Santa Cruz, podemos legítimamente suponer que en su oración en Piana Romana el Padre Pío hizo al Señor las mismas peticiones que su padre San Francisco había hecho en la cabaña del Alverno. Sabemos que Francisco de Asís fue escuchado de inmediato y un serafín llameante, con rostro de hombre crucificado, le imprimió en la carne las marcas de la pasión de Cristo. La respuesta del Señor al Padre Pío bien pudo ser la de hacerle sentir en adelante de manera continuada dolores de estigmas que hasta entonces sólo habían sido esporádicos y luego, tres años después, marcárselos en la carne.

En Piana Romana, muchos años más tarde, será edificada una pequeña capilla en recuerdo de ese día memorable en el que los estigmas invisibles se hicieron permanentes.

LA NOCHE OSCURA DEL ALMA

Las gracias místicas de las que acabamos de hablar –«marcas del Señor» concedidas al servidor, dardos de amor, éxtasis, visiones– y que eran lote habitual del Padre Pío en Pietrelcina, sucedían cuando, en esos mismos años, Barba Azul y sus legiones infernales (a veces él los llamaba los Cosacos) no lo dejaban en paz. El demonio intentaba por toda clase de medios impedirle escribir a sus directores espirituales, emborronaba la respuesta de éstos con manchas de tinta o haciendo ilegible la escritura. Para desenmascarar esas jugarretas diabólicas había que recurrir al hisopo, como hemos visto (el agua bendita hacía que reaparecieran las líneas, don Pannullo dará fe de ello varias veces) o escribir en francés, en latín o en griego.

Al comienzo de su estancia en Pietrelcina, el Padre Pío se refugiaba a veces en la Torretta, construida directamente sobre roca. Se accedía a ella por veinte escalones altos. Un techo de tablas inclinado, una pequeña ventana, apenas cinco metros cuadrados de superficie, con un lecho de hierro, una minúscula mesa y dos sillas como único mobiliario. Esta pequeña habitación independiente se parecía mucho a la celda de un convento. En ella el Padre Pío conoció no pocas horas de lucha con el demonio, pero también éxtasis y suaves meditaciones. Y cuántas cartas temblorosas escribió a sus directores en esa habitacioncilla. Tendrá que abandonarla cuando, habiéndose agravado su salud, ya no podrá subir los escalones demasiado altos y numerosos.

En la Torretta, en la casa de Via Salita Castello o en la cabaña de Piana Romana, en cualquier lugar, los años pasados en Pietrelcina fueron un largo combate y un largo itinerario hacia Dios. Cuántos tormentos, luchas contra Satán y contra sí mismo, cuántas gracias. A pesar de los consuelos extraordinarios ya citados, no fue ciertamente un camino fácil. Una carta entre otras, casi desesperada, nos dice el peso de aquella prueba. Era el 1 de abril de 1915: «... El demonio se encarna más que nunca contra la navecilla de mi espíritu. Padre, ya no puedo más, siento que me abandonan las fuerzas; la batalla ha llegado a su última fase, de un momento a otro me parece que me voy a ahogar bajo las aguas de la tribulación»[18](#).

Satán perseguía tanto más al Padre Pío cuanto que éste se negaba a ceder a su

dominio, resistía las tentaciones y las sugerencias diversas inspiradas por el príncipe de este mundo.

Amar y sufrir: tal podría ser el resumen de la vida del Padre Pío en Pietrelcina. Amar y sufrir hasta tal punto que habría podido decir con San Pablo: «No soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí». Nada hay de extraño en que el demonio se desencadene contra un ser humano que se acerca tanto a Cristo hasta identificarse con sus padecimientos. Es bien evidente que, al mismo tiempo, esa identificación con Cristo no se realizó sino por medio de una larga ascesis interior y un lento desprendimiento de sí mismo. Abandonar el hombre viejo, sus pasiones, sus deseos, para revestirse, con la ayuda de Dios, del hombre nuevo.

Un largo texto de esa época nos muestra el trabajo llevado a cabo sobre sí mismo por el Padre Pío y el espíritu con el que fue llevado a buen término. Se trata de un *Breve tratado de la noche oscura del alma*¹⁹: dieciséis páginas manuscritas en la espalda de sobres ya utilizados. Sin duda el Padre Pío no pensaba publicar ese escrito, se trataba más bien de poner en claro las experiencias que vivía, de teorizar en cierto modo y de sintetizar lo que había sido su vida espiritual hasta entonces.

Leyendo ese tratado que describe el itinerario del alma hacia Dios, la vía de purificación que debe seguir para llegar a la unión mística, se piensa necesariamente, tanto en los temas desarrollados como en la forma, en la *Noche oscura* de San Juan de la Cruz o en su gran tratado de la *Subida al Monte Carmelo*.

Esa proximidad espiritual, a cuatro siglos de distancia, entre los dos religiosos místicos no es sorprendente. El Espíritu Santo es unívoco. Si bien cada experiencia espiritual es particular, todas tienden al mismo fin y siguen caminos idénticos. Por otra parte, sabemos que, en esos años de Pietrelcina, el Padre Pío leyó con una avidez que adivinamos los escritos de Santa Teresa de Ávila y, a partir de 1912, los de San Juan de la Cruz (autores, por lo demás, muy olvidados en esta época, incluso en los carmelos).

La lectura de los grandes escritos místicos fue, pues, concomitante con la experiencia en sí mismo de las etapas descritas por esos grandes predecesores y luego siguió, a modo de síntesis, la redacción de un tratado. Giuseppe Pagnossin señala con acierto: «El Padre Pío *vivía* esta doctrina y estaba sumergido en el fenómeno que trataba. Es claro que primero la vivió y luego la expresó».

EL MINISTERIO DE LAS ALMAS

En Pietrelcina, el Padre Pío llevaba una existencia bastante reclusa. Celebraba todos los días la Misa en Santa Ana, ayudaba a veces al arcipreste Pannullo y administraba algunos bautismos, matrimonios y funerales. Manifestaba por carta los tormentos de su alma a sus dos directores espirituales y ordinariamente se confesaba con don Pannullo. Pero no por ello vivía en un universo cerrado, únicamente preocupado de sí mismo. Por lo demás, si hubiera sentido esa tentación, sus visiones le habrían llevado a consideraciones más generales y tan dramáticas como su caso personal.

Así, esa terrible visión del 28 de marzo de 1913 –era Viernes Santo–, que mostraba la existencia de una Iglesia a menudo tibia e indiferente ante la salvación incluso entre sus ministros:

«El Viernes Santo estaba aún en la cama cuando Jesús se me apareció. Estaba en un estado lastimoso y desfigurado. Me mostró un gran número de sacerdotes regulares y seculares, entre los que había diversos dignatarios eclesiásticos; algunos estaban celebrando, otros se revestían los ornamentos sagrados y había otros que se los estaban quitando.

»Ver a Jesús en esa angustia me causó gran pena y quise preguntarle por qué sufría tanto. No obtuve respuesta. Pero su mirada se detuvo en esos sacerdotes; después de un momento, horrorizado y como si estuviera cansado de mirar, volvió la mirada y la posó sobre mí, con gran dolor vi dos lágrimas rodar por sus mejillas. Se apartó de esa multitud de sacerdotes con una expresión de disgusto en su rostro y exclamó: “¡Carniceros!”. Y mirándome dijo: “Hijo mío, no creas que mi agonía duró solamente tres horas, no; estaré en agonía hasta el fin del mundo a causa de las almas que tanto he colmado de favores. Durante el tiempo de mi agonía, hijo mío, no hay que dormirse. Mi alma está buscando unas gotas de piedad humana, pero me dejan solo bajo el peso de la indiferencia. La ingratitud y el sueño de mis ministros me hacen más pesada mi agonía”»[20](#).

Esta visión espantosa de los sacerdotes infieles a su misión es uno de los mensajes repetidos de Dios a sus almas privilegiadas en la época contemporánea. El desarrollo de la impiedad y de la indiferencia religiosa han sido espectaculares, porque, a veces, los

sacerdotes se han mostrado por debajo de su misión en sus costumbres, en su piedad o en el desvío de la doctrina.

La misión del Padre Pío va a ser en gran parte una especie de reto lanzado al racionalismo moderno y a la incredulidad. Va a llevar hasta un punto sublime los misterios de la Misa y de la confesión, los dos sacramentos en los que el sacerdote es más visiblemente «otro Cristo». Va a añadir a ese ministerio tradicional del sacerdote los estigmas que, en su carne, lo identificarán todavía más con Cristo crucificado. Esos estigmas eran una gracia que el Señor le concedía, pero también un testimonio para el mundo: recordar los sufrimientos padecidos por Cristo para la salvación del mundo y defender la eminente dignidad del sacerdocio.

En la defensa de la Iglesia, del sacerdocio, de la religión, el Padre Pío sabrá mostrarse siempre ardiente e intratable. Un episodio que data de la época de Pietrelcina y que él mismo contó a uno de sus hermanos, nos lo muestra bajo una luz inesperada. El que los habitantes del pueblo llamaban amablemente *un santarello nostro* (nuestro pequeño santo) no vivía en las nubes...

El Padre Costantino cuenta:

«Pronto llegaría la siega. En un día muy caluroso, el Padre Pío regresaba a casa hacia el mediodía por un camino bordeado de arbustos. A pesar del aire asfixiante y pesado, llegaba hasta él una gran algarabía. Eran los campesinos, que manifestaban su alegría al ver lo buena que se presentaba la cosecha.

»Desgraciadamente, entre las expresiones de alegría, uno de los campesinos, entusiasmado por la abundancia de grano, dejó escapar una blasfemia contra la Santísima Virgen. El Padre Pío quedó consternado y se indignó. Se hallaba a dos pasos del grupo y localizó al blasfemo, que seguía gritando.

»«En cuanto llegué a su lado –nos contaba el Padre Pío– le di una bofetada con toda la fuerza de mi brazo. Sorprendido, me preguntó: ¿qué mal he hecho? Y yo: ¿no ves que te faltaba poco para volver a blasfemar?»»[21](#).

En aquellos años de Pietrelcina, todo se va colocando en su sitio: el Padre Pío, en la escuela del Señor, probado por la enfermedad y los asaltos del demonio, se preparaba para la gran misión de intercesión entre los hombres y Dios. En una carta muy importante de 20 de septiembre de 1912, trazó por así decir todo el destino futuro de su acción. La oración, escribía, es «el gran negocio de la salvación humana». Esta oración corresponde a cada uno, en el momento presente para aliviar al alma del peso del pecado, en la hora de la muerte para perseverar en «la perseverancia última» de la fe en el momento del cara a cara con Dios, y también afecta a los difuntos por quienes los vivos deben rezar. El sacerdote, en medio de sus fieles en oración, debe ser el dispensador de las gracias divinas a través de los sacramentos y el guía por el camino de la fe. Con sencillez, el Padre Pío escribe: el Señor «me ha escogido también a mí para

ayudarle en el gran negocio de la salvación humana»[22](#).

Esta carta de septiembre de 1912 anticipa de manera sorprendente una de las creaciones más importantes del Padre Pío: los grupos de oración, que se extenderán por todas partes en el mundo a partir de los años 1945-1950, para responder a una llamada del papa Pío XII. La exhortación del papa, consciente de la necesidad urgente de la oración en el estallido del mundo de la posguerra, coincide con esa intuición del Padre Pío, que data de esos años de Pietrelcina.

En su tierra natal, a pesar de su salud más que precaria y de su vida interior atormentada, el joven religioso se preocupaba de los feligreses, aunque no tenía autorización para ejercer un ministerio completo, pues no estaba ligado a un convento ni a una diócesis. «Celebraba Misa todos los días en una u otra iglesia de Pietrelcina. Daba el catecismo a los niños del pueblo, se ocupaba de los monaguillos. Preparaba las ceremonias de las grandes fiestas litúrgicas. Sobre todo, por su trato sencillo y amistoso con sus compatriotas, sembraba la buena palabra y los edificaba con su comportamiento»[23](#).

Todas las ocasiones eran buenas para atraer a los habitantes de Pietrelcina a la oración. En el antiguo barrio del Castello, a la entrada de la calleja Vico Storto Valla que vio nacer al Padre Pío, hay un pequeño frontis sobre la puerta de entrada del número 6. En antiguos azulejos esmaltados están representados San Miguel Arcángel, la Señora de la Libera coronada y San Antonio de Padua, los tres protectores de la ciudad. A menudo, con ocasión de diferentes fiestas marianas del año litúrgico, el Padre Pío iba a ese lugar con sus fieles. En particular los tres últimos días de abril, en preparación de la fiesta de la Virgen coronada, que se celebraba el 1 de mayo, reunía al pueblo de Pietrelcina ante la puerta Madonnella, para rezar el rosario y cantar himnos. En su celda de San Giovanni Rotondo, el Padre Pío conservará siempre una fotografía de la puerta Madonnella y nunca dejará de decir a sus conciudadanos que lo visitaban: «saluda por mí a la **Morgia**».

También en esa época de sus últimos años en Pietrelcina ejerció igualmente su ministerio de almas por medio de la dirección espiritual. Los padres Benedetto y Agostino fueron los primeros que, en sus cartas al Padre Pío, le pidieron consejo acerca de otras almas que ellos dirigían. A partir de junio de 1913, el padre Agostino recurrió con frecuencia a los consejos y a las oraciones de su compañero de Pietrelcina para una persona piadosa de Foggi, Raffaelina Cerase, a la que dirigía espiritualmente desde 1911. Y luego, a partir de 1914, a petición de sus directores, el Padre Pío tomó a su cargo esa alma excepcional. Hasta finales de 1915, entre Raffaelina Cerase, convertida en 1889 después de una juventud agitada, miembro de la Orden Tercera de San Francisco y militante de Acción Católica, y el capuchino de Pietrelcina hubo una larga y voluminosa correspondencia espiritual de un centenar de cartas[24](#). El Padre Pío era un

director de almas exigente. En sus consejos de oración y espirituales se mostraba como maestro que tenía la experiencia de lo que enseñaba. Hasta 1916 no verá por primera vez a su dirigida, que estaba muy enferma, y él mismo le administrará poco tiempo después los últimos sacramentos.

El Padre Pío disfrutaba mucho con esta dirección espiritual que podía ejercer por correspondencia: así podía hacer que otras almas aprovecharan los «tesoros celestiales» y los «beneficios» con los que el Señor lo había colmado. A partir de 1915, otras almas se añadieron a Raffaëlina Cerase. Todas le eran enviadas por sus directores espirituales, que estimaban que esa actividad de dirección espiritual se adecuaba muy bien a la situación excepcional de un monje privado de convento. Incluso después de entrar en San Giovanni Rotondo, el Padre Pío continuará esa correspondencia. El número de sus dirigidas irá en aumento de año en año, hasta llegar a unas treinta²⁵. En septiembre de 1915, el propio padre Benedetto, que sigue siendo el director espiritual del Padre Pío, le pedirá el favor de ser dirigido por él. El Padre Pío no tenía aún treinta años, pero su conocimiento de las cosas espirituales no era solamente intelectual. Él, a quien le habían sido revelados los secretos del Rey y que había experimentado todos los estados posibles del alma, podía compartir un poco de los «tesoros del Cielo» con otras almas.

¹ Jean Guitton, «Padre Pío», en *La Croix*, 3-10-1968.

² Texto mecanografiado reproducido en F. Chiocci-L. Cirri, *padre Pio, storia d'una vittima*, o. c., t. III, p. 19.

³ Carta de 8 de septiembre de 1911 al padre Benedetto, *Epistolario*, t. I, p. 234.

⁴ Carta de 21 de marzo de 1912 al padre Agostino, *Epistolario*, t. I, p. 265.

⁵ Carta de 18 de enero de 1912 al padre Agostino, *Epistolario*, t. I, p. 252.

⁶ Carta de 29 de noviembre de 1910 al padre Benedetto, *Epistolario*, t. I, p. 206.

⁷ Carta del padre Benedetto al Padre Pío, de 27 de junio de 1911, *Epistolario*, t. I, p. 228.

⁸ Adolfo Tanquerey, *Compendio de Teología ascética y mística*.

⁹ Padre Agostino da San Marco in Lamis, *Diario* (inédito), citado en padre Fernando da Riese Pio X, o. c., pp. 82-83.

¹⁰ Testimonio publicado en Alessandro da Ripabottoni, *Dietro le sue orme. Guida storico-spirituale ai luoghi di Padre Pio*, ediciones «Voce di Padre Pio», 1979, pp. 120-121.

¹¹ Carta de 16 de diciembre de 1911 al padre Agostino, *Epistolario*, t. I, p. 244.

¹² Carta al padre Benedetto del 8 de septiembre de 1911, *Epistolario*, t. I, p. 234.

¹³ Carta del 10 de octubre de 1915 al padre Agostino, *Epistolario*, t. I, p. 669.

¹⁴ Carta del 21 de marzo de 1912 al padre Agostino, *Epistolario*, t. I, p. 266.

¹⁵ Sobre Marta Robin ver el ensayo inigualable de Jean Guitton *Portrait de Marthe*

Robin, Grasset, 1985.

[16](#) «Querido Padre, ahora Jesús ha retirado su venablo de fuego, pero la herida es mortal». Carta de 26 de agosto de 1912 al padre Agostino, Epistolario, t. I, p. 300.

[17](#) Texto citado por Ivan Gobry, Saint François d'Assise et l'esprit franciscain, Seuil, 1971, p. 51.

[18](#) Carta del 1 de abril de 1915 al padre Benedetto, Epistolario, t. I, p. 549.

[19](#) El manuscrito de este texto está reproducido por Giuseppe Pagnossin en su enorme y riquísima colección de documentos: Il Calvario di Padre Pio, 1978 (fuera de comercio), t. I, pp. 764 y ss.

[20](#) El Padre Pío no cuenta esta visión sino diez días más tarde, en una carta del 7 de abril de 1913 al padre Agostino, Epistolario, t. I, pp. 350-352.

[21](#) Padre Costantino Capobianco, Paroles et anecdotes de Padre Pio, Résiac, 1986, pp. 8-9.

[22](#) Carta de 20 de septiembre de 1912 al padre Agostino, Epistolario, t. I, pp. 303-304.

[23](#) Padre Jean Derobert, o. c., p. 144.

[24](#) Esta correspondencia está contenida en el tomo II del Epistolario, 1979, 583 páginas.

[25](#) Las cartas a sus hijas espirituales (1915-1923) están recogidas en el tomo III del Epistolario, 1982, 1.173 páginas.

CAPÍTULO 4

SAN GIOVANNI ROTONDO

Los superiores del Padre Pío no dejaban de preocuparse por ese joven religioso siempre enfermo, que no podía llevar la vida conventual corriente. Durante esos años, su director espiritual era también su superior inmediato en la provincia, lo cual facilitaba las cosas¹. Pero en la Orden capuchina un Provincial no ejerce nunca una autoridad en solitario. Unos «definidores» lo asisten en la administración de los conventos de la provincia. También debe rendir cuentas a su superior inmediato, el Ministro General de la Orden, que reside en Roma.

El Capítulo General de la Orden capuchina se reunió en Roma, del 18 al 23 de mayo de 1914, para proceder a la elección de un nuevo Ministro General. El padre Benedetto participó en ese Capítulo en tanto que Superior de la Provincia monástica de Foggia. El Padre Venanzio da Lisle-en-Rigault, un francés, fue elegido Ministro General. En ese Capítulo, en el que fueron examinadas diversas cuestiones relativas a la Orden, ¿se hizo referencia al caso del Padre Pío? Es probable, si no en las reuniones solemnes, al menos con ocasión de una u otra de las conversaciones particulares, que son los verdaderos momentos de decisión en el medio eclesiástico.

Ya un año antes, el antiguo Ministro General le hizo saber al padre Benedetto que «no veía con buenos ojos una estancia tan prolongada en el siglo». Según él, era preferible que el Padre Pío quedara en simple sacerdote y que, por un breve del Papa, obtuviese la dispensa de los votos religiosos. Informado el Padre Pío, preocupado y de ninguna manera dispuesto a abandonar el hábito capuchino, pidió a sus superiores que tuvieran un poco más de paciencia. Esperaba que mejoraría su estado de salud y le permitiría regresar a un convento.

A comienzos de junio, algunos días después de la reunión del Capítulo General en Roma, recibió la orden, del Superior Provincial reunido con los cuatro definidores, de ir al convento de Morcone. Estuvo en él solamente cinco días. Su salud se había agravado de repente y tuvo que volver a Pietrelcina. Hasta el 18 de junio no pudo explicar al padre Benedetto ese nuevo fracaso de reintegrarse al convento:

«En los cinco días que pasé en Morcone me vi reducido a un estado bastante lamentable. Esta nueva recaída, querido Padre, me ha trastornado toda la persona y lo más afectado fue el pecho. Me duele continuamente y me tiene en una agonía prolongada. En algunos momentos, el dolor que me produce es tan grande que me parece como si se me fuera a parar la vida»².

Nada más poner los pies en el convento de Morcone, donde había hecho el noviciado, su salud se deterioró de repente. Esa alma que tanto confiaba en Dios tenía de qué desesperarse. ¿Sería aquello una nueva jugarreta del demonio para impedirle seguir con su vocación de religioso? En cualquier caso, el Padre Pío vivió esa nueva contrariedad como una prueba dolorosa. «Estoy abatido y humillado», escribió al padre Agostino pocos días después de regresar a Pietrelcina. «Casi me dan ganas de desear la muerte», añadía.

EL PADRE PÍO BAJO LAS BANDERAS

A estos tormentos físicos y espirituales vino a añadirse, a partir de aquel año 1914, la terrible guerra que empezó a ensangrentar a Europa. Los horrores de la guerra causaron a su alma «una desolación extrema». Cuando el papa Pío X desapareció el 20 de agosto, a los pocos días del comienzo de las hostilidades, el Padre Pío saludó en él «a un alma verdaderamente noble y santa, como Roma no tuvo nunca otra». Es sabido que el santo papa se había ofrecido como víctima a Dios para evitar a la humanidad el flagelo de la guerra. El Padre Pío consideró a Pío X como «la primera, la más grande y la más inocente víctima de la guerra fratricida que nos ensordece con el fragor de las armas y de los ejércitos y llena de terror a toda Europa»³.

Italia no intervino en el conflicto mundial hasta mayo de 1915. Los conventos capuchinos empezaron entonces a quedar vacíos, todos los religiosos en edad de llevar las armas fueron movilizados, casi siempre como capellanes o en los servicios sanitarios. El 6 de noviembre de 1915, el Padre Pío fue llamado bajo la bandera. Se presentó en el centro de reclutamiento del distrito de Benevento. Durante su larga estancia en Pietrelcina, su salud apenas si había mejorado. El capitán médico que lo examinó creyó diagnosticar una tuberculosis y lo envió en observación al hospital militar de Caserta, cerca de Nápoles. Era la primera vez que se había hecho un diagnóstico tan concreto de la larga enfermedad que aquejaba al Padre Pío.

Permaneció unos diez días en Caserta. Cuando un coronel médico lo examinó, lo hizo de manera expeditiva. Italia necesitaba hombres y no era cuestión de ser exigente para prestar servicio en una compañía de sanidad. «El bruto, escribirá el Padre Pío a su director espiritual, ni siquiera me dejó exponerle mis males. Y cuando abrí la boca para decirle mis dolores, me cortó brutalmente en seco y me dijo:

—Todo va bien, ya lo verá usted con sus nuevos superiores.

El Padre Pío fue declarado apto para el servicio.

A finales de noviembre volvió a Pietrelcina para esperar su hoja de ruta. Por fin, el 5 de diciembre recibió su destino: debía presentarse en la 10ª compañía de sanidad en Nápoles. Partió al día siguiente. Nada más llegar al gran hospital militar de la ciudad,

pidió que lo examinara un médico, haciendo valer que su estado de salud no le permitía hacer el período de instrucción obligatorio para todos los reclutas. El oficial de servicio, comprensivo y quizá menos anticlerical que el coronel médico de Caserta, lo dispensó de llevar el uniforme militar y le permitió alojarse y comer en el exterior, mientras no pasara la consulta médica solicitada. El 17 de diciembre, varios médicos lo examinaron y se opusieron a su incorporación. Habían localizado «una infiltración en los pulmones» y le concedieron un permiso extraordinario de un año para la «convalecencia». El día 18, el Padre Pío estaba de nuevo en su querido Pietrelcina, reemprendiendo la vida que ya hemos relatado.

EL CONVENTO DE FOGGIA

Libre provisionalmente del servicio militar a finales de aquel año de 1915, el Padre Pío había pedido como nuevo favor ingresar otra vez en un convento. A doña Cerase, una de sus hijas espirituales, le escribía por entonces: «Mi posición fuera del claustro ensombrece toda mi vida». El deseo de volver a una vida religiosa en comunidad era más apremiante, estaba cansado de esa soledad impuesta por su estado de salud.

La guerra había dejado vacíos numerosos conventos. Visitando como Provincial el convento de Foggia casi desierto, el padre Benedetto tuvo la idea de enviar a él al Padre Pío. En Foggia vivía doña Cerase. Su estado de salud era muy precario. Padecía un cáncer y, según los médicos, tenía los días contados. La llegada del Padre Pío a Foggia era, pues, doblemente beneficiosa: él podría quizá renovar definitivamente la vida religiosa y Raffaolina Cerase encontraría un último consuelo en la asistencia de su director espiritual.

Así pues, el 17 de febrero de 1916, el Padre Pío fue a Benevento por orden del padre Benedetto. El padre Agostino le esperaba y ambos prosiguieron el viaje en tren hasta Foggia, a unos cien kilómetros de allí. Dejaban la Molise y la Campania, amables y onduladas, por Apulia, región más árida y desértica. ¿Era aquélla una marcha definitiva? El padre Benedetto y el padre Agostino habían presentado esa ida a Foggia como un viaje y el Padre Pío pensaba que se trataba sólo de una breve estancia... Cuando llegó al convento de Santa Ana, en Foggia, el padre Benedetto le dijo que se iba a quedar allí para siempre. Le pidió «en nombre de la santa obediencia» y «como un sacrificio» que se mantuviera en ese convento a toda costa. De hecho, podemos considerar que a partir de esa fecha el Padre Pío emprendió una vida religiosa normal.

La primera finalidad de su ida a Foggia había sido asistir a su dirigida doña Cerase, que estaba a punto de morir. La misma tarde de su llegada, acompañado del padre Agostino, se dirigió a casa de la enferma. Dos años de correspondencia espiritual los había acercado más que si se hubieran visto con frecuencia, así es que su primer cara a cara fue «el encuentro de dos almas que se conocían desde hacía mucho tiempo en el Señor». Desde entonces, el Padre Pío visitó a la enferma diariamente y conversaban

durante dos o tres horas sobre temas espirituales. A veces, celebraba la Misa en la capilla del palacio Cerase. Esta asistencia regular a doña Cerase duró más de un mes. Una anécdota, contada por el padre Agostino, que fue testigo de ello, es significativa de la unión espiritual que se había establecido entre el director y su dirigida en agonía:

«Contado por el muy reverendo padre Agostino da San Marco in Lamis.

»Acompañó un día al Padre Pío a casa de Raffaolina Cerase, esa criatura santa que estaba enferma. El Padre Pío entró en la estancia de Raffaolina, mientras el padre Agostino esperaba en la habitación de al lado. De pronto, oyó que el Padre Pío y Raffaolina hablaban en voz alta, como si estuviesen enfadados

»Más tarde, cuando Raffaolina se marchó al paraíso, el padre Agostino preguntó al Padre Pío:

—Oye, Pío, ¿por qué aquella última vez hablabais tan alto?

—Nos peleábamos —respondió el Padre Pío— porque ambos queríamos morirnos antes que el otro; viendo que yo no quería ceder, ella me convenció diciendo: “Padre, deje que me muera yo primero y ya verá usted lo que sabré hacer desde el paraíso”»⁴.

Fue doña Cerase quien murió antes, pues lo esencial de la misión del Padre Pío quedaba aún por hacer. Las circunstancias de su muerte, el 25 de marzo de 1916, fueron ocasión de otra manifestación extraña, contada a veces inexactamente por diversos autores, pero que ahora ya se puede establecer de manera más precisa merced al testimonio del superior del convento en el que vivía el Padre Pío. Había ido a visitar a Raffaolina Cerase la tarde del día 24, en compañía del Padre Pío. Doña Cerase estaba muy mal. Antes de marcharse y dejarla que descansara un poco, cuenta el Padre Nazareno d'Arpaise, «le administré la absolución *in artículo mortis* y nos fuimos al convento. A las 4 de la madrugada oí que llamaban a mi puerta, me levanté a toda prisa y vi a un hombre que me pedía cuatro candeleros para colocarlos alrededor del cadáver de la terciaria muerta. Fui de inmediato a ver al Padre Pío para decirle el fallecimiento de nuestra buena terciaria, pero él, sin inmutarse, me respondió: «La he asistido; ha ido directamente al paraíso». Creo que el Padre Pío fue a asistirle por una prodigiosa bilocación»⁵.

De las memorias del Padre Nazareno sobre los siete meses pasados por el Padre Pío en el convento de Santa Ana, se pueden conocer otros muchos hechos extraordinarios que, más allá de su espectacularidad, manifiestan una pedagogía divina.

Al acoger en su convento a este religioso tan poco corriente, a propósito de quien se contaban ya tantas historias, el Padre Nazareno había temido por la salud de los hermanos ancianos que vivían en el convento medio vacío. Al Padre Pío se le creía tuberculoso. Tenía miedo de que esa enfermedad se contagiara a toda la comunidad. En los primeros días de su llegada, le preguntaron al Padre Pío acerca del peligro del contagio y éste contestó ante el asombro de todos: «Esta enfermedad, por una gracia

especial del Señor, no se contagia». Y el Padre Nazareno señala también que «el Padre Pío estaba siempre contento y bromista». Lo que asimismo era sorprendente.

Las pruebas físicas y espirituales no faltaron. Primeramente, inexplicables y repentinos accesos de fiebre: el termómetro indicaba a veces 41 grados e incluso más y luego bajaba de pronto sin motivo aparente en muy poco tiempo. Del Petre, médico del convento, acudía a la cabecera de ese extraño enfermo y sólo podía diagnosticar una enfermedad infecciosa de los pulmones y mandar que estuviera en cuarentena. Convocó a un colega, el Dr. Tarallo, el cual confirmó el diagnóstico sin encontrar explicaciones satisfactorias a esas grandes variaciones de fiebre.

Más extrañas todavía fueron las manifestaciones diabólicas de que fue escenario el convento de Santa Ana. El Padre Paolino de Casacalenda, que entonces era el guardián del convento Santa Maria delle Grazie de San Giovanni Rotondo y que con frecuencia fue huésped del de Foggia en aquel tiempo, ha dejado en sus memorias un testimonio muy concreto acerca de esos acontecimientos extraordinarios.

El Padre Pío tomaba sus comidas rara vez en comunidad. Mientras sus hermanos estaban en el refectorio, él permanecía la mayor parte del tiempo en su celda; su salud le obligaba a acostarse muy pronto y en todo caso su alimento se había reducido a muy poca cosa desde hacía tiempo. En los primeros días de su llegada a Foggia, todas las noches a la hora de la cena una formidable detonación proveniente de la celda del Padre Pío sacudía el convento. La primera vez, todos acudieron a su habitación, que se hallaba en el primer piso. Lo encontraron «en la cama, con el rostro muy pálido y mostrando las señales de las tentaciones padecidas, postrado sin fuerzas, hasta el punto de no poder articular palabra y tan empapado de sudor que, cuando le ayudaron a cambiar de camisa, parecía como si acabaran de meterla en un cubo de agua»⁶.

«Éstos», como decía a veces el Padre Pío para designar las legiones infernales, iban con regularidad a atormentarle, perseguirle, pegarle hasta hacerle sangre y se producía un estrépito espantoso en el convento. Satán no estaba de ningún modo dispuesto a permitir que el Padre Pío encontrara una vida religiosa normal ni que estuviera en el monasterio. Quería llevarlo a la desesperación y al desaliento.

Una noche, fue un prelado, Mons. d'Agostino, obispo de Ariano Irpino, quien mientras cenaba con los hermanos del convento, que le habían invitado, oyó el estrépito infernal. Se asustó tanto que no quiso dormir solo en una celda y se marchó rápidamente. Estos fenómenos perturbaban la vida del convento y, si bien los hermanos se acostumbraban más o menos a ellos, el rumor empezaba a extenderse en el exterior. En la pequeña ciudad de Foggia se comentaban los hechos extraños que tenían lugar en el convento capuchino. Tanto es así, que el padre Benedetto, en cuanto superior provincial y director espiritual del Padre, tuvo que intervenir cerca de éste. Le pidió, con un admirable sentido común teológico, que se pusiera fin al estruendo demoníaco: puesto

que el Señor permitía que los demonios se encarnizaran con él, el Padre Pío no tenía más que rogar al Señor que hiciera cesar esos ruidos espantosos que perturbaban a las almas sencillas. El Padre Pío pidió esa gracia al Señor y la obtuvo. De la noche a la mañana, las detonaciones, ruidos de cadenas y sacudidas diversas cesaron, pero no, desde luego, los asaltos del demonio... «El Príncipe de este mundo» no estaba dispuesto a abandonar en un momento en que el Padre Pío iba a conocer el convento que lo acogería hasta su muerte. Valía la pena que el adversario estorbara con esas intervenciones espectaculares la gran misión que durante cerca de medio siglo iba a emprender el Padre.

EN SAN GIOVANNI ROTONDO

En ese momento de la vida del Padre Pío, el Padre Paolino da Casacalenda fue el instrumento de la Providencia. El Padre Pío acababa de cumplir veintinueve años. Hasta entonces, su vida religiosa había sido ampliamente contrariada por una salud precaria, una enfermedad que, a fuerza de ser duradera y extraña en ciertas manifestaciones, se había hecho misteriosa. Los cinco años y medio pasados en Pietrelcina después de su ordenación no habían sido inútiles, puesto que estuvieron llenos de gracias mezcladas con pruebas saludables, pero el futuro del joven religioso se presentaba bien sombrío. ¿Iba a permanecer en ese convento de Foggia toda su vida, siendo presa de fiebres extrañas y de ataques incesantes del demonio? ¿Para eso lo había llamado el Señor a seguir en el camino franciscano? Sin abandonar la esperanza, el Padre Pío no dejaba de esperar una nueva luz por parte del Señor.

En esas circunstancias, el Padre Paolino fue el mensajero de la voluntad divina. El convento de Foggia estaba dedicado a Santa Ana, la madre de María. El 26 de julio, día de su fiesta, se celebraba con solemnidad. El 26 de julio de 1916, el Padre Paolino bajó de San Giovanni Rotondo para celebrar a su santa patrona con sus hermanos. Encontró al Padre Pío muy debilitado, soportando con dificultad el excesivo calor del verano. Entonces, le invitó a que fuera a pasar algunos días en su convento. A unos seiscientos metros de altura, dominando el promontorio del Gargano que se asoma al mar Adriático, San Giovanni Rotondo podría ofrecer al pobre religioso un aire más fresco que la tórrida y encajonada Foggia.

El Padre Pío dudó en aceptar el ofrecimiento de su hermano. ¿Debería antes tener la autorización del provincial para ese desplazamiento? El Padre Paolino le dijo que, en el caso de conventos cercanos, como eran el de Foggia y el de San Giovanni Rotondo –los separaban unos treinta kilómetros–, bastaba con el acuerdo de los padres guardianes. El Padre Pío aceptó la invitación.

Después de atravesar una llanura cubierta de olivos y de campos de trigo, la subida del monte Gargano fue más difícil y más pintoresca. Un camino lleno de curvas dio buen trabajo a los asnos que llevaban a los dos religiosos. La hermosa llanura agrícola se iba

abriendo poco a poco a la mirada de los viajeros. La belleza salvaje de aquel lugar le gustó al Padre Pío. Llegados a San Giovanni Rotondo, tuvieron que tomar un camino muy malo, de unos dos kilómetros, hasta el convento. Éste era una pobre construcción perdida en un desierto de piedras, de hierba pobre y de árboles escasos. A veces soplaba un viento marino que hacía al aire más respirable que en el horno de Foggia. Pronto el Padre Pío se encontró mejor. Se habría quedado allí siempre, pero un religioso no decide él solo de su vida. Tenía que pedir al superior provincial el permiso para cambiar de convento.

Al cabo de ocho días, regresó a Foggia y el 13 de agosto escribió al padre Benedetto que lo autorizara a «pasar un poco de tiempo en San Giovanni Rotondo, donde Jesús me asegura que estaré mejor». El 17 le llegaba la autorización para abandonar Foggia. El 4 de septiembre por la noche regresaba al convento de San Giovanni Rotondo. Ya no lo abandonaría durante cincuenta y dos años, hasta su muerte, salvo algunas raras ausencias.

El nombre de San Giovanni Rotondo viene de una antigua capilla en forma de rotonda dedicada a San Juan Bautista. Esta capilla sustituyó a un templo pagano dedicado a Jano Bifronte, templo cuyas puertas, según estuvieran abiertas o cerradas, anunciaban la paz o la guerra. La región estuvo ya habitada en la época neolítica, como evidencian las piedras talladas encontradas en las cuevas de los alrededores. Los primeros en fijarse en esa región abandonada fueron sin duda, en la era cristiana, peregrinos que regresaban del antiguo santuario del Monte Sant'Angelo. Este santuario, a unos treinta kilómetros de allí, fue durante mucho tiempo como una avanzadilla de la civilización cristiana en un promontorio del Gargano desierto y como separado de la península italiana.

Monte Sant'Angelo es el más antiguo lugar de la cristiandad dedicado al arcángel San Miguel y, también, una de las más antiguas peregrinaciones de Occidente. Su historia es bella. En 490, un toro se escapó del rebaño de Elvio Emmanuele, señor del monte Gargano. Después de buscarlo durante muchos días, el animal fue encontrado arrodillado ante una cueva. Nadie podía acercársele. Una flecha arrojada contra el animal, se volvió contra el que la había disparado. La *Leyenda dorada* nos relata la continuación: «Los habitantes, asustados, fueron a ver al obispo y le preguntaron su opinión sobre una cosa tan extraña. Éste ordenó tres días de ayuno y les dijo que le preguntaran a Dios la explicación. Después de esto, San Miguel se apareció al obispo y le dijo: «Sabéis que ese hombre ha sido herido con su dardo por voluntad mía: pues soy el arcángel San Miguel que, con el designio de habitar en este sitio sobre la tierra y guardarlo seguro, he querido dar a conocer por este signo que soy el inspector y el guardián de este lugar». Entonces, el obispo y todos los habitantes fueron en procesión a la montaña»⁷.

No obstante, el obispo no se atrevió a dedicar de inmediato la gruta al culto cristiano, como lo había pedido el arcángel, y regresó a la ciudad de Siponto (hoy Manfredonia, a veinte kilómetros de allí, a la orilla del mar. No fue sino hasta la tercera aparición del arcángel, en 493, cuando se decidió a entrar en la gruta seguido de sus fieles. A la entrada de la caverna fue levantada una iglesia. Desde entonces es un lugar de oración y de peregrinaciones ininterrumpidas.

Ya se venga de Roma, de Nápoles o del norte de Italia, los caminos que conducen al santuario pasan necesariamente por la meseta del Gargano. Así pues, San Giovanni Rotondo se desarrolló después del nacimiento de la célebre peregrinación. A lo largo de la historia, papas, numerosos santos, emperadores, reyes, han acudido a recogerse en la gruta del arcángel.

Cuando, en 1216, San Francisco de Asís fue en peregrinación al Monte Sant'Angelo, pasó tanto a la ida como al regreso por San Giovanni Rotondo. La tradición cuenta que, para agradecer su hospitalidad a los habitantes, bendijo un lugar apartado del pueblo y predijo que allí se levantaría un día un convento. Exactamente setecientos años más tarde, el Padre Pío, el más célebre de los hijos de San Francisco, llegaba a ese pueblo perdido de la Apulia. Desde el convento, que tenía tres siglos y medio de edad, asombraría al mundo entero por la misión misteriosa que Dios le iba a confiar.

En 1540, cinco capuchinos se habían instalado por primera vez en San Giovanni Rotondo, en el lugar mismo que bendijo San Francisco. Única riqueza de esos monjes mendicantes: un cuadro del siglo xiii representando a la Madonna y considerado como milagroso. Un campesino sacrificó su viña para que los monjes pudiesen instalarse. El pueblo les construyó una casa y después una iglesia. En 1624, un terremoto destruyó los edificios. Los capuchinos no se desanimaron. El convento fue restaurado en 1629 y, el 5 de julio de 1676, fue solemnemente consagrada la pequeña iglesia Santa Maria delle Grazie, que está adosada a él y que todavía hoy puede verse. En esta capilla conventual es donde el Padre Pío confesó durante unos cincuenta años, celebró misa y sufrió en su carne la imitación de Cristo.

El convento de San Giovanni Rotondo fue cerrado una primera vez en 1810. Murat, rey de Nápoles, había decidido suprimir las órdenes religiosas, consideradas demasiado hostiles a las tropas de ocupación francesas. El monasterio fue transformado en cuartel. Hasta la caída del Imperio y cuando se marcharon los franceses, los habitantes del pueblo albergaron a los monjes. El 31 de diciembre de 1866 fueron de nuevo prohibidas las órdenes religiosas. Todos los conventos fueron cerrados y pasaron a propiedad del Estado. Otra vez los capuchinos se refugiaron en casas de los habitantes del pueblo y el monasterio fue convertido en convento de mendicidad. Durante esos años difíciles, la vida religiosa de San Giovanni Rotondo se concentró alrededor de la iglesia parroquial, San Nicolás, y del clero secular: quince canónigos y su arcipreste.

Hasta 1909, el convento de Santa Maria delle Grazie no abrió sus puertas. Cuando el Padre Pío llegó a San Giovanni Rotondo, hacía poco tiempo que la situación religiosa se había normalizado. Los capuchinos convivían con una población en su mayor parte campesina. El burgo contaba ya en aquella época siete mil u ocho mil habitantes; pero ni la industria ni la electricidad le otorgaban ese toque de modernidad del que podía enorgullecerse su gran vecina Foggia. En las planicies, los campesinos cultivaban una tierra ingrata, criaban ovejas y, los más pobres, descendían a la llanura para trabajar en los latifundios.

En esa tierra hosca, aislada por la nieve durante una parte del año, el convento y los monjes se hallaban cortados más aún de toda vida moderna. Un único camino de piedras, de unos dos kilómetros, permitía mantener algún contacto con el burgo. Los recursos del convento eran escasos: el estipendio de misas que los seis sacerdotes del convento recibían y la colecta que tres hermanos laicos hacían durante el año. Por turnos, según la tradición de la Orden, los hermanos recorrían la comarca, montados en un burro, y mendigaban en las granjas un poco de trigo, de aceite, de aceitunas. El huerto del convento completaba esas limosnas. El monasterio tenía mucha necesidad de ello, pues albergaba también un *collegetto*, un pequeño colegio donde recibían formación muchachos que se preparaban para entrar en la Orden.

El agua potable y la electricidad faltaban también en el convento, como en toda la comarca. El lugar era caliente en verano y frío en invierno. ¿Soportaría el Padre Pío esas difíciles condiciones de vida? En noviembre de 1916, dos meses después de la llegada del Padre Pío a San Giovanni Rotondo, el padre Benedetto fue a visitarlo. Comprobó que su dirigido parecía satisfecho con su nueva residencia. A algunos hermanos que se habían preocupado por el riesgo de contagio de su enfermedad, el Padre Pío les respondió, con una sencillez y una firmeza que les impresionaron: «Mi enfermedad no es como las otras». Sus superiores decidieron mantenerle definitivamente en San Giovanni Rotondo y confiarle el cargo de director espiritual y de maestro en el *collegetto*, cargo que conservó hasta 1931.

EL DIRECTOR DE ALMAS

Esta nueva vida no perturbaba su existencia, sino que le daba profundidad. El Padre Pío no sabía que allí iba a empezar su gran misión, que las multitudes iban a acudir a él, que iba a confesar durante miles de horas, convertir a centenares de personas y recibir en breve los estigmas visibles de la Pasión de Cristo.

Desde su llegada al convento perdido en el Gargano, los tormentos no habían desaparecido como por encanto. Sufrimientos físicos y desolación espiritual eran cotidianos. Pero estaba encargado de las almas y a ellas se debía, cualquiera que fuese su estado. Lo que en primer lugar cuidaba eran los alumnos del colegio seráfico, los exhortaba, los confesaba. Sabía mostrarse severo y a veces daba un par de bofetadas a un granujilla turbulento, pero también –como lo cuentan sus alumnos antiguos– sabía compartir sus juegos y sus paseos. Un día de ese primer año en el convento, llevó a todos sus alumnos al santuario de San Miguel arcángel. El viaje se hizo en carros prestados por los campesinos de San Giovanni Rotondo. Aquella peregrinación quedó en el recuerdo de todos como un momento extraordinario.

Otro cargo que tuvo muy ocupado al Padre Pío desde los primeros tiempos de su llegada fue la dirección espiritual. Dirección espiritual por correspondencia, que fue aumentando, pero también la dirección espiritual de un primer grupo de mujeres piadosas del pueblo, que acudían todas las mañanas para asistir a la misa del Padre.

Esas primeras discípulas, una docena, tomaron la costumbre de reunirse dos veces por semana en la hostelería del convento, el jueves y el domingo. El Padre Pío, con la autorización de su superior, les daba una charla sobre la perfección o sobre las parábolas del Evangelio. La dirección espiritual que ejercía se apoyaba en cinco obligaciones: la confesión semanal, la comunión diaria, la lectura espiritual, el examen de conciencia por la noche y la meditación dos veces al día con la frente contra el suelo.

—La meditación –les explicaba– es la clave del progreso en el conocimiento de sí mismo y en el de Dios, y permite alcanzar la finalidad de la vida espiritual, que es la transformación del alma en Dios.

Rachelina Russo, Lucia Fiorentino, Filomena Fini, Nina Campanile, fueron de las

primeras hijas espirituales del Padre Pío.

La piedad del joven religioso y su fama de maravilloso, que comenzaba ya a rodearlo, habían atraído a estas mujeres piadosas de San Giovanni Rotondo. No tardaron en comprender hasta qué punto era exigente pertenecer a su escuela. A una de ellas, a la que había extrañado el consejo de la confesión frecuente, el Padre Pío le respondió con su estilo de hacer evidentes y sencillas las cosas de la vida espiritual:

—La confesión es el baño del alma. Hay que hacerlo al menos cada ocho días.

EL PADRE PÍO, CON UNIFORME

El Padre Pío iba a ser apartado un tiempo de ese apostolado de las almas por un breve retorno a la vida militar. El 16 de diciembre de 1916 acabó el permiso de convalecencia y hubo de presentarse de nuevo en el cuartel de su compañía de Nápoles. Marchó del convento a comienzos del mes y esperó la orden de incorporación en la casa paterna.

Su estado de salud apenas si había mejorado y por eso esperaba que lo dieran definitivamente de baja. El 30 de diciembre pasó la revisión médica. De inmediato, y dado su lamentable aspecto, le concedieron seis meses más de convalecencia. El 2 de enero, los médicos militares escribieron en su ficha: «infiltración pulmonar» y «catarro bronquial». Cualquiera se habría preocupado por este diagnóstico alarmista y por esa enfermedad que parecía no ser superada nunca. Por el contrario, él se alegró: *Deo gratias!*, escribió aquel mismo día al padre Benedetto. Iba a poder reintegrarse a su querido convento. Solamente le concedían una prolongación de la convalecencia y no una licencia definitiva, pero en esa misma carta no ocultaba su contento: «¡Paciencia!, más vale esto que nada». Aquella misma noche abandonaba el cuartel y al día siguiente fue al santuario mariano de Pompéi para dar gracias a la Virgen por esta nueva gracia.

Apenas regresó a San Giovanni Rotondo, cayó enfermo de repente y tuvo que guardar cama durante unos diez días. La fiebre era tan alta que estallaban los termómetros corrientes (sólo llegan a 42°). El guardián del convento, el padre Paolino da Casacalenda, fue a buscar un termómetro de baño y –como ha contado en sus *Memorias*– tomó de nuevo la temperatura al enfermo: «Mi extrañeza fue extraordinaria cuando, al retirarle el termómetro, vi que la pequeña columna de mercurio había alcanzado los 52°... ¡Cincuenta y dos grados! Miré con gran preocupación al enfermo. En apariencia, sólo mostraba una gran debilidad. Le puse la mano en la frente: en vez de estar ardiendo, estaba fresca y tenía el color de quien no tenía fiebre»⁸.

El médico, llamado con urgencia, comprobó lo mismo y se limitó a recetar medicamentos para una fuerte gripe. Nueve días más tarde, el Padre Pío estaba en pie y reemprendió sus actividades. ¿Cómo explicar esas repentinas subidas de fiebre, no

nuevas, pero no ordinarias? Numerosos autores señalan este extraño episodio, sin situarlo con exactitud, pero limitándose a presentarlo como un hecho misterioso más, inexplicable. En realidad, este fenómeno de extrema temperatura del cuerpo, por muy asombroso que sea, puede ser referido ciertamente a ese *Incendium amoris* (incendio de amor) del que hablan muchos místicos: el Amor divino que abrasa verdadera y literalmente a las almas que se han entregado a Él. En la vida de santa Catalina de Génova, de santa María Magdalena de Pazzi o de san Felipe Neri encontramos episodios como éste. El confesor de santa María Magdalena de Pazzi cuenta:

«A veces, agobiada por el exceso y la abundancia de esa pasión, decía: «No puedo soportar más tanto amor, guárdalo para Ti». Y, por causa de la gran llama ardiente de ese Amor divino que sentía, no podía encontrar reposo, rasgaba sus ropas, salía al jardín, arrancaba las plantas y todo lo que caía en sus manos. En lo más riguroso del invierno, no podía llevar vestidos de lana por la hoguera de amor que le devoraba el pecho, rompía y desabrochaba su hábito. (...) Sentía un gran fuego en el rostro, se abanicaba con el velo y corría a la fuente para beber grandes tragos de agua fresca, se echaba agua en la cara, en los brazos y en el seno: tan grande era la llama que ardía en su pecho que, incluso por fuera, parecía consumirse»⁹.

El 5 de febrero, el Padre Pío pudo volver a emprender sus actividades y ocuparse de nuevo de sus queridos alumnos del *collegetto*. ¡Pero seguía sufriendo en silencio! Unos sufrimientos que él mismo no se explicaba y cuyo fin no veía aún. El 6 de marzo escribía al padre Benedetto: «El Padre celestial no deja de hacerme participar de los dolores de su Hijo único, incluso físicamente. Estos dolores son tan agudos, que no es posible describirlos ni imaginarlos. Además, no sé si es falta de fortaleza o si es una falta mía, pero cuando me encuentro en ese estado, lloro sin querer, como un niño».

No podía saber que, al año siguiente, el Señor lo iba a marcar para siempre y que la preparación de esa estigmatización visible, sangrante y permanente era larga, incomprensiblemente dolorosa a los ojos de los hombres. ¿Qué sabemos de la estigmatización de San Francisco de Asís el 14 de septiembre de 1224 en Alvernia? Tal vez estuvo también preparado mucho antes por el Señor, precedida de dolores insoportables. Siete siglos después de ese acontecimiento, el historiador no puede decir gran cosa de ello. En lo que se refiere al Padre Pío, los documentos y los testimonios son numerosos, parece que se puede seguir, una etapa tras otra, su itinerario místico, sin embargo... las maneras de actuar de Dios son desconcertantes y muy a menudo balbucimos queriendo contar lo inenarrable.

El 16 de mayo, gracias a un permiso especial de sus superiores, el Padre Pío acompañó a Roma a su hermana mayor, Graziella, que entraba en las hermanas de santa Brígida. El 23 por la noche estaba de regreso en San Giovanni Rotondo. Nada sabemos de esa primera y única estancia del Padre Pío en la Ciudad Eterna. Durante la semana

que pasó en Roma, debió de practicar algunas de las devociones tradicionales: el sepulcro de San Pedro en el Vaticano, la Escala Santa, San Pablo Extramuros, las catacumbas. El 25 de mayo, entre otras noticias, se limitó a decirle al padre Agostino: «La otra noche volví de Roma y le dejo que imagine las impresiones que he traído de mi visita a esa ciudad». El padre Agostino se quedaba sin saber nada, esa estancia en la capital de la cristiandad debió ciertamente estar marcada por algún signo del Señor. El 28 de mayo, decepcionado y curioso, escribía al Padre Pío: «Tu carta me maravilla por su brevedad. ¿Por qué no me has dicho algo de las impresiones que has tenido en la ciudad del príncipe de los apóstoles? Dejas que me lo imagine y nada más. ¿Qué te ha dicho Jesús en esa ciudad por mediación de su santo apóstol? ¿Qué oración has hecho por mí, por las almas, por todos?... ¿Has visto a nuestro Reverendísimo Padre General?»¹⁰. Al no recibir respuesta a esa carta, volvió a la carga el 6 de junio, con nuevas preguntas. El 9 de junio, el Padre Pío le da varias noticias y, acerca de su viaje romano, se limita a responder: «Lamento no poder satisfaceros a propósito de lo que me habéis preguntado en vuestras dos últimas cartas. Jesús lo quiere y que así sea»¹¹.

Así pues, no sabremos nunca lo que fue aquella estancia romana. ¿Estuvo marcada por algún hecho extraordinario, alguna revelación interior? Sería aventurado adelantar alguna hipótesis, que sería añadir imaginación a una vida ya bastante extraordinaria.

Hacia casi un año que el Padre Pío había recuperado una vida conventual normal. Sus alumnos del *collegetto* y sus pocas damas piadosas absorbían todo su tiempo. Había hecho suya la vida del sacerdote como hombre «devorado» por el servicio a las almas. No obstante, sus dudas, sus escrúpulos, su noche interior no habían acabado. Las cartas de esa época dirigidas a sus directores espirituales nos lo muestran siempre inquieto y ansiando la presencia y las certezas divinas: «Vivo en una continua noche: las tinieblas son muy espesas. Aspiro a la luz y esa luz no viene nunca [...] La duda que me sigue asaltando y me persigue por doquier es no saber si lo que hago recibe o no la aprobación de Dios»¹².

Le esperaba una nueva prueba de otro género. Enviado para una convalecencia de seis meses a finales del año 1916, se había limitado a «esperar órdenes» en sus asuntos militares (esto es lo que indicaban en todas las cartas de su título de permiso). Tenía otras preocupaciones que las de su estatuto militar. Enviado por dos veces con permiso médico de larga duración, no se creyó obligado a dar cuenta de sí a las autoridades militares cuando acabaron sus seis meses de convalecencia. Pero en Nápoles, cuando a finales de junio de 1917 echaron de menos a quien conocían solamente con el nombre de Francesco Forgione, se preocuparon. El comandante del regimiento lo declaró desertor y mandó que lo buscaran en Pietrelcina. Por último, el 18 de agosto llegó un telegrama al convento ordenando al Padre Pío que se presentara en Nápoles al día siguiente.

El día 20 pasó dos revisiones médicas en el hospital militar y luego fue puesto en

observación en espera de una revisión más detenida, que determinaría definitivamente su suerte. Se sintió como en el «exilio», según sus propias palabras; tanto más cuanto que la Prima Clinica Medica en donde estaba en observación no poseía capilla y le estaba prohibido salir para celebrar Misa. «¡Qué desolación sin Jesús!», escribía. El 4 de septiembre, tras una visita médica por un médico coronel, fue declarado inesperadamente «apto para los servicios internos». En aquel año de 1917 particularmente difícil, Italia necesitaba a todos sus hombres válidos para una guerra en la que brillaba poco. «¡Dios mío! ¡Qué injusticia cometen!», no pudo evitar escribirle al padre Benedetto, informándole de la noticia, y añadía: Jesús quiere mortificarme. Hágase su voluntad»[13](#).

Es fácil imaginar lo dura que debió de ser esta vida de cuartel para el joven místico religioso. Durante algunas semanas tuvo que conocer la vida de cuartel y los ejercicios de una instrucción militar somera. Existe una fotografía del soldado Forgione. En ella se ve a un hombre joven –tenía treinta años– endeble, con los ojos extrañamente brillantes, pudo conservar la barba de capuchino, pero recortada. Está sentado en el suelo con un fusil apoyado en las rodillas y vestido con un uniforme de tela recia y demasiado ancho. Foto en la que es difícil reconocer al Padre Pío de los estigmas...

Destinado al 4º pelotón de la 10ª compañía de sanidad, el Padre Pío vivió unas semanas difíciles. Sufrió física y moralmente. Por fortuna, pudo celebrar de nuevo la Misa. Pero su salud empeoraba, escupía sangre y casi no podía tragar el alimento. El 7 de octubre tuvieron que internarlo en el hospital militar principal. Allí permaneció cerca de un mes. En esta época se sitúa un acontecimiento relatado bastante más tarde por el propio beneficiario, pero el Padre Pío no lo cuenta en sus cartas de entonces a sus directores espirituales.

Aquel año de 1917, Italia tenía que hacer frente a una fuerte presión austro-alemana en sus fronteras del norte. En agosto, a costa de grandes pérdidas, los italianos consiguieron establecer su línea de frente en Isonzo, en Caporetto (hoy Kobarid, en Yugoslavia). En la mañana del 24 de octubre, un ataque sorpresa de los austríacos y de los alemanes rompió las líneas italianas y sembró el pánico en las tropas, cuya moral estaba muy baja. En Caporetto, los italianos perdieron 40.000 hombres y tuvieron más de 90.000 heridos y 300.000 prisioneros. Esta sangrienta derrota significó una humillación para toda la nación italiana. El comandante Cardona, comandante en jefe de los ejércitos italianos, tuvo que ceder su puesto al general Díaz. Luis Cardona, militar valeroso, había sufrido dolorosamente esta defección de algunas de sus tropas. Regimientos enteros se habían rendido al enemigo sin haber combatido. Retirado al palacio de Zara, sede de la comandancia de Treviso, estaba resuelto a darse la muerte. Una noche de noviembre, decidió acabar. Su pistola cargada estaba sobre su mesa cuando, de pronto, vio entrar a un religioso capuchino que se puso a hablarle y consiguió convencerle de que no se

suicidara. Luego, el religioso se marchó tan de repente como había llegado. Los guardias que estaban de puesto ante la puerta fueron interrogados por el general. ¿Por qué habían dejado entrar sin anunciarlo a un monje desconocido por todos? Los guardias juraron que no habían visto a nadie entrar ni salir... Mucho tiempo después, al ver una foto del Padre Pío, el general Cardona reconoció al capuchino que le había salvado la vida con palabras de ánimo una noche de noviembre de 1917.

Por entonces, el Padre Pío estaba en la cama en el hospital militar de Nápoles, incapacitado para dirigirse a la frontera italiana. ¿Conocía siquiera el nombre del general Cardona? Sin duda, en el pabellón se había hablado del desastre de Caporetto y se había citado el nombre del generalísimo. Esta bilocación querida por Dios puede parecer aquí como demasiado espectacular. Pero, si se considera el bien al que se dirigía ese don de ubicuidad –salvar una vida humana–, es digna de consideración. Cardona fue salvado milagrosamente de la muerte y el Padre Pío se desplazó sobrenaturalmente a Treviso, pero fue Dios quien lo quiso y quien lo permitió.

Nuestro estado actual es un estado imperfecto, caído como consecuencia del pecado original. Los fenómenos físicos del misticismo (bilocación, *inedia*, *incendium amoris*, olor de santidad, visiones, don de profecía, milagros) son sencillamente, por pura gracia y por un tiempo más o menos largo, participación del místico en la vida misma de Dios. El catecismo nos enseña que Dios es infinitamente bueno y todopoderoso. Puede permitir a algunos de sus siervos, para un bien particular, transgredir durante un momento las leyes del espacio y del tiempo.

A su modo, que es el de Dios, el Padre Pío sirvió también a su país durante los años de guerra. Lo hizo ofreciendo sus sufrimientos físicos y morales, lo hizo también por esa intervención entonces desconocida por todos. El 3 de noviembre lo volvieron a liberar para cuatro meses de convalecencia. Hasta el 16 de marzo de 1918, después de una última revisión médica, no fue definitivamente dado de baja en el servicio militar.

El 5 de noviembre, el Padre Pío abandonó Nápoles y se dirigió primero a Pietrelcina para saludar a sus padres. Zi'Grazio había vuelto de Argentina después de siete años de ausencia. Se sintió feliz al encontrarse con su hijo pequeño, que por fin era religioso y sacerdote. El día 12, el Padre Pío se marchó al convento de Santa Maria delle Grazie, que se iba quedando un poco más vacío a causa de la guerra, que llamaba uno a uno a los padres o a los hermanos de la comunidad. Pronto fue el único religioso que quedaba en el convento, junto con el guardián, el padre Paolino da Casacalenda. Los dos se repartieron las tareas: el padre Paolino cocinaba, confesaba a los fieles y a los alumnos del *collegetto* y les daba algunas clases; el Padre Pío cuidaba el resto del día a los alumnos y les proporcionaba formación espiritual. Y mientras, las luchas interiores continuaban. El 26 de noviembre escribía al padre Agostino: «Una vez más estos días mi alma ha descendido al infierno; una vez más el Señor me ha expuesto al furor de

Satanás. Los ataques son violentos y continuos; y es que este apóstata infame quiere arrancar de mi corazón lo que de más sagrado hay en él: la fe. Durante el día me asalta a todas horas y en todo lugar; por la noche perturba mi sueño»[14](#).

Este período difícil, que duraba años, fue vivido por el Padre Pío como una «noche oscura del alma». Se consideraba un «gran pecador», un «sucio animal», un «ser despreciable», abandonado por el Señor. Sin embargo, el año 1918, que se anunciaba, iba a ser para él el año de los «signos del Señor», año en el que el Señor «tocó» primero su alma (el dardo de fuego) y luego su cuerpo (los estigmas). El padre Benedetto le escribirá: «Todo lo que pasa en usted es efecto del amor, es la prueba, es la vocación a ser corredentor y, por consiguiente, es una fuente de gloria»[15](#).

[1](#) El padre Benedetto fue Provincial en Foggia de febrero de 1908 a julio de 1919. Ver en Anexo la lista de los Guardianes, Provinciales y Ministros Generales bajo cuya autoridad el Padre Pío pasó su vida de religioso.

[2](#) Carta de 18 de junio de 1914 al padre Benedetto, Epistolario, t. I, p. 479.

[3](#) Carta de 18 de junio de 1914 al padre Benedetto, Epistolario, t. I, p. 479.

[4](#) Testimonio del padre Costantino Capobianco, o. c., pp. 17-18.

[5](#) Citado en Alessandro da Ripabottoni, o. c., p. 131.

[6](#) Padre Paolo da Casacalenda, *Le mie Memorie intorno al Padre Pio*, Ed. «Padre Pío da Pietrelcina», San Giovanni Rotondo, 1978, pp. 54-57.

[7](#) Santiago de Vorágine, *Leyenda dorada* (1264).

[8](#) Padre Paolino da Casacalenda, o. c., p. 86.

[9](#) Citado en Herbert Thurston, *Los fenómenos físicos del misticismo*, De. du Rocher, 1986, Padre Pío, 253-254 (1ª ed. inglesa en 1951).

[10](#) Carta del padre Agostino al Padre Pío el 28 de mayo de 1917, Epistolario, t. I, Padre Pío, 896-897.

[11](#) Carta del 9 de junio de 1917 al padre Agostino, Epistolario, t. I, p. 901.

[12](#) Carta del 16 de julio de 1917 al padre Benedetto, Epistolario, t. I, pp. 909-911.

[13](#) Carta del 4 de septiembre, Epistolario, t. I, p. 937.

[14](#) Carta del 26 de noviembre de 1917 al padre Agostino, Epistolario, t. I, p. 968.

[15](#) Carta del padre Benedetto, 27 agosto 1918, Epistolario, t. I, p. 1068.

CAPÍTULO 5

EL AÑO DE LOS SIGNOS DEL SEÑOR

El estado de absoluto abandono en que se hallaba el Padre Pío en aquellos años le hacía considerar toda la gracia del Señor o consuelo espiritual como una recompensa inmerecida y cada contradicción, como un castigo o una nueva jugarreta del demonio. Como hombre enteramente entregado a Dios, consideraba cada minuto de su vida con los ojos de la fe. Una primera luz apareció en la fiesta del Corpus Christi, el 30 de mayo de 1918.

UN TOQUE DIVINO SUSTANCIAL

Ese día sintió en él lo que los teólogos de la mística llaman «toques divinos sustanciales» o «toques místicos», es decir, «sentimientos espirituales deliciosos impresos en la voluntad por una especie de contacto divino, acompañados por una viva luz para la inteligencia»¹.

Hasta dos meses más tarde, en una carta al padre Benedetto, no se refirió el Padre Pío a esta consolación espiritual:

«... Recuerdo que la mañana de ese día, en el ofertorio de la santa Misa, me fue otorgado un soplo de vida; no sabría decir ni siquiera vagamente lo que pasó en mi interior en aquel fugaz momento, me sentí sacudido por entero, fui lleno de un terror extremado y poco me faltó para perder la vida; luego se siguió en mí una calma que jamás había experimentado anteriormente.

»Todo ese terror, esa sacudida y esa calma, que se sucedieron uno tras otro, fueron causados no por la vista, sino por la sensación de algo que me tocaba en la parte más secreta e íntima del alma. No sé decir otra cosa de ese acontecimiento. Quiera Dios hacerle a usted comprender eso tal como ocurrió en la realidad»².

Para el místico, la realidad sobrenatural excede siempre a lo que puede decir. El ser se siente sacudido por ese «toque divino» y el lenguaje estalla en pedazos, resulta inadecuado, insuficiente. En esa misma carta tan desconcertante para el profano, el Padre Pío le dice a su director espiritual que, en el mismo momento en que sintió ese toque místico, se ofreció «por entero al Señor» como víctima expiatoria por los pecadores y para que terminara la guerra. Añadía: «Apenas acabé de hacerlo, me sentí caer en esta prisión tan dura y oí el estruendo de la puerta de esa prisión que se cerraba detrás de mí [...] Desde ese momento, me hallo en el infierno, sin descanso ni por un instante».

Situación tanto más difícil cuanto que se encontraba con frecuencia solo en un convento desierto por causa de la guerra. El padre guardián tenía que ausentarse a veces una semana entera y le dejaba la carga de los alumnos del *collegetto*.

Más tarde, cuando se le prohibió al Padre Pío que continuara la correspondencia con sus directores espirituales, su vida interior parecerá menos atormentada. Los estigmas,

los milagros, los peregrinos, las persecuciones serán entonces la trama aparente de la vida del Padre Pío. Pero sólo serán aspectos externos de una existencia cuya esencia, la vida en Dios, nos será siempre oculta y desconocida. En los años 1910-1920, vuelven las cartas, haciéndonos comprender las gracias y los tormentos interiores, pero luego fueron prohibidas por las autoridades superiores. El Padre Pío podrá entonces aparecer como un hombre excepcional, privilegiado por Dios, taumaturgo. Pero no hay que olvidar los años dolorosos que precedieron. En 1910-1920, el Padre Pío conoció un infierno, las tentaciones terribles contra la fe y la esperanza, luchas con el demonio; por el hecho de que falte el testimonio de las cartas después de 1923, no podemos creer que se interrumpieron esos tormentos interiores. El demonio no podía haber dejado de repente en paz esa alma privilegiada.

UN DARDO DE FUEGO

Es notable que el toque divino del que hemos hablado, o cualquier otra gracia otorgada por Dios, no sitúe a las almas agraciadas en una beatitud definitiva. Las pruebas espirituales no desaparecen. Así, el 29 de julio de 1918, el Padre Pío lanzaba al padre Agostino una verdadera llamada de socorro. Hablaba de su «ansiedad jadeante», de su «nulidad», de su «miseria» y se sentía verdaderamente abandonado por Dios. Pero le iba a ser enviada pronto una nueva gracia.

Durante casi dos días, desde la noche del 5 de agosto –víspera de la fiesta de la Transfiguración– hasta la mañana del día 7, el Padre Pío conoció una vez más la prueba del dardo de fuego, como ya la había experimentado, aunque de manera mucho más fugitiva, en agosto de 1912. Prueba del corazón traspasado por una punta de fuego, herida de amor. El Padre Pío tardará un tiempo en comprender el sentido real de este acontecimiento. La carta del 21 de agosto, en la que cuenta los hechos, nos lo muestra todavía trastornado e incapaz de considerar como una gracia lo que cree que sólo es una prueba:

«Estaba confesando a nuestros muchachos la tarde del 5, cuando de pronto fui lleno de un terror extremado a la vista de un personaje celestial, que se presentó ante los ojos de mi inteligencia. Tenía en la mano una especie de instrumento, parecido a una muy larga hoja de hierro con la punta muy afilada y se habría dicho que esa punta acababa de salir del fuego.

»Ver todo esto y observar que ese personaje lanzaba con toda violencia el citado instrumento contra mi alma, fue todo uno. Apenas si lancé un lamento, me sentí morir. Le dije al muchacho que se retirara porque me sentía mal y no tenía fuerzas para continuar.

»Ese martirio duró sin interrupción hasta la mañana del 7. No puedo decir lo que sufrí durante ese tiempo tan doloroso. Incluso veía que mis entrañas iban a ser arrancadas y extraídas por ese instrumento y que todo iba a ser destrozado. Desde ese día estoy herido de muerte. Siento en lo más íntimo de mi alma una herida siempre abierta, que me hace sufrir de continuo»³.

Santa Teresa de Ávila cuenta en su autobiografía varias escenas semejantes. Ella es quien acuñó la expresión «heridas de amor» para designar esos transportes del alma, esa sensación de tener el corazón y las entrañas traspasadas por una punta de hierro y de fuego. El relato que hace de sus transverberaciones, varias veces repetidas, con o sin visión del ángel, está muy próximo al que hace el Padre Pío de esa misma experiencia. Pero con una diferencia: santa Teresa resume en una sola descripción varias experiencias y lo hace muchos años después de esos acontecimientos.

Ver el texto original⁴.

El Padre Pío relata su transverberación sólo unos días más tarde del suceso. Lo consideraba como un sufrimiento más que Dios le infligía, por motivos desconocidos. También santa Teresa, la primera vez, consideró esa herida de amor como simplemente dolorosa, pero luego, tras una y otra visita, comprendió mejor su sentido: el alma estaba abrasada por el amor de Dios.

El padre Benedetto explica al Padre Pío el verdadero sentido de lo que había pasado: «Jesús se ha asociado a vuestro dolor y os ha asociado al suyo» y «no es ni siquiera una purificación, sino una unión dolorosa»⁵. Es un «sello de amor» impreso en el corazón del Padre Pío. Poco después de eso –aunque ni el Padre Pío ni sus directores podían preverlo–, luego de esta dolorosa preparación, le va a ser concedida otra marca divina, no mayor, pero esta vez visible por todos.

Las enfermedades, los dolores físicos, las angustias espirituales, esa transverberación del 5 de agosto, verán su acabamiento en la estigmatización, identificación perfecta con Cristo crucificado. Marta Robin, también estigmatizada durante más de cincuenta años, ha dejado un precioso testimonio sobre el sentido de la estigmatización. Vale la pena citarlo, pues permitirá comprender mejor los hechos que vamos a relatar:

«La estigmatización es un acabamiento de la Unión a Dios, que llega hasta la conformidad perfecta, porque Jesús conforma poco a poco con Él, imprimiendo incluso físicamente sus marcas divinas. Une poco a poco a sus padecimientos de alma, de corazón y de cuerpo, igual que une a sus intenciones. Esta unión se hace tan íntima que Jesús arrastra con Él en las diversas etapas de Su vida humano–divina entregada a la Voluntad del Padre. Antes de hacer visible y exterior esa unión, antes de imprimirla en el ser físico de una manera externa, ya la ha hecho vivir de algún modo de manera invisible: el alma se encuentra ya en esa intimidad de amor y de sufrimiento con Él, igual que ya está en su intimidad divina en lo que se refiere a los designios de su Corazón sobre las almas. Totaliza en cierto modo esa unión que nos hace ser Él en todo el ser. Antes de llegar a la estigmatización exterior, Jesús hace pasar por numerosas agonías del corazón y del alma. El alma no sabe expresar lo que siente, tan sobrenatural y divino y sentido es al mismo tiempo: lo siente el ser entero. Es más que un sentir: el ser entero está en esa prueba»⁶.

El Padre Pío empleará a veces un lenguaje idéntico y expresará ese mismo sentimiento.

LOS ESTIGMAS DE JESÚS CRUCIFICADO

El Padre Pío había tenido que guardar cama del 5 al 17 de septiembre. La gripe que asolaba a Europa aquel otoño de 1918 había llegado también al convento perdido del Gargano. El 17, día en el que la Iglesia conmemora la aparición de los estigmas de San Francisco, el Padre Pío había vuelto a emprender sus actividades normales. Por entonces, el padre Paolino, el Padre Pío y un hermano converso, Nicolás, eran los únicos residentes del convento. La decena de alumnos del collegetto y los fieles habituales de la iglesia conventual les ocupaban todo el tiempo disponible. Cuando ya no había fieles que confesar o que recibir y los pequeños seminaristas estaban en la sala de estudio bajo la vigilancia de uno de ellos, el Padre Pío solía ir a rezar a la tribuna de la iglesia del convento. En ese pequeño coro, los padres capuchinos se reunían habitualmente varias veces al día para cantar el oficio divino.

En ese lugar, ante un gran crucifijo que domina la sillería del coro, el 20 de septiembre de 1918, el Padre Pío recibió los estigmas, visibles y sangrantes, que hasta su muerte lo identificaron con Cristo crucificado. El hecho se produjo después de la Misa, entre las 9 y las 10 de la mañana. El Padre Pío estaba solo en el coro. El padre Paolino se había ausentado durante todo el día; los hermanos menores del santuario de San Matteo, a unos diez kilómetros de allí, le habían rogado que les ayudara a confesar a los numerosos peregrinos que eran esperados para la celebración del santo apóstol, cuya fiesta era el día siguiente, el día 21. El hermano Nicola había salido a pedir limosna a los alrededores. En el convento sólo quedaban los pequeños seminaristas. Estaban en el recreo en el jardín cuando se produjo el hecho.

No hubo, pues, ningún testigo de esa escena y los únicos relatos que poseemos son los del Padre Pío mismo hechos a su director espiritual y a algunos escasos confidentes. Una de las obras dedicadas al Padre Pío aporta esta precisión: «Los hermanos acudieron al grito agudo que lanzó en el momento de la estigmatización...». Ésta es, por lo menos, una escena imaginada. Ni antes, ni durante, ni después hubo ningún testigo. Después de la estigmatización, el Padre Pío se arrastró hasta su celda. Hasta unos días más tarde, algunos fieles y el padre Paolino no se dieron cuenta del fenómeno.

El relato más completo y más antiguo que poseemos de ese hecho es la carta dirigida más tarde, el 22 de octubre, al padre Benedetto. El Padre Pío sólo había hecho mención a la cosa, con medias palabras, cinco días antes; era su primera carta después de un mes de silencio y era muy sibilina. El 19, el padre Benedetto se preocupó: «Hijo mío, dímelo *todo* claramente, y no por episodios. [...] Quiero saberlo *todo* con detalle y en virtud de la santa obediencia»⁷. De ahí este relato detallado y concreto del día 22:

«Era la mañana del día 20 del mes pasado, en el coro, después de celebrar la santa Misa, fui dominado por un descanso semejante a un dulce sueño. Todos mis sentidos internos y externos, así como las mismas facultades de mi alma se hallaban en una quietud indescriptible. Había un silencio total alrededor de mí y en mí; fue inmediatamente seguido de una gran paz y me abandoné a la completa privación de todo y se produjo una pausa en mi propio derrumbamiento. Todo esto sucedió en un instante.

»Mientras estaba sucediendo todo esto, vi ante mí a un misterioso personaje, parecido al que vi la noche del 5 de agosto, con la sola diferencia de que sus manos, sus pies y su costado sangraban abundantemente. Su vista me espantó; no sabría decir lo que experimenté en ese momento. Me sentí morir y habría muerto si el Señor no hubiera intervenido para sostenerme el corazón, que yo notaba saltar en mi pecho. El personaje desapareció de mi vista y me di cuenta de que mis manos, mis pies y mi costado estaban taladrados y sangraban abundantemente. Imaginad el suplicio que sentí entonces y que sigo sintiendo continuamente casi todos los días»⁸.

El Padre Pío añade que temió morir «exangüe», si seguía sangrando, y repite su «confusión» ante estos «signos externos». Reacciones muy humanas. Por un sentimiento de humildad y de vergüenza, no se atrevió a decir nada en los primeros tiempos al padre guardián, que había regresado de San Matteo y, hasta que le dan órdenes contrarias, embadurna sus heridas con tintura de yodo, esperando que la sangre dejará de fluir.

LLAGAS SOBRENATURALES

El Padre Pío meditaba sobre la Pasión de Cristo ante el crucifijo del coro, cuando un misterioso personaje, un ángel con llagas semejantes a las de Jesús crucificado, apareció y lo traspasó. En circunstancias bastante parecidas, el 14 de septiembre de 1224 en el monte Alverno, San Francisco de Asís recibió los estigmas. En la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, Francisco había dirigido una ferviente oración al Salvador. No había pedido los estigmas, había pedido participar en los padecimientos de Cristo y conocer la causa de esos sufrimientos: el amor de Dios por nosotros. Pero los estigmas fueron la respuesta visible, sensible, a los ruegos de Francisco. Las Florecillas han recogido la versión tradicional de ese hecho:

«Cuando estaba en ese estado y se inflamaba en esa contemplación, vio aquella misma mañana venir del cielo un serafín con seis alas de fuego resplandecientes; cuando ese serafín se acercaba tanto en su vuelo rápido que podía verlo bien, San Francisco reconoció claramente que en él había la imagen de un hombre crucificado y que las alas estaban dispuestas de tal manera que dos se desplegaban sobre su cabeza, dos se desplegaban para volar y las otras dos cubrían todo su cuerpo.

»Al ver esto, San Francisco se asustó mucho y, al mismo tiempo, se llenó de gozo y de dolor mezclado con el asombro. Sintió una gran felicidad ante ese aspecto lleno de gracia de Cristo, que se le aparecía con tanta familiaridad y que lo miraba con tanta simpatía; pero, por otra parte, al verlo clavado en la cruz sentía un dolor de compasión sin medida. Luego se extrañó mucho de una visión tan sorprendente y tan insólita, pues sabía bien que los dolores de la Pasión no se compaginaban con la inmortalidad de un espíritu seráfico. Estando en este asombro, le fue revelado por el que se le aparecía que, por la divina Providencia, esa visión le había sido mostrada bajo esa forma para que comprendiese que aquello no era un martirio corporal, sino que por un encendimiento espiritual tenía que ser transformado por entero con una semejanza formal a Cristo crucificado [...] Esta visión admirable, desapareciendo después de largo tiempo y de palabras secretas, dejó en el corazón de San Francisco un ardor sin medida y una llama de amor divino, y, en su carne, una imagen maravillosa impresa de la Pasión de Cristo:

pues de inmediato, en las manos y en los pies de San Francisco empezaron a aparecer las señales de los clavos, de la misma manera que acababa de ver en el cuerpo de Jesús crucificado que se le había aparecido en forma de serafín; y así sus manos y sus pies aparecían clavados en el centro con clavos cuyas cabezas, fuera de la carne, se hallaban en las palmas de las manos y en la parte superior de los pies y cuyas puntas sobresalían en el dorso de las manos y en las plantas de los pies: se veían curvados y remachados de manera que se habría podido meter el dedo, como en un anillo, por esa curva y ese repliegue; y las cabezas de los clavos eran redondas y negras. Del mismo modo, en su costado derecho apareció la llaga de una lanzada no cicatrizada, roja y ensangrentada, que con frecuencia sangraba del pecho de San Francisco, y le manchaba de sangre la túnica y la ropa interior»⁹.

Observamos dos diferencias de importancia entre la estigmatización de San Francisco de Asís y la del Padre Pío: éste no llevó nunca los clavos de que hablan las *Floreccillas* y, por otra parte, la llaga del costado está en el lado derecho en San Francisco y a la izquierda (el lado del corazón) en el Padre Pío. De los cuatro evangelistas, sólo San Juan habla de esta quinta herida en la crucifixión de Cristo. Fue causada por una lanzada después de la muerte de Jesús. San Juan no concreta cuál fue el lado traspasado: «Al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados con la lanza le abrió el costado y al instante salió sangre y agua» (*Jn*, 19, 33–34).

No obstante, ambos relatos presentan grandes similitudes y la manera de impresión de los estigmas es idéntico: por intermedio de un personaje celestial. Interrogado, al final de su vida en seis ocasiones y por orden de sus superiores, por un anciano padre en quien tenía toda su confianza, el Padre Pío hizo algunas precisiones complementarias sobre esos minutos únicos del 20 de septiembre de 1918 y sobre el aspecto de esos misteriosos personajes celestiales. El padre Raffaele da Sant'Elia a Pianisi cuenta: «Le pregunté sobre la manera en que recibió los estigmas y él, con gran sencillez casi infantil, confirmó haberlos recibido en el coro mientras rezaba. Recibió los estigmas después de la celebración de la santa Misa, del crucifijo mismo que está en el coro. Le pregunté si no era de algún ángel o serafín y él respondió que unas heridas o unas flechas luminosas (*ferite o frecce luminose*) partieron de las llagas del crucifijo transformado en un gran personaje y fueron a herirle las manos y los pies»¹⁰.

Un serafín con rostro de hombre y crucificado, para San Francisco de Asís, un crucifijo transformado en un misterioso personaje vivo, para el Padre Pío, fueron los agentes de la estigmatización. Lo que fue admitido por la Edad Media cristiana no lo fue tan fácilmente en la época del Padre Pío. A partir de aquel otoño de 1918, médicos, visitantes oficiales y expertos de la mística se sucedieron en San Giovanni Rotondo para examinar al estigmatizado y dar su opinión. Estudiaremos con detalle sus informes y sus

observaciones. Pero ya desde ahora podemos decir que se formaron dos campos: por una parte, los que estimaron que era un buen caso de autosugestión o incluso que podría tratarse de «llagas misteriosas»; por otro lado –y fueron con mucho los más numerosos–, los que comprobaron que el fenómeno no era explicable científicamente y concluyeron que tenía un origen sobrenatural.

Los argumentos de estos últimos, que siguen prevaleciendo hoy, son los siguientes. Primero, se puede comprobar que esas cinco llagas, en las manos, en los pies, en el costado, se manifestaron exactamente en el mismo momento, la mañana del 20 de septiembre de 1918, y permanecieron sangrantes sin interrupción hasta la muerte del Padre Pío, es decir, durante exactamente cincuenta años. ¿Se conoce en los anales de la neuro-psiquiatría una «autosugestión mutilante» que haya durado cincuenta años? No. Por otra parte, la sangre perdida diariamente a lo largo de esos cinco decenios –a veces la cantidad de una taza por día sólo en la llaga del costado– equivale a más de diez veces el peso de un hombre. El alimento ínfimo tomado por el Padre Pío no podía bastar, fisiológicamente, para compensar esas pérdidas abundantes de sangre. Por último, otro elemento visible, comprobable por todos, apoya igualmente el origen sobrenatural de las llagas: jamás, en cincuenta años, se han infectado, jamás han tenido una evolución significativa ni se han cicatrizado, lo cual no habría dejado de producirse si se hubiera tratado de «llagas históricas». Las llagas históricas, provocadas generalmente por el propio sujeto, nunca presentan la regularidad perfecta de los estigmas y duran sólo unas semanas, evolucionando como heridas accidentales.

Emmanuele Brunatto, que fue uno de los primeros discípulos del Padre Pío o, en todo caso, su primer y más valeroso defensor, que lo trató durante varios años, que vio de cerca sus estigmas y que conoció a los diferentes médicos y expertos llamados para examinar las llagas, resumía así en 1963 lo que se podía decir de éstas según un simple examen clínico:

«Las llagas se presentaban como mancha de color rojo oscuro, nítidas, redondas, de unos 2 cm de diámetro en ambos lados de las manos y de los pies y una mancha lineal del mismo color, de unos 7 cm de largo por 1 de ancho, en la izquierda del tórax. No aparecía ningún indicio de heridas exteriores producidas por algún agente natural o sobrenatural.

»Las nueve manchas eran, en realidad, membranas que hacían cuerpo con la epidermis de alrededor, que era totalmente normal, sin rojeces ni reacciones inflamatorias. Algún tiempo después, pequeñas gotas de sangre empezaron a filtrarse alrededor de las membranas, que se transformaron en escaras. Bajo la presión de la sangre, éstas caían de cuando en cuando y se volvían a formar, dejando al descubierto, en los intervalos heridas profundas»[11](#).

El fenómeno que se producía en esas lesiones estigmáticas era el siguiente: las

membranas que recubrían las llagas estaban incorporadas a la epidermis, a los pocos días se convertían en escaras, luego las escaras caían y las lesiones dejaban escapar entonces más o menos sangre hasta que se formaban nuevas membranas. Cuando la costra se había caído y aún no se había formado una nueva membrana, se podía ver a través de la mano traspasada. El padre Pietro da Ischitella, superior de la provincia en 1919, fue testigo de ello: «Durante uno de los exámenes a los que sometimos al Padre Pío en 1919, le hice poner la mano abierta sobre una mesa cubierta por un periódico. Le quité el mitón y la postilla que cubría la herida se desprendió y vi el agujero que atravesaba la mano de parte a parte. Hasta tal punto, que pude ver las gruesas letras del periódico a través de la herida. Si mis superiores me lo piden, daré testimonio de ello bajo juramento»¹².

Numerosos testigos han señalado otro hecho asombroso: las lesiones de las manos y de los pies dejaban salir sangre arterial de color rojo vivo, mientras que la lesión del tórax, en el lado del corazón, dejaban salir al mismo tiempo, separadamente y en partes iguales, sangre arterial de color rojo vivo y un suero incoloro: este último punto, inexplicable fisiológicamente, parece una conformidad más con Cristo crucificado, al pie de la letra con la Escritura. Recordemos el testimonio de San Juan sobre Cristo en la cruz: estando ya muerto, «uno de los soldados con la lanza le abrió el costado y al instante salió sangre y agua».

«SUAVES HERIDAS»

Otro relato de la estigmatización del 20 de septiembre, que no contradice, desde luego, el de la carta del 22 de octubre o el de los cuestionarios del padre Raffaele en 1966 y 1967, es esta confidencia hecha por el Padre Pío a un sacerdote de Pietrelcina amigo suyo, don Giuseppe Orlando, en los años 20 y referido por éste en su Diario. Nos expresa bien la exaltación del momento y luego el abatimiento:

«Estaba en el coro dando gracias después de la Misa, me ha contado el Padre Pío, y me sentí dulcemente elevado a una suavidad cada vez más grande, que me llenaba de gozo rezando, y mientras más rezaba, más aumentaba ese gozo. De repente, una gran luz deslumbró mi mirada y en medio de esa gran luz se me apareció Cristo con sus llagas. No me dijo nada, desapareció...

»Cuando volví en mí, me encontré en el suelo cubierto de heridas. Las manos, los pies, el corazón sangraban y eran tan dolorosos que me privaban de todas las fuerzas para levantarme. A cuatro patas me arrastré desde el coro hasta mi celda a lo largo del corredor. Los padres estaban todos fuera del convento. Me tendí en la cama y recé para volver a ver a Jesús. Cuando volví en mí, examiné mis llagas y mis heridas y quedé confundido en acciones de gracias y en oraciones»[13](#).

Los sentimientos reales del Padre Pío en ese 20 de septiembre eran una mezcla de vergüenza y de alegría. Vergüenza –pues conoce su indignidad– de ser así conformado en su carne con el Hijo de Dios crucificado, alegría por conocer los padecimientos de Cristo en la Cruz. Por la noche, cuando el padre Paolino regresó de San Matteo, el Padre Pío no le contó nada. Sin embargo, ya a la mañana siguiente la noticia empezó a circular. Una de las penitentes del Padre, Nina Campanile, vio que tenía algo raro en las manos. En un primer momento creyó que se había herido, luego, al ver la simetría de las «heridas» en las dos manos, su situación en la palma, comprendió que se trataba de estigmas santos. A pesar de las recomendaciones del Padre –«ruega al Señor para que todo desaparezca», le había pedido–, debió de hablar de ello a algunas otras fieles. Por medio de ella, el padre Paolino supo el hecho. Le preguntó al interesado y luego se apresuró a informar al provincial y le pidió que fuera a San Giovanni Rotondo.

Desde los primeros tiempos, el Padre Pío se puso vendas de algodón o de lino alrededor de las llagas, luego tomó la costumbre de llevar siempre unos guantes de lana para impedir la curiosidad de los peregrinos cada vez más numerosos, pero no siempre lo consiguió... y la celebración de la Misa será en adelante para los fieles la ocasión única de intentar ver por un momento esas llagas al desnudo. Aquel 20 de septiembre trastornó la vida del Padre Pío, puesto que en adelante iba a aparecer ante el mundo como «un crucificado sin cruz». Pero ese acontecimiento no lo sacaba definitivamente de sus tormentos espirituales, de los duros combates contra el demonio y de las pruebas que padecía.

Cuatro días después de la estigmatización, su sobrino Francesco, de cuatro años de edad, y luego al día siguiente, el 25 de septiembre, su hermana Felicita, madre de cuatro hijos, morían de la gripe. «Nada falta para que mi dolor llegue a su más alta cima», escribía entonces amargamente el Padre Pío a una de sus hijas espirituales. Y sin embargo, fueran los que fuesen sus tormentos, a él le correspondía consolar a sus pobres parientes. El 26 de septiembre les escribía: «... En medio de la dureza y de la amargura del dolor, sólo me quedan fuerzas para exclamar: “Eres justo, Señor, y rectos son tus juicios”. Dios me ha dado a mi pobre hermana y Dios me la ha quitado, sea bendito su santo nombre. En estas invocaciones y en esta resignación encuentro fuerza suficiente para no sucumbir bajo el peso del dolor. También a vosotros os exhorto a esta resignación con la divina voluntad, y encontraréis, lo mismo que yo, alivio para el dolor»[14](#).

El dolor del que hablaba el Padre Pío en esta carta era el dolor moral de haber perdido, en tan poco tiempo, dos seres que le eran queridos, pero también era el nuevo dolor físico de las plagas sanguinolentas. «Suaves heridas», escribía unas semanas más tarde al padre Benedetto, y decía el extraño estado que estaba conociendo entonces: «Un continuo desmayo que, por muy dulce que sea, no deja de ser doloroso y agudo»[15](#).

EL RUMOR

Esta estigmatización tuvo también por consecuencia no dejar al Padre Pío a solas consigo mismo y con Dios. Muy pronto, antes incluso de que la prensa hable de ello, penitentes, pedigüños o curiosos empezaron a llegar al convento, sobre todo los domingos. Gentes de San Giovanni Rotondo, pero también de los alrededores. Venían a ver los estigmas –era el primer sacerdote estigmatizado de la historia de la Iglesia–, luego venían al convento con la esperanza de una conversión, de una curación o de una predicción. Pero el Padre Pío no se prestó nunca a su propia glorificación. Tampoco sus primeros superiores buscaron sacar provecho del prodigio. La primera reacción del padre guardián de entonces, el padre Paolino, fue, como hemos dicho, informar al provincial y pedirle que fuera a juzgar aquello sobre el terreno. Hizo también examinar al Padre Pío por el médico del convento, el Dr. Angelo Maria Merla, que también era por entonces alcalde de San Giovanni Rotondo. Fue el primer médico que vio los estigmas del Padre, pero no los examinó detenidamente. A petición del padre Paolino, procedió simplemente a un examen clínico general. Tampoco redactó un informe detallado, como lo hicieron, en 1919 y 1920, varias eminencias médicas enviadas por las más altas autoridades eclesiásticas. Fue llamado para asegurarse de que los estigmas no habían puesto en peligro la vida del Padre.

Su punto de vista es interesante porque no pretende demostrar la veracidad o la ilusión de los hechos. Además, en aquella época, el Dr. Merla era aún ateo y socialista, por consiguiente tenía mucha prevención contra los fenómenos sobrenaturales. Su opinión sobre esas «extrañas marcas» nos es conocida por un informe del prefecto de Foggia al Ministerio del Interior, enviado unos meses más tarde; informe del que hemos de volver a hablar. El prefecto escribía:

«El Dr. Merla, alcalde del ayuntamiento, como me ha informado su consejero y adjunto el Dr. Dello Russo, ha tenido la oportunidad de visitar al citado hermano en calidad de médico del convento. Sólo ha podido comprobar que las marcas podían difícilmente ser clasificadas como lesiones tuberculosas y no ha podido decir con precisión su naturaleza, aunque, a falta de un examen completo, no excluye, como

hipótesis, que esas marcas hayan podido ser artificialmente provocadas»¹⁶.

Ninguna hipótesis era excluida por el racionalista Merla, tanto más cuanto que, cuando visitó el convento en septiembre u octubre de 1918, debió de observar en la celda del Padre Pío el frasco de tintura de yodo del que hemos hablado. ¿Había quizá algún deseo de superchería? En realidad, la tintura no modificó en nada las llagas. El profesor Bignami, de Roma, fue quien en julio de 1919 desaconsejó el uso de cualquier medicina para curar las llagas y desde entonces el Padre Pío se limitará a cambiar con regularidad las vendas o los mitones que protegían los estigmas. El padre Paolino tuvo la prudencia de ordenar que las vendas manchadas de sangre fueran quemadas, para evitar que se produjera un culto a la persona del Padre Pío. No obstante, algunos de esos vendajes salieron del convento y alimentaron el fervor de una multitud de devotos cada vez más numerosos.

¹ Adolfo Tanquerey, Teología ascética y mística.

² Carta del 27 de julio de 1918, Epistolario, t. I, p. 1053.

³ Carta del 21 de agosto de 1918 al padre Benedetto, Epistolario, t. I, p. 1065.

⁴ Libro de su vida.

⁵ Carta del 27 de agosto de 1918, Epistolario, t. I, p. 1069.

⁶ Palabras de Marta Robin, referidas por su director espiritual el padre Finet, en l'Alouette, número especial «Marta Robin», agosto-septiembre de 1918.

⁷ Carta del 19 de octubre de 1918, Epistolario, t. I, p. 1091.

⁸ Carta del 22 de octubre al padre Benedetto, Epistolario, t. I, pp. 1092-1095.

⁹ Florecillas de San Francisco, «Tercera consideración sobre los estigmas».

¹⁰ Padre Raffaele da Sant'Elia a Pianisi, Appunti su padre Pio da Pietrelcina in riguardo alle'origine delle stimmate, texto mecanografiado inédito reproducido fotográficamente en Giuseppe Pagnossin, Il Calvario di Padre Pio, o. c., t. II, pp. 354-358.

¹¹ Padre Pio, AID, Genève, 1963, p. 1. Este «libro blanco» estaba destinado a la ONU, finalmente nunca fue difundido ni hecho público. Contaremos más adelante este episodio.

¹² Testimonio publicado por Francobaldo Chiocci y Luciano Cirri, Padre Pio, storia d'una vittima, o. c., vol. I, p. 252.

¹³ Diario (inédito), selección publicada por Giuseppe Pagnossin, o. c., t. I, p. 24.

¹⁴ Carta a sus parientes, del 26 de septiembre de 1918, Epistolario, t. IV, pp. 801-802.

¹⁵ Carta de 24 de noviembre de 1818, Epistolario, t. I, p. 1103.

¹⁶ Informe del prefecto de Foggia al ministro del Interior, el 26 de junio de 1919. Reproducción fotográfica en Giuseppe Pagnossin, o. c., vol. I, pp. 50-52. Se observará

que el texto habla de «marcas» o de «manchas» (macchie), cuando se trataba ya – exámenes médicos detenidos contemporáneos lo dicen– de verdaderas heridas que atravesaban de parte a parte las manos y los pies.

CAPÍTULO 6

LA PRUDENCIA DE LAS AUTORIDADES

A comienzos del año 1919, tres meses después de haber recibido esa gracia de los estigmas, el Padre Pío ya no se encontraba en aquella «noche espiritual» por la que había pasado durante los meses anteriores a los «signos del Señor». El 12 de enero escribía al padre Benedetto que ya «dolor y amor, amargura y dulzura» eran simultáneas en su alma. Había comprendido que aquellos estigmas eran un don de Dios y no una prueba añadida. Pero se sabía indigno de ese don, se sentía «incapaz de llevar el peso de ese amor inmenso» (esta expresión se repite tres veces en la carta).

Pero eso es lo que se le pedía y lo será aún durante cincuenta años. Cincuenta años de testimonio ante el mundo de los padecimientos de Cristo en la cruz. A la confesión y a la celebración de la Misa, las expresiones más excelsas del sacerdocio, el Padre Pío añadió, por así decir, esa crucifixión perpetua. El padre Benedetto visitó a su dirigido en marzo de 1919 y su conversación versó sin duda sobre esta nueva gracia. El padre Benedetto tuvo que emplear toda su capacidad de persuasión para que el joven religioso admitiera que ese don misterioso de los estigmas era también la señal de una misión que superaba a la simple persona estigmatizada.

En una carta enviada desde San Giovanni Rotondo el 5 de marzo de 1919, el padre Benedetto refirió al padre Agostino lo que había podido observar. Es una de las más antiguas descripciones que poseemos de los estigmas: «En él, no sólo son manchas o huellas, sino verdaderas heridas que perforan las manos y los pies. Pude observar la del costado: un verdadero desgarrón que da continuamente sangre o humor sanguíneo. El viernes, es sangre. Me di cuenta de que se mantenía con dificultad sobre sus pies; pero puede celebrar la Misa y cuando dice la Misa y debe tener las manos elevadas y desnudas, el don queda expuesto al público»¹.

Se trataba, en efecto, de un «don», y el padre Agostino escribe días más tarde al Padre Pío: «Acuérdate siempre de que los dones de Dios otorgados gratuitamente son también para la santificación de los demás».

El padre Benedetto, después de su visita a San Giovanni Rotondo, debía, como

superior de la provincia de Foggia, informar a los definidores generales de Roma y al padre general de la Orden capuchina del hecho extraordinario ocurrido en el convento de Santa Maria delle Grazie. Las autoridades de la Orden enviaron entonces una serie de médicos y de expertos para que examinaran al religioso estigmatizado, pero la prensa ya les había precedido y había difundido la noticia en toda Italia.

LOS PRIMEROS ARTÍCULOS

En mayo de 1919 había llegado al convento de San Giovanni Rotondo un nuevo hermano, el padre Placido da San Marco in Lamis. La guerra había terminado hacía varios meses y había reintegrado a la vida religiosa numerosos sacerdotes y religiosos que estuvieron movilizados. Los conventos recuperaban sus efectivos normales.

El padre Placido era de la misma edad que el Padre Pío y había sido uno de sus condiscípulos en el noviciado. Sin duda había sido enviado a San Giovanni Rotondo por el padre provincial para ayudar al Padre en sus actividades de la vida cotidiana y en los desplazamientos que las llagas de sus manos y de sus pies dificultaban. Después de muchas peticiones y valiéndose de una orden del propio padre provincial, el padre Placido consiguió fotografiar al Padre Pío con las manos descubiertas cruzadas sobre el pecho y los estigmas bien visibles. Es la más antigua fotografía que existe del Padre estigmatizado. Las llagas de sus manos están bien a la vista, circulares como una pequeña moneda. También llama la atención la mirada del Padre: ojos agudos, brillantes, que parecen ver más allá de la realidad.

En esa misma época, exactamente el viernes 9 de mayo de 1919, aparecía el primer artículo dedicado al Padre Pío. Se trataba de un simple entrefilado de veinticinco líneas, sin firma, titulado: «Los «milagros» de un capuchino de San Giovanni Rotondo». Lo más llamativo es que este primer artículo aparece en un gran diario romano, *Il Giornale d'Italia*. Se ha sospechado que en el origen de esta divulgación en la prensa se hallaba un sacerdote secular de San Giovanni Rotondo, el canónigo Giovanni Miscio.

El artículo no era hostil al Padre Pío. Se hablaba ya de su fama de clarividente, su don de bilocación, sus éxtasis y, desde luego, como signos innegables, pues eran visibles: los estigmas. Prudentemente y con intención, el artículo terminaba con esta frase: «Las personas cultas y el clero guardan rigurosa reserva, en espera del juicio autorizado de la Iglesia». Un artículo así, leído en los medios romanos, despertó la preocupación y pronto fueron al convento enviados especiales del Vaticano. Pero también suscitó la curiosidad de los fieles, atraídos por lo maravilloso. San Giovanni Rotondo se convertirá para ellos en un refugio de lo sobrenatural.

Algunos días más tarde aparecieron los primeros peregrinos de otros lugares en San Giovanni Rotondo y en Gargano. Venían de Barletta, una pequeña ciudad balneario de la costa adriática, a un centenar de kilómetros de allí. Su grupo llega el 15 de mayo. Margherita Tresca y Maruccia Torre, dos hijas espirituales del Padre Pío, vivían en Barletta. Mantenían ambas una correspondencia continuada con él. El padre Benedetto iba a veces al convento capuchino de la ciudad y era su confesor. Este grupo era el que había extendido en Barletta la fama de santidad del Padre Pío. Pero un acontecimiento concreto fue el que llevó a los peregrinos hasta Gargano. Al comienzo del mes de mayo, una niña pequeña de Barletta había sido curada de repente después de haber visto, según ella decía, la visión de un hermano de San Giovanni Rotondo. Resultado de esta curación milagrosa –sobre la que no tenemos detalles– fue que el médico que la trataba, la familia de la sanada y algunos fieles iban a San Giovanni Rotondo para comprobar la existencia del citado hermano.

Un semanario local dedicado a pequeños anuncios y a la publicidad, *Il Foglietto*, publicaba el 25 de mayo con la firma de un tal «Argo», otro artículo: «El «santo» de San Giovanni Rotondo». Los estigmas, las virtudes, la humildad del Padre Pío estaban fielmente relatadas, se hablaba del milagro de Barletta y, por primera vez, del perfume indefinible, «campestre», decía el autor del artículo, que emanaba de *il santo*. Por fin, rumor referido por Argo: el pueblo llano de San Giovanni Rotondo cree que el Padre Pío, que tiene treinta y dos años, morirá a los treinta y tres, igual que Cristo. A la semana siguiente, *Il Foglietto* volvía sobre ese fenómeno porque la noticia, ya publicada, dio lugar a una afluencia importante de fieles al villorrio de Gargano. El periódico decía que el convento de San Giovanni Rotondo se estaba convirtiendo en un verdadero lugar de peregrinación y esto era además «un inesperado y feliz recurso para el comercio local».

En ese número de 1 de junio, y el mismo día en *Il Giornale d'Italia*, aparecían artículos relatando otro milagro: la curación de un joven soldado. Un tal llamado Antonio Colonello había sido herido en el pie derecho por esquirlas de una granada el 28 de octubre de 1918, pocos días antes del final de la guerra. La herida mal curada se había complicado y estaba siempre llena de pus. Los médicos declararon incurable al joven soldado y lo habían enviado a su casa. Era originario de Orsara, en la región de Puilles. El domingo 30 de mayo, su familia lo llevó a San Giovanni Rotondo para que viera al santo monje del que se empezaba a hablar. Cinco días antes, *Il Foglietto* se había referido al milagro de Barletta. ¿Por qué el Padre Pío no iba a curar también a Antonio Colonello? El padre bendijo al joven enfermo y, de repente, se encontró completamente curado. Los fieles presentes gritaron milagro y el rumor se extendió rápidamente. Al día siguiente, dos diarios se referían al hecho. Desde entonces, los artículos se multiplicaron en toda la prensa italiana.

El gran cotidiano romano *Il Tempo* titulaba el 3 de junio: «Los milagros del Padre

Pío en San Giovanni Rotondo». El 5, *Il Corriere delle Puglie* y, el 7, *La Nazione* publicaban también artículos sobre *il santo*. El 21, *Il Mattino*, principal diario de Nápoles, publicaba a toda plana, en seis columnas, un largo reportaje de su enviado especial a San Giovanni Rotondo, Renato Trevisani. Éste presentaba los hechos –los estigmas, los peregrinos, las curaciones– con objetividad. Sin embargo, una semana después, para dar satisfacción a algunos lectores alarmados por esas supersticiones, el diario cedía la palabra a un médico, el profesor Enrico Morrica, que analizaba los «milagros del Padre Pío» como «un peligroso fenómeno morboso de psicología colectiva». Según él, había que considerar en ese asunto «las relaciones entre la energía y la materia». Los prodigios del Padre Pío podían entonces quedar reducidos a «relaciones fisico-fisiológico-patológicas» (*sic*). No discutía la realidad de los estigmas o de las curaciones, pero las explicaba según la teoría de la fuerza magnética tan apreciada por Mesmer. Concluía que el Padre Pío no era más que «un buen medium que sabe utilizar esa energía física y cree que es de origen sobrenatural».

Esa prensa, favorable o no, había provocado que en algunas semanas se multiplicaran los grupos de peregrinos. En el convento, empezaban a faltar sacerdotes para oír confesiones. El 3 de junio, el Padre Pío escribía al padre Benedetto: «No tengo un minuto libre: todo el tiempo está dedicado a librar a los hermanos de las trampas de Satán». Es notable que, desde el comienzo de las peregrinaciones, la curiosidad vana o la atracción por lo maravilloso que había llevado allí a la mayoría de los peregrinos, se transformaban a menudo en un verdadero movimiento de conversión. Muchos fueron los que, habiendo ido como curiosos o como escépticos a ver al hermano de los estigmas, acabaron de rodillas en su confesonario.

Esta campaña de prensa, no orquestada, esos movimientos de masas preocuparon a las autoridades civiles de la región; tanto más cuanto que en San Giovanni Rotondo, comarca de mayoría socialista en aquella época, algunos estaban trastornados por aquellos milagros anticuados y por las masas devotas que atraían. El 7 de junio de 1919, un notable del lugar, el Dr. Ortensio Lecce, en nombre de un grupo de habitantes de San Giovanni Rotondo, pedía al prefecto de Foggia que se abriera una información muy exigente sobre «ese curioso asunto que empieza a convertirse en turbio». El «santo monje» tuvo que someterse a una visita médica muy detenida y los resultados fueron hechos públicos; se tomaron ciertas medidas higiénicas «que se hacían necesarias por la afluencia de tantas personas que acudían de pueblos infestados de viruela y quizá de tifus», y la seguridad pública fue reforzada. El Dr. Lecce, en esa misma carta, no dejaba de denunciar con exageración «el fanatismo de los creyentes, que forman un enorme tropel alrededor del monje, enfermo de grave tuberculosis pulmonar, y que recogen sus salivas sanguinolentas».

El prefecto De Fabritiis ordenó realizar una indagación discreta. El 19 de junio envió

un primer informe al Ministerio del Interior en Roma sobre «Los pretendidos milagros de un hermano de los menores observantes del convento de San Giovanni Rotondo». Informe prudente en el que el prefecto estimaba que no correspondía a las autoridades civiles mezclarse en los asuntos religiosos. Indicaba también que había encargado al subprefecto de San Severo realizara una encuesta más detallada y que, por el momento, se había limitado a enviar algunos carabinieri más para asegurar el orden público en San Giovanni Rotondo.

El 28 de junio, después de la indagación del subprefecto, el prefecto de Foggia enviaba un segundo informe a la dirección general de la seguridad pública. El documento es interesante en varios de sus puntos. Primero por la estimación del número de peregrinos: trescientos a quinientos diarios. Cantidad muy importante, si se considera la dificultad para acceder al convento en aquella época. El informe señalaba también que «los monjes no hacen nada o no han hecho nada, no han organizado nada para la divulgación de los fenómenos que conciernen al Padre Pío, sino que, por el contrario, no paran de lamentar la publicidad que ha sido hecha en ese sentido». Por último, el prefecto señalaba que el orden público era respetado, pero si se intentaba alejar de San Giovanni Rotondo al Padre Pío –como se rumoreaba–, serían de temer reacciones violentas de descontento por parte de la población del pueblo. Una precaución final: para tranquilizar al Dr. Lecce, el prefecto sugería que «en consideración a la epidemia de viruela que afecta a varios pueblos de la provincia, sería deseable que toda persona que se dirigiera a San Giovanni Rotondo fuera provista de un certificado de vacunación»².

El prefecto de Foggia adoptaba, pues, una postura prudente, no hostil. Hizo a sus superiores una presentación honrada del asunto. Fue más bien de la Iglesia, o más exactamente, de algunas autoridades eclesásticas y de ellas solas, de donde vinieron las suspicacias, las dificultades y, finalmente, la persecución.

DETALLADOS EXÁMENES MÉDICOS

Nunca un estigmatizado –salvo quizá Teresa Neumann– pasó por tantos exámenes clínicos de sus llagas naturales como el Padre Pío. En los últimos días de septiembre de 1918, pocos días después de la estigmatización, el Dr. Merla, médico del convento, visitó al religioso. Fue una visita solicitada por el superior del convento, para comprobar el estado general del Padre, y nada más. Seguirían otros exámenes, numerosos y mucho más detallados.

El primer examen médico de los estigmas fue practicado por el Dr. Romanelli en mayo de 1919, cuando ya había comenzado la campaña de prensa. Luigi Romanelli era el jefe de servicio del hospital de Barletta. Frecuentaba habitualmente el convento capuchino de esa ciudad. En los años anteriores, había estado varias veces con el provincial, el padre Benedetto, cuando iba a confesar o a predicar. Aparte de eso, durante la guerra había servido en el hospital militar de Palazzolo sull'Oglio, en el norte de Italia, hospital cuyo capellán fue durante un poco de tiempo el padre Agostino da San Marco in Lamis. El Dr. Romanelli conocía, pues, desde hacía tiempo, a los dos directores espirituales del Padre Pío. Así que no examinó a un desconocido el 15 de mayo de 1919, aunque era la primera vez que lo veía.

El Dr. Romanelli hizo aquella visita a título oficial, por solicitud del padre provincial. Llegó al convento la tarde del día 14 acompañado por éste y por un padre capuchino de Bari. Al día siguiente se confesó con el Padre Pío, conversó un momento con él, asistió a su Misa y, por la tarde, procedió a un examen de las llagas. En la mañana del día 16 volvió a examinar las llagas, antes de marcharse, y redactó un informe médico destinado a los superiores del Padre. En el espacio de poco más de un año, visitará cuatro veces al Padre Pío, y tuvo la posibilidad de examinar de cerca las llagas. Efectuó su última visita el 15 de julio de 1920, acompañado por otro médico, el Dr. Festa.

El olor suave que se desprendía del Padre Pío fue la primera cosa que observó el Dr. Romanelli. Como no sabía nada acerca de ese fenómeno de la fragancia mística, al salir de la celda del Padre le expresó su extrañeza al padre que lo acompañaba. ¿Desde

cuándo los religiosos capuchinos tenían esas costumbres mundanas? El buen padre no supo qué contestarle, pues también ignoraba lo referente a esa gracia poco ordinaria. Esa fragancia mística u «olor de santidad» es uno de los más frecuentes fenómenos místicos que pudieron observar los peregrinos de San Giovanni Rotondo. Está comprobada desde los primeros tiempos de la estigmatización y lo será con frecuencia hasta su muerte. Se trataba siempre de un perfume exquisito, pero difícilmente definible. Algunos creían reconocer una mezcla del olor de lilas y de magnolia, otros, un perfume de violetas y de rosas. Este fenómeno del olor de santidad que se desprende de la persona o de un objeto que le pertenece, o incluso en su ausencia cuando se le recuerda, es antiguo en la historia de la mística.. El testimonio más antiguo conocido es el de los cristianos de Esmirna en la carta en la que describen el martirio de su obispo Policarpo en 155. La teología mística explica: «Algunas veces, Dios permite que del cuerpo de los santos, durante su vida, o después de su muerte, se desprendan perfumes que así expresan el buen olor de las virtudes que han practicado. Así, de los estigmas de San Francisco de Asís se desprendían a veces olores suaves. Cuando Santa Teresa murió, el agua con la que lavaron su cuerpo quedó perfumada; durante nueve meses, un perfume misterioso se exhalaba de su tumba y, cuando exhumaron su cuerpo, brotaba de sus miembros un aceite oloroso»³.

Después de cada una de esas cinco visitas, Romanelli redactó un informe científico o dejó un testimonio por escrito. El informe más completo es el último, el de 7 de noviembre de 1920. Está dirigido al nuevo provincial de los capuchinos, el padre Pietro da Ischitella, que había sustituido en ese cargo al padre Benedetto en julio de 1919. El documento es muy concreto. Es, en parte, una refutación de otro informe médico, el del profesor Bignami, del que ya hablaremos. Tiene también el interés de mostrar una cierta evolución de las llagas, en su forma, no en su naturaleza, de una visita a otra. Merece la pena citarlo ampliamente⁴.

«Cuando visité por primera vez al Padre Pío, la herida del tórax aún no presentaba la forma de una cruz: era más bien un corte limpio, paralelo a las costillas, de siete u ocho centímetros de largo, si no recuerdo mal, con excisión de las partes blandas. No se podía medir su profundidad y sangraba abundantemente. La sangre tenía las características de la sangre arterial y los bordes de la llaga hacían ver que no era superficial. Los tejidos alrededor de la lesión no presentaban ninguna reacción inflamatoria y eran dolorosos incluso a una presión ligera.

«Las lesiones que se presentaban en las manos, aunque ahora están recubiertas de una costra y en diversos puntos sanguinolentas, cuando las vi en junio de 1919⁵ y en julio del mismo año, estaban sin embargo recubiertas de una membrana tumefacta de color rojo oscuro. Ahora no hay ningún punto sangrante, ni edema, ni reacción inflamatoria de los tejidos circundantes. Tengo la convicción, incluso la certeza, de que

estas heridas no son superficiales, porque al ejercer una cierta presión con mis dedos y apretando la palma de la mano, a cada lado de la lesión, he tenido idea exacta del vacío que existía entre mis dedos. No he podido comprobar, apretando fuertemente los dedos, si esas heridas se unían a través de la membrana, porque esa prueba y la fuerte presión provocan un dolor intenso. Reconozco que esta prueba es bárbara, sin embargo la repetí varias veces aquella tarde y después quise repetirla por la mañana, y debo confesar que siempre tuve la misma impresión y la misma certeza.

Las lesiones de los pies presentaban entonces las mismas características que las de las manos; pero en los pies me fue difícil hacer una prueba idéntica a causa de su espesor».

Al término de cinco exámenes médicos en el espacio de quince meses, el Dr. Romanelli concluía: «Las heridas del Padre Pío no pueden ser clasificadas, por sus características y por su desarrollo clínico, entre las lesiones quirúrgicas comunes y tienen otro origen y una causa que no conozco».

Es la opinión de un jefe de servicio de un pequeño hospital de provincia, relacionado desde mucho tiempo con los capuchinos. Había efectuado esas visitas a petición del provincial de la Orden. Más solemne fue la visita solicitada por el procurador y comisario general de la Orden, el padre Giuseppe Antonio da Persiceto, al Dr. Amico Bigami, profesor de patología interna en la universidad de Roma. En realidad, el padre Giuseppe actuaba por orden del Santo Oficio, preocupado por los vientos pasionales que empezaban a soplar en torno al monasterio perdido de Gargano.

La visita del profesor Bignami fue en julio de 1919, después de las dos primeras visitas efectuadas por el Dr. Romanelli. Permaneció dos días en el convento y examinó detenidamente los estigmas. Él fue quien, al observar que el Padre Pío se untaba las heridas con tintura de yodo, le prohibió que lo hiciera en adelante, considerando que era una precaución higiénica absolutamente inútil. De regreso a Roma, redactó, el 26 de julio de 1919, un informe largo y detallado. Después de una descripción minuciosa de las llagas, que corroboraba en todo la de su colega, emitía tres hipótesis para explicar el origen: «a) Han sido producidas artificial y voluntariamente, b) son manifestación de un estado enfermizo, c) son en parte producto de un estado enfermizo y en parte artificiales».

Él se inclinaba por la tercera hipótesis. El origen nervioso de las llagas, producidas por autosugestión, explicaba además que no evolucionaran clínicamente, es decir, que no hubiera ni curación ni infección. Acababa así su informe: «... Las lesiones descritas comenzaron como fenómenos patológicos (necrosis neuróticas múltiples de la piel) y fueron, quizá inconscientemente y por un fenómeno de sugestión, completadas en su simetría y mantenidas artificialmente con un medio clínico, por ejemplo, con tintura de yodo».

La acusación era grave. Aunque la palabra no fuese empleada, el Padre Pío era sospechoso, si no de falsario, al menos de enfermo. Esta visita solicitada por las autoridades romanas de la Orden y hecho «en nombre del Santo Oficio», se concluía con un informe desastroso. Bignami ofrecía una explicación materialista del fenómeno. Para tratar de demostrar el acierto de su hipótesis, antes de marcharse del convento, aplicó una pomada cicatrizante y vendó las llagas del Padre Pío, poniéndoles un sello. Se hallaban presentes todos los frailes del convento, el padre Benedetto, el padre Pietro da Ischitella, nuevo provincial, el Dr. Merla y otros médicos de San Giovanni Rotondo. El profesor Bignami hizo jurar a la asistencia sobre el Evangelio que nadie trataría de abrir los vendajes antes de quince días. En esa fecha, el tratamiento debería haber producido efecto y los estigmas pretendidamente sobrenaturales no serían más que cicatrices en vías de desaparición.

Quince días más tarde, fueron quitadas las vendas de las manos, de los pies y del costado. Nada había cambiado... Las llagas seguían pareciendo frescas y el tratamiento no las había modificado en nada. Esta contraexperiencia no impidió que circulara su informe de conclusiones antisobrenaturales. No fue conocido inmediatamente por el público. Sólo tuvieron conocimiento de él los superiores de la Orden y algunos íntimos. El Dr. Romanelli fue de éstos. En su informe de 7 de noviembre de 1920 ya citado, se sorprende de la incoherencia de su colega romano:

«El profesor Bignami ha descrito al Padre Pío como un sujeto normal, de sistema nervioso normal, que no presenta ningún desorden psicopático o neuropático y al mismo tiempo clasifica las lesiones encontradas en la categoría de lesiones necro-neuróticas y habla de autosugestión. ¿Puede haber un efecto sin causa? ¿Podemos tener lesiones de origen nervioso en una persona que no está afectada por una enfermedad nerviosa?» Añadía una observación de sentido común: «... Incluso admitiendo el origen nervioso de las lesiones del Padre Pío, esas heridas, una vez producidas, ¿deben seguir o no el curso normal de todos los demás tipos de lesiones? Científicamente, las heridas sanan si son bien cuidadas o se complican si están mal cuidadas. Ahora bien, ¿podemos explicar incluso científicamente por qué las llagas del Padre Pío, tratadas sin ninguna precaución, sino al contrario, sometidas (especialmente las de las manos, en mi presencia) a lavados con una agua que está lejos de ser esterilizada; cubiertas con guantes ordinarios de lana o con pañuelos tomados de lugares que nunca han sido desinfectados; lavados con jabón de mala calidad; cómo esas llagas no se agravan, no supuran, no tienen complicaciones y, además, no se curan? Y por último, ¿por qué no se curan después del sabio tratamiento prescrito por el profesor y ejecutado escrupulosamente? [...] Tengo en gran consideración el informe del profesor, porque edifica maravillosa y milagrosamente cuando quería destruir».

Esta primera polémica científica, todavía no pública, hacía presagiar otras y

anunciaba oposiciones mucho más terribles.

Un tercer médico examinó, en esa época, al Padre Pío. Se trataba del Dr. Giorgio Festa, cirujano. Era el médico de cabecera de la casa generalicia de los capuchinos en Roma. A finales de julio de 1919, después de conocer el informe Bignami y muy preocupado por lo que había leído, el ministro general de la Orden, el padre Venanzio da Lisle-en-Rigault, sugirió al Dr. Festa que fuera también a San Giovanni Rotondo para examinar a ese extraño fraile. Esta vez no se trataba de una misión oficial o de un contra-peritaje, sino más bien una visita privada solicitada a un médico familiar de la casa generalicia.

El Dr. Festa dudó en responder a esta petición. Temía encontrarse con uno de esos casos de histeria o de psicopatía que a veces produce el universo religioso. Después de todo, la fama de su colega Bignami era garantía de la seriedad de sus conclusiones. Hasta octubre de 1919, por escrúpulo profesional, el Dr. Festa no se decidió a ir a San Giovanni Rotondo.

Partió de Roma la tarde del 8 de octubre y llegó al convento al día siguiente. Eran las 21 horas. El Dr. Festa quiso examinar de inmediato al Padre Pío. A la mañana siguiente, a las 7 horas, procedió a un nuevo examen minucioso de las llagas. Permaneció aún tres días en el convento, limitándose a examinar al Padre Pío «desde el punto de vista psicológico», es decir, a estudiar su comportamiento, a conversar con él. De regreso a Roma, redactó un largo informe que, terminado el 28 de octubre, fue enviado al ministro general de los capuchinos. Giorgio Festa llevará a cabo un segundo examen de los estigmas los días 15 y 16 de julio de 1920, en compañía del Dr. Romanelli. Volverá una vez más al convento en 1925. En esta fecha, las autoridades eclesiásticas prohibieron que en adelante nadie volviera a examinar los estigmas. No obstante, el Dr. Festa, con ocasión de una intervención quirúrgica que le practicó al Padre Pío, pudo examinar una vez más las llagas sobrenaturales. En seis años, observará, nada había cambiado. En 1933 publicará una obra, *Tra i misteri della Scienza e le luci della Fede*, primer estudio científico completo sobre los estigmas del Padre Pío.

Desde su primera visita en octubre de 1919, Festa había formado su convicción: las llagas eran de origen sobrenatural. No había observado en el religioso ningún desarreglo nervioso, su psicomoción era normal. La autosugestión como origen de los estigmas se contradecía con el buen estado psíquico del sujeto. Además, la nitidez de las llagas y su no evolución clínica eran inexplicables. Ni rojeces, ni hinchazón alrededor de las llagas hacían prever una degradación o un mejoramiento de su estado. Su constancia después de tantos meses eran un reto para la ciencia.

Entre su visita de octubre de 1919 y la de julio de 1920 –Romanelli había hecho esa misma observación–, el Dr. Festa notó, sin embargo, un cambio en la llaga del costado, a nivel del corazón. Cambio en la forma de la llaga, pero no en su naturaleza. En su

origen, ese estigma del costado se presentaba como un simple corte, pero en pocos meses se le añadió a la llaga original otro corte transversal, de manera que formaba una cruz: la llaga original, de siete centímetros, estaba cortada en el tercio de su longitud por una llaga casi horizontal de cuatro centímetros y cada una de esas llagas tenía una profundidad de unos ocho centímetros. Ese dibujo, tan simbólico, formado «naturalmente», venía a añadirse a lo inexplicable de los estigmas.

¿AUTOSUGESTIÓN?

En sólo el año 1919, en mayo, julio y octubre, tres médicos habían procedido a un examen detenido de los estigmas del Padre Pío. Dos de ellos llegaban a la conclusión de su carácter sobrenatural, el tercero, el profesor Bignami, miembro de la Escuela positivista italiana, ateo, daba la explicación racionalista de la autosugestión. Esta tesis volverá a ser expuesta en los años siguientes por médicos o periodistas. Después del profesor Bignami, un célebre religioso franciscano y especialista de la mística, el padre Gemelli, la volverá a lanzar.

Sin embargo, cuando el «caso» del Padre Pío vino a añadirse a los de centenares de otros casos de estigmatización conocidos desde la Edad Media, el estudio de ese fenómeno estaba muy avanzado. En todas las lenguas se disponía de estudios serios sobre este tema y al siglo xix no le faltaban casos célebres de estigmatizados (Marie-Julie Jahenny en Francia, Louise Lateau en Bélgica, etc.).

El padre Augustin Poulain, jesuita, publicó en 1901 un gran tratado de teología mística, más descriptivo y analítico que doctrinal, en el que todos los problemas relativos a los diversos estados místicos eran abordados y discutidos. No había olvidado la hipótesis del origen histérico o hipnótico de la estigmatización. Lo había refutado de manera muy argumentada. No negaba que la imaginación pueda a veces provocar, en sujetos enfermos, llagas superficiales, pero señalaba —y desde entonces esto no ha sido contradicho por la observación clínica— que «lo que único que se ha obtenido, y eso muy raramente, han sido rojeces o, todo lo más, sudores rosados; pero nunca ha habido sangre brotada ni, sobre todo, agujeros, ni desgarrones de tejidos».

El padre Poulain acababa el examen de esta cuestión con una serie de observaciones de gran interés:

«—... Los estigmas de los santos presentan diferencias muy grandes con los estigmas hipnóticos de los que se ha hablado:

1º En los primeros hay verdaderas llagas; con frecuencia la sangre brota muy abundante. Nada parecido en los otros. No ha habido más que una hinchazón o un sudor más o menos coloreado. No es más que una imitación grosera.

2° Los primeros persisten con frecuencia varios años o se reproducen periódicamente, cada semana. Los otros son pasajeros.

3° No se consigue curar los primeros con medicinas.

4° Los primeros son con frecuencia muy dolorosos. Este hecho no ha sido señalado en los otros.

5° Los primeros han sido siempre acompañados de éxtasis.

6° Contrariamente a lo que se observa en todas las llagas naturales de una cierta duración, las de los santos no presentan ningún olor fétido (incluso a veces emiten perfumes), ninguna supuración, ninguna alteración morbosa de los tejidos. Cosa notable, las heridas no estigmáticas, por el contrario, siguen su evolución normal»⁶.

Esta clara distinción establecida por el padre Poulain a partir de los trabajos existentes sobre ese tema y de testimonios diversos, sin duda, no era conocida ni por Romanelli, ni por Festa, ni por Bignami cuando visitaron al Padre Pío. La primera edición de este clásico tratado de mística no apareció hasta 1926 en Turín. No obstante, experimentalmente, por así decir, sin ser especialmente entendido en patología mística – ¡palabra horrible! –, dos de ellos llegaron a conclusiones similares: falsos estigmas de los histéricos o de los hipnóticos y los estigmas observados en el capuchino de San Giovanni Rotondo eran muy diferentes. Los segundos eran del todo inexplicables por la ciencia de aquel tiempo, podían ser llamados sobrenaturales.

Esos estigmas se iban a convertir en un misterio para el mundo entero. Para unos, objetos de asombro y llamadas a la adoración de Dios y a la conversión, para otros, objetos de escándalo, resurgir de una religiosidad morbosa y fantasiosa.

Marta Robin, otra gran estigmatizada del siglo, resumía en dos palabras su misión: «Ofrecerse y sufrir». Preguntada sobre sus estigmas por Jean Guitton, decía: «Se tiene la impresión de que Jesús sufre en vosotros, fuera del tiempo, fuera del espacio, pero Jesús es su gloria». También decía que a medida que los años pasaban, los sufrimientos de los estigmas no disminuían, sino que ella los «superaba». Ella no se sentía ya en la cruz, sino que, por así decir, ella era la cruz. El Padre Pío seguirá un itinerario espiritual a veces semejante. Él era sacerdote y, por lo tanto, vivía doblemente crucificado: en su carne y cuando celebraba la Misa. Un día explicó así la vida de sufrimientos que de continuo era la suya: «Todo lo que Jesús sufrió en su Pasión yo también lo sufro, en lo que es posible para una criatura humana. Y esto a pesar de mis pocos méritos y por su sola bondad...».

A propósito de los estigmas del Padre Pío, señalemos, por último, que, si los estigmas propiamente dichos –las cinco llagas en las manos, en los pies y en el costado– fueron los signos más conocidos con los que el Señor quiso marcarlo, también otras heridas lo identificaron con el Señor crucificado. La vida entera del Padre Pío fue no ya una imitación de la vida de Cristo, sino que, por una gracia misteriosa, fue una

asociación íntima a la Pasión de Cristo. Participó en su vida terrestre en los padecimientos de Jesús. Participó de ella incluso en su carne y conoció todos los padecimientos por los que pasó Cristo. También él fue, en su carne, flagelado, coronado de espinas, llevó la cruz y fue crucificado. Las cinco llagas dan prueba de esa crucifixión perpetua del Padre Pío. Son menos conocidas, porque eran menos visibles y no permanentes, llagas sangrientas en la espalda, alrededor de la cabeza y en el hombro izquierdo; muchos testigos y varias prendas manchadas de sangre, que se conservan en el convento de San Giovanni Rotondo, dan testimonio de ello. A una de sus hijas espirituales que le preguntó cuántas eran sus llagas y dónde las tenía, le contestó bruscamente: «¿Quién las cuenta? Debemos parecernos a Jesús».

[1](#) Carta del 5 de marzo de 1919, publicada en nota de la carta nº 528, Epistolario, t. I, p. 1129.

[2](#) Texto íntegro de los dos informes reproducido en Giuseppe Pagnossin, *Il Calvario di Padre Pio*, o. c., t. I, pp. 31-36 y 50-52.

[3](#) Adolfo Tanquerey, *Compendio de Teología ascética y mística*.

[4](#) El texto completo de este informe, así como el de todos los demás informes médicos de los años 1919, 1920 y 1925 han sido publicados en *Le sigmate di Padre Pio da Pietrelcina. Testimonianze. Relazioni*, bajo la dirección del padre Gerardo di Flumeri, ediciones «Padre Pio da Pietrelcina», San Giovanni Rotondo, 1985.

[5](#) El Dr. Romanelli se equivoca en un mes. Su primera visita data de mayo de 1919.

[6](#) Padre Augustin Poulain, *Des grâces d'oraison. Traité de théologie mystique*, 1931 (11ª edición), p. 588.

CAPÍTULO 7

UNA FAMA ENVIDIADA

Más que la polémica médica sobre los estigmas, que por el momento estaba limitada a un círculo estrecho de especialistas, fue la campaña de prensa del verano de 1919 la que provocó una afluencia de peregrinos a San Giovanni Rotondo. El padre Paolino, superior del convento de 1916 al 29 de septiembre de 1919, dejó interesantes recuerdos de ese período. Cuenta que, después de los primeros artículos, es decir, a partir de mayo de 1919, todos los días acudían al convento los visitantes a centenares. Todos querían ver al *santo*, besar sus estigmas, asistir a su Misa, confesarse con él. No había entonces ni hoteles, ni albergues para los peregrinos y toda esa gente dormía al raso en los campos de los alrededores. A veces esperaban diez o quince días antes de poder confesarse con el Padre. Pronto hubo que establecer un turno, una lista de espera con números.

Los días de afluencia, el Padre confesaba en la sacristía y se reservaba los que él llamaba «peces gordos», hombres que hacía mucho tiempo que no se habían confesado. Dejaba que sus hermanos confesaran a las mujeres, que eran más piadosas. Se extendió el rumor de que el Padre Pío leía en el interior de las almas –este rumor se confirmó miles de veces por los penitentes–. Con frecuencia ayudaba a los que se confesaban con él recordándoles, con precisión, tal o cual pecado cometido en el pasado. Este don de clarividencia siempre asombraba a quienes eran «descubiertos» en el secreto del confesonario. También se asombraban quienes se confesaban en una lengua extranjera y se daban cuenta de que eran perfectamente comprendidos y que ellos comprendían lo que el Padre les decía.

Estos peregrinos y los habitantes de San Giovanni Rotondo consideraban ya al Padre Pío como «su» santo y con frecuencia las autoridades eclesiásticas o civiles hubieron de intervenir para apaciguar su fervor y su envidia. Así, el 3 de septiembre de 1919, cuando el padre Benedetto acompañaba al convento a Mons. Alberto Valensi, canónigo del Vaticano y examinador del vicariato de Roma, circuló el rumor de que iban a cambiar de convento al Padre Pío. Rumor totalmente infundado, pero que bastó para inflamar a la población. Acudieron de inmediato a manifestar su apoyo al Padre ante las puertas del

convento con la banda de música al frente. Unos campesinos montaron guardia toda la noche para no dejar que «se llevaran» a su Padre. Hasta que se marcharon Mons. Valensi y el padre Benedetto no se calmaron los ánimos.

CALUMNIAS

Esta repentina celebridad que adquirió el convento, la afluencia de peregrinos y de limosnas disgustaban a cierta parte del clero secular local, descontentos porque se le iban fieles y óbolos. Canónicamente, el convento de San Giovanni Rotondo dependía del obispo de la diócesis. El obispado estaba en Manfredonia, pequeña ciudad a unos treinta kilómetros del convento y a orillas del mar. El titular era Mons. Pasquale Gagliardi. Su fama, aun antes de que fuera conocido el asunto Padre Pío, era detestable. Algunos fieles lo acusaban de simonía y de costumbres depravadas. Algunos años más tarde, estos hechos fueron, en efecto, establecidos durante una visita apostólica.

Algunos miembros del clero secular de San Giovanni Rotondo no eran irreprochables. Algunos canónigos adscritos a la iglesia parroquial vivían en concubinato notorio o tenían amantes. Esta vida poco edificante del clero local no podía por menos que hacer más atractivos a los monjes del convento y a su hermano estigmatizado.

Desde el mes de septiembre de 1919, Mons. Gagliardi tomó la incitativa de reunir documentos o testimonios contra el Padre Pío. Aunque nunca lo había visto, no creía en lo sobrenatural de los carismas que se le atribuían. «Los periodistas están pagados – decía –, el Padre Pío es un reclamo de alondras para atraer a los ingenuos y al dinero». A finales de año, hizo firmar por sacerdotes y fieles de su diócesis una denuncia de escándalo contra el convento de los capuchinos. Encontró unos ayudantes incondicionales en tres canónigos de San Giovanni Rotondo: Michele De Nittis, Giovanni Miscio, Domenico Palladino y su arcipreste Giuseppe Prencipe. La denuncia fue enviada al Santo Oficio. Mons. Gagliardi suplicaba al papa Benedicto XV que «pusiera freno a la idolatría que se comete en el convento por las actuaciones del Padre Pío y por los hermanos que están con él».

Hasta el año siguiente, Mons. Gagliardi no fue al convento de Santa Maria delle Grazie y conocerá al Padre Pío. Asistirá a su Misa, le pide que rece por una intención, le besa la mano, pero según unos testigos no irá a su celda. Sin embargo, más tarde afirmará, incluso ante el Santo Oficio, que aquel día sorprendió al Padre Pío «acicalándose y perfumándose». Calumnia ridícula que se sumará a otras mentiras.

Esta primera campaña de denigración, que no fue conocida entonces en el convento, esta agitación continua, a veces mal controlada, en el pueblo, los informes sucesivos del prefecto de Foggia ya referidos, hicieron una primera víctima: el superior del convento. En el capítulo provincial celebrado en Foggia del 24 al 30 de septiembre de 1919, el padre Paolino da Casacalenda tuvo que abandonar su cargo y fue enviado al convento de Gesualdo, en la provincia de Avellino. Se le consideraba en parte responsable de la divulgación demasiado rápida que se había hecho de los asuntos internos del convento. El padre Lorenzo da San Marco in Lamis lo sustituía como guardián.

Separarse del Padre Pío fue doloroso. Muchos lazos unían a los dos religiosos. Fue el padre Paolino quien hizo que el Padre Pío fuera a San Giovanni Rotondo, fue el primero que vio los estigmas y reconfortó al Padre, humillado por esa gracia de conformidad con Cristo sufriente. A su vez, él había recibido de ese hermano extraordinario numerosos consejos espirituales. A esta primera «punicción» infligida al Padre Pío le seguirían en años sucesivos persecuciones y vejaciones mucho más graves.

Para consolarse, el Padre Pío podía considerar los numerosos peregrinos que acudían a él, a veces por mera curiosidad, pero también para encontrar en el espectáculo asombroso de un sacerdote estigmatizado la fuente de una verdadera conversión. También estaban las cartas que llegaban todos los días provenientes de toda Italia, pidiendo una gracia, un consejo, una oración. Entre los primeros fieles hay que mencionar a Emmanuele Brunatto. Cuando conoció al Padre Pío era un joven de veintisiete años. Hasta entonces había llevado una vida de aventura y disipada. «Las mujeres me atraían más que el trabajo y la noche más que el día», confesará más tarde. Había sido buzo en América, sastre de señoras en Milán, jockey en Bolonia, comerciante en Palermo, empresario de una famosa cantante de cabaret en Nápoles. Supo de la existencia del estigmatizado de Gargano por el gran reportaje aparecido en *Il Matino*.

En un principio no se había preocupado y siguió llevando su vida disoluta. Hasta 1920, después de haber incurrido en varias condenas por contumacia en quiebra fraudulenta o bancarrota y cuando había caído en una negra miseria, no se acordó del monje de San Giovanni Rotondo. Decidió dirigirse a pie al monasterio. Pero ni siquiera sabía con qué intención emprendía ese viaje. De Nápoles a San Giovanni Rotondo la peregrinación duró varios días. Llegado al convento, Brunatto se mezcló con la masa de peregrinos. Al Padre Pío le faltó tiempo para localizar a ese «pez gordo» y llevarlo a una total y radical confesión. Tanto fue así, que Brunatto acabó por establecerse en San Giovanni Rotondo. Primero vivió en el interior mismo del convento, ayudando a Misa al Padre Pío, protegiéndolo de los importunos, hombre para todo y enérgico defensor de la fama del capuchino cuando las persecuciones empezaron a azotarle. Después, Brunatto abandonará Italia, irá a hacer fortuna a Francia, durante la guerra será el primer mecenas de la *Casa Sollievo* y, en los años 60, el organizador de AID. Hasta su muerte en 1965

será el caballero, a veces demasiado impetuoso, de la causa del Padre Pío.

En aquellos primeros años de la estigmatización, las más altas autoridades de la Iglesia se mezclaban con la multitud de simples fieles. Entre los peregrinos entusiastas podemos señalar los nombres de los cardenales Silj, Cagliero, Gasparri, Faulhaber. La hostilidad del obispo del lugar, Gagliardi, aún no había podido enturbiar la opinión favorable que las autoridades eclesiásticas en su conjunto tenían hacia el estigmatizado.

VISITAS CONTRADICTORIAS

Las calumnias difundidas por el obispo de Manfredonia y ciertos canónigos de San Giovanni Rotondo no habrían bastado sin duda para que el Santo Oficio condenara al Padre Pío. La intervención en el debate de un especialista indiscutible de la mística, el padre Gemelli, fue decisiva para la actitud adoptada por determinadas autoridades romanas y sus disposiciones sucesivas contra el Padre Pío.

El padre Agostino Gemelli fue, hasta su muerte en 1959, una personalidad eminente de la *Inteligenza* católica italiana. Nacido en un ambiente anticlerical francmasón, fue primero médico y cirujano, militante socialista, se convirtió al catolicismo y entró en los franciscanos a los veinticinco años, en 1903. Especialista en neuropsicología, se interesó desde muy pronto por los fenómenos místicos y, en escritos célebres, había defendido el carácter sobrenatural de los milagros que sucedían en Lourdes. Fue uno de los fundadores de la universidad católica de Milán. En esa época trabó amistad con Mons. Achille Ratti, entonces director de la Biblioteca Ambrosiana, y más tarde será papa con el nombre de Pío XI. Además, el padre Gemelli era consultor del Santo Oficio¹.

Era, pues, una personalidad eminente la que iba a interesarse por el «caso» Padre Pío. A comienzos del año 1920, el padre Gemelli escribió al provincial de Foggia, el padre Pietro da Ischitella, pidiéndole autorización para visitar al estigmatizado de Gargano. Desde los exámenes efectuados en 1919 por Romanelli, Bignami y Festa, las autoridades de la Orden capuchina habían decidido que todo nuevo examen de los estigmas no podría ser hecho sino con el acuerdo firmado del Santo Oficio y del ministro general de la Orden. Ésa fue la respuesta que se dio al correo del padre Gemelli. Éste dijo que deseaba ver al Padre Pío «sólo con fines privados y espirituales». Entonces se le autorizó a ir al convento de Santa Maria delle Grazie.

El 17 de abril, el padre Gemelli fue a Foggia acompañado por Armida Barelli, mujer piadosa y ayudante de algunos de sus trabajos. Luego partieron para San Giovanni Rotondo junto con el padre Benedetto y algunos sacerdotes. Llegaron a última hora de la tarde y no pudieron ver al Padre Pío, que estaba rezando en el coro. El padre superior les aconsejó que esperaran al día siguiente. El 18, temprano, Gemelli se dirigió a la sacristía.

Se presentó al religioso estigmatizado, que se disponía a celebrar Misa. Emmanuele Brunatto, que se hallaba en el convento en esa fecha, ha contado la escena:

—Padre Pío, he venido para hacer un examen clínico de sus lesiones.

El capuchino, impasible, le preguntó:

—¿Tiene usted una autorización... escrita?

—Escrita, no. De todas maneras...

—En ese caso no estoy autorizado a enseñárselas a usted.

Y sin añadir palabra, el Padre Pío se fue a celebrar Misa. El otro, desconcertado, lo vio alejarse y exclamó:

—Bien, Padre Pío. Ya hablaremos.

Poco después se marchó del convento².

Este episodio no merecería ser señalado si se hubiera tratado de una negativa sin continuación. Pero el padre Gemelli afirmó más tarde, repetidas veces, haber examinado los estigmas del Padre Pío. Llegará a la conclusión de histeria y se referirá a «autolesiones más o menos conscientes». Lo más curioso de este asunto, si se puede decir así, es que le pidieron al padre Gemelli, antes de que dejara el convento, que inaugurara el «registro de visitantes» que el superior del convento había decidido abrir para conservar el recuerdo de los peregrinos ilustres que iban a San Giovanni Rotondo.

El padre Gemelli escribió: «Todos los días comprobamos que el árbol franciscano da nuevos frutos y esto reconforta aún más a quienes se alimentan y viven de ese árbol maravilloso. Fr. Agostino Gemelli OFM 18 de abril de 1920». ¿Apreciación sibilina o sincera? Sea lo que fuere, el padre Gemelli hizo una relación escrita de su visita y de su pretendido examen de las llagas —en realidad, no había podido verlas más que de bastante lejos durante la Misa—. Esta relación fue enviada al Santo Oficio. El cardenal Michele Lega, que entonces era miembro de la congregación del Santo Oficio y de la congregación del concilio, dirá de esta relación que era «terrible». El texto del informe Gemelli se ha perdido o se halla cuidadosamente guardado en secreto... En todo caso, ejercerá una influencia decisiva en las sanciones impuestas por el Santo Oficio y el nuevo papa, Pío XI, a partir de 1922.

De manera inmediata, la reacción de las autoridades romanas ante el juicio del padre Gemelli fue prudente y discreta. Un primer visitador oficial fue enviado el 28 de mayo de 1920 al convento, provisto de todas las autorizaciones por escrito necesarias. Se trataba de Mons. Bonaventura Cerretti, entonces secretario para los asuntos eclesiásticos extraordinarios (al año siguiente fue nombrado nuncio apostólico en Francia). Pasó casi dos días en el convento y examinó los estigmas. El informe que hizo debió de ser favorable o solicitaba una investigación más detallada. Abandonó el convento vivamente impresionado por la sencillez del Padre Pío y su piedad.

Menos de dos meses después, llegaban dos nuevos enviados oficiales al convento.

Actuaban directamente a las órdenes del papa Benedicto XV y habían sido designados por él. Se trataba de su médico personal, el profesor Giuseppe Bastianelli, y del padre Luigi Besi, pasionista, consultor de las congregaciones de Religiosos y de Ritos. El padre Besi era uno de los consejeros más cercanos de Benedicto XV y éste le confiaba misiones delicadas y confidenciales. Ambos visitantes estuvieron largo tiempo con el Padre Pío el 12 de julio, examinaron los estigmas y su opinión acerca de la sobrenaturalidad del «caso» fue favorable. El informe Gemelli, poco circunstanciado, se veía así contradicho por un doble contra-testimonio. Hasta el final del pontificado de Benedicto XV ya no volvió a ser sometido a examen el Padre Pío y en nada fue restringido el ejercicio de su ministerio.

Una de las grandes figuras de la Orden capuchina, el padre Roberto da Nove di Bassano, filósofo, teólogo, gran canonista, visitó también por entonces al Padre Pío. Su testimonio sobre el estigmatizado de Gargano es muy interesante. El 7 de septiembre de 1920, en una carta que enviaba a su superior provincial, el padre Odorico da Pordenone, de Venecia, reconocía haber ido a San Giovanni Rotondo a contrapelo, como escéptico. Las historias de bilocación, de introspección en las almas y de curaciones milagrosas no le decían nada que valiera la pena. En el convento, el «comportamiento, la serenidad, la sencillez» del capuchino extraordinario lo conquistaron y disiparon sus prevenciones. Hacía un hermoso retrato del estigmatizado: Físicamente, el Padre Pío tiene un rostro regular, un buen aspecto, la mirada viva pero –se nota pronto– cargada de buena voluntad, la piel es blanca bajo el color rosa del semblante, las manos son también muy blancas, el cuerpo de mediana estatura da la impresión de un sufrimiento continuo, anda arrastrando un poco los pies y parece que cojea, ciertamente a causa de las lesiones de los pies [...].

«Sus costumbres. El Padre Pío se levanta al mismo tiempo que la comunidad a las 5 y media (hora solar; aquí la hora legal no existe). Confiesa hasta las 10 y a esa hora celebra la santa Misa. Después de la Misa, regresa a su celda para la acción de gracias. Desciende a la sacristía para escuchar a todos los que quieren hablarle y ser bendecidos, que son muchos. De todas las regiones de Italia y del extranjero. Se necesita una gran paciencia para escuchar el relato de tantas miserias y acoger a tantas almas enfermas, desesperadas, que piden ayuda, confianza, fe, paz. A mediodía almuerza en el refectorio del pequeño colegio del que es director espiritual: su menú se compone de hortalizas cocidas, de frutos (cuando es su estación), a lo que a veces se añade un huevo. Y ése es todo el alimento durante el día, pues ni por la mañana ni por la noche toma absolutamente nada. Ha comprobado que, si para la cena tomaba un poco de pasta o algo tan ligero como una taza de leche, su estómago no lo soportaba. Por la noche, después de la cena, se queda un rato de tertulia con la comunidad»³.

Esta visión familiar del Padre Pío podría haber sido dada por el padre Gemelli, y el

destino del estigmatizado de San Giovanni Rotondo habría sido, sin duda, otro. Pero de su visita al convento, el padre Gemelli sacó una impresión radicalmente diferente. Ya hemos dicho que el informe del franciscano sobre su hermano capuchino es desconocido. Podemos, sin embargo, tener una idea de su contenido, por una parte, según la conversación que Gemelli mantuvo con el Dr. Festa poco después de su visita a San Giovanni Rotondo, por otra, gracias a un artículo publicado en 1924 y que provocó escándalo. Desde 1920, el padre Gemelli, aureolado de una fama de neuropsicólogo y de especialista de la mística, fue el inspirador de una campaña de denuncia del Padre Pío. Su influencia en los ambientes romanos haría de él «el filósofo de la persecución»⁴.

«EL FILÓSOFO DE LA PERSECUCIÓN»

El padre Gemelli había estado con el Padre Pío, había visto sus estigmas como todos los peregrinos podían verlos, de lejos, durante la Misa. No había podido examinarlos de cerca con detalle. Pero asegurará en varias ocasiones que había podido hacer «un examen detallado» de las llagas sobrenaturales y difundirá su teoría explicativa del fenómeno.

En septiembre de 1921, con ocasión de la ceremonia del centenario de la Orden tercera franciscana que tuvo lugar en la iglesia de Ara Coeli de Roma, se encontró con el Dr. Festa. Recordaron el caso del Padre Pío. El padre Gemelli explicó que los estigmas del capuchino provenían de «un estado morbozo, de una condición psicopática o eran el efecto de una simulación». Llegaba a esas conclusiones no después de un examen psicológico detenido del Padre Pío –que lo mismo que el examen de los estigmas no había podido efectuar–, sino según una comparación entre las llagas del Padre Pío y las de San Francisco de Asís. Según el padre Gemelli, los estigmas del Poverello de Asís, auténticos, se distinguían de los enfermizos del capuchino de Gargano porque los primeros se presentaban como una «neoformación carnosa» (es decir, parecían no ser más que una transformación de la carne perforada de manera natural), mientras que los del Padre Pío presentaban «un carácter destructivo de los tejidos».

El argumento era especioso. No estaba fundado en observaciones concretas, sino sobre una teoría preconcebida sobre los estigmas. A siete siglos de distancia, ¿qué comparación clínica podría establecerse válidamente? Era pura ilusión. En el caso de San Francisco de Asís, unos testimonios escritos que no tenían ninguna pretensión de describir y algunas representaciones pictóricas no podían bastar para determinar exactamente el aspecto de los estigmas.

El Dr. Festa empezó entonces a explicar que, según sus observaciones, la estabilidad del curso clínico de las llagas que él había podido observar contradecía la tesis de un estado morbozo o de una condición psicopática que influyera en la evolución de las heridas «naturales». El padre Gemelli, visiblemente confuso por el cariz que estaba tomando la discusión, puso fin a la conversación prometiendo un nuevo encuentro:

—Querido doctor, debo partir esta noche para Milán, pero estaré de nuevo en Roma dentro de unos días. Si usted lo permite, a mi regreso iré a su casa, donde no nos molestará nadie, y reanudaremos nuestra conversación. El argumento que usted ha expuesto es de mucho interés para mí.

Desgraciadamente, Gemelli nunca volvió a tomar contacto con el Dr. Festa. Al contrario, continuó difundiendo aquí y allá, ante los cardenales del Santo Oficio que le interrogaban, luego en artículos, su teoría perniciosa. En otoño de 1924, con ocasión del séptimo centenario de la estigmatización de San Francisco de Asís, hizo aparecer simultáneamente en dos revistas un largo estudio titulado: «Las afirmaciones de la ciencia sobre los estigmas de San Francisco»⁵. Apoyado en sus conocimientos de psicología, reconocía en San Francisco de Asís y en santa Catalina de Siena, estigmas auténticos, «pero para los demás, no queremos decir que para todos, sino para muchos, para demasiados, el diagnóstico de histeria tiene un fundamento razonable». ¿Era muestra de histeria el Padre Pío? El padre Gemelli no lo decía formalmente. No obstante, indicaba en su artículo, sin citar nombres, «tres casos de pretendidos estigmatizados que he tenido ocasión de estudiar y en quienes he podido emitir de manera segura un diagnóstico de histeria»; casos que había tenido que estudiar «a petición de las autoridades eclesiásticas». Todo el mundo sabía que el padre Gemelli había ido a San Giovanni Rotondo, así que era fácil establecer una relación entre esta visita y los casos de histeria evocados...

Gemelli desarrollaba a continuación su teoría de los «falsos estigmatizados» o «estigmatizados histéricos»: «Los estigmas de los histéricos son provocados artificialmente, sin que ellos se den cuenta, por así decir [...]. No se trata de un fenómeno de psitacismo, sino más bien que el enfermo se procura esas lesiones por medios artificiales difíciles de descubrir y de demostrar».

Este largo estudio hizo, desde luego, mucho ruido. Incluso la prudente revista jesuita *Civiltà Cattolica* creyó deber informar a sus lectores, en su número de 29 de septiembre de 1924, que no le parecía «ni exacto, ni prudente sostener lo que afirma el docto padre Gemelli». Para refutar ese estudio y denunciar los procedimientos de Gemelli, el Dr. Festa decidió publicar sus observaciones y sus reflexiones sobre «el caso del Padre Pío» en una obra muy importante: *I Misteri di scienza e le luci di fede, ovvero le stimmate di Padre Pío da Pietrelcina*.

Señalemos que el padre Gemelli no da a la luz este estudio tan crítico sobre el fenómenos de estigmatización hasta el otoño de 1924. Es decir, que manifiesta públicamente sus dudas sobre el caso del Padre Pío –sin nombrarlo, por alusión– cuatro años después de haberlo visto. Lo hace, como veremos, cuando el Padre Pío empieza a ser sancionado, sospechoso, desacreditado, por una parte de la jerarquía de la Iglesia. El padre Gemelli (dada su autoridad y su influencia) contribuyó tal vez más que nadie a

esta situación de sospecha desde 1920. Este estudio de 1924 no hará más que acentuar persecuciones y vejaciones, que irán aumentando hasta hacer del Padre Pío un verdadero prisionero, privado de todo contacto con el mundo exterior.

[1](#) Ver Albert Michotte van den Berck, Panégyrique du R. padre Agostino Gemelli. *Comentarii*, vol. I, N. 1, Pontificia Academia Scientiarum, s. d.

[2](#) Testimonio publicado, junto con otros que lo corroboran, en Giuseppe Pagnossin, o. c., vol. I, p. 203 y ss.

[3](#) Carta reproducida en Giuseppe Pagnossin, o. c., vol. II, pp. 414-416.

[4](#) La expresión es de Francobaldo Chiocci y Luciano Cirri en *Padre Pío, storia d'una vittima*, o. c., vol. I, ch. XIX.

[5](#) En el número de septiembre de 1924 de *Studi Francescani* (pp. 368-404) y en el número de octubre de 1924 de *Vita e Pensiero* (pp. 580-603).

CAPÍTULO 8

UN MONJE SOSPECHOSO

Un grave incidente ocurrido en San Giovanni Rotondo en 1920 creó la leyenda de un Padre Pío «fascista», aunque él no estuvo mezclado en ese asunto sino de bastante lejos. Esa leyenda, añadida a las calumnias de orden moral o religioso, alimentaría la suspicacia en la que algunos empezaban a tener al religioso estigmatizado.

¿EL PADRE PÍO FASCISTA?

San Giovanni Rotondo, igual que todas las ciudades de Italia después de la guerra, estaba fuerte y apasionadamente dividida por la política. Dos partidos se repartían el pequeño pueblo: el partido socialista italiano y el partido popular italiano, de inspiración demócrata cristiana. Desde 1919 había que contar también con los Fascios italianos de combate, fundados en marzo en Milán por Benito Mussolini y que agrupaban a nacionalistas, antiguos combatientes y algunos sindicalistas. Los Fascios no eran entonces todavía un partido político constituido, sino más bien simples grupos de acción, bien organizados y eficaces. Igual que todos los pueblos de esa región pobre de la Apulia, San Giovanni Rotondo tenía desde hacía muchos años un ayuntamiento socialista. El último alcalde había sido el Dr. Merla. El jefe de la sección local del PPI era un antiguo combatiente, convertido por el Padre Pío, Francesco Morcaldi. Finalmente había sido constituido un Fascio desde hacía poco, el cual iba a aportar su apoyo político a los *popolari*.

La elección política del Padre Pío y del clero local en su conjunto no podía recaer sobre los candidatos socialista, entonces rabiosamente marxistas y anticlericales. Por simpatía hacia Morcaldi, el 15 de septiembre de aquel año de 1920, el Padre Pío descendió al pueblo para bendecir la bandera tricolor de los antiguos combatientes y rezar por el alma de los que habían muerto en el campo de batalla. Lo hizo con autorización de su superior provincial y del guardián del convento. Era también un gesto de apoyo a los *popolari* y al *Fascio* en la campaña electoral que estaba entonces en su apogeo; menos de un mes más tarde se llevarían a cabo las elecciones municipales.

Los *popolari*, los fascistas, esperaban ganar esas elecciones. La municipalidad anterior había sido disuelta en mayo de 1919 por irregularidades en la gestión. Había sido nombrado un administrador provisional por la prefectura de Foggia en espera de las elecciones generales. Contra toda previsión, fue de nuevo un socialista, Luigi Tamburrano, el elegido. La corta victoria por doscientos votos fue de inmediato discutida. Se acusó a los socialistas de haber hecho votar «a los muertos y a los emigrantes». Pero la nueva municipalidad estaba decidida a celebrar solemnemente su

victoria y hacer de su instalación oficial en la alcaldía una demostración de fuerza. Hay que tener en cuenta que la Italia de los años 1919-1920 estaba sacudida por amplios movimientos de huelgas en las fábricas y por la ocupación de las tierras de los grandes propietarios en el campo. Movimientos sostenidos por los socialistas, combatidos por los fascistas, que realizaban «expediciones de castigo».

El día de su instalación en el ayuntamiento, los socialistas habían convocado una gran manifestación. Del pueblo vecino San Marco in Lamis habían hecho venir seiscientos partidarios, con banda y bandera roja al frente. Palos, cuchillos y piedras los acompañaban. Igualmente los *popolari* y los fascistas habían hecho un llamamiento a manifestarse: querían impedir que la bandera roja ondeara en el balcón del ayuntamiento en lugar de la bandera italiana. Todo el pueblo estaba sobre ascuas en espera de ese 14 de octubre. El arcipreste y los canónigos de San Giovanni Rotondo temían que se produjeran incidentes y habían preferido refugiarse en Foggia. Las autoridades de la policía habían enviado cuarenta carabineros y una compañía de ochenta y dos hombres de refuerzo para mantener el orden.

Cuando la municipalidad, después de haber hecho su entrada oficial en el ayuntamiento bajo los silbidos y gritos de unos y los aplausos de otros, izó la bandera roja en el balcón del edificio, se produjo un enorme alboroto. Manifestantes de ambos bandos, agrupados en cada lado de la plaza, arremetieron unos contra otros y por unos momentos las fuerzas del orden fueron desbordadas. Un carabinero fue desarmado y muerto con su propio fusil. Armas blancas y pistolas salieron de debajo de las ropas. Las tropas que acudieron tardaron varias horas en restablecer el orden. Al final del día se contaron catorce muertos y más de ochenta heridos. La manifestación política había acabado en tragedia.

El acontecimiento conmovió a Italia. San Giovanni Rotondo ya no era célebre sólo por su extraño capuchino. Algunos periódicos no dudaron en asociar ese desencadenamiento de la masa con la personalidad del Padre. Al oscurantismo y al histrionismo de sus estigmas y de otros milagros, se añadían ahora su fanatismo político y el cortejo de muertos del que le hacían responsable.

Era evidentemente una acusación absurda. El Padre Pío no se había movido de su convento desde hacía un mes. Cuando se enteró de la tragedia ocurrida en su tierra, quedó trastornado. Hizo venir al convento a Francesco Morcaldi y le dio una orden: «Ahora tienes que pacificar a las almas». Morcaldi, cabeza del PPI local, elaboró un «programa de pacificación», programa de desarrollo de la región y de consenso popular. Será alcalde de San Giovanni Rotondo en 1923, será elegido cuatro veces y dirigirá el pueblo durante cerca de veinte años.

Esta tragedia de 1920 muestra una vez más hasta qué punto los rumores y los intereses temporales se mezclaron, en el juicio que se hacía del Padre Pío, a

consideraciones espirituales o religiosas. En este caso fue la acusación de fascismo la que recayó una y otra vez sobre él. Antes, habían intervenido otras pasiones humanas en el juicio sobre el Padre Pío. Si el obispo de Manfredonia y los canónigos no se hubieran sentido perjudicados en sus limosnas, desposeídos de sus fieles y acusados de inmoralidad por el convento capuchino, no habrían calumniado al Padre Pío. Si el padre Gemelli no se hubiera sentido ofendido por la fría acogida que le hizo el Padre Pío, probablemente no habría mantenido su incoherente e inconsistente teoría sobre los estigmas histéricos.

Más que la reflexión o las ideas, son las pasiones y los pecados de los hombres los que con frecuencia levantan obstáculos a la fe y a la vida cristiana. Padre Pío fue víctima no de una oposición de la ciencia a reconocer la sobrenaturalidad de las gracias y de los dones que poseía, sino, según los casos, de los celos, de la envidia, del miedo o de la simple ceguera de algunos clérigos.

CONVERSIONES, MILAGROS, CURACIONES

Los milagros, lo sobrenatural, no son admitidos fácilmente. Con toda razón, la Iglesia católica ha actuado siempre con prudencia en esta materia. En Lourdes, una «oficina de los milagros», constituida por expertos y médicos, examina con detalle cada curación atribuida por los interesados a la intercesión de la Virgen María y muy rara vez reconoce su carácter «milagroso».

En la vida del Padre Pío, lo sobrenatural es muy abundante: conversiones, milagros, curaciones, bilocación, clarividencia, predicciones, sin hablar de los estigmas que han sido, durante cincuenta años, la manifestación más patente, la más visible de lo sobrenatural en su vida, y también la más dolorosa y la más incomprensible para los hombres, la que más respeto merece, pues es verdadera gracia de conformidad con Cristo hasta en la carne. Existen numerosos testimonios circunstanciados para numerosas de esas gracias diversas. Fueron numerosas las altas autoridades eclesiásticas y los médicos que atestiguaron las curaciones milagrosas u otros fenómenos sobrenaturales inexplicables. En todos los casos, las gracias sobrenaturales no eran concedidas por Dios para la autoglorificación del Padre Pío, sino para dar testimonio de la vida divina, para llamar a la conversión, curar o aliviar. No hay ni curaciones, ni conversiones o bilocaciones que no hayan acabado por una mayor vida de fe y que no hayan servido para hacer algún bien.

El confesonario fue el lugar habitual de los «milagros» realizados por el Padre Pío. En los días de gran afluencia, llegaba a pasar diez o quince horas confesando. Para algunos penitentes, esa confesión era la ocasión de un verdadero vuelco interior. Entre las conversiones de antes de la primera persecución, una de las más clamorosas fue la del abogado genovés Cesare Festa. Festa era uno de los grandes dignatarios de la masonería italiana. Era primo del Dr. Giorgio Festa. Después de que éste hubo visto y examinado al Padre Pío, mencionó con frecuencia al religioso y a los prodigios de la fe con su primo Cesare. El abogado ateo, rabiosamente anticlerical, consideraba la religión como una superstición de otros tiempos. Giorgio, agotados los argumentos, le dijo un día: «Ve a San Giovanni Rotondo y encontrarás allí a un testigo que acabará de golpe con todas tus

objeciones. Ve a verlo y después continuaremos hablando».

En marzo de 1921, Cesare se decidió a seguir el consejo de su primo. Fue a San Giovanni Rotondo más que como escéptico, fue con la firme intención de desenmascarar la impostura y denunciar a su regreso, antes sus hermanos masones, la superstición de Gargano. El Padre Pío no sabía nada de Cesare Festa ni de su pertenencia masónica. Sin embargo, cuando llegó a la sacristía del convento entre otros peregrinos, el religioso se dirigió hacia él y le interpeló brutalmente: «¿Qué hace ése entre nosotros? Es un masón...». El abogado no lo negó. El Padre Pío añadió: «¿Qué papel desempeña ése en la masonería?». Festa respondió sin vacilar: «Luchar contra la Iglesia».

Las cosas estaban claras. El Padre Pío no añadió ni una palabra. Miró fijamente a Cesare y le indicó con el dedo el confesonario. El abogado masón se arrodilló, abrió su corazón y, con la ayuda de aquel sacerdote al que se había podido resistir, examinó toda su vida pasada. Un perfume desconocido y suave se filtraba por la rejilla del confesonario y el ateo Festa veía sus prevenciones contra la religión caer una detrás de otra. La conversión fue una paz interior que lo invadía y le hacía recibir las palabras de misericordia y las exhortaciones prodigadas por aquel extraño capuchino.

Permaneció tres días en el convento y después regresó a Génova. El ruido de su conversión se extendió y ocupó la primera página de los periódicos. El abogado arrepentido fue luego a Lourdes y después volvió a San Giovanni Rotondo para recibir de manos del Padre Pío el escapulario de la Orden tercera franciscana. De la masonería a la Orden tercera en pocos meses. El papa Benedicto XV recibió en el Vaticano a ese asombroso convertido. Le dijo la estima en que tenía al Padre Pío, a pesar de los informes a veces desfavorables que le habían llegado, y confió esta misión a Cesare Festa:

—El Padre Pío es verdaderamente un hombre de Dios. Comprométase usted a darlo a conocer, porque no es apreciado por todos como él se merece»¹.

La clamorosa conversión de Cesare Festa suscitó muchas controversias. El *Avanti*, cotidiano socialista, ironizó sobre este masón que pasaba su tiempo entre San Giovanni Rotondo y Lourdes. La Gran Logia italiana se reunió para pronunciar la exclusión oficial del abogado renegado de los ideales masónicos.

Cesare Festa decidió asistir, hacer frente y dar a conocer su testimonio: El día de la reunión, recibió una tarjeta del Padre Pío con estas cuatro líneas: «No te avergüences de Cristo y de su doctrina; es momento de luchar a rostro descubierto. El Dispensador de todo bien te dará la fortaleza para ello».

El número de personas convertidas por el Padre Pío es incalculable. Dios era quien conquistaba las almas por medio de él. Benedicto XV recibió a Mons. Fernando Damiani después de que éste visitara al capuchino estigmatizado y le dijo:

—El Padre Pío es verdaderamente un hombre extraordinario, uno de esos que Dios

envía de vez en cuando a la tierra para convertir a los hombres.

Mons. Damiani era vicario general de la diócesis de Salto en Uruguay. Conservaba un recuerdo maravilloso de su visita al Padre Pío. Poco tiempo después de su regreso a su país tuvo ocasión de darse cuenta de que el Padre Pío era «un hombre extraordinario» y de que Dios actuaba por medio de él para salvar, curar y convertir. Una religiosa que él conocía, sor Teresa Salvadores, de la Orden de San Vicente de Paúl, directora de un colegio en Montevideo, padecía desde hacía años un cáncer de estómago y una aortitis. Su estado empeoraba sin que los médicos dieran con el remedio adecuado. Su estómago ya no toleraba ninguna medicina ni prácticamente alimento alguno. No le quedaban más que unos días de vida.

A Mons. Damiani se le ocurrió entonces, con fe y sencillez confiadas, aplicar un guante que había pertenecido al Padre Pío en el corazón y en el estómago de la enferma. Era el 31 de diciembre de 1921. Sor Teresa se durmió casi de inmediato. Al despertar, contó que, mientras dormía, había visto que un religioso con barba se acercaba a su cara hasta tocarla y sopló sobre ella mientras rezaba. No se acordaba de más. Cuando se le enseñó un retrato del Padre Pío, reconoció al religioso de su sueño. Se levantó sin dificultad y comió con buen apetito. Esto no le sucedía desde hacía meses. Los médicos sólo pudieron comprobar que su paciente no tenía ya necesidad de sus cuidados y que parecía curada de esas dos enfermedades tan diferentes.

Sobre esta curación extraordinaria existe el testimonio escrito del Dr. Morelli, profesor de la facultad de medicina de Montevideo. Fue uno de los médicos que trató a sor Teresa. Comprobó la curación inexplicada los primeros días del mes de enero de 1922 y en su informe, de fecha 12 de enero de 1925, hace constar que desde hacía tres años la religiosa había vuelto a emprender una actividad desbordante y que no sigue ningún tratamiento².

El Padre Pío había prometido a Mons. Damiani, antes de irse, que le asistiría a la hora de su muerte... Promesa asombrosa que la curación de sor Teresa hacía menos increíble. Y de hecho, diez años después, el Padre Pío cumplió su promesa. Con ocasión del veinticinco aniversario de la consagración episcopal del arzobispo de Salto, acudieron numerosos fieles de todo Uruguay y de los países vecinos. Mons. Damiani dirigió la ceremonia. Por la noche, cuando ya todos se habían retirado a sus habitaciones en el palacio episcopal, Mons. Barbieri, arzobispo de Montevideo, oyó que llamaban a su puerta. Se encontró ante un capuchino que le dijo:

—Monseñor Damiani se está muriendo. Vaya usted a verle.

El prelado despertó a algunos colegas y acudió a la cabecera del vicario general. Lo encontró agonizante, con un papel garabateado entre las manos en el que llamaba al Padre Pío. Apenas Mons. Barbieri administró los últimos sacramentos a Mons. Damiani, éste entregaba el alma. El Padre Pío había cumplido su promesa... Este ejemplo célebre

de bilocación muestra una vez más que lo sobrenatural no se opone al orden de la Iglesia. No fue el Padre Pío quien administró los últimos sacramentos a Mons. Damiani, como si una acción sacramental realizada por él tuviera más valor que el mismo acto realizado por otro. Simplemente impidió que el vicario no muriese solo, sin los auxilios de la Iglesia. Desde luego, lo hizo por un medio extraordinario. Dios permitió que su siervo desafiara las leyes del espacio y del tiempo por un fenómeno que es totalmente inexplicable y para un bien superior. De la misma manera que había permitido —¿cómo?— que el Padre Pío supiera la inminencia del fallecimiento de Mons. Damiani. Al Dr. Sanguinetti, que un día le preguntó sobre el prodigio de la bilocación, el Padre Pío le dio una respuesta que no lo explica todo, pero que lo aclara un poco:

—¿Está usted de verdad en dos lugares?

—¡Desde luego!

—¿Cómo es posible?

—Por una extensión de la personalidad³.

Desde luego, en esto hay de qué chocar al espíritu moderno, para el que todo lo que no es experimental no es científico y, por lo tanto, es sospechoso, si no falso. Pero el Padre Pío no buscaba explicar esa acción divina múltiple de la que era instrumento, y tampoco buscaba convencer a nadie de las gracias y carismas que poseía. En esos años de antes de la primera condenación, los años 1919-1921, se limitaba a ser «todo para todos». Incluso las cartas a sus directores eran cada vez más escasas: sólo unas cincuenta en tres años. El 20 de noviembre de 1921 escribía al padre Benedetto: «Me siento devorado por el amor a Dios y al prójimo». Se agotaba en esa tarea, en confesar, en recibir a las almas que querían confiarse a él. Antes, había escrito al mismo padre con fuerza y sencillez en qué consistía su vida de víctima y de intercesor: «He trabajado, quiero trabajar; he rezado, quiero rezar; he velado, quiero velar; he llorado y quiero llorar siempre por mis hermanos del exilio. Sé y comprendo que es poco, pero sé hacer eso; soy capaz de hacer eso y eso es todo lo que soy capaz de hacer...».

Estas disposiciones del Padre Pío que manifiestan una gran humildad y un buen equilibrio quedan desconocidas o incomprendidas por los cardenales inquisidores generales —éste era su título en esa época— que lo van a condenar por primera vez.

LA PRIMERA CONDENA DEL SANTO OFICIO

¿Era, en realidad, una condena esa primera intervención del Santo Oficio el 10 de mayo de 1922? Canónicamente, sólo se trataba de una «deliberación», es decir, de decisiones tomadas de común acuerdo. Una serie de medidas impuestas al capuchino, pero que no son objeto de una comunicación pública, un asunto que queda en algo estrictamente interno de la Orden capuchina, aunque sea una instancia de toda la Iglesia la que ha tomado esas decisiones. Al año siguiente, el Santo Oficio hará pública esta vez una «declaración» mucho más solemne y, por último, en 1924 será una «advertencia». Así pues, una gradación en las intervenciones de las autoridades eclesiásticas superiores, mas, para el interesado y sus hermanos y todos los que fueron informados de ello, esa deliberación señalaba ya una desaprobación, una reticencia, casi una condena. ¿Cómo se había pasado de las visitas numerosas y laudatorias de cardenales y obispos a San Giovanni Rotondo a partir de 1919, a esta deliberación de 1922 que imponía al Padre Pío numerosas restricciones y dejaba entrever la amenaza de decisiones más graves?

La rápida muerte de Benedicto XV el 22 de enero de 1922 y la elección de Achille Ratti, que le sucedió con el nombre de Pío XI, no eran ajenas a esta regañeta inesperada. Benedicto XV había manifestado repetidas veces su estima por el Padre Pío. Había enviado a San Giovanni Rotondo varios médicos o sacerdotes de confianza para disponer de informaciones fiables y circunstanciadas sobre el «caso de Padre Pío». Los informes médicos favorables de los doctores Romanelli, Festa y Bastianelli eran conocidos por el Santo Oficio. Existían también otras relaciones escritas favorables, la del padre Luigi Besi ya referida o las de los obispos capuchinos que habían visitado al Padre Pío, como Mons. Kenealy, arzobispo de Simla en la India, o Mons. Zucchetti, arzobispo de Trebisonda, y equilibraban los informes o relaciones desfavorables del Dr. Bignami, del padre Gemelli o del ordinario del lugar Mons. Gagliardi. El conocido aprecio de Benedicto XV hacia el Padre Pío había impedido que se tomara una decisión bajo su pontificado.

Por lo demás, no había motivo para tomar una decisión disciplinar. El Padre Pío no

había dicho ni escrito nada que fuera contrario a la fe o a las costumbres. Si la devoción y la confianza que algunos fieles le mostraban podían a veces parecer excesivas –como sucede con frecuencia en esa Italia del sur en donde se adula o se detesta con pasión–, nada había en su comportamiento personal que fuera reprehensible ni indicaba que no sabía guardar la reserva y la modestia debidas. Pero, al advenimiento de Pío XI, las cosas van a acelerarse. La hostilidad del padre Gemelli hacia el Padre Pío y los antiguos lazos de amistad que lo unían al nuevo papa no fueron ajenos a ello.

El 12 de febrero de 1922, Achille Ratti recibía solemnemente la tiara pontificia. El 10 de mayo, los cardenales inquisidores reunidos en el Santo Oficio deliberaban sobre el «caso Padre Pío» y tomaban una serie de medidas encaminadas a imponerle diferentes restricciones y a ponerlo, según sus términos, «bajo observación». Al día siguiente, el cardenal Merry del Val, secretario del Santo Oficio, hacía aprobar por el papa las decisiones de la víspera y el 2 de junio le informaba por escrito al padre Giuseppe Antonio da San Giovanni in Persiceto, ministro general de la Orden capuchina. Para el Santo Oficio, se trataba de poner freno a una corriente de devoción que había empezado a rodear al Padre Pío y de observar la mayor prudencia con respecto a los fenómenos sobrenaturales que se referían a su persona.

Las instrucciones del Santo Oficio eran severas: «... Que el Padre Pío no celebra más la Misa a hora fija y hacia el final de la mañana, sino indiferentemente y a cualquier hora, de preferencia por la mañana temprano y en privado, que no dé la bendición al pueblo; que por ningún motivo muestre los supuestos estigmas, ni hable de ellos a cualquiera o deje que los besen». Además, se ordenaba al Padre Pío que cambiara de director espiritual y que abandonara cualquier comunicación, incluso epistolar, con el padre Benedetto (la dirección espiritual que éste ejercía «deja que desear», estimaba el Santo Oficio). Se pedía también que el Padre Pío fuera alejado de San Giovanni Rotondo y enviado «por ejemplo a un convento de la alta Italia». Por último, se le prohibía responder a «las cartas de le dirigen personas devotas pidiendo consejos, gracias o por cualquier otro motivo». Las únicas cartas que podía escribir eran, con permiso de sus superiores, las de felicitación o condolencia y las cartas a su familia...⁴.

En el convento de Santa Maria delle Grazie, las instrucciones del Santo Oficio hicieron el efecto de una bomba. Tan severas e inesperadas eran. El Padre Pío no tuvo siquiera el consuelo espiritual de confiar su sorpresa y su pena a sus directores, pues en adelante toda correspondencia le estaba prohibida. El padre Benedetto morirá veinte años más tarde sin haber vuelto a ver ni haber escrito una carta a quien había sido durante más de diez años su dirigido.

A comienzos de julio, el padre Pietro da Ischitella, provincial de Foggia, hizo saber al ministro general de la Orden que el Padre Pío siempre había rechazado la ostentación y la vanidad espiritual, pero que las órdenes del Santo Oficio habían sido puestas en

práctica de inmediato. En lo que se refería al traslado del Padre Pío a otro convento, el provincial indicaba con una punta de ironía al ministro general que la fama del capuchino estigmatizado estaba aún más extendida en el norte de Italia que en el sur. Además, la dificultad de acceso a San Giovanni Rotondo y su aislamiento por la nieve durante una parte del año proporcionaban una cierta tranquilidad e impedían que las multitudes acudieran todos los días del año. Esperaba, pues, sobre este punto, órdenes más concretas.

En realidad, el Padre Pío era cada día más prisionero, mientras que en el exterior se ensañaban contra él y se difundían rumores que acabarían provocando nuevas condenas. Apenas un mes después de que el cardenal Merry del Val comunicara al ministro general de los capuchinos las medidas tomadas contra el Padre Pío, Mons. Gagliardi estaba en Roma. Visita aparentemente ordinaria de un obispo italiano que se presentaba al nuevo papa para informar sobre la situación de su diócesis. Sin embargo, esta estancia romana del arzobispo de Manfredonia superó el marco de una simple visita *ad limina*. Iba a poner en contra del Padre Pío al mayor número posible de hombres de Iglesia y al mismo papa. Las calumnias difundidas por Mons. Gagliardi, añadidas a las conclusiones infundadas de «histerismo» a las que había llegado el padre Gemelli iban a encontrar un eco favorable en determinados medios del Vaticano.

Fue, en primer lugar, en una reunión de la Congregación Consistorial, en presencia de numerosos obispos y cardenales, donde Mons. Gagliardi destiló su veneno:

—Yo mismo he visto al Padre Pío empolvase y perfumarse y, en una visita al convento, descubrí un frasco de ácido nítrico con el que provocó sus estigmas y un frasco de agua de colonia para perfumárselos. Lo juro. El Padre Pío es un poseso del demonio y los monjes de San Giovanni Rotondo son una banda de estafadores.

Imaginemos el estupor de los preladados presentes.

El 2 de julio, Mons. Gagliardi fue recibido por Pío XI. Habló de su diócesis y del Padre Pío. Tal vez no repitió las acusaciones grotescas que había lanzado en plena Congregación Consistorial, pero no debió de presentar al monje estigmatizado bajo un aspecto favorable. Pío XI, ya prevenido contra el capuchino por el padre Gemelli, consideró sin duda confirmada su sospecha. Otro rumor que corrió por Roma ese mismo mes de julio de 1922 y que encontró oídos complacientes hasta en el Santo Oficio: tres padres capuchinos del convento de San Giovanni Rotondo «se disputaron hasta la sangre con armas blancas y con armas de fuego para repartirse las cantidades considerables de dinero (se decía 300.000 o 400.000 francos) acumuladas por el Padre Pío».

Son los propios términos de una carta indignada que, el 22 de julio, el cardenal Merry del Val, siempre en nombre del Santo Oficio, dirigió al ministro general de los capuchinos. Éste escribió inmediatamente al padre provincial para pedirle explicaciones y envió a un religioso estimado por todos, el padre Celestino da Desio, a investigar sobre

el terreno. Su investigación fue muy rigurosa. Interrogó al mariscal de los carabinieri, a las gentes del pueblo y a los religiosos. Inspeccionó también los registros y las cuentas del convento. El 29 de julio envió al ministro general un informe circunstanciado que declaraba inocentes a los monjes y mostraba que el rumor no descansaba sobre ningún hecho real. «De mi investigación –escribía– resulta que todo este asunto fue pura invención para denigrar a los religiosos y alejar a los fieles que frecuentan su iglesia.»

¿Quién había lanzado ese nuevo rumor? ¿Mons. Gagliardi, algunos canónigos de San Giovanni Rotondo o una comadre maldiciente? El hecho fue que el rumor surtió efecto. La necesidad de alejar al Padre Pío de San Giovanni Rotondo, aunque no fuera más que para poner término a esta clase de acusaciones, parecía necesaria. Mons. Perosi, asesor del Santo Oficio, recordó en agosto al ministro general la urgencia de hacer esa transferencia. El padre Giuseppe Antonio dio inmediato conocimiento al provincial de Foggia de esta «recomendación» renovada del Santo Oficio. Si fuera necesario, le decía, presente usted a la población este traslado como una visita médica obligada o como una cura de reposo y recurra usted a la fuerza pública. El provincial tuvo la prudencia de invocar mil pretextos y no obedecer, tampoco esta vez, a las presiones romanas.

En Santa Maria delle Grazie, la vida continuaba a pesar del tumulto exterior y de las coacciones impuestas. El Padre Pío confesaba –esta facultad no le había sido quitada aún–, celebraba la Misa matinalmente y seguía convirtiendo almas. A finales de año, una ceremonia emotiva, en la capilla del convento, dio algo de ruido. Ese día, un diputado del partido popular italiano, Giovanni Braschi, tomó el hábito de la Orden tercera franciscana. El Padre Pío sabía conquistar almas.

Entre las ilustres convertidas de esa época, hay que citar a María Pyle, una americana acaudalada que será, junto con Emmanuele Brunatto, Francesco Morcaldi y algunos otros laicos, uno de los grandes testigos de la vida del Padre Pío. En ese año de 1922, su fortuna le permitía a la señorita Pyle viajar por Europa. En Italia conoció a María Montessori, célebre médico y pedagoga. Ésta la convirtió al catolicismo. Un día, en Roma, Miss Pyle oyó hablar de San Giovanni Rotondo. Asistió a la Misa del estigmatizado y se sintió tan removida que decidió instalarse en aquel pueblo perdido de Apulia. Se construyó allí una casa a cien metros del convento y desde entonces dedicó todo su tiempo y toda su fortuna al Padre Pío y a su obra. Ella fue la que costeó la construcción de un convento capuchino en Pietrelcina en 1926. Ella albergó al final de sus vidas a los esposos Forgione, que deseaban morir cerca de su hijo. Ella se encargó del armonio de la capilla varias decenas de años y dirigió el coro en las Misas del domingo. Morirá en San Giovanni Rotondo el 26 de abril de 1968, cinco meses antes que el Padre Pío.

El estigmatizado de Gargano atrajo siempre, como todos los seres verdaderamente excepcionales, a personas que se sumaron apasionadamente a su causa. Entre esas

personas encontrará el Padre Pío a sus mejores defensores.

[1](#) Testimonio recogido en Giuseppe Pagnossin, *Il Calvario di Padre Pío*, o. c., t. I, pp. 55-57.

[2](#) El texto íntegro del informe Morelli está reproducido en la *Relazione* del 7 de abril de 1925 del Dr. Festa, en *Le stigmate di Padre Pio da Pietrelcina*, o. c., pp. 285-289.

[3](#) Diálogo citado en Mortimer Carty, *Padre Pío, el estigmatizado*, La Colombe, 1958, p. 83.

[4](#) Texto íntegro de la carta del cardenal Merry del Val en Giuseppe Pagnossin, o. c., t. I, pp. 142-143.

CAPÍTULO 9

EL PADRE PÍO CONDENADO

Las primeras decisiones del Santo Oficio habían sido, de alguna manera, preventivas y el Padre Pío había quedado «bajo observación». Se esperaba una declaración más oficial. Pero nadie pensaba que sería tan terrible y tan dura. Los primeros meses de 1923 habían transcurrido sin que nada hiciera pensar en un nuevo golpe fulminante. Como de costumbre, el 5 de mayo, el Padre Pío pudo celebrar su onomástica con serenidad. Numerosos habitantes del pueblo y algunos canónigos habían querido felicitarle. Le habían llegado telegramas de toda Italia. Uno en especial llevaba una firma de prestigio: la del cardenal Silj. ¿Quiso manifestar su apoyo y su estima al Padre Pío unos días antes de una reunión del Santo Oficio, que él sabía que iba a ser decisiva? No es imposible.

UN DECRETO OFICIAL

El 16 de mayo se celebró una nueva reunión de la Congregación del Santo Oficio, casi un año después de la «deliberación» que había concluido con algunas medidas disciplinarias. Esta vez se pronunció una condena firme y oficial en forma de un decreto solemne hecho público. La primera deliberación había sido comunicada por carta a los superiores de la orden capuchina y permaneció ignorada –salvo en sus aplicaciones concretas– de los fieles, del clero italiano y de la prensa. Por el contrario, esta «declaración» fue publicada el 31 de mayo como acto oficial de la Iglesia en las Acta Apostolicae Sedis. La tomaron numerosos periódicos y, por supuesto, en primer lugar, el Osservatore Romano, diario del Vaticano.

El texto era corto y solemne, siete líneas escuetas y serias, como suele hacer la Iglesia cuando condena: «La suprema Congregación del Santo Oficio, encargada de la integridad de la fe y de las costumbres, después de haber realizado una investigación sobre los hechos atribuidos al Padre Pío de Pietrelcina, de la orden de los hermanos menores capuchinos, habitante en el convento de San Giovanni Rotondo, en la diócesis de Foggia, declara, después de la citada investigación, que la sobrenaturalidad de esos hechos no ha sido comprobada y exhorta a los fieles a que conformen sus actos a la presente declaración»¹.

Es verdad que la fe o la integridad de la conducta del Padre Pío no se cuestionaban en esta declaración, no se le imponía personalmente ninguna pena canónica, pero se negaba el carácter sobrenatural de las gracias y de los carismas que había recibido. «Después de una investigación», precisaba el comunicado: la relación infundada del padre Gemelli y las acusaciones y calumnias difundidas por Mons. Gagliardi habían prevalecido sobre los buenos informes, médicos o religiosos, establecidos por otros. Ese mismo día 16 de mayo el Santo Oficio renovaba las medidas adoptadas el año anterior, agravándolas, y las comunicaba el 8 de junio a la curia generalicia de los capuchinos. El traslado del Padre Pío a otro convento se volvía a pedir con insistencia y se mantenía la prohibición de toda correspondencia espiritual. Por último, se le ordenaba al Padre «no celebrar la Misa en público ni a hora fija, sino celebrarla en la capilla interna del

convento: no se le permite a nadie asistir».

El texto de la condena fue conocido en el convento por los *Analecta Capucinatorum*, revista oficial de la Orden, que reproducía el texto latino. Fue en el recreo de los monjes, después de la comida de mediodía. Emmanuele Brunatto, que vivía aún en el convento en ese tiempo como simple laico, contó la pena que ese decreto causó al Padre Pío:

«El padre guardián leía el decreto a sus hermanos, que estaban atónitos, cuando oyó los pasos del Padre Pío. Intentó disimular el opúsculo colocándolo en una esquina de la mesa. Pero, en cuanto entró, el Padre Pío lo tomó y lo abrió por la página exacta. Leyó el texto en silencio, sin que ni un músculo de su rostro delatara la menor emoción. Luego, volvió la página y entabló la conversación sobre otro tema. A la hora de la siesta, se retiró. Yo lo acompañé. Llegado a su celda, fue a cerrar las persianas de la ventana y permaneció unos momentos como mirando a lo lejos la llanura soleada de Foggia. Después, se volvió y estalló en sollozos. Yo me eché a sus pies y le abracé las rodillas: «¡Padre, usted sabe cuánto le amamos! Nuestro amor tiene que confortarle». La respuesta fue dura, como un reproche: «Pero hijo, ¿no comprendes que no lloro por mí? Me costaría menos y tendría más mérito. Llora por las almas que se ven privadas de mi testimonio por quienes deberían defenderlo»².

Cuando se aplicaron las órdenes en toda severidad al convento, sobre todo la prohibición al Padre Pío de celebrar la Misa en público, se originó un buen tumulto.

El 25 de junio, por orden del provincial, el padre Ignazio da Jelsi pidió al Padre Pío que en adelante celebrase la Misa en la capilla interior del convento, cerrada con llave y sin ningún asistente. El Padre obedeció sin protestar. Pero la población de San Giovanni Rotondo, avisada por el ardiente Brunatto y por los fieles que no habían podido asistir a la Misa de su *santo*, acudió de inmediato a protestar a las puertas del convento. Se reunieron cinco mil personas, con el alcalde Morcaldi al frente y la banda de música para que se los oyera mejor. En nombre de un «Comité de San Giovanni Rotondo», Morcaldi envió un telegrama a la curia general en Roma, en la que se exigía la inmediata suspensión de las sanciones.

Se podía temer lo peor. Ante la multitud reunida en la plaza del convento, Morcaldi hizo una declaración encendida:

—¡Conciudadanos! Si se intenta el traslado del Padre Pío, presento mi dimisión y lucharé con vosotros como un simple ciudadano.

La multitud reclamaba «su» Misa y saber que el Padre Pío seguía en el convento. Quizá se hubiera ya ido. El guardián tuvo que salir a una de las ventanas del monasterio y prometió que se lo diría al provincial. Pero no bastó para calmar los espíritus. Apareció entonces el Padre Pío en la ventana de lo alto de la iglesia con los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas. Fue un delirio. San Giovanni Rotondo había vuelto a encontrar a su «monje» del que le querían privar. Tuvo que bajar a la iglesia y dar la bendición a la

multitud exaltada.

El padre Ignazio comprendió que era imprudente atizar el descontento de la muchedumbre. Aquella misma tarde telegrafió al provincial que le era imposible mantener la medida que le pedían. Al día siguiente, el Padre Pío pudo volver a celebrar en la iglesia, con gran alegría de los fieles del pueblo. Pero las medidas no habían sido levantadas. Morcaldi salió para Roma el 1 de julio para exponer la situación en las altas esferas. Llevaba consigo a varios representantes de las asociaciones, movimientos y comerciantes de San Giovanni Rotondo. Querían defender la fama del Padre Pío y denunciar las actuaciones de su obispo y de algunos canónigos. ¡Se castigaba a un santo monje, cuando el verdadero escándalo estaba en otro sitio! La delegación fue recibida por el cardenal Gasparri, secretario de Estado, por el cardenal Lega, de la sagrada Congregación de Sacramentos, por el cardenal Sbarretti, del Santo Oficio, y también en los ministerios del Interior y de Justicia. Pero era ilusorio pensar que las autoridades romanas iban a retroceder en una condena hecha pública hacía un mes y levantar las sanciones disciplinares.

Al contrario, a final del mes de julio, el ministro general de los capuchinos era convocado al Santo Oficio y se le ordenó insistentemente que trasladara al Padre Pío a otro convento. Para asegurar que la orden era ejecutada, la misma sagrada Congregación había elegido el lugar del exilio: el convento capuchino de Ancona, en la provincia de las Marcas, a trescientos kilómetros de San Giovanni Rotondo. No se debía excluir, si fuera necesario, el recurso a la fuerza pública y se contaba también con el propio Padre Pío para calmar los ánimos llegado el momento. La orden de traslado, fechada el 30 de julio, llegó al convento el 8 de agosto. La noticia se difundió rápidamente por el pueblo. Inmediatamente se produjo una agitación extrema.

El Padre Pío se limitó a escribir al superior provincial su firme intención de obedecer la orden recibida: «Como hijo devoto de la santa obediencia y en lo que de mí depende obedeceré sin abrir la boca». No obstante, temía que el pueblo intentase oponerse a su marcha con alguna manifestación desconsiderada. Se podría volver a vivir la jornada de junio y esta vez había el peligro de que se derramara sangre. Esta perspectiva lo aterraba. El 12 de agosto escribió una larga carta a Francesco Morcaldi. Se dirigía en ella tanto a su hijo espiritual como al alcalde, para que calmase los ánimos:

«Los hechos sucedidos en estos días me han conmovido profundamente y me preocupan mucho, porque me da miedo de que puedan ser involuntariamente causa de acontecimientos tristes para mi querida ciudad. Ruego a Dios que quiera alejar esa desgracia, haciendo recaer sobre mí no importa qué mortificación. De todas maneras, si mi traslado ha sido decidido, le ruego a usted que ponga todos los medios para que se cumpla la voluntad de mis superiores, que es la voluntad de Dios y que yo obedeceré ciegamente. Recordaré siempre a este pueblo generoso en mis pobres oraciones,

implorando por él la paz y la prosperidad. En signo de predilección –ya que no puedo hacer otra cosa– expreso mi deseo, si mis superiores no se oponen, de que mis huesos descansen en un rincón tranquilo de esta tierra».

Esta hermosa carta está hoy grabada en la cripta de la iglesia de Santa Maria delle Grazie donde al Padre Pío reposa. Es testimonio de las humildes y obedientes disposiciones que siempre tuvo, incluso cuando la persecución se haga todavía más severa.

EL PUEBLO DEFIENDE A SU «SANTO»

Un religioso fue de Ancona para buscar al Padre Pío. ¿Cómo hacerle salir del convento sin provocar una reacción violenta de la población ya en alerta? Habían sido levantadas barricadas en el único camino que entonces llevaba al convento. Todos los pasos habían sido controlados por voluntarios que se relevaban día y noche. La milicia fascista local prestó gustosa su ayuda en estas operaciones de vigilancia. El religioso sugirió que salieran por las puertas del convento una carreta llevando dos barriles: uno lleno de vino y en el otro iría el Padre Pío. En Foggia, el pobre monje estigmatizado tomaría un medio de transporte más cómodo. El superior del convento rechazó esa estratagema indigna y grotesca.

En Roma se impacientaban. Esta presión de la población se hacía insoportable. El ministro general de la Orden intervino personalmente cerca del general De Bono, director de la seguridad pública en el ministerio del Interior, para que se encontrara una solución. Fue enviado al lugar un agente del servicio de seguridad para que estudiara la situación. Este funcionario del ministerio fue pronto descubierto y poco faltó para que la masa lo linchara. De regreso a Roma, hizo saber al general De Bono que la marcha del Padre Pío no podría llevarse a cabo sino con un despliegue de fuerzas y sin que se derramase sangre. Se informó de ello al general de la Orden. En consecuencia, éste se resignó el 2 de septiembre a suspender *donec aliter* la orden de traslado, es decir, «hasta otra oportunidad». Expresión vaga e imprecisa que alejaba la amenaza, pero no la suprimía. Podemos pensar que, aparte las consideraciones de orden público, algunas intervenciones privadas pudieron contribuir al aplazamiento de esta medida que, por lo demás, no habría solucionado el problema. Entre estas intervenciones hay que considerar como posibles la del cardenal Gasparri o la del cardenal Silj. Ambos habían manifestado recientemente su estima por el Padre Pío.

El año pudo terminar con una relativa tranquilidad y el 31 de diciembre se cantó en el convento un *Te Deum* para dar gracias al Señor por su «protección manifiesta» en los momentos de angustia y de pena por los que había pasado el convento. El año 1924 transcurrió con cierta paz y fue señalado por la edificación de la primera obra del Padre

Pío. Tampoco faltaron las advertencias y las llamadas de atención. El 6 de abril, el procurador general de los capuchinos envió a todos los conventos una circular en la que prohibía revelar nada con respecto al Padre Pío, distribuir estampas, animar a los fieles para que peregrinaran a San Giovanni Rotondo. Escribía también el padre Melchior da Banisa en esta nota confidencial: «Debemos comportarnos como si nunca hubiéramos oído hablar del Padre Pío. Estas disposiciones no deben ser leídas en el refectorio, sino comunicadas con prudencia a cada religioso».

Como prolongación a esta circular, el padre Celestino da Desio, de la curia generalicia, llegó al convento. Oficialmente iba a pasar la semana santa del 14 al 20 de abril, para encontrar un clima de paz y de oración. Nadie se llamó a engaño por este huésped inesperado. Hacía dos años que había estado investigando sobre los monjes que se habrían disputado hasta derramar sangre las ofrendas de los fieles. ¿Acaso no venía de nuevo encargado de una misión? ¿Por qué no decirlo francamente? Finalmente, el día de Pascua, el padre Celestino recibió una orden oficial del ministro general. A petición del Santo Oficio, se le ordenaba investigar «todas las cosas concernientes a la comunidad».

El padre Celestino interrogó a todos los monjes del convento, incluso al superior, sobre su extraño hermano, su manera de celebrar la Misa, la cantidad de las ofrendas recibidas, los huéspedes del convento, el número y el comportamiento de los peregrinos. ¿Quedó impresionado por la vida espiritual intensa que había visto en la iglesia del convento durante la semana santa?

Habían pedido la ayuda de un religioso para el tiempo de Cuaresma y para el Triduo Pascual. Se trataba del padre Raffaele da Sant'Elia a Pianisi. Fue ordenado el 22 de febrero y llegó al convento el 24. Debía permanecer en él hasta el 1 de mayo y después lo mandarían a otro destino. Pero el padre Raffaele se encontró tan bien en el convento de Santa Maria delle Grazie, sintió tan fuertemente la ascendencia del Padre Pío (junto al que había hecho las funciones de diácono durante los oficios de semana santa), que escogió quedarse en el pobre convento de Gargano. En 1928 será el superior del convento y, durante toda su vida, será uno de los amigos más firmes del Padre Pío y también su último confesor.

La semana santa había sido fervorosa: se habían confesado más de mil personas. El día de Pascua comulgaron setecientos fieles. El jueves santo, el Padre Pío había confesado a sólo hombres, desde las 5 de la madrugada a la 1 del mediodía sin interrupción. Eran los frutos espirituales más visibles de una vida religiosa situada bajo el signo de lo extraordinario. El informe redactado por el padre Celestino después de su estancia-inspección en el convento no debía de resaltar apenas estos resultados, o si lo hizo fue de manera poco convincente, pues, el 24 de julio siguiente, el Santo Oficio intervenía de nuevo promulgando esta vez un *monitum*, es decir, una advertencia solemne. Después de recordar su declaración de 31 de mayo de 1923, el Santo Oficio

añadía: «Habiendo ahora recibido otras informaciones de fuentes numerosas y seguras, esta suprema congregación estima que es su deber exhortar de nuevo a los fieles, con palabras aún más graves, para que se abstengan de toda relación, incluso epistolar, con el citado padre, ni siquiera por devoción hacia él».

Estas declaraciones repetidas del Santo Oficio, las reservas oficiales de las mismas autoridades de la orden capuchina, no podían sino desorientar a los fieles y a las autoridades eclesiásticas que no conocían al Padre Pío. Tenían derecho a pensar que esas llamadas de atención repetidas eran fundadas. El mismo día en que aparecía el *monitum* del Santo Oficio, Mons. Elia Dalla Costa, obispo de Padua, publicaba en su Boletín diocesano una fuerte exhortación a sus fieles. Debían «estar sobre aviso», no tener más relación con el Padre Pío y desconfiar de «las seducciones y alucinaciones de ese género, que pueden tener por consecuencia grave hacer del cristiano un verdadero rebelde».

Mons. Dalla Costa no había visto nunca personalmente al Padre Pío. Se fiaba de las declaraciones romanas para expresar un juicio sobre el estigmatizado de Gargano y poner en guardia a sus fieles. ¿Cómo reprochárselo?

LA PRIMERA OBRA DEL PADRE PÍO

Las declaraciones y la advertencia del año 1924 no perturbaron en nada la vida del convento. En definitiva, sólo se trataba de recordar una sospecha cada vez más generalizada, y la indicación de que se suspendía el traslado no significaba que las autoridades eclesiásticas habían cambiado su juicio. El Padre Pío sabía bien que él no había escogido las gracias y los carismas que Dios le había otorgado. Los estigmas no eran en absoluto para él, para su vanidad, sino como un testimonio vivo, ante el mundo, de los padecimientos del Crucificado. Los dones de bilocación, de curaciones y de introspección de las almas no eran en absoluto para él, para su vanidad, sino para acudir en ayuda de los pecadores, convertirlos, llevarlos a Dios.

Su nombre era repetido e invocado por mil bocas, todos querían verle, tocarlo, encomendarse a sus oraciones y confesarse con él. Esta gloria humana no se le había subido a la cabeza y, por eso, le gustaba contar con frecuencia este episodio de los años 20, que reducía su gloria a proporciones bien modestas: «Se hallaba en el coro rezando –contaba el padre Costantino–. Había mucha gente en la explanada de la iglesia, pero una voz dominaba a las otras. Esta voz repetía hasta la saciedad:

«—¡Padre Pío por dos céntimos! ¡Padre Pío por dos céntimos!

«Era un grito que distraía al Padre Pío y le hacía reír. Aquello no paraba y el Padre Pío se asomó a la ventana del coro para ver quién gritaba así. Era un pobre hombre que vendía tarjetas postales con la foto del Padre Pío.

«Al verlo –comentaba el Padre Pío–, me dije: cualquiera sabe qué gran personaje se cree el padre guardián que tiene con el Padre Pío... Sin embargo, míralo: el Padre Pío vale dos céntimos»³.

El Padre Pío tenía ese humor que, a veces, tienen los santos, como Felipe Neri, y que es una verdadera señal de humildad. Al mismo tiempo, nunca miró con altanería o se tomó a risa las peticiones más humildes o las más simplonas que pudieran hacerle. A aquella pobre anciana que quería a toda costa tocar a Jesús, pensando que eso bastaba para curarla, el Señor le respondió: «Tu fe te ha curado».

Su atención extrema a las peticiones y a las necesidades de los más pobres le hizo

concebir y realizar lo que queda hoy como su gran obra terrestre: la Casa Sollievo della Sofferenza. Es uno de los hospitales más modernos de Italia. El proyecto se remonta a aquellos años 20 que fueron los de su primera persecución. En el orden del amor es donde el bien responde al mal.

Desde hacía años, el Padre Pío soñaba con crear un hospital en San Giovanni Rotondo. El pueblo no lo tenía y el más próximo estaba en Foggia. La gente de la comarca no se decidía a recorrer los cuarenta kilómetros más que en casos extremos. Así es que la situación sanitaria de San Giovanni Rotondo no era brillante. La viruela, la tuberculosis, la septicemia no eran raras. Además, después de la guerra, habían regresado numerosos heridos cuya curación era lenta por falta de cuidados. Entre sus peregrinos, el Padre Pío podía ver a otros, enfermos, mal atendidos, con secuelas incurables. Construir un hospital en aquel pueblo perdido de Apulia permitiría servir a los pobres y, al mismo tiempo, emplear en un fin caritativo las ofrendas de los fieles que se multiplicaban.

El Padre Pío lo pidió primero, en octubre de 1921, a su compatriota don Giuseppe Orlando, que tenía una cierta fortuna. Al parecer, fue él quien proporcionó la cantidad necesaria para el lanzamiento del proyecto. El Padre Pío habló también del proyecto a Francesco Morcaldi, el alcalde, y al que había sido su primer médico: el Dr. Merla. Construir un hospital, por muy modesto que fuera, exigía unos fondos enormes. Parecía más razonable adquirir unos locales ya existentes, transformarlos y luego equiparlos. En eso se emplearon Morcaldi y Merla durante los primeros meses de 1922. Finalmente, un antiguo convento de clarisas, en pleno centro del pueblo, fue comprado. Pudieron comenzar los primeros trabajos. La generosidad de don Orlando y las múltiples ofrendas de los fieles permitieron acondicionar los viejos edificios y comprar el material necesario. En enero de 1925, este hospital de un género nuevo abrió sus puertas, el primero que se construía en el monte Gargano. Se llamaba hospital de San Francisco, para indicar la inspiración que le había dado existencia. Francesco Morcaldi y su amigo del Dr. Leandro Giuva eran sus administradores. El Dr. Merla era el director del establecimiento y el Dr. Bucci, médico jefe y cirujano de los Hospitales Reunidos de Foggia, iba dos veces por semana a realizar las operaciones delicadas. Ni qué decir tiene que todas esas personas trabajaban por el pequeño hospital gratuitamente.

Se habían preparado dos pequeñas salas comunes, dos habitaciones individuales y una sala de curas. La veintena de camas que tenía el establecimiento fueron ocupadas rápidamente, tanto más aprisa cuando que la asistencia a los más pobres era gratuita. Esto respondía a la doble inspiración del Padre Pío al fundar esa primera obra: aliviar lo más posible el sufrimiento físico por medio del ofrecimiento: ofrecimiento de sí, ofrecimiento de sus bienes, ofrecimiento espiritual. Los ricos pagaban por los pobres, los fieles que estaban sanos pagaban con su ofrenda por los más necesitados, los pobres pagaban su estancia en el hospital con el ofrecimiento de sus dolores físicos al Señor, los

médicos y enfermeros daban su tiempo y su competencia como sacrificio. Cada cual se sentía comprometido a su manera, por su presencia, por su trabajo o por sus cualidades, en su medida y en su sitio, en la obra común de caridad. Fueron centenares las personas atendidas en ese pequeño hospital de San Francisco gracias al trabajo de unos, a las oraciones y a los dones de otros.

Pero una mala gestión, debida seguramente a la despreocupación de los médicos y de los responsables, y el desaliento de algunas buenas voluntades, hizo que el hospital se encontrara cada vez con mayores dificultades. Cuando, en 1938, un violento terremoto derrumbó el piso superior del edificio y destruyó el material quirúrgico que aún había en él, el hospital había tenido que cerrar sus puertas hacía ya tiempo. Esta catástrofe fue, en cierto modo, señal de que había que empezar la obra de cabo a rabo. Al año siguiente, la guerra hizo que se dejara para más tarde su reconstrucción.

Si el Padre Pío estuvo siempre tan atento para aliviar el sufrimiento de los demás, era porque él sabía mejor que nadie lo que eran el dolor y una salud frágil. Hemos visto los terribles males físicos que acompañaron a sus tormentos espirituales desde los primeros años de vida religiosa. Si, durante los años 20, sus sufrimientos nos aparecen como menos actuales, quizá fue porque su misión espiritual había cambiado. De una imitación y una configuración hasta en la carne con Cristo crucificado, se había convertido –ahora que todo se había cumplido– en testimonio y mensaje al mundo: convertir las almas por medio de la Misa y la confesión y también por el don de sí; escuchar, ofrecer una palabra de consuelo, aliviar por medio de una predicción, de una curación. Pero el sufrimiento físico del Padre Pío nos puede también parecer como menos presente sencillamente porque faltaba una de las principales fuentes de información sobre su vida cotidiana. Ya no le permiten escribir a sus directores espirituales y no tiene más que a sus hermanos del convento para confiarse a ellos.

Un episodio de ese año 1925 nos muestra de manera particular la capacidad del Padre Pío para sufrir en silencio. En la tarde del 27 de septiembre, el Dr. Festa fue al convento. No venía como otras veces para un examen médico de los estigmas (ahora esto le estaba prohibido como a cualquiera por el Santo Oficio); iba nada más que a descansar algunos días en San Giovanni Rotondo después de una larga enfermedad. El Padre Pío aprovechó esa visita inesperada para que lo examinaran. Padecía desde hacía varios años de una hernia en la ingle hasta tal punto de que a veces tenía náuseas. Festa comprobó que la hernia había provocado una peritonitis adhesiva y aconsejó una intervención quirúrgica rápida.

El Padre Pío y sus superiores estimaron que bien se podría hacer en el convento por el mismo Dr. Festa. Éste mandó a buscar su instrumental quirúrgico a Roma. A final de la mañana del 5 de octubre, después de haber celebrado el oficio de difuntos por los hermanos fallecidos y haber oído numerosas confesiones, el Padre Pío se presentó a

Festa para ser operado. La sala de la comunidad, recientemente arreglada, hizo de sala de operaciones. El Dr. Festa se hizo acompañar por el Dr. Merla. El padre Fortunato da Serracapriola hizo de enfermero y el fiel Brunatto guardaba la entrada de la sala de manera que nadie fuese a perturbar la intervención. El Padre Pío había rechazado con todas sus fuerzas ser anestesiado, temía que aprovecharan la ocasión para examinar sus estigmas a pesar de la prohibición del Santo Oficio. Sólo había aceptado unos sorbos de benedictine para animarse. La operación duró cerca de dos horas. El Padre Pío rezaba y se quejaba. Se desmayó varias veces y, cuando se procedió a abrirle el saco hernial y a la ablación de las adherencias, murmuró con las lágrimas en las mejillas: «Jesús, perdóname si no sufro como yo querría». Llevado a su celda, perdió el conocimiento. El Dr. Festa aprovechó para hacer un nuevo examen de los estigmas. No había en ellos ningún cambio desde su último examen en 1920. Solamente observó que la llaga del costado no estaba recubierta esa vez de una costra, como anteriormente: la lesión aparecía ahora «fresca y roja, en forma de cruz, con unas cortas radiaciones luminosas que salían de sus bordes».

Esta luz que sale de las llagas luminosas fue observada por primera vez en esa ocasión y después fue vista por raros testigos privilegiados. El profesor Pierre Pascal nos ha contado cómo, conversando con el Padre Pío en su celda (en los años 60), los estigmas de las manos lucían en la penumbra. Estos efluvios luminosos que rodeaban a los estigmas podrían considerarse análogos a la luz no natural que acompaña a otros místicos en sus éxtasis. A propósito de esta última, el clásico Tanquerey escribe que se trata de «una especie de anticipación de la claridad que iluminará a los cuerpos gloriosos», los cuerpos resucitados. ¿Se podría decir lo mismo de los estigmas? Tal vez sea la misma luz divina que resplandecía en Moisés cuando descendía del monte Sinaí. Y también puede ser la luz de la Transfiguración, cuando Jesús se apareció a sus discípulos como estando ya en su gloria.

LOS DEFENSORES DEL PADRE PÍO

Esta vida interior prodigiosa del Padre Pío, su vida de oración y de gracias, era ampliamente desconocida por sus superiores y, a fortiori, por las autoridades romanas. Hasta después de su muerte no fue conocido el «plan de vida» que llevaba en esos años 20 y que, sin duda, siguió hasta su muerte. Nos es conocido por un billete manuscrito:

«En el nombre de N. S. J-C. Amén.

«Devociones particulares diarias.

«No menos de 4 horas de meditación, de ordinario sobre la vida de nuestro Señor: nacimiento, pasión y muerte.

«Novenas: a la Madonna de Pompéi, a S. José, a S. Miguel Arcángel, a S. Antonio, al padre San Francisco, al Sacratísimo Corazón de Jesús, a Santa Rita, a Santa Teresa de Jesús. Cada día, no menos de cinco rosarios completos»⁴.

¡Buen programa! Las gracias no habían caído por azar en el Padre Pío. Eran la repuesta de Dios a una vida que le estaba totalmente consagrada. No se puede reprochar a las autoridades eclesiásticas la prudencia y la lentitud en reconocer la sobrenaturalidad de algunos fenómenos. En el caso del Padre Pío, parece, sin embargo, que esa prudencia fue excesiva, pues las medidas inspiradas por ella escandalizaron a los fieles y atormentaron inútilmente al propio interesado, que no tenía necesidad de ser llamado a la humildad. Nunca se enorgulleció de las gracias recibidas. Sin embargo, los superiores de la Orden multiplicaron las restricciones a su obra de testimonio y los controles de las actividades del convento. El Padre Pío era tratado más que nunca como sospechoso.

El 22 de abril de 1925 recibió una carta «muy confidencial» del padre Bernardino d'Alpicella, comisario de la provincia monástica de Foggia; carta que sólo estaba autorizado a mostrar al superior del convento y a su confesor, el padre Agostino. Esta vez, las restricciones concernían a su ministerio sacerdotal: se le urgía a «confesar preferentemente sólo a hombres», de no entretenerse en la iglesia para hablar con nadie, incluso por motivos espirituales, sino únicamente para la Misa y la confesión. La carta acababa con una amenaza: «Si estas medidas no son tomadas espontáneamente por - nosotros, las veremos más tarde o más temprano impuestas por Roma, y podemos prever

que esta vez Roma será muy severa».

Pero en esa misma época empezaron a surgir acá y allá verdaderos defensores del Padre Pío. Primero fue, en la propia orden capuchina, la reunión de Fossombrone en la que por primera vez, aunque sólo fue de manera no oficial, autoridades de la Orden decidieron tomar la defensa de su hermano sospechoso e injustamente sancionado. En Fossombrone está enterrado el bienaventurado Benedetto Passionei, capuchino. En el tercer centenario de su muerte, el 30 de abril de 1625, se organizaron grandes festejos en esa modesta localidad del Picenum. Todos los obispos capuchinos de Italia fueron invitados. En la mesa, después del almuerzo, la conversación recayó sobre el Padre Pío y las diferentes medidas tomadas contra él por el Santo Oficio. Mons. Longhim, obispo de Treviso, recordó ante sus hermanos lo dicho por el obispo de Manfredonia tal como él lo había oído en la reunión de la congregación del Consistorio. «Imagínense ustedes que el Padre Pío fuera sorprendido en su celda poniéndose perfumes y cremas; de esto pueden ustedes ya deducir si este asunto es poco serio...».

Esta acusación, que era desconocida por la mayor parte de los obispos capuchinos, provocó su indignación. Decidieron que había que defender el honor del Padre Pío y lavar lo definitivamente de todas esas acusaciones calumniosas. Mons. Cuccarollo, obispo de Bovino, en la provincia de Foggia, fue encargado de llevar una investigación discreta en la diócesis vecina de Manfredonia sobre las actuaciones de ese obispo tan dispuesto a calumniar.

Este encuentro de Fossombrone tuvo lugar poco tiempo antes de que el fiel Brunatto entrara en escena para organizar él también una fuerte contraofensiva. En la liga de los defensores del Padre Pío, los laicos fueron quien llevaron el buen combate, sostenidos, estimulados, documentados a veces por clérigos que debían guardar toda reserva. En junio de 1925, el alcalde de San Giovanni Rotondo, Morcaldi, enviaba una súplica al cardenal Sbarretti, prefecto de la congregación del Concilio, pidiéndole una investigación sobre la conducta escandalosa de una parte de los canónigos de San Giovanni Rotondo y del obispo de Manfredonia, los mismos que fueron los primeros acusadores del Padre Pío: «Pedimos solamente justicia –concluía Morcaldi–. Tenga a bien Vuestra Eminencia ordenar una investigación para comprobar si lo que decimos es verdad».

Brunatto llegó más lejos. En San Giovanni Rotondo y en Manfredonia, con la ayuda discreta del obispo de Bovino, reunió una voluminosa carpeta de documentos y de testimonios contra los canónigos acusadores y su obispo. Aportaba pruebas de concubinato, de simonía y de calumnia contra los canónigos Miscio, Palladino, De Nittis, el arcipreste Prencipe y Mons. Gagliardi. Se hizo otra carpeta en favor del Padre Pío.

Llevando varios ejemplares de esos documentos, Brunatto partió para Roma. Gracias

a algunos apoyos, sobre todo el de don Orione (hoy día beatificado), pudo ver en los últimos días de junio a cada uno de los cardenales del Santo Oficio y entregarles personalmente un ejemplar de ambas carpetas. Así es que visitó a los cardenales Merry del Val, secretario del Santo Oficio, Gasparri, secretario de Estado, Pompilj, vicario de Su Santidad, Sbarretti, prefecto de la congregación del Concilio, De Lai, prefecto de la congregación del Consistorio, Lega, prefecto de la congregación de Sacramentos, Van Rossum, prefecto de la congregación *De Propaganda Fide*, Silj, prefecto del tribunal de la Signatura.

La documentación abundante reunida por Brunatto y Mons. Cuccarollo exigía al menos una investigación, es decir, canónicamente una visita apostólica que interroga a testigos, acusadores y acusados y reúne todos los elementos susceptibles de fundar un juicio firme y definitivo sobre el asunto. Sin embargo, la orden tardó en llegar. Burnatto explica por qué:

«Demasiados organismos tenían algo que decir. Se oponía a ello el personaje más comprometido: Mons. Gagliardi, ordinario de Manfredonia. Era una dificultad grande, pues hacía valer sus facultades legislativas y judiciales propias de un obispo.

»Por otra parte, tenía el apoyo incondicional e interesado del cardenal De Lai, prefecto de la Consistorial, cuya competencia se extiende a todos los actos de los obispos. El cardenal Sbarretti, prefecto de la congregación del Concilio, estaba indeciso: no quería privar a su congregación de la competencia propia para juzgar el conflicto de San Giovanni Rotondo entre las autoridades civiles y el clero secular. El cardenal prefecto de la congregación de Religiosos se oponía. Su intervención había sido solicitada por la Orden de los capuchinos, que deseaba minimizar la cuestión del Padre Pío, demasiado difícil de resolver a causa de su complejidad.

»Un último obstáculo, y no el menor, era la actitud adoptada, en sus comunicados de 1923 y 1924, por la suprema congregación del Santo Oficio, dirigida por el cardenal Merry del Val, antiguo secretario de Estado y una de las personalidades más señaladas de la Iglesia. ¿Podría arriesgarse a ser desautorizado por una visita apostólica?

»Ya se ve hasta qué punto, a propósito de un asunto complejo de la Iglesia, las competencias eran numerosas y entrecruzadas. Además de la competencia del obispo, cuatro congregaciones habían entrado en juego, con sus propias facultades legislativas y judiciales, iguales entre sí y presididas por dignatarios del mismo rango: cardenales»⁵.

La decisión de una visita apostólica no fue tomada sino año y medio más tarde. Durante ese tiempo, los acusados empezaron a reaccionar y a protegerse. María Di Maggio, una de las penitentes del Padre Pío, había sido la amante del arcipreste Prencipe. Había roto con él, a instancias repetidas de su confesor. Había firmado una declaración escrita sobre los hechos para el informe de acusación de Brunatto. Prencipe se había enterado y la amenazaba abiertamente.

Otro acusado, el canónigo Miscio, alardeaba ante los familiares del Padre Pío de haber escrito un libro sobre el monje estigmatizado que sería un escándalo, cuando se publicara. Para retirarle el manuscrito a un editor milanés que se disponía a publicarlo, pedía una fuerte suma de dinero. Por debilidad, Michele Forgione, uno de los hermanos del Padre Pío, vendió una de sus tierras y envió el dinero al extorsionista. El Padre Pío, desde luego, no supo nada de esta extorsión. El asunto estaba tomando dimensiones verdaderamente criminales.

Pero el canónigo fue denunciado y detenido en noviembre de 1925. El 2 de diciembre de 1926, el tribunal de Foggia lo condenaba a tres meses de cárcel, mil liras de multa y una lira simbólica de daños y perjuicios. El canónigo recurrió esta sentencia que lo reconocía como culpable de extorsión de fondos. En noviembre de 1929, el tribunal de apelación de Bari aumentó la pena a veintiséis meses de cárcel. Por último, en abril de 1932, la Corte de casación confirmó el juicio del tribunal de apelación y el ministro de Justicia rechazaba la petición de gracia. La justicia civil había sido rápida y firme. Pero el Padre Pío tuvo compasión de ese sacerdote desviado que había sido uno de sus acusadores. En julio de ese mismo año escribió directamente al ministro de Justicia pidiendo gracia para Miscio y también escribió al rey Víctor Manuel III para que el agraciado pudiese encontrar un trabajo de maestro.

El asunto de Miscio tuvo el efecto inmediato en sus primeros momentos de mover a Brunatto a emplear medios más radicales todavía para que brillara la verdad y triunfara la justicia. Puesto que los informes entregados a los diferentes cardenales parecían no dar resultado, puesto que la visita apostólica solicitada para poner fin a las calumnias y levantar las sanciones no era anunciada, decidió desvelarlo todo en la plaza pública por medio de un libro. El 21 de abril de 1926, con el seudónimo de Giuseppe De Rossi, Brunatto publicó un libro en las ediciones Berlutti, de Roma, con el título de *Padre Pio da Pietrelcina*. Más que de un retrato espiritual del estigmatizado de Gargano o de un relato de su vida, se trataba de una denuncia muy documentada de las actuaciones de Mons. Gagliardi, de los canónigos de San Giovanni Rotondo y del padre Gemelli.

El Vaticano hizo comprar inmediatamente todos los ejemplares que pudo encontrar y el día 23 de abril, el Santo Oficio publicaba un comunicado contra el libro. Ningún reproche se le hacía en materia de fe o de moral, pero según los artículos 1398 y 1399 del Código de derecho canónico, que estipulaban que ninguna publicación que tratara de milagros o de hechos extraordinarios podía aparecer sin la autorización de las autoridades eclesíásticas, el libro era «prohibido», es decir, como precisaba el comunicado, no podía ser «impreso, ni leído, ni vendido, ni traducido a otro idioma, ni comunicado de cualquier otra forma». Tres meses después otro comunicado del Santo Oficio condenaba en los mismos términos una segunda obra sobre el Padre Pío, que el editor Berlutti se había apresurado a publicar después de la primera prohibición. Esta vez

se trataba de un libro escrito por el periodista Giuseppe Cavaciocchi, del *Messaggero*.

A pesar de estar prohibidos por el Santo Oficio, estas dos obras de los primeros meses del año 1926 hicieron bastante ruido. Los periódicos se apoderaron de este asunto y hablaban abiertamente de los canónigos escandalosos de San Giovanni Rotondo y de las torpezas del obispo de Manfredonia que, además, acusaban a un monje capuchino injustamente condenado. Mons. Gagliardi se preocupó por esta campaña de prensa que la tomaba con él nominalmente. Todos los días esperaba ansioso los diarios, para enterarse de qué nueva revelación iban a hacer sobre su persona. En Manfredonia, en San Giovanni Rotondo y en toda la diócesis, las lenguas empezaban a desatarse. Mons. Gagliardi acabó por pedir la intervención del prefecto de Foggia contra el convento de San Giovanni. Solicitaba que se tomaran medidas de orden público «para terminar administrativamente con este alboroto indigno, más aún, vergonzoso y sacrílego, irreligioso e inmoral, que está durando desde hace ocho años». Los ocho años a que se refería el arzobispo de Manfredonia eran los transcurridos desde la estigmatización del pobre Padre Pío...

Los fieles del monje estigmatizado esperaban que al final se haría justicia a su *santo*. Ahora que la conducta escandalosa de una parte del clero secular local era conocida por todo el país y por todas las autoridades, la inocencia de la vida ejemplar del Padre Pío haría que le fueran levantadas las condenas injustas. El 5 de mayo, una multitud importante se reunió aquel año para la fiesta onomástica del Padre. La banda de música del pueblo interpretó unas cuantas partituras en la plaza del convento. Dos canónigos, don Salvatore Novelli y don Giantommaso Morcaldi, quisieron manifestar su estima por el Padre Pío y se desligaron de sus colegas escandalosos. Se presentaron con sus parroquianos ante el convento. Mons. Gagliardi, informado de ello, les suspendió las licencias para confesar.

Era una lucha abierta la que ahora reinaba entre dos partidos: entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, entre los dones y las gracias de Dios y las debilidades y los pecados de los hombres. Sin duda es entonces cuando hay que situar una extraordinaria bilocación por la que el Padre Pío se hizo defensor de su propia causa. Se cuenta en una deposición escrita hecha el 26 de octubre de 1966 por el padre Pío Dellepiane, de la Orden de los mínimos de San Francisco de Paula. Se lo había oído a la condesa Silj, cuñada del cardenal Silj.

La comisión del Santo Oficio se había reunido en presencia del papa Pío XI. El cardenal Silj estaba presente. Se habló de nuevo del caso del Padre Pío. Para acabar de una vez, algunos cardenales y el propio papa eran partidarios de una sanción grave: la suspensión *a divinis*, que tendría por efecto la prohibición de celebrar Misa en público, confesar a los fieles y dispensar los demás sacramentos. Entonces, según cuenta el padre Pío Dellepiane, «se vio entrar un hermano capuchino con las manos metidas en las

mangas de su hábito y que parecía andar con paso claudicante, pero decidido. El hermano se encaminó directamente ante el papa y, sin que ninguna de las personas presentes pudiera detenerlo o interrogarle, se arrodilló a los pies del Santo Padre, le besó los pies y le suplicó en estos términos: «Santidad, por el bien de la Iglesia, no permitáis eso». Pidió la bendición, besó de nuevo los pies del Santo Padre, se levantó con firmeza y se dirigió a la salida»⁶. Reaccionando de su estupor, los cardenales presentes quedaron preocupados por lo que acababa de suceder. Algunos salieron de la sala para interrogar a los guardias. Éstos afirmaron que no habían visto entrar ni salir a nadie. Se pensó entonces en un nuevo «prodigio» del Padre Pío. El papa levantó en el acto la sesión y ordenó que nadie divulgara el incidente. Le pidió al cardenal Silj que fuera inmediatamente a San Giovanni Rotondo para enterarse de si el Padre Pío había abandonado recientemente el convento. Los superiores y los hermanos del Padre le aseguraron que desde las primeras decisiones del Santo Oficio, hacía ya cuatro años, nunca había salido del convento...

Esta asombrosa bilocación, después del asunto Miscio y de la publicación de los dos libros, ¿incitó a las autoridades eclesiásticas a que ordenaran por fin la visita apostólica que pedían los defensores del Padre? Es posible. El 1 de enero de 1927, el cardenal Sbarretti, prefecto de la congregación del Concilio encargada de la disciplina eclesiástica, ordenaba a Mons. Bevilacqua, del Vicariato de Roma, que indagara sobre «los canónigos escandalosos» de San Giovanni Rotondo.

VISITAS APOSTÓLICAS REPARADORAS EN PARTE

Mons. Bevilacqua, visitador apostólico, se hizo acompañar por Emmanuele Brunatto como coadjutor laico. Hecho doblemente rarísimo: uno de los acusadores de los canónigos, y además laico, era encargado oficialmente de la investigación. El padre Alfredo Quattrino, actuario de la Santa Sede, fue encargado del registro de las actas de acusación, de las deposiciones y de los atestados de interrogatorio. Cuando Mons. Gagliardi se enteró del objeto de esta visita y de quiénes estaban encargados de dirigirla, intentó oponerse. Escribió al cardenal Sbarretti para denunciar la conducta anterior de Brunatto. ¿No había sido condenado anteriormente por estafa y no había llevado una vida disipada antes de establecerse en San Giovanni Rotondo? Sin duda el cardenal no ignoraba la vida anterior del inquieto defensor del Padre Pío, pero Brunatto se había convertido y arrepentido: la Iglesia no tenía más que conocer a este hombre nuevo.

La visita duró del 26 de marzo al 5 de abril. Sólo se refería canónicamente al capítulo de los canónigos, y no al convento capuchino ni al propio Padre Pío. Cuando Mons. Bevilacqua presentó oficialmente el objeto de su misión a las diversas autoridades civiles, recibió aprobación y aliento. El general Ugo Franco, prefecto de Foggia, lo animó con franqueza:

—Hay que tomar una buena escoba en ese capítulo de San Giovanni Rotondo.

El arcipreste Prencipe y los canónigos De Nittis, Palladino, Miscio, fueron interrogados. El alcalde Morcaldi, los antiguos elegidos Giuliani y Merla y el juez Antonacci fueron oídos y dieron testimonios definitivos. Ante toda la población, las torpezas de algunos canónigos y del arzobispo (aunque éste no era oficialmente objeto de la visita) aparecía tanto más grave cuanto que los monjes del convento y el Padre Pío ofrecían el espectáculo de una vida religiosa ejemplar.

El arcipreste y los canónigos acusados intentaron disculparse acudiendo directamente al cardenal Sbarretti. El 7 de junio le escribieron una larga carta de siete páginas, evidentemente inspirada por Mons. Gagliardi, en la que se declaraban inocentes de todo lo que se les acusaba. «Sobre nuestra conciencia no pesa ninguna falta», se atrevían a

escribir. El Padre Pío era el único responsable de la agitación y, con él, los demás monjes del convento «que trabajaban como esclavos para difundir y acreditar su confusa fama de santidad [...], propagan el relato de sus milagros, evidentemente inventados, con el fin de atraer a la masa y de conseguir dinero...».

La carta no sirvió de nada a los acusados y no modificó el rigor ni la amplitud de la investigación. Brunatto buscaba todos los documentos necesarios para la instrucción y preparaba las preguntas que el visitador hacía a los acusados o a los testigos. Nos podemos imaginar el celo con que el fiel discípulo se entregó a esta tarea. En Nápoles hubo una segunda serie de interrogatorios del 29 de septiembre al 9 de octubre. Se trataba de establecer una conclusión general para presentarla a las autoridades vaticanas. Se tomaron las primeras sanciones. Palladino, que había sido suspendido *a divinis* durante un mes a finales de junio, fue definitivamente alejado de San Giovanni Rotondo. Miscio había sido condenado por la justicia civil en diciembre de 1926; la Iglesia no añadió nada a su pena. Por lo demás, Miscio se retractó de sus acusaciones contra el Padre Pío en un documento firmado el 27 de mayo de 1929. En cuanto al arcipreste Prencipe, superior directo del capítulo y, por lo tanto, responsable de las veleidades y los extravíos de los canónigos, presentó oportunamente un certificado médico del profesor Coucci, especialista en enfermedades nerviosas de la universidad de Nápoles, que lo declaraba enfermo de hipocondría y de astenia física. Se le consideró libre después de haberse arrepentido. También él, unos años más tarde, presentó sus excusas al Padre Pío por el daño que le hizo en aquella época.

El orden y la paz habían vuelto poco a poco entre el clero local de San Giovanni Rotondo. Pero las cosas no podían quedar así. El nombre del arzobispo Gagliardi había salido con frecuencia en la investigación, pero el visitador apostólico no tenía facultades para ocuparse del caso del pastor de la diócesis. Fue necesaria otra visita apostólica dedicada al obispo escandaloso, verdadera figura del demonio en el camino del Padre Pío.

Las acusaciones contra Gagliardi, arzobispo de Manfredonia desde 1897, eran antiguas y numerosas. La visita canónica hacía esperar que se haría justicia también en la cabeza de la diócesis. El 26 de septiembre de 1927, nueve canónigos del capítulo de Manfredonia dirigieron una carta a la congregación del Concilio para denunciar las actuaciones de su obispo y pedir la intervención de las autoridades superiores para poner fin al escándalo. El 18 de octubre, otra carta era enviada a la congregación del Consistorio. Mons. Gagliardi reaccionó vivamente suspendiendo de sus funciones a los nueve canónigos y enviándolos a hacer unos ejercicios espirituales con los *Ejercicios espirituales* de San Ignacio en Nápoles... Los castigados decidieron entonces acudir directamente a Pío XI. Los motivos de acusación contra Gagliardi eran numerosos: simonía para la ordenación de sacerdotes homosexuales, violencias sexuales a religiosas

de clausura, malversación de fondos y de honorarios de Misas, y esto sin hacer referencia a las mentiras y a las calumnias contra el Padre Pío, que los canónigos no citaban. Un escándalo que duraba ya veinte años⁷.

El 22 de mayo de 1928 la congregación del Consistorio, encargada de los obispos, nombraba por fin un visitador apostólico, Mons. Giuseppe Bruno, encargado de investigar con plenos poderes sobre Mons. Gagliardi y su manera de regir la diócesis de Manfredonia. A Mons. Bruno no le costó trabajo reunir testimonios acusadores. El 12 de junio entregaba su informe. Pero la sanción tardó en llegar más de un año. Y lo que era peor, después de dos visitas apostólicas durante las cuales los acusadores y calumniadores pasaron a ser acusados y habían sido reconocidos culpables a la vista de testimonios irrefutables, nada había cambiado para el estigmatizado de Gargano. Estaba sujeto a las mismas restricciones en el ejercicio de su ministerio sacerdotal y seguía tratado como sospechoso. No había recobrado la libertad de escribir o de hablar a sus hijos espirituales o a los fieles.

Poseemos un testimonio conmovedor y excepcional sobre el estado de ánimo del Padre Pío en esta época. Las visitas apostólicas a San Giovanni Rotondo y a Manfredonia habían hecho gran ruido y habían agitado a toda la región. Los rumores y los chismorreos abundaban en cada uno de los campos. Algunos corrieron el rumor de que los monjes del convento habían organizado un fructífero tráfico de frascos conteniendo sangre del Padre Pío... Por su parte, algunos celosos defensores del capuchino buscaban a toda costa, en la vida de los canónigos y del obispo ahora acusados, datos que pudieran agravar el escándalo.

El Padre Pío se había mantenido todo lo posible apartado de esta agitación. Se había negado a empeorar todavía más con su testimonio la situación de los acusados. Callaba y vivía un drama interior que sus hermanos y sus fieles estaban lejos de sospechar, tan ocupados como andaban con las repercusiones de las visitas apostólicas.

EL DESAMPARO DE UN ALMA

Parece ser que el Padre Pío atravesó en esta época un período de intensas pruebas físicas y espirituales. Primero, el 3 de enero de 1929, fue la muerte de su madre. Giuseppa Forgione –a la que el Padre Pío siempre llamaba *mamma* (mamaíta)– había ido a pasar las fiestas de Navidad a San Giovanni Rotondo. Se alojaba en casa de María Pyle, no lejos del convento. Hacía cuatro años que no había visto a su hijo y estaba ilusionada con asistir a la Misa de medianoche que iba a celebrar. El 24 de diciembre y el día de Navidad fue al convento poco abrigada y contrajo una neumonía. Tuvo que meterse en cama. Todos los días, su hijo iba a visitarla y le llevaba la comunión. El 3 de enero a las 6 de la mañana, Mamma Peppa recibió los últimos sacramentos y murió en brazos de su hijo. Fue para él un dolor inmenso. Hacía unos diez años que soportaba vejaciones y calumnias sin dejar que se viera su dolor; hoy, por su madre, lloraba y se lamentaba como un niño: *Mamma, mamma mia...*

Durante todo el año 1929 continuaría ese estado de desamparo. A la pérdida de su madre se añadieron nuevos dolores físicos y una prueba del alma en la que se unían la incertidumbre sobre su conducta y el miedo a la desesperanza. Por consejo de su confesor el padre Agostino, empezó a llevar a comienzos de julio un «diario espiritual». Describía su estado interior, sus dudas, sus angustias. Pero el 15 de agosto renunció a proseguirlo porque, decía, «me duelen los ojos y porque mi espíritu se siente impotente». Los fragmentos de ese diario que han llegado a nosotros, del 21 de julio al 15 de agosto, son excepcionales. Nos dan a conocer la verdadera vida del Padre Pío, sus luchas diarias contra él mismo, la distancia abismal que separaba su mundo interior de los acontecimientos exteriores, espuma de los pecados y de las pasiones de los hombres. El fragmento del 15 de agosto es especialmente significativo:

«Este estado de cosas, que ha ido creciendo, se ha prolongado hasta esta mañana, día de la Asunción de la Santísima Virgen.

»Estaba en el altar para celebrar la Misa cuando me sucedió lo que voy a contar. Antes quiero precisar que no sé cómo pude subir al altar. Los dolores físicos y las penas interiores disputaban para ver quiénes podían martirizar más a mi pobre ser. Sentía tan a

lo vivo esas angustias mortales, que no puedo describirlas. Sólo puedo decir que, a medida que me acercaba a la consumación de las Sagradas Especies, ese estado horrible aumentaba y se intensificaba cada vez más. Me sentía morir. Una tristeza mortal me invadía por entero y creí que todo había acabado para mí: la vida terrestre y la vida eterna.

»El pensamiento preponderante que más me entristecía era no poder manifestar mejor mi agradecimiento y mi amor a la divina Bondad. El infierno no me aterraba tanto como el saber que en él, allá abajo, ya no hay amor. Y eso me producía, en un instante y en todos los instantes al mismo tiempo, una infinidad de muertes.

»Había llegado a la cima. Había tocado la cima de la agonía y, donde creía encontrar la muerte, encontré la confortación y la vida. En el momento de consumir las Especies sagradas de la Hostia santa, una luz invadió de pronto toda mi alma y vi con claridad a la Madre celestial con el Niño Jesús en los brazos, y juntos me dijeron: “Tranquilízate. Estamos contigo, nos perteneces y somos tuyos”.

»Dicho esto, ya no vi nada más. La tranquilidad, la serenidad, y todos los dolores desaparecieron de repente. Durante todo el día me sentí inmerso en un océano de dulzura y de indescriptible amor a Dios y a las almas. Recibí varias luces interiores sobre algunas personas. Vi a su V. en la tierra [«su vicario en la tierra»: el papa Pío XI] agobiado de amargura por causa de la maldad de los hombres. Fui invitado numerosas veces a rezar y a hacer rezar por él y para el arrepentimiento de esas almas malvadas.

»Al ponerse el sol aquel día, recobré el estado normal, aunque con la ligera agitación de una tempestad que parece acercarse, pero que se advierte todavía lejana. Lo que vaya a pasar, Dios lo sabe. Sustentando mis fuerzas sobre quien me conforta, me parece que estoy dispuesto a soportarlo todo por Jesús. *Laus Deo!*»[8](#).

Esta página conmovedora nos muestra cuáles eran las disposiciones de alma del Padre Pío en momentos en los que algunos se afanaban por su rehabilitación plena y completa. Él se dedicaba a otra lucha más interior. Sus amigos, que habían arrancado de las autoridades eclesíásticas dos visitas apostólicas, creían obtener pronto justicia. No era así.

UN LIBRO ESCANDALOSO

Cuando Brunatto ejercía funciones de coadjutor laico de Mons. Bevilacqua, tuvo la precaución de fotografiar todos los documentos y disposiciones reunidos durante la primera visita apostólica. Después, en Roma, a petición del cardenal Merry del Val, había tenido que ocuparse, siempre con Mons. Bevilacqua, de un asunto delicado de extorsión y de prevaricación en el que estaban implicados muy altos dignatarios del Vaticano. La investigación había sacado a la luz la implicación de un cardenal, prefecto de congregación, en este asunto. El prelado había sido rápida, pero discretamente, depuesto de sus funciones, sin que la opinión pública tuviera conocimiento de los motivos de su marcha.

Estas misiones delicadas habían hecho que Brunatto entreviera algunos de esos secretos de Iglesia que no es edificante conocer y que, una vez conocidos, son siempre fácilmente explotados por los enemigos de la Iglesia. Brunatto, alma apasionada y pronto a acalorarse, agitó esos «secretos» como señuelo para servir a la causa del Padre Pío. Como la visita apostólica referente a Mons. Gagliardi no concluyó con una sanción y como la suerte del Padre Pío no fue suavizada a pesar de la derrota de sus acusadores y calumniadores, Brunatto resolvió hacer públicos los documentos que poseía. Empezó entonces una historia rocambolesca que estuvo lejos de producir el resultado que se esperaba.

En la primavera de 1929, el inquieto Brunatto decidió poner en práctica la amenaza que había hecho conocer por todas partes. En forma de una atronadora *Carta a la Iglesia*, de la que Morcaldi aceptó ser el simbólico firmante, dio a conocer los documentos que poseía. Se trataba de un grueso volumen de quinientas páginas en el que se reproducían unos trescientos documentos de los que había reunido en San Giovanni Rotondo y en el Vaticano. La obra estaba dedicada en parte a la diócesis de Manfredonia y al Padre Pío, y en parte al tema de la extorsión en la curia. Era una verdadera máquina de guerra destinada a presionar al Vaticano para conseguir la rehabilitación completa del capuchino injustamente condenado.

Ante las dificultades de encontrar un editor italiano lo suficientemente temerario para

publicar la obra que tenía todas las probabilidades de ser condenada por el Santo Oficio, incluso de ser confiscada por la justicia civil, Brunatto tuvo que publicar el libro en Alemania, en Leipzig. Allí se fue a dirigir personalmente la edición. Cuando salieron los mil ejemplares de la primera tirada, el libro fue enviado a diferentes personalidades del Vaticano y a diferentes obispos protectores del Padre Pío. Antes de lanzar el libro al público, Brunatto deseaba intentar por última vez un entendimiento.

Un obispo, Mons. Cuccarollo, al que ya hemos visto intervenir en favor de su cofrade capuchino, escribió entonces al cardenal Perosi, que acababa de ser nombrado para la congregación del Consistorio. Daba cuenta de lo que él mismo había sabido acerca de Mons. Gagliardi y, sin duda, hacía referencia a la *Carta a la Iglesia*. Su carta es de 1 de septiembre de 1929. Un mes más tarde, el obispo de Manfredonia era por fin destituido. Se retiró con su familia, en Tricarico, y le fue prohibido llevar las insignias episcopales. La maniobra de intimidación de Brunatto, apoyada por la carta de Mons. Cuccarollo, había alcanzado su primer objetivo: desembarazarse de uno de los principales responsables de las desgracias del Padre Pío. Quedaba por conseguir la total rehabilitación del capuchino.

En noviembre, el cardenal Gasparri, secretario de Estado, y el propio papa examinaron la terrible *Carta a la Iglesia*. ¿Pero podemos imaginar que los más altos responsables de la Iglesia, después de haber castigado a los culpables de diferentes asuntos disciplinares, que no siempre se relacionaban entre sí, iban ahora a retractarse de decisiones tomadas antes de estos asuntos y que se referían a otro caso distinto? Esto sería conocer mal la sutileza de los engranajes del Vaticano y la distinción que se mantenía entre salvaguarda de la fe y disciplina eclesiástica. Brunatto quiso correr demasiado y cometió la imprudencia de implicar a demasiada gente en lo que parecía cada vez más un nuevo asunto al margen del caso del Padre Pío.

A comienzos del año 1930, hizo que circularan en Roma algunos ejemplares de su *Carta a la Iglesia*, cuando lo esencial de esos volúmenes se hallaban aún en lugar seguro en la caja fuerte de un joyero de Munich, adicto al Padre Pío. Incluso envió en abril algunos de los documentos relativos a la investigación hecha en el Vaticano a uno de sus amigos, Arturo Bocchini. Éste era un colaborador próximo a Mussolini y director general de la seguridad pública. ¿No era una imprudencia mezclar a autoridades civiles en estas historias eclesiásticas? El asunto tomaba mal aspecto. Se llegaba a replicar a sanciones por medio de una extorsión indigna.

Morcaldi, preocupado por esta nueva fase de los acontecimientos, acabó por informar al Padre Pío de la existencia del libro, que cada vez era menos secreto, y de la última iniciativa de Brunatto. El Padre Pío se quedó muy preocupado. ¿No podrían ser utilizados un día esos documentos contra la Iglesia? Reprendió duramente a Morcaldi: «¡Pedazo de demonio, arrójate a los pies de la Iglesia!», queriendo decirle con esto que

la Iglesia, santa y pura en su esencia, no podía convertirse en objeto de escándalo por la divulgación de las debilidades y pecados de determinados miembros suyos. Ordenó a Morcaldi que lo hiciera todo para recuperar lo antes posible aquellos documentos y ponerlos en lugar seguro. En esos años de 1929-1930, el celo de los defensores del Padre Pío fue excesivo. El comienzo del año 1931 vio reanudarse la agitación alrededor del convento y de las nuevas sanciones, que cayeron entonces y fueron como una respuesta de las autoridades a un asunto que tomaba un aspecto demasiado preocupante.

LA «PRISIÓN»

La incomprensión de la situación y diversas desafortunadas decisiones por parte de las autoridades eclesiásticas, una inquietud creciente y rumores incontrolados por parte de la población de San Giovanni Rotondo, prendieron fuego una vez más a la pólvora.

Las autoridades de la Orden capuchina sabían que toda la comunidad de San Giovanni Rotondo, incluidos los superiores sucesivos, no aprobaba –aunque eran rigurosamente aplicadas– las órdenes procedentes de la curia provincial de Foggia, de la curia generalicia de Roma o del Santo Oficio. Desde 1928, el superior elegido del convento de Santa Maria delle Grazie era un pariente del Padre Pío: el padre Raffaele de Sant’Elia a Pianisi. Es más, como hemos visto, éste no llegó al convento hasta 1924. Así pues, no había vivido los primeros años del «asunto Padre Pío». Sus superiores provinciales y generales podían creer que estaba mal informado acerca de todos los datos del problema.

El 31 de marzo, el padre Raffaele fue llamado a Foggia por el provincial. Se le informó de que iba a ser sustituido al frente de la comunidad de San Giovanni Rotondo por un religioso venido de Milán, enviado directamente por el ministro general de Roma. Se puede decir que fue una doble torpeza: el nuevo superior era impuesto por Roma y no elegido por los hermanos como era tradición y, además, se trataba de un religioso extranjero no sólo para el convento, sino para la región. La noticia, que debía mantenerse en secreto hasta la llegada del nuevo superior, se extendió pronto fuera de los muros del convento. La población de San Giovanni Rotondo entró en ebullición. Se había añadido otro rumor: el traslado del Padre Pío tendría lugar en aquel mismo momento. Sería enviado a un convento de la Orden en Alemania, viajaría con nombre supuesto...

De inmediato se organizó de nuevo una guarda del convento. Los habitantes del pueblo, incluso los poco creyentes, se aferraban a su *santo* y temían perderlo. Se formaron equipos armados de guadañas, hoces y hachas. Se levantaron barricadas de piedra en los caminos, las entradas y salidas fueron controladas. En caso de un movimiento sospechoso, la sirena del ayuntamiento daría la alarma a la población. La tarde del 6 de abril llegó un monje al convento. Se trataba de un franciscano que, de

regreso de una predicación en la Apulia, quería conocer al Padre Pío. No había ido nunca a San Giovanni Rotondo, el pueblo no lo había visto nunca y lo tomó por el nuevo superior. Se produjo el pánico. ¿Irían a llevarse ahora al Padre Pío? ¿Se lo habrían llevado ya? La masa se aglomeraba ante el convento gritando: «¡Fuera el extranjero!, ¡al paredón!, ¡si se llevan al Padre Pío haremos una matanza!».

El Padre Pío tuvo que salir a una de las ventanas del convento para tranquilizar a los manifestantes. Intentó explicar que el nuevo religioso no era más que un visitante de paso. Pero la multitud no se calmaba. Dándose cuenta de que ni sus explicaciones tranquilizaban a la gente, el Padre Pío se retiró a su celda. Hacia la medianoche se oyeron grandes ruidos en la plaza. Algunos exaltados habían encontrado un poste eléctrico que una empresa tenía que instalar al día siguiente y lo estaba utilizando como ariete para derribar la puerta de entrada del convento. Ésta cedió y la muchedumbre se precipitó al interior exaltada al máximo. El padre Costantino relata la escena siguiente tal como se la contó el Padre Pío:

«Ante el letrero “Clausura”, las mujeres se detuvieron, pero los hombres subieron hasta el corredor. Allí fueron sorprendidos por lo que no esperaban: en la entrada del corredor estaba el Padre Pío tendido en el suelo. Les apostrofó con toda su energía:

—¿Qué queréis?

—Padre, queremos el religioso que ha llegado hoy. No le haremos daño, pero queremos que usted nos lo entregue, pues ha venido a llevaros.

—Os digo que os vayáis. Es uno de nuestros hermanos, que ha venido a hablar conmigo y no lo entregaremos a nadie.

—Le prometemos a usted que no le haremos ningún daño.

Y el Padre Pío, más decidido que nunca:

—Os digo que os vayáis tranquilos; pero si queréis entrar en el convento, tenéis que pasar sobre mi cuerpo»⁹.

Los intrusos no fueron más allá y, después de dos horas y media de discusiones febriles, el convento fue por fin evacuado sin encontronazos, luego de que el alcalde y el mariscal de los carabinieri dieron seguridades de que el huésped inesperado del convento se marcharía a Foggia a primera hora. Todos se retiraron a sus casas, salvo un centenar de hombres que siguieron montando guardia en la plaza, por si acaso...

Este incidente, grave de por sí, aunque no había habido víctimas, suscitó una investigación judicial y la inquietud de los superiores del Padre Pío. El 11 de abril, el ministro general pidió un relato circunstanciado del incidente. Por último, para abundar – involuntariamente – en el episodio, el día de la onomástica del Padre Pío, el 5 de mayo, *Il Resto del Carlino*, gran cotidiano romano, publicaba un largo artículo sobre «el hermano consolador» y sus «milagros». El periodista contaba «una visita al Padre Pío». Describía a los peregrinos que llegaban a buscar refugio «bajo las alas de un santo» (*sic*) y las

mujeres y los hombres que se apretujan para poder besar la mano o el hombro sangrante del Padre Pío». Aunque bien intencionado, el artículo no correspondía a la realidad, pues desde las decisiones del Santo Oficio de 1923, el Padre Pío no recibía a los fieles salvo en confesión. El periodista, por el gusto de lo sensacional y lo pintoresco, le hacía él también un flaco servicio al Padre. Los superiores romanos de la Orden y el Santo Oficio pudieron creer que, a pesar de las seguridades que les habían dado, las órdenes dadas repetidas veces no eran respetadas.

Las torpes presiones ejercidas por Brunatto y su *Carta a la Iglesia*, el tumulto popular de la noche del 6 al 7 de abril y, por último, este artículo exagerado del 5 de mayo pesaron mucho, sin duda, en las nuevas decisiones tomadas por el Santo Oficio aquel mismo mes de mayo de 1931. El 13 de mayo, la congregación plenaria del Santo Oficio se reunió y adoptó el siguiente decreto: «Al Padre Pío se le priva de todas las facultades del ministerio sacerdotal, excepto la de celebrar la santa Misa, pero solamente dentro de los muros del monasterio, en privado en la capilla interior y no en la iglesia pública». El 23 de mayo, era comunicada esta decisión al ministro general de la Orden. Éste citó de inmediato al provincial de Foggia y le encargó que hiciera aplicar el decreto.

«Que se haga la voluntad de Dios», se limitó a decir el Padre Pío cuando le comunicaron la orden del Santo Oficio, y se puso a llorar. Concretamente, esto significaba que no podía ya celebrar la Misa en público, ni confesar, ni siquiera ver a los fieles. Además, se le prohibía enseñar en el *collegetto* dependiente del monasterio y se le retiraba la dirección espiritual del mismo, cargo que ejercía desde septiembre de 1916 y con la que disfrutaba mucho. Tomar las comidas con la comunidad y rezar el oficio con sus hermanos eran las únicas actividades conventuales que le permitían. Por lo demás, era totalmente, según sus propias palabras, un «prisionero inocente».

Durante más de dos años, el Padre Pío llevará una vida de recluso. Lo que más pena le daba era no poder confesar. Este poder extraordinario que tiene el sacerdote de liberar a las almas de sus culpas en nombre de Cristo siempre le había parecido al Padre Pío, junto con la celebración de la Misa, como la razón misma de su vocación. Privarle de ello era maniatar su misión, mutilarle a él mismo.

¹ Se observará el error de la declaración: el convento de San Giovanni Rotondo no depende canónicamente de la diócesis de Foggia, sino de la de Manfredonia.

² Emmanuele Brunatto, *Padre Pio*, A.I.D., Ginebra, 1963, pp. 7-8.

³ Padre Costantino Capobianco, *Paroles et anecdotes de Padre Pio*, Téqui, 1986, pp. 103-104.

⁴ Texto publicado en apéndice al *Epistolario*, t. IV, p. 915.

⁵ Emmanuele Brunatto, *Padre Pio*, o. c., Padre Pío, 8-9.

⁶ Fotografía del testimonio manuscrito en Giuseppe Pagnossin, o. c., t. I, pp. 264-

268.

[7](#) Los testimonios escritos recogidos durante la investigación sobre este episcopado, particularmente excepcional por su escándalo, están reproducidos por Giuseppe Pagnossin, o. c., t. I, pp. 465-517.

[8](#) «Frammenti di Diario» publicados en apéndice en el Epistolario, t. IV, pp. 915-918. Hemos respetado en esta traducción de un texto místico los giros de frases y el vocabulario propios del estilo del Padre Pío.

[9](#) Padre Costantino Capobianco, o. c., p. 166.

CAPÍTULO 10

LA LIBERACIÓN

El decreto emanado del Santo Oficio en la reunión plenaria del 13 de mayo de 1931 cayó como un rayo. El 22 de mayo fue condenado por la misma congregación un libro publicado hacía algún tiempo en Bolonia, *A Padre Pio da Pietrelcina, l'Araldo del Signore*. Sin embargo, esta obra era para gloria de la Iglesia, pues su autor, Alberto Del Fante, contaba cómo había sido convertido por el Padre Pío. Del Fante había sido un notorio masón. En la revista florentina *Italia Laica* había escrito numerosos artículos en los que denunciaba «las mixtificaciones del Padre Pío». Su hijo Eugenio cayó enfermo. Le fue diagnosticada una tuberculosis ósea y los médicos sólo pudieron concluir que estaba desahuciado. A pesar de la oposición de Alberto, su madre decidió hacer un viaje a San Giovanni Rotondo como último intento de curación. El muchacho volvió sanado, lo cual contribuyó no poco a abrir los ojos del masón anticlerical. Se convirtió y recibió el bautismo de manos del cardenal Silj. Quiso entonces proclamar ante el mundo su nueva fe y contar los diferentes episodios de los que había sido protagonista «el heraldo de Dios». El momento era poco favorable, pues el libro salía cuando el tumulto popular de abril y el artículo del 5 de mayo habían reavivado las pasiones por una y otra parte. Según el artículo 1399 del Código de derecho canónico, la obra era condenada por haber expuesto «pretendidos milagros y otros hechos extraordinarios».

Se reanudaron los tiempos de sospechas. Por carta confidencial de 25 de mayo al guardián del convento, el ministro general de la Orden indicaba que la comunidad de San Giovanni Rotondo pasaba a su jurisdicción inmediata. Todo lo referente a la vida del convento debería serle sometida directamente y no sólo recibir el visto bueno del superior provincial, el padre Bernardo d'Alpicella. El monasterio pasaba a estar bajo la vigilancia directa de Roma.

LA GRAN PRUEBA

El decreto del Santo Oficio que prohibía al Padre Pío celebrar la Misa en público debía ser aplicado a partir del 11 de junio. Por ironía, el 11 de junio era la fiesta del Corpus Christi. Así pues, el Padre Pío tuvo que celebrar esa Misa del Santísimo Sacramento sólo con ayudante. ¡La Misa duró tres horas! Durante los dos años de su aislamiento, en la celebración lenta y escrupulosa de la Eucaristía era donde encontraba un cierto alivio. El padre Agostino, de paso por el convento, pudo asistir por excepción a una de esas Misas. Contó cómo veía al Padre Pío en esos años dolorosos:

«Físicamente lo encontré bastante bien. Moralmente sigue estando marcado por la prueba habitual que, como una espina, tenía clavada en el alma. El cielo calla y él vive de fe y de esperanza. Con frecuencia le atormenta este pensamiento: “¿Me salvaré?”. Pude asistir a su Misa en la pequeña capilla interior. El que le ayuda cierra la puerta para que nadie pueda entrar. Así, el Padre Pío observa la orden del Santo Oficio escrupulosamente. Aquella mañana, la Misa duró una hora y treinta y cinco minutos. El *memento* de vivos, veinticinco minutos, el de difuntos, quince. Después de la comunión, casi veinte minutos. Me dijeron que la Misa tiene siempre más o menos la misma duración. Durante la Misa lloraba y parecía totalmente transformado»¹.

Los «vivos», aunque ya no los veía, le estaban siempre presentes. Tenía prohibido ver a sus fieles o escribirles. Y ellos tenían prohibido mantener correspondencia con él, pero, si lo hacían, el Padre Pío leía las cartas y rezaba por sus intenciones; después de todo, los fieles de todo el mundo no tenían por qué conocer todos los decretos del Santo Oficio que aparecían en las *Acta Apostolicae Sedis*. Así es que durante su aislamiento seguía recibiendo cartas del mundo entero. Imploraban gracias y oraciones, y a menudo eran de una sencillez confiada y emocionante que alegraba un poco su corazón de sacerdote. Así: la de ese italiano emigrado a América que pedía una gracia «por el amor que sientes por Jesús y por la Santísima Virgen, por las Llagas que Jesús te ha hecho, por el cariño que le tienes a tu madre...». Éstas eran las peticiones que el Padre Pío tenía presentes durante la Misa y por las que intercedía.

A pesar de la prisión que padecía el Padre, los peregrinos seguían yendo al convento.

El padre Raffaele, superior del convento entonces, cuenta: «Durante todo el tiempo de aislamiento del Padre Pío, numerosos grupos de extranjeros venían a San Giovanni Rotondo y se encomendaban a sus oraciones. Es verdad que no podían verlo ni hablarle. Se contentaban con quedarse en la iglesia, realizar sus prácticas de piedad y rezar a los pies de la Madonna de las Gracias. Era emocionante ver con cuánta fe y cuánto fervor esas almas rezaban por la liberación de su padre espiritual».

Él rezaba por ellas en la Misa y rezaba el oficio con fervor y atención. Recordemos su plan de «devociones particulares diarias»: cuatro horas de meditación y cinco rosarios cada día. El resto de la jornada lo pasaba leyendo. «Un día –le dijo a uno de sus hermanos– me leí toda la *Divina Comedia*, desde las nueve de la mañana hasta la medianoche. Comprendí entonces que era una obra colosal. ¡Pero la cabeza me estallaba!». Otras obras de envergadura leídas en aquellos años: *Historia Universal*, de César Cantú en treinta y cinco volúmenes, *Historia de los Papas*, de Luis Pastor en dieciséis volúmenes, y la *Historia Universal de la Iglesia*, de Rohrbracher en veintiocho volúmenes. A esto hay que añadir diversos libros espirituales y tratados de los Padres de la Iglesia.

NEGOCIACIONES COMPLICADAS

Este aislamiento impuesto, aceptado y vivido dolorosamente por el Padre Pío había conmovido a toda Italia y a más allá de Italia. Durante dos años hubo una serie de súplicas, de negociaciones y de maniobras, hasta que las autoridades eclesiásticas cedieron y devolvieron la libertad de ejercer su ministerio sacerdotal al Padre Pío. Algunos de los responsables del Vaticano habían cambiado, los interlocutores no eran en absoluto los mismos que en los años 20. El cardenal Pacelli, que había sido nuncio apostólico en Alemania y había tenido conocimiento de otro caso de estigmatización, el de Teresa Neumann en Konnersreuth, había sucedido a Gasparri en 1930 en la secretaría de Estado. En esa misma época, después de la muerte del cardenal Merry del Val, el Cardenal Sbarretti estaba al frente del Santo Oficio. Y, después de la destitución del cardenal De Lai en 1928 y un intervalo durante el que lo sustituyó el cardenal Perosi, el cardenal Rossi se encargó de la congregación del Consistorio en 1930. Verdad es que fueron estos nuevos promocionados los que habían dejado que el Santo Oficio dictara el decreto de 13 de mayo de 1931, pero se podía pensar que no tenían las prevenciones de sus predecesores y que, bien informados del informe Padre Pío, podrían desempeñar un papel beneficioso y acelerar la rehabilitación del condenado.

El 12 de septiembre de 1931, Antonio Massa, presidente de la Orden tercera franciscana en San Giovanni Rotondo, enviaba, en nombre de su familia espiritual y en nombre de todo el pueblo, una súplica al cardenal Sbarretti para que el capuchino pudiera volver a celebrar la Misa en público y confesar. Era evidente que esta intervención aislada, sólo unas semanas después de la condena, no podía ser suficiente.

En ese mismo tiempo, Morcaldi tuvo conocimiento de una obra muy precisa y científica que el Dr. Festa había decidido escribir. Relataba en ella los exámenes médicos que había efectuado y demostraba el carácter sobrenatural de los estigmas del Padre Pío. El Dr. Festa no estaba dispuesto a publicar de inmediato su escrito. Los años anteriores habían visto sucederse demasiadas controversias y escándalos. No obstante, aceptó que Morcaldi hiciera varias copias. Lo que Brunatto no consiguió con la escandalosa *Carta a la Iglesia*, Morcaldi esperaba conseguirlo con este estudio científico. Distribuyó

ejemplares del escrito a distintos cardenales y personalidades romanas. No se trataba de presionar, sino de convencer e informar.

El cardenal Rossi, muy impresionado por las demostraciones del Dr. Festa, citó a Morcaldi. Le prometió que la Iglesia haría justicia al Padre Pío con la condición de que usted dé una «prueba tangible de adhesión a la Iglesia y de confianza filial en Ella». El acuerdo era el siguiente: en cuanto todos los documentos que sirvieron para redactar la *Carta a la Iglesia* y todos los ejemplares que quedaban del libro fueran entregados a la Santa Sede, se tomaría una medida «liberatoria» para el Padre Pío. El trato parecía, si no equitativo, al menos conforme con los intereses de la Iglesia: la posibilidad de escándalo público era eliminada y un inocente sería restablecido en sus derechos.

Morcaldi aceptó el trato. El padre Saverio, carmelita descalzo y confesor del cardenal Rossi, hizo de intermediario. En el mes de octubre de 1931, todos los ejemplares del libro agresivo que aún estaban en depósito en Alemania y todos los fotolitos que sirvieron para su realización eran entregados a la nunciatura de Munich. En diciembre fueron enviados a la Santa Sede en valija diplomática. Al mismo tiempo, otros documentos y ejemplares que habían quedado en Italia eran entregados directamente al padre Saverio. Morcaldi había cumplido su palabra y había demostrado su «adhesión» a la Iglesia. Después de que todo ese material hubo sido entregado a la Santa Sede, recibió una bendición del cardenal Rossi y unas reliquias de Santa Teresa y de San Camillo de Lellis. Pero él esperaba sobre todo una decisión liberadora del Santo Oficio...[2](#).

El final de año llegó sin que hubiera ningún cambio en la situación del Padre Pío. La única cosa alentadora había sido la consagración del nuevo obispo de Manfredonia en diciembre, Mons. Cesarano, que parecía no ser hostil al Padre Pío. De por sí, como jefe de una pequeña diócesis de Italia, podría hacer mucho daño –como se había visto con Mons. Gagliardi–, pero ahora pesaba poco en la balanza, ya que los engranajes de las congregaciones romanas se habían puesto en marcha.

En la primavera de 1932, de regreso de Francia donde lo habían llamado durante unos meses sus negocios, Brunatto se enteró de las negociaciones llevadas a cabo por Morcaldi y sus aparentes contrariedades. Se enfureció mucho y acusó a su viejo compañero de lucha de ser «un traidor y un vendido». El pobre Morcaldi estaba desolado. Escribió entonces un memorándum al nuevo ministro general de la Orden, el padre Vigilio da Valstegna, esperando que también allí a un cambio de responsable correspondería un cambio de actitud hacia el Padre Pío. Exponía en unas diez páginas la situación del hermano, de los estigmas y las gestiones que se habían hecho cerca de la Santa Sede para obtener su liberación. En octubre, Morcaldi dirigía una memoria al cardenal Pacelli, secretario de Estado, en la que se expresaba en los mismos términos.

En cuanto a Brunatto, que había vuelto a París, enviaba una «última llamada» al cardenal Rossi: aseguraba que publicaría documentos comprometedores sobre los

asuntos periféricos al caso Padre Pío, si las promesas de liberación hechas a Morcaldi no se cumplían. Estaba claro que Morcaldi no había podido reunir todos los documentos que sirvieron para la *Carta* y que Brunatto estaba decidido a recomenzar. Este asunto estaba más embrollado que nunca y se había vuelto a la situación de 1929: obtener justicia por medio de una amenaza de escándalo. Con el seudónimo de John Willoughby, Brunatto estaba dispuesto a publicar en París, en francés y en italiano, un nuevo petardo con título atronador: *los Anticristos en la Iglesia de Cristo*.

Hasta entonces, el Padre Pío había guardado silencio; como Jesús cuando compareció ante Pilato. Hay que dejar claro a su favor que nunca discutió las órdenes, por muy injustas que fueran, que le transmitían sucesivamente sus superiores en su nombre o en nombre del Santo Oficio. Obedecía siempre porque decía que la voz de sus superiores era para él la voz de Dios mismo. Pierre Pascal pudo resumir en una palabra la vida del Padre Pío: un «milagro de obediencia». Obediencia a su propia vocación primero, obediencia a las pruebas y a las gracias que Dios tuvo a bien enviarle, obediencia, en fin, a las órdenes injustas que le llegaban de sus superiores o del Santo Oficio. Obedecía, sufría en silencio y rezaba. El 25 de diciembre de 1932 celebró solo en la capilla interior, por segundo año consecutivo, la Misa de Navidad. ¡La Misa duró cinco horas! Misa de adoración a Dios y a su Encarnación y de sacrificio de sí mismo.

LA LIBERACIÓN

El gesto liberador vino del papa Pío XI. Las debilidades y pecados de algunos hombres de Iglesia, la lentitud de la jerarquía para castigarlos mientras tomaba medidas preventivas contra un monje extraordinario, el celo encendido de los unos, la torpeza de los otros, habían embrollado una cuestión de la que la prensa, por si faltaba poco, se había apoderado desde el comienzo. Sólo una intervención directa de la más alta autoridad de la Iglesia podía ya acabar con una situación casi inextricable.

El 14 de marzo de 1933, a las 8 de la mañana, de manera totalmente inesperada, dos *monsignori* se presentaron en el convento de San Giovanni Rotondo. Venían de Roma enviados por el propio papa para abrir una investigación sobre el convento y sobre el Padre Pío. Mons. Pasetto, obispo capuchino de Gera, había sido llamado urgentemente al Vaticano. Pío XI lo había encargado de hacer de inmediato una visita apostólica a San Giovanni Rotondo. Mons. Pasetto tuvo el tiempo justo para nombrar un secretario, Mons. Bevilacqua (el visitador de 1927) y por la noche tomaron el tren para Foggia.

Ya en el convento, el visitador estuvo hablando con el superior y luego quiso ver al Padre Pío, que estaba celebrando Misa. Había empezado a las 7 y no terminó hasta las 10. Entonces, Mons. Pasetto habló largamente con el Padre Pío y, después del almuerzo, de nuevo con el superior. Éste conservó en su Diario un recuerdo de esta conversación: «Toda nuestra conversación versó sobre el Padre Pío. Quedó tan admirado de su humildad, de su docilidad y de todo su comportamiento, viendo en él un hombre de oración y entregado a Dios, que el relato de su visita cambió la idea que Pío XI tenía sobre el Padre Pío».

Esta visita rápida e inesperada permitía esperar consecuencias favorables y reavivó la confianza en la comunidad. Parecía que estaba cercano un desenlace feliz. En París, Brunatto estaba mucho menos confiado. El Padre Pío tuvo que escribirle dos veces para que desistiera de publicar su panfleto. Pero el fiel entusiasta no lo entendía así. Demasiadas promesas no cumplidas, esperanzas defraudadas habían jalonado los años anteriores. El 4 de abril contestó al Padre Pío con bastante acritud: «El precio de nuestro silencio, el precio del libro ya se sabe: la liberación del justo y el alejamiento de los

culpables». Y amenazaba: «Si por Pascua el Padre Pío no está libre, publico y distribuyo».

El Padre Pío pasó las fiestas de Pascua en las angustias de la Pasión. No tanto a causa de las peripecias de un asunto que no acababa como por las reglas de una economía sobrenatural, que Tertuliano ya en el siglo ii definía así: «La oración y el sufrimiento son las únicas fuerzas ante las que Dios se inclina». El padre Raffaele da testimonio una vez más de los sufrimientos del Padre Pío en esta semana santa del año 1933: «El Padre Pío pasó la semana santa en cama con una fiebre de 48°, reviviendo en esos días toda la Pasión del Señor. Era incapaz de pronunciar una sola palabra, solamente se le veía sufrir y derramar lágrimas». Con el precio de esos sufrimientos, el Padre Pío pagó su liberación.

Después de la visita de Mons. Pasetto a San Giovanni Rotondo en marzo –visita que tuvo conclusiones favorables–, sucedieron otros hechos que pudieron acelerar la liberación del Padre. En mayo se publicó en Roma el estudio del Dr. Festa *Tra i misteri della Scienza e le luci della Fede*. Primer estudio científico sobre los estigmas del Padre Pío, apoyado en visitas médicas detalladas, esta obra no podía dejar de impresionar a las gentes sin prejuicios. A continuación, en junio, hubo la visita al convento del nuevo arzobispo de Manfredonia, Mons. Cesarano. Estuvo con el Padre Pío y se mostró muy cordial y atento. Por último, el ministro general de los capuchinos expuso la situación y defendió la causa del Padre Pío ante el Santo Oficio.

Al cabo de tantos años de esfuerzos había coincidencia y acuerdo en las iniciativas. Había hecho falta nada menos que la amenaza de fieles celosos, una visita ordenada por el papa, un estudio científico irrefutable y un informe del ministro general de la Orden para que el Santo Oficio tomase, por fin, una decisión favorable. Coincidió con que ese año de 1933 fue decretado por Pío XI «Año santo extraordinario», para celebrar los treinta y tres años de la vida terrestre de Nuestro Señor. El momento era, pues, favorable.

El 14 de julio de 1933, el cardenal Sbarretti, secretario del Santo Oficio, dirigía al ministro general de la Orden capuchina la carta liberadora: el Padre Pío quedaba autorizado a «celebrar la santa Misa en la iglesia del convento de San Giovanni Rotondo y a confesar a los religiosos fuera de la iglesia». No era una rehabilitación plena y completa, puesto que los anteriores decretos del Santo Oficio (sobre todo el que declaraba que «el carácter sobrenatural de los hechos atribuidos al Padre Pío no había sido comprobado») no quedaban anulados. Pero era ya una victoria, pues el Padre Pío no estaba ya encerrado en su convento y no era tratado como sacerdote indigno de celebrar la Misa en público. Habrá que esperar varios meses –en marzo y mayo de 1934– para que el Padre Pío pueda de nuevo confesar a hombres y luego a mujeres.

Ese mismo día, la curia generalicia de Roma informaba al provincial de las nuevas disposiciones del Santo Oficio y el 15 de julio fue al convento a dar la buena noticia. Era

por la noche, la comunidad entera se hallaba reunida en el refectorio. El padre Raffaele cuenta: «El provincial anunció que, por voluntad del Santo Padre, desde mañana el Padre Pío podrá celebrar la santa Misa en público. Se produjo un largo aplauso y gritos de alegría: ¡Viva el Papa! El Padre Pío, emocionado y con lágrimas en los ojos, abandonó su sitio, fue a besar la mano del provincial y le dijo con voz trémula que diera las gracias de su parte a Su Santidad».

Al día siguiente, fiesta de Nuestra Señora del Monte Carmelo, después de dos años de ausencia, el Padre Pío celebró de nuevo la Misa en la iglesia del convento. La noticia de que el Padre había sido devuelto a sus fieles se había difundido en la comarca. La iglesia estaba llena con una multitud que llegaba hasta los escalones del altar. La gente lloraba de alegría y emoción. Cuando el Padre salió de la sacristía y se acercó al altar, muchos fueron los que lo encontraron irreconocible. Después de dos años de reclusión y de sufrimientos, había envejecido, sus cabellos habían encanecido, sus hombros estaban cargados, su paso era aún más incierto que antes. Era el hombre de dolores que regresaba entre sus fieles, no un triunfador.

Ni las *Acta Apostolicae Sedis* ni el *Osservatore Romano* publicaron la decisión liberadora del Santo Oficio. Esta vez no se trataba de un decreto oficial y solemne, sino de una simple carta concediendo un favor... Ya el 7 de agosto, el procurador y comisario general de la Orden hacía saber al provincial en una larga y severa carta que esta concesión había sido otorgada «a título puramente experimental» (*sic*) y que, «siendo mera gracia, podía ser revocada rápidamente y quizá para siempre, si no cesan de inmediato y de manera total las manifestaciones inoportunas y los comentarios erróneos sobre ésta...».

Desde el 15 de julio y repetidas veces le serán recordadas al superior del convento las recomendaciones y las limitaciones impuestas por la Orden y que acompañaban a la medida de liberación: en especial ésta, muy difícil de respetar por un sacerdote como el Padre Pío, que «vivía» su Misa: «que la Misa del Padre Pío no pase ordinariamente de la media hora, sin contar el tiempo de la distribución de la comunión a los fieles».

Las restricciones impuestas por la prudencia se verán dulcificadas de año en año y se puede decir que, a pesar de todo, a partir del 16 de julio de 1933 empezó para el Padre Pío una época feliz que iba a durar hasta 1960. Feliz en el sentido de un apostolado libre y fecundo. Casi treinta años durante los cuales iban a afluir a San Giovanni Rotondo centenas de miles de peregrinos y durante las que se iban a multiplicar las conversiones, las curaciones y las gracias recibidas. También se verá cómo surgen de la tierra numerosos hoteles y pensiones para acoger a los fieles. Sobre todo, se verá al Padre Pío poner en marcha las dos grandes realizaciones que, aún hoy, son testimonio de su fecundidad espiritual: la Casa Sollievo della Sofferenza y los grupos de oración.

Cuando después de la decisión del Santo Oficio, Pío XI recibió a Mons. Cuccarollo,

le dijo: «Debéis estar contentos los capuchinos, el Padre Pío ha sido recuperado y más aún». Y añadía, empleando una expresión harto significativa: «Es la primera vez que el Santo Oficio se traga (*si rimanga*) sus decretos».

1 Testimonio citado en padre Derobert, o. c., p. 700.

2 Los documentos referentes a esta historia rocambolesca están reproducidos en fotografías en Giuseppe Pagnossin, o. c., p. 610 y ss.

CAPÍTULO 11

EL CONFESONARIO Y EL ALTAR

La liberación de 1933 marcó, verdaderamente, una nueva era para el convento de Santa Maria delle Grazie. Sobre todo, permitió al Padre Pío cumplir de nuevo la misión que tenía encomendada: dar testimonio ante el mundo del sufrimiento salvador de Jesucristo y participar en su obra de redención. Los dos lugares privilegiados de esta misión eran el altar y el confesonario. Durante los años de reclusión, el no poder confesar había sido un inmenso dolor, como una mutilación de su propio ser. Cuando en 1934 pudo de nuevo aliviar las almas de los pecadores y perdonarles sus faltas en nombre de Cristo, eso fue una especie de resurrección. A una de sus hijas espirituales que le comentaba lo largos que habían sido esos tres años pasados sin poder confesarse con él, le respondió: «A usted... ¡y a mí! Jesús me ha enviado para la salud de las almas. ¿Y qué he hecho durante esos tres años? He rezado. Pero la oración no es suficiente para la misión que me ha sido confiada. Ayúdeme usted, necesito su ayuda. Pidamos a Jesús que eso no se repita. Jesús necesita almas, Jesús necesita salvar las almas»¹.

EL CONFESOR

A alguien que le preguntó un día sobre su misión en la tierra, le respondió brevemente:

—Soy un confesor.

Y es cierto que las horas pasadas por el Padre Pío en el confesonario son incalculables. Los días de fiesta o de afluencia de público, aparte de celebrar la Misa, toda su jornada podía pasarse en confesiones. Una de las gracias que Dios le había concedido, y que con frecuencia removía a sus penitentes, era la de leer en las almas que acudían a pedir perdón por sus culpas. Al que no se había confesado desde hacía tiempo, el Padre Pío le recordaba amablemente sus pecados con asombrosa precisión. Leía de verdad en el corazón de aquel a quien deseaba ayudar para que hiciera una confesión perfecta.

Algunas veces llegó a negar la absolución a un penitente que no había manifestado un verdadero arrepentimiento o una firme decisión de corregirse. Este rigor en la confesión era la medida del precio pagado por él mismo en padecimientos por las almas que deseaban ser libres de sus faltas. Un día, después de haber pasado un día entero en el confesonario, exclamó:

—¡Las almas! ¡Ay, las almas! ¡Si se supiera el precio que valen!

Con frecuencia se le veía llorar después de confesiones especialmente difíciles. Este don de lágrimas, que se ve en la vida de muchos santos, no es efecto de una sensiblería exagerada, sino que manifiesta una visión sobrenatural de nuestra condición terrestre, pecadora. En su pequeño libro de testimonios sobre el Padre Pío, María Wonowska define muy bien la razón de las frecuentes lágrimas del Padre:

«¿Por qué, por quién, llora el Padre Pío?

»Un santo dijo que, si viésemos el horror del pecado, moriríamos de repugnancia. Somos unos pobres habituados a quienes esa visión apenas si nos molesta y nos llevamos bien con el fango.

»Pero hay entre nosotros hombres que no se acomodan a él y no pactan con el mal. El Padre Pío es uno de ellos: ésa es la causa de sus lágrimas.

»Llora por el pecador que prefiere su pecado a su alma preciosa. Llora por la Sangre de Dios que es derramada en vano por tantos desgraciados. Llora por la creación profanada y por los fracasos de la gracia. Llora, en fin, porque Cristo lloró»².

Algunas confesiones eran para él una verdadera lucha. Se trataba de ir en busca del pecador, a veces muy lejos, y llevarlo ante Dios. Decía a menudo que la confesión era un encuentro con el mismo Dios. Dios es nuestro Maestro, nuestro Juez y nuestro Salvador al mismo tiempo. En el confesonario, el sacerdote está en el lugar de Dios. Se comprende que el Padre Pío tuviera en tanto aprecio ese poder extraordinario conferido por la ordenación sacerdotal y cómo participaba personalmente en cada confesión en la lucha que se libraba en el alma del arrepentido entre el mal detestado y el bien deseado. El Padre Pío no se quedaba satisfecho hasta que el penitente comprendía que por los pecados cometidos se ofendía al mismo Dios.

Las mujeres eran recibidas en el confesonario que se halla en la pequeña iglesia del convento, los hombres en otro que estaba en la sacristía. Pronto hubo que establecer «turnos» a base de números. A veces, el Padre Pío interpelaba directamente a alguno que vacilaba en confesarse. Había leído en su corazón y simplemente le señalaba con el dedo el confesonario y, si el penitente se mostraba desesperado, unas palabras llenas de sencillez le daban ánimo:

—Padre, he pecado mucho, no tengo esperanza.

—Hijo mío, Dios persigue sin descanso las almas más obstinadas: le has costado muy caro para que te abandone.

Si el penitente se manifestaba endurecido o escéptico, la respuesta era como un trallazo imparable:

—Padre, no creo en Dios.

—Pero, hijo mío, Dios sí cree en ti³.

Este apostolado del confesonario y el don de clarividencia que el Padre Pío manifestaba en él, atraía y era un revulsivo para los peregrinos de Gargano, igual que las Misas de lentitud solemne y de participación vivida. Ver al Padre, confesarse con él, recibir de sus manos la comunión, eso era lo que pedían los miles de peregrinos al primer sacerdote estigmatizado de la historia de la Iglesia. Sus carismas, los milagros, curaciones, conversiones y hechos extraordinarios que se le atribuían —y que son verdad— venían por añadidura. Si alguien iba como simple curioso a San Giovanni Rotondo, para intentar ver los estigmas y acercarse al Padre, pronto se sentía enganchado por una palabra viva o una mirada que le atravesaba el alma y se encontraba arrodillado en el confesonario. «Quito lo que es viejo y pongo lo nuevo», decía con frecuencia, cuando le preguntaban sobre ese absoluto de la penitencia.

Los peregrinos se marchaban saciados de San Giovanni Rotondo, «reparados», podríamos decir. Y si un fiel deseaba darle las gracias por la gracia que le había dado, le

respondía siempre con humildad y con ese sentido teológico suyo: «¿La gracia que yo te he dado? Dios es quien hace las gracias».

El Padre Pío sólo era y sólo quería ser instrumento de Dios. Se pudo decir que era «transparente de Dios».

—Padre, ¿quién es usted para nosotros? —le preguntaron un día.

Y él respondió:

—Entre vosotros soy un hermano, en el altar soy la víctima; en el confesonario, el juez.

LA MISA DEL PADRE PÍO

Hermano, víctima y juez: amor, sufrimiento y salvación, ésa fue la misión de Cristo en la tierra, ésa debía ser la misión del Padre Pío en la tierra, imitando a su Señor Jesús. Imitación por participación otorgada por pura gracia y no por imitación a fuerza de voluntad y de perfección alcanzada.

Se comprende que, en esa vida de sacerdote, por entero entregada a lo que su primer director espiritual había llamado una misión de «corredención», la Misa fuera el momento más importante de la jornada. En la época de su reclusión, el Padre Pío celebraba a las 7 de la mañana, solo, y podía entonces celebrar despacio, al ritmo de los dolores sobrenaturales que padecía en esos momentos. Cuando, a partir de 1933, pudo de nuevo celebrar en público, su manera de «vivir» la celebración eucarística, evidentemente, no cambió, pero tuvo que respetar las indicaciones de sus superiores según las cuales su Misa no debía durar más de media hora, aparte el tiempo de la distribución de la comunión... Imaginamos al Padre Pío obligado a tener de continuo presentes los treinta minutos que iban pasando. Por suerte, el guardián del convento y sus hermanos no eran –o más exactamente, no eran aún– cancerberos sin corazón ni espíritu. Sabían mostrarse comprensivos. El padre Agostino recuerda en su Diario el problema que planteaba esa Misa demasiado larga según las autoridades romanas. El 6 de octubre de 1937, escribe: «Hemos examinado la duración de la Misa. Por ejemplo, en el ofertorio del cáliz permanece con el cáliz elevado varios minutos. En la consagración, tarda mucho tiempo en pronunciar las palabras sagradas. En la genuflexión, se queda como clavado. En los dos *mementos* tarda mucho tiempo, etcétera. A todo esto, el Padre Pío me ha respondido que no lo hace a propósito, se siente como clavado, sujeto por una fuerza misteriosa»⁴.

Todos los que asistieron a su Misa quedaron admirados por la lentitud y el dolor que ponía en las palabras y los gestos de la celebración. Cuando, al cabo de los años, la restricción grotesca de la media hora ya no le sea impuesta, habrá que adelantar la hora de la celebración hasta las 6 o incluso hasta las 5. Y es que una Misa «ordinaria» del Padre Pío podía durar hora y media o dos horas y había que tener tiempo para las

confesiones durante la mañana. Wladimir d'Ormesson, que fue embajador de Francia cerca de la Santa Sede en la posguerra, ha dado testimonio de una Misa del Padre Pío a la que asistió. Era en los años 50:

«[...] A las 6 en punto, el Padre Pío entró en la capilla por una puerta lateral, con la cabeza cubierta por la capucha de capuchino. Ayudado por dos monaguillos, se abrió paso dificultosamente. Como se elevó un clamor entre la asistencia, se volvió para imponer silencio, subió los escalones del altar, se descubrió. Empezaba la celebración.

»Lo digo porque es verdad, nunca en mi vida había asistido a una Misa tan conmovedora. Y sin embargo, tan sencilla. El Padre Pío actuaba siguiendo los ritos tradicionales. Pero recitaba los textos litúrgicos con tal nitidez, con tal convicción; se desprendía tal intensidad de sus invocaciones; sus gestos, aunque muy sobrios, eran de tal grandeza que la Misa adquiría no sé qué proporciones y se convertía en un acto absolutamente sobrenatural, lo que en realidad es y lo que precisamente hemos olvidado con frecuencia que es. Cuando sonó la elevación de la hostia, luego del cáliz, el Padre Pío quedó inmóvil en la contemplación. ¿Durante cuánto tiempo tuvo la hostia, con los brazos elevados, por encima de nuestras cabezas? ¿Cuánto tiempo el cáliz?... Diez, doce minutos, quizá más... No lo sé... En medio de aquella multitud, sólo se oía el murmullo de su oración. Era de verdad el intermediario de los hombres ante Dios, la extrema punta de la criatura finita ante el infinito.

»En ese momento insigne, yo tenía a no sé cuántos vecinos aupados sobre mis hombros. Literalmente no los sentía. Mi mujer, que se hallaba un poco a mi izquierda y que veía al Padre Pío de lado, en el momento en que consagró las especies vio muy claramente brotar sangre de las palmas de sus manos...

»Después de bendecir a la asistencia, cuando el Padre Pío abandonó la capilla, me di cuenta, al mirar el reloj, que su Misa había durado exactamente una hora y cincuenta minutos»⁵.

El Padre Pío vivía realmente en su carne y en su alma los Misterios que celebraba en el altar. La teología católica nos enseña que la Misa es la renovación incruenta del sacrificio de Cristo. En una de sus oraciones solemnes, la Iglesia dice que «cada vez que renovamos la celebración de ese sacrificio, operamos la obra de nuestra salvación». Así la Misa es al mismo tiempo sacrificio de alabanza y de acción de gracias, memorial del sacrificio ofrecido en la Cruz, pero también «verdadero sacrificio de propiciación para aplacar a Dios y hacerlo favorable a nosotros». Esta teología de la Misa como sacrificio fue la del Padre Pío durante sus cincuenta y ocho años de sacerdocio. Y él, a quien Dios había querido marcar con los signos visibles de su Pasión, celebraba la Misa experimentando un dolor semejante –pero no igual– que el de Jesús en la Cruz. «Todo lo que Jesús sufrió en su Pasión –dijo– yo también lo sufro inadecuadamente, en lo que es posible a una criatura humana. Y esto a pesar de mis pocos méritos y por su sola

bondad.»

Cleonice Morcaldi, una de las hijas espirituales del Padre Pío, le preguntó repetidas veces lo que vivía y sentía en cada una de sus Misas. Anotó cuidadosamente cada una de las respuestas. Tenemos así un testimonio único del propio Padre sobre su Misa⁶.

En el altar, le dijo, era como Jesús en la Cruz. Revivía la Pasión entera de Cristo durante la Misa. En ese momento era cuando más sufría físicamente y cuando sus estigmas eran más especialmente dolorosos. Le respondió a Cleonice Morcaldi, cuando le preguntó en qué momento de la celebración sufría más: «Siempre y de manera creciente». Desde la consagración a la comunión eran más vivos los padecimientos, «porque ahí es donde sucede en verdad una nueva y admirable destrucción y creación»; experimentaba entonces el abandono de Jesús en la Cruz.

Durante la Misa sentía la Agonía de Jesús en el huerto de los Olivos, la Coronación de espinas, la Flagelación («más intensamente durante la consagración»), la Crucifixión. Pero nunca olvidaba que él no era más que una criatura humana. Si participaba, a su medida, en los padecimientos de Cristo era por mera gracia. Paradójicamente, la distancia que lo separaba de Dios era mayor en el momento de la comunión. En ese momento, por las bondades obtenidas, podía considerar hasta qué punto eran grandes y desiguales la bondad y la caridad de Dios hacia sus criaturas, sacerdote y fieles. «Es una misericordia interna y externa. Todo un incendio –decía–, una fusión.»

También le preguntaron si el ruido que hacían a veces los fieles en la iglesia no le molestaba. El Padre Pío respondió con el sentido común que desarma y que caracteriza a la lógica de los santos y a la sencillez del Evangelio: «Y en el Calvario, ¿no había gritos, blasfemias, estruendo, amenazas? Era un estrépito». Pero añadía que el fiel debe asistir a la Misa con los mismos sentimientos de la Virgen María y de San Juan al pie de la Cruz, sentimientos de compasión, de veneración y de amor.

Con frecuencia, el Padre Pío lloraba durante la Misa. Lloraba por los sufrimientos que padecía en ese momento, pero también porque comprendía entonces más aún los padecimientos de Cristo en la Cruz. A veces también lloraba al leer el Evangelio del día. Cleonice se extrañaba de ello y el Padre Pío le dijo: «¿Te parece poca cosa que Dios converse con sus criaturas? ¿Y que éstas le lleven la contraria? ¿Y que continuamente se sienta herido por su ingratitud y su incredulidad?».

Sí, ciertamente la Misa del Padre Pío no era ordinaria. Y si duraba tanto tiempo, comprendemos un poco más por qué. Pero no era en absoluto un cara a cara entre un sacerdote y su Dios, un encuentro más allá del tiempo y del espacio, una aventura mística que se repetía a diario. Era un sacerdote ofreciendo un sacrificio y ofreciéndose a sí mismo en sacrificio, de manera no igual, por la salvación de los fieles y por su propia salvación. Los fieles no estaban ausentes del pensamiento del Padre Pío cuando se hallaba en el altar. Muy al contrario. Un día dijo: «En el altar veo a todos mis hijos como

en un espejo». Rezaba por sus intenciones, rezaba por su salvación y les entregaba el alimento de la vida eterna.

Pablo VI pudo decir que «una Misa del Padre Pío hacía más bien que una misión».

UN SACERDOTE HUMILDE Y ANGUSTIADO

Apóstol del confesonario y mártir del altar, el Padre Pío era verdaderamente un sacerdote de Jesucristo, discípulo fiel y amante. Los peregrinos que acudían a él de toda Italia y de más allá de las fronteras podrían no haber considerado, durante su vida, más que este aspecto de la vida del Padre Pío y no se les puede echar en cara. Ignoraban las pruebas interiores pasadas y los tormentos espirituales que seguía padeciendo. Eran como la cara escondida de esa vida entregada por entero a Dios y a la salvación de los hombres.

El 13 de junio de 1935, cuando el padre Vigilio da Valstagna, ministro general de la Orden, visitó el convento de San Giovanni Rotondo, encontró a un religioso poco corriente, desde luego, pero sobre todo a un sacerdote pletórico con su apostolado. Esta visita pastoral del superior general fue acogida con júbilo. La última había tenido lugar hacía más de veinte años, es decir, mucho antes de la llegada del Padre Pío y desde entonces el convento había pasado por numerosos acontecimientos y pruebas. El padre Raffaele ha contado la emoción de todos ante esta visita: «Por primera vez desde hacía veintiún años la provincia monástica recibió la visita del general de la Orden y predicador apostólico, padre Vigilio da Valstagna. Fue un gran acontecimiento para San Giovanni Rotondo adonde debía llegar la mañana del 13 de junio a las 7 horas. A esa hora, la población con el clero y todas las autoridades se hallaban en la carretera de Foggia, donde lo acogieron con vivas y aclamaciones. Luego lo acompañaron en cortejo hasta el convento. El Padre Pío lo esperaba en la pequeña plaza cerca de la cruz. Se arrodilló y, emocionado, besó la mano del superior general como representante del padre seráfico. El superior general le ayudó a levantarse y después lo abrazó ante la emoción de todos. Quedó edificado por la vida de apostolado del Padre, por su comportamiento religioso y, sobre todo, por la humildad que vio en él»⁷.

Esta visita del superior general al convento más célebre y más famoso de Italia y a su extraordinario hermano significaba la reconciliación de la Orden capuchina y la rehabilitación del Padre. Dos meses después, el 10 de agosto, el Padre Pío podía celebrar con alegría el veinticinco aniversario de su ordenación sacerdotal. Obedeciendo las

indicaciones que seguían vigentes de no pasar de la media hora, el Padre Pío no pudo decir más que una Misa. ¡Pero con cuánto fervor! Se hallaba allí la multitud de los días grandes. Mons. Cesarano, arzobispo de Manfredonia, había tenido interés en asistir a la ceremonia. Acabada la Misa, por favor del propio Pío XI, el Padre Pío pudo dar a los fieles la bendición papal. Por excepción, Zi'Grazio, padre del Padre Pío, y Michele, su hermano, fueron admitidos en el refectorio para el almuerzo festivo que se celebró después.

El Padre Pío quiso guardar un «recuerdo» de ese día memorable y de tanto consuelo para su corazón después de tantas pruebas. Se trata de unas palabras garrapateadas en una postal que conservó siempre como memoria de su vocación sacerdotal: «*Quid retribuam Domino pro omnibus quae retribuit mihi?* –¡Oh Jesús! Soy sacerdote para la eternidad desde hace veinticinco años, sin ningún mérito por mi parte. Me llamaste al servicio de tus altares. Gracias te sean dadas por las inmensas misericordias que has multiplicado sobre mí. Acepta para mi santificación este sacrificio jubilar para mi santificación, para el triunfo de la Iglesia, para la prosperidad de los amigos y benefactores, para el eterno descanso de mi corazón»⁸.

Se estaba honrando a un sacerdote pletórico y se le acompañaba en esos años posteriores a la «liberación» de 1933. Se acude a buscar confortación y enseñanzas en sus Misas y en sus confesiones. Laicos, sacerdotes, obispos, cabezas coronadas acuden de nuevo a Gargano como a un oasis de paz y de salvación. Sin embargo –siempre fue así y siempre será así en la vida del Padre Pío–, este logro religioso y sacerdotal, logro exterior, iba a la par con tormentos interiores indecibles. El Padre Pío festejado, rehabilitado, visitado, era aún y seguía siendo un hombre de dolores. Dolores físicos y dolores espirituales. Habitualmente comía poco, solamente una comida al mediodía. Los días que pasaba en el confesonario, la dificultad que tenía para servirse de sus manos taladradas y para andar lo agotaban y ningún otro habría podido quedar satisfecho con tan poco alimento a cambio de tales esfuerzos.

Y lo que es más, a esos sufrimientos físicos se añadía una duda continua: «¿Actúo bien o mal?». Su confesor de entonces, el padre Agostino, señala en su Diario algunos rasgos de esa vida interior sufriente del Padre. El 27 de enero de 1937, escribe: «He ido a San Giovanni Rotondo y he podido hablar dos horas con el Padre Pío. Físicamente sufría más que de costumbre. Tenía gripe y una tos que no le dejaba descansar por la noche. De hecho, su cuerpo sufre siempre, come muy poco, duerme muy poco, confiesa todas las mañanas en la iglesia, todos los días recibe gente que van a consultarle. Se puede decir que se mantiene por milagro. Moralmente sufre como Dios quiere y Dios sabe. La habitual prueba espiritual se ha agudizado, tinieblas espesas, no sabe cómo avanzar, incluso recordar las cosas tranquilizadoras que se le han dicho no le da fuerza alguna. Es un tormento indecible»⁹.

«No se trata de desesperanza –le decía a su confesor–, pero no lo entiendo.» No entendía nada y, no obstante, ese estado venía de antiguo. Las cartas a sus directores espirituales en los primeros años de San Giovanni Rotondo, se referían con frecuencia, como hemos visto, a lo que muchos místicos han experimentado y lo que San Juan de la Cruz llama «noche oscura del alma». Colmado de gracias y de carismas, en coloquio espiritual continuo con el cielo, dudaba todavía. No dudas de fe, desde luego, sino sobre su conducta. A su director espiritual le dijo un día: «Padre, créame usted, es terrible. No sé cómo el Señor puede permitir todo esto. Me veo a disgusto en todo y no sé si obro bien o mal. Veo que no se trata de escrúpulos, sino de la incertidumbre de agradar o no al Señor me aplasta. Y esto en todo y en todas partes, en el altar, en el confesonario, en todas partes. Avanzo casi por milagro, pero no entiendo nada».

Esa «noche perpetua» en la que vivía el Padre Pío y que él aceptaba como venida de Dios, puede parecer incomprendible o incluso en contradicción con las gracias recibidas por otra parte. Y desde luego, si los peregrinos que acudían a San Giovanni Rotondo hubieran sabido cuáles eran las angustias por las que atravesaba a menudo su Padre, no habrían podido por menos que asombrarse. Pero la historia y la teología de la mística nos enseñan que esas «noches del espíritu» son para su purificación. Si la inteligencia y la voluntad sufren, si el alma se siente ciega y abandonada, es que Dios quiere despojarla completamente del «hombre viejo». En la *Noche oscura*, San Juan de la Cruz explica claramente las razones de esa obra divina de purificación del espíritu: «Si oscurece el espíritu es para comunicarle luces sobre todas las cosas; si la humilla y la hace miserable, es para exaltarla y liberarla; si la empobrece y la priva de toda posesión y todo afecto natural, es para hacerla capaz de gustar divinamente la dulzura de todos los bienes».

En fin, en el caso del Padre Pío como en el de toda alma que busca a Dios, esa «noche perpetua», esas angustias interiores, ese temor continuo de desagradar a Dios eran una llamada a la necesaria humildad. El Padre Pío fue venerado y escuchado casi como un santo ya mientras vivía; las pruebas interiores que padecía tenían también por objeto preservarlo de la soberbia.

[1](#) Palabras reproducidas por Jean Derobert, o. c., p. 706.

[2](#) *Le Vraie Visage du Padre Pio*, Fayard, 1976, p. 122 (1ª ed. 1955).

[3](#) Palabras reproducidas por María Winowska, o. c., p. 109.

[4](#) Texto citado por Jean Derobert, o. c., pp. 717-718.

[5](#) En *Le Figaro*, 28-29 de septiembre de 1968.

[6](#) Este testimonio fue publicado por Giuseppe Pagnossin, o. c., t. II, pp. 8-9.

[7](#) Texto manuscrito reproducido fotográficamente en Giuseppe Pagnossin, o. c., t. I, pp. 690-691.

[8](#) Texto manuscrito reproducido fotográficamente en Francobaldo Chiocci y Luciano Cirri, Padre Pio storia di una vittima, o. c., t. III, p. 218.

[9](#) Textos citados en Jean Derobert, o. c., p. 723.

CAPÍTULO 12

SAN GIOVANNI ROTONDO, UN REMANSO DE PAZ

Cuando el 2 de marzo de 1939, Eugenio Pacelli fue papa con el nombre de Pío XII, la situación internacional estaba preñada de amenazas. El pontificado del Pastor Angélico empezaba con el mayor desencadenamiento de violencias que Europa había conocido. Entonces, Pío XII mostró una actitud constante de firmeza, de valor y de oración¹. Pío XII en Roma y el Padre Pío en su convento de San Giovanni Rotondo ofrecen en esos años dolorosos para el mundo una imagen con frecuencia parecida y a veces misteriosamente al unísono.

EL PADRE PÍO Y PÍO XII

Estos dos hombres no se vieron nunca. El cardenal Pacelli no fue de esos sacerdotes, obispos y cardenales que, después de la liberación de 1933, tomaron el camino de San Giovanni Rotondo para visitar al célebre estigmatizado. Era Secretario de Estado desde 1930 y su función le impedía dar esa señal de estima hacia un religioso que hasta hacía poco había estado bajo sospecha. No obstante, no dejó pasar una ocasión de hacer ver a sus visitantes la admiración que sentía por el Padre Pío. Había pasado doce años en Alemania, de 1917 a 1929, como nuncio en Munich y luego en Berlín. En los primeros años tuvo conocimiento de un caso de estigmatización que también iba a ser célebre: el de Teresa Neumann, de Konnersreuth, en Baviera.

Así pues, no es imposible que el conocimiento personal de un caso de estigmatización influenciara favorablemente, cuando fue Secretario de Estado, la decisión liberadora de Pío XI en 1933. Cuando recibió poco después al arzobispo de Manfredonia, le hizo esta recomendación paternal:

—Si necesita usted algo para el Padre Pío, venga a verme.

Siendo ya papa, Eugenio Pacelli mostró la misma benevolencia hacia el estigmatizado de Gargano. Cuando fue elegido, una de las consignas que dio a la curia romana, es decir, a las diferentes Congregaciones, fue: «Que se deje en paz al Padre Pío».

Esta benevolencia se mantendrá durante todo su pontificado y su protección impidió toda nueva sanción o restricción infligida al Padre. Cuando el pequeño monje de San Giovanni Rotondo puso en pie su gran obra, la Casa de Sollievo della Sofferenza, encontró en varias ocasiones apoyo y estímulo cerca del papa.

Durante la guerra y hasta el final de su pontificado, las palabras de afecto y admiración de Pío XII hacia el Padre Pío son innumerables. Cuando recibió al escultor Francesco Messina, que había visitado poco antes al estigmatizado, el papa le dijo:

—El Padre Pío es un gran santo... Ciertamente es un santo hombre.

Muchas veces, Pío XII pidió a grupos de visitantes que le decían su intención de visitar San Giovanni Rotondo, que le encomendaran a las oraciones del Padre Pío.

Y el Padre Pío, imaginando lo pesada que era la carga del soberano pontífice y lo grandes que eran las dificultades que encontraba, rezaba y hacía rezar por el papa. En su celda tenía sobre la mesa una foto de Pío XII. Al profesor Enrico Medi, que iba a ver al papa pocos días después, el Padre le pidió que le transmitiera esto: «Que me inmolo por él y que siempre rezo para que el Señor lo conserve largo tiempo a la cabeza de la Iglesia»². Cuando el Padre Pío habla de «inmolarse», sabemos que no es una palabra vana. Ofrecer sus sufrimientos a Dios por el papa manifiesta el gran amor que el Padre Pío no cesó de mantener por la Iglesia a pesar de las reprimendas que a veces le había hecho. Sufrir por la Iglesia y sufrir para la Iglesia van con frecuencia a la par.

Muy especialmente, durante la guerra el Padre Pío rezó y ofreció sus sufrimientos por las intenciones del papa. En septiembre de 1943, en los momentos más graves del conflicto en Italia, se enteró de la situación crítica en que se hallaba Roma. El 10 de septiembre, los alemanes habían entrado en la Ciudad eterna, se temía por la vida y la seguridad del papa. «Durante dos días –cuenta sor Pascualina–, las puertas de San Pedro permanecieron cerradas. Los romanos ponían barricadas ante sus casas, sus tiendas, todo. El miedo, el espanto, cubría con una plancha de plomo a los habitantes de la ciudad entera (...), en la misma entrada de la plaza de San Pedro, los alemanes habían levantado su tienda, a la vista del palacio apostólico...»³.

La noticia de la ocupación de Roma no llegó a San Giovanni Rotondo hasta el día 17. El Padre Pío cayó enfermo y tuvo que guardar cama durante siete días con gran fiebre. «Enfermedad» extraña que forma parte del misterio de sustitución y de expiación que caracteriza una parte de la vida espiritual y de los sufrimientos del Padre, que había caído enfermo porque se había enterado de que el papa tenía grandes preocupaciones. Sufría con Pío XII. Misterio de la compasión.

LA GUERRA

La guerra llevó a San Giovanni Rotondo una multitud aún mayor de peregrinos, y también, según sucedían los acontecimientos, soldados de todos los ejércitos y de todas las naciones. Primero fueron los italianos, luego los alemanes y por último, después del desembarco angloamericano en Sicilia, americanos, ingleses, franceses y soldados de otras naciones aliadas. El Padre Pío acogía si distinción a estos soldados de campos contrarios. Algunos se lo reprocharon, Él sólo tenía en cuenta sus almas. Aquellos hombres, a cualquier ejército que pertenecieran, venían todos a buscar lo mismo: palabras de confortación y de esperanza.

Durante el verano de 1943, después de su desembarco en Sicilia, los Aliados bombardearon intensamente Calabria y la región de Apulia, para hacer retroceder a las tropas alemanas, que habían establecido allí posiciones. El convento de Santa Ana, en Foggia, fue parcialmente destruido. Hubo que trasladar la curia provincial a San Giovanni Rotondo. En este momento de la guerra ocurrió un caso de bilocación de los más célebres, porque fue presenciado por numerosos testigos. El padre Fernando da Riese, en la «biografía oficial» del Padre Pío que ha escrito a petición de la Orden, lo ha relatado después de otros autores: «Numerosos pilotos de la aviación angloamericana, de diferentes nacionalidades (ingleses, americanos, polacos, palestinos) y de diversas religiones (católicos, ortodoxos, musulmanes, protestantes, judíos), han confirmado una bilocación del Padre Pío. Durante la última guerra, cada vez que sobrevolaban Gargano para bombardear, veían en el aire a un fraile que, tendiendo sus manos heridas, les impedía lanzar sus bombas. Foggia y casi todas las ciudades de la región de Apulia padecieron bombardeos repetidos. Sobre la ciudad del Padre Pío no cayó ni una bomba.

«Acabada la guerra, visitaron esos aviadores San Giovanni Rotondo y reconocieron en el Padre Pío “con absoluta certeza» a ese fraile que habían visto durante sus vuelos”⁴.

Cuando por fin el sur de Italia fue liberado y que, en otras partes, al conflicto de los ejércitos italoalemanes y aliados vino a añadirse la guerra civil entre milicianos fascistas y partisanos, la región de Apulia se convirtió en una zona de refugio. Todos los días se llenaba la iglesia para la Misa del Padre. Refugiados del norte y soldados de los ejércitos

de liberación se mezclaban. Numerosos fueron en particular los militares americanos de las bases de Foggia y de los alrededores. Primero fueron los católicos, luego los protestantes atraídos por la fama del extraño monje. Por autorización especial de Pío XII, estos últimos podían asistir a la Misa del Padre Pío. Muchos se convirtieron al catolicismo y fueron bautizados por él. Por el camino de Roma y después de Europa, este paso por Gargano fue saludable para muchos. El Padre Pío confesaba sin parar. En todas las lenguas, hay que decirlo... Se cita el caso que se hizo célebre de un negro enorme americano, que trabajaba como cargador del puerto de Nueva York. El Padre Pío, como quien no hace la cosa, había hablado con él utilizando el argot americano neoyorquino como si hubiera sido su lengua materna.

Numerosos eran también los fieles italianos que se dirigían al Padre para tranquilizar sus inquietudes: un hijo que estaba en la guerra, un pariente que vivía en zona de combates, ¿saldrían vivos? Se le pedía seguridades cuando no profecías. Son hoy innumerables los testimonios de promesas realizadas por el Padre Pío. Siempre sus respuestas fueron breves, como si se le escaparan. «Sí, está vivo» o «volverá» o también «Espere y tenga confianza», pero también siempre insistía: «rece usted, rece». También a veces respondía: «No sé nada» o no podía dar seguridades al visitante, pero incluso en estos casos animaba a poner su confianza en el Señor y rezar. ¡Cuántos soldados, de todos los campos, y civiles han dicho haber sido salvados de un peligro por la protección del Padre Pío! Una estampa suya o la invocación de su nombre había salvado milagrosamente... Merece citarse un relato, porque fue contado por el propio Padre Pío al padre Costantino⁵.

«Nos hallábamos en San Giovanni Rotondo entre finales de agosto y comienzos de octubre de 1943 después de los bombadeos. El Padre Pío seguía con su apostolado en el confesonario y, cuando podía, en el locutorio, para dar ánimos a mucha gente.

»Una tarde, el Padre Pío nos contó, muy emocionado, lo siguiente:

»Por la mañana habían llegado por medios improvisados algunas personas de Pescara y le habían contado los tristes acontecimientos que habían vivido. Su ciudad había sido sometida por tierra y por mar a bombardeos repetidos. Fue algo terrorífico. Se habían refugiado en la planta baja de un inmueble de cuatro pisos y lloraban y rezaban entre los sobresaltos de las continuas explosiones con una de sus fotos en la mano, y repetían sin cesar en medio de sollozos: “Padre Pío, sálvanos. Padre Pío sálvanos”.

»Y llegó el momento crucial. Una bomba cayó en pleno edificio, atravesó el cuarto piso, el tercero, el segundo y el primero... Podéis imaginar el terror, el espanto, el revuelo cuando esa bomba, que hacía un ruido atronador y de fin del mundo, se clavó en la planta baja donde aquellas personas habían creído encontrar abrigo. Un gran grito de “Padre Pío, sálvanos” se mezcló con el estruendo ensordecedor del proyectil, el cual no explotó por una ayuda de lo alto.

»Y llenas de emoción y de agradecimiento, terminaron:

»—Padre, hemos venido expresamente para darle las gracias, porque usted fue quien nos salvó».

Esta protección, quizá milagrosa, no era más que, como siempre, el aspecto visible y evidente de una misión más profunda. En todos los casos de protección, lo mismo que cuando se trataba de una curación, salvar el cuerpo va a la par con la salvación del alma. Es Dios quien actúa y no disocia ambas intervenciones. Vemos igualmente que este episodio, por espectacular que sea, no deja de tener un significado más general: la fuerza de la oración y la bondad de Dios. A uno que un día le enseñó la fotografía de una parienta enferma diciéndole: «Si lo merezco, bendícela y cúrala», el Padre Pío le replicó con toda la fuerza de quien parece responder a una ofensa:

—¿Pero qué mérito? En este mundo, ninguno de nosotros merece nada. Es el Señor, que es tan amable en su infinita bondad, para colmarnos de gracias, porque Él lo da todo.

LOS GRUPOS DE ORACIÓN

La constitución de grupos de oración es una de las iniciativas más espectaculares del Padre Pío. El origen se remonta a la época de la guerra y hoy siguen existiendo, difundidos por los cinco continentes. El papa Pío XII había lanzado la idea. El Padre Pío fue el primero en responder a esa llamada invitando a sus innumerables fieles, de Italia y de otras partes, a responder a la apremiante exhortación del Santo Padre.

Los llamamientos a la oración habían redoblado durante la guerra. Se trataba de unir a los fieles en la imploración al cielo en momentos de gran peligro y también de despertar el sentido cristiano en una época conmocionada. La primera exhortación de Pío XII a grupos de oración, que adquirirían ciertos compromisos espirituales, data del 17 de febrero de 1942. Ese día se había dirigido a los párrocos de Roma y a los predicadores de la Cuaresma y les había alentado en estos términos:

«Despertad y reavivad en los fieles, sobre todo en los jóvenes, esa fuerza espiritual hoy tan necesaria, pero que con demasiada frecuencia les falta: el sentido del honor católico. Es la alabanza y la admiración del hijo por su Madre. Es el *sentire cum Ecclesia* (...) ¡Cuánto se complace Cristo y cuánta confianza tiene la Iglesia en un mayor adelantamiento espiritual del pueblo cristiano, cuando ve grupos de fieles de todas las edades y de todas las condiciones reunirse con piedad y con devoción ardiente alrededor de la Mesa Eucarística! (...) Tenemos necesidad de fuertes y compactas falanges de hombres y de jóvenes que, manteniéndose estrechamente unidos a Cristo, reciban al menos una vez al mes el Pan de vida y animen a otros para que sigan su ejemplo. Eso es, así lo vemos, uno de los deberes más urgentes y más importantes del ministerio parroquial»⁶.

En los años siguientes, al comienzo de la Cuaresma, Pío XII repitió sus llamadas. El 8 de marzo de 1952 volvía a exclamar: «De lo que tiene la Iglesia una necesidad urgente es de fieles o de grupos de fieles, de todas las condiciones, que, liberándose de todo respeto humano conformen toda sus vidas y sus actividades a los mandamientos de Dios y a las leyes de Cristo».

Estas llamadas del papa fueron escuchadas por el Padre Pío. Se correspondían con

una intuición y una práctica suyas, sobre todo cuando en los primeros tiempos de su llegada a San Giovanni Rotondo había reunido en un pequeño grupo de oración a sus fieles más asiduos. Esto era un cuarto de siglo antes. Desde la llamada del papa, el Padre Pío, por medio de los fieles que iban a San Giovanni Rotondo por grupos, por parroquias, a menudo bajo la dirección de un sacerdote, difundió esta idea de los grupos de oración. La idea y luego el nombre se hicieron familiares y pronto se constituyeron grupos en numerosas regiones de Italia y en el mundo entero. Se trataba de responder expresamente a las enseñanzas del papa.

—Escuchemos al papa. Unámonos todos para rezar —repetía incansablemente el Padre Pío.

En unos sitios se celebraban «Misas de caridad» (en Liborno), en otros «Misas de perdón» (en Savona), en otros «horas de oración». La primera lista oficial de los grupos de oración data de julio de 1950. Estaban repartidos entonces por unas treinta ciudades italianas. Desde su fundación fue publicado un folleto en el que se definía el espíritu que debía presidir esos grupos de oración: «Queremos seguir los principios, las leyes y las reglas de la Santa Iglesia católica, a la que debemos la reverencia y la más entregada y estricta obediencia. Nos proponemos evitar todas las desviaciones posibles nacidas de iniciativas personales que, aunque dictadas por el celo y la buena fe, podrían de algún modo falsear la finalidad del grupo de oración».

Los grupos de oración debían constituirse, pues, dependiendo directamente de la Iglesia, no podía tratarse de una iniciativa espontánea de los laicos. Un grupo debía formarse necesariamente por iniciativa de un sacerdote. La oración en común por las intenciones del Padre Pío y la celebración de la Misa eran las dos actividades esenciales de un grupo de oración. El padre Derobert, que fue uno de los hijos espirituales del Padre Pío y uno de los iniciadores de los grupos de oración en Francia, explicó cuál era su espíritu: «... Toda improvisación es descartada. Se rezará el rosario, según el espíritu del Padre Pío, por las intenciones del papa, que coinciden forzosamente con las de la Iglesia. A este propósito le preguntamos si en estos grupos se podía organizar conferencias u otras actividades. El Padre nos cortó la palabra, diciendo: «¡De ninguna manera! Las palabrerías sólo pueden destruir el grupo»⁷.

Poco a poco, la recomendación del Padre Pío —«recemos y hagamos rezar»— fue seguida. Se formaron grupos de oración en todas partes del mundo, desde Brasil a la India. En 1956 se contaban más de setecientos. Esta incitación a la oración es seguramente uno de los más hermosos frutos de la misión del Padre Pío. Su rápida difusión y su existencia veinte años después de la muerte de su fundador muestran bien que respondían a una necesidad real. Tuvieron éxito también porque la oración siempre ha tenido un primer lugar en la vida del Padre Pío. Un día, con su estilo directo y profundo, tuvo esta réplica (se dirigía a un profesor universitario): «En los libros se

busca a Dios. En la oración se le encuentra».

Generalmente, los obispos alentaron en los años 50 la formación de grupos de oración en sus diócesis. En 1956, Mons. Montini, arzobispo de Milán, reunió a más de trescientos sacerdotes de su diócesis para invitarlos a constituir grupos de oración. En septiembre de 1959, con ocasión del Congreso nacional eucarístico, se reunía el primer congreso italiano de los grupos de oración. Al año siguiente, el 25 de abril de 1960, el cardenal Lercaro presidía en Bolonia una gran reunión de los grupos de oración de la Emilia y de la Romanía. Diecisiete arzobispos y obispos de las diócesis de esas regiones estaban presentes y Juan XXIII honró la reunión con un telegrama de deseos y de aliento.

Estos grupos de oración, primera gran obra del Padre Pío, encontrarán sin embargo oposiciones y prohibiciones. Su segunda gran obra, la Casa Sollievo della Sofferenza, también suscitará no pocas codicias y envidias. Curiosamente, esas dos obras, que son como los frutos más concretos y más visibles de la autenticidad de su misión, se hallarán en el centro de la segunda persecución que tendrá que padecer. Pero antes de ver esta otra página negra de la vida del Padre Pío, nos detendremos un momento en lo que, aún hoy, sigue siendo no un imponente monumento a su gloria, sino, por el contrario, un imponente monumento que su generosidad quiso edificar para el servicio de los pobres y de los enfermos.

UNA FUNDACIÓN DE LOS AÑOS DE GUERRA

Después del fracaso del pequeño hospital de San Francisco, el Padre Pío no había abandonado definitivamente la idea de una «casa para los enfermos». En el momento en que se elaboró un nuevo proyecto, la guerra empezaba a trastornar Europa. Vendría a añadir su cortejo de miserias a las necesidades ordinarias de la población de San Giovanni Rotondo y de Gargano y mostrar más urgente todavía la realización de esa «casa».

Era una tarde de los últimos días del año 1939. Algunos fieles estaban con el Padre Pío y conversaban con él en el locutorio del convento. Allí estaba Mario Sanvico, un veterinario de Perugia que se dedicaba a la industria y desde hacía tiempo era peregrino de San Giovanni Rotondo; el Dr. Guglielmo Sanguinetti, médico toscano, masón convertido por el Padre Pío y también el Dr. Carlo Kisvarday, farmacéutico establecido desde hacía algún tiempo en el pueblo. Ante estos tres hombres, el Padre Pío habló de nuevo de ese sueño que abrigaba en su corazón. Debió de hacerlo con tal convicción que se marcharon conmovidos y convencidos de que había que pasar a la acción.

El 9 de enero de 1940, los tres hombres y algunos amigos se reunieron en la pequeña casa que Sanvico y Sanguinetti habían construido en el camino que llevaba del pueblo al convento. Era una de las primeras habitaciones de la zona aún desierta. Fue constituido un comité para la fundación de una clínica. Se conserva el acta de esa primera reunión: «Fundador de la obra: el Padre Pío de Pietrelcina (que, de momento, no desea ser mencionado); secretario: el Dr. Mario Sanvico; cajero: el Dr. Carlo Kisvarday; responsable técnico y médico: el Dr. Guglielmo Sanguinetti; directora de la organización interna: la Sra. Ida Seitz»⁸. El comité estaba decidido a actuar según las intenciones del Padre Pío y a someterle todas las decisiones que habían de tomar. Fueron de inmediato al convento y le expusieron su deseo de obrar a su servicio. Éste aprobó la formación del comité: «Esta tarde comienza mi gran obra terrestre», les dijo. Sacó del bolsillo una moneda de oro que había recibido como limosna aquel día: «Deseo hacer la primera aportación».

Se abrió un registro y las primeras aportaciones se recogieron entre los peregrinos del convento. El 14 de febrero, el Padre Pío daba el nombre definitivo a esa obra: Casa Sollievo della Sofferenza (Casa de alivio del sufrimiento). El comité se puso a trabajar de inmediato. Se editó en varias lenguas un prospecto que explicaba las finalidades de la Casa. En primera página se reproducía el célebre cuadro del Giotto: *San Francisco de Asís dando su manto a un pobre*. Empezaron a afluir los donativos de toda Italia y del extranjero. Todos querían aportar su piedra para el edificio. El Padre Pío conservó siempre una moneda de 50 céntimos que una mujer pobre dio para la construcción del hospital. La conservó como muestra de la manera en que los donativos habían permitido la construcción del gran edificio. Contó las circunstancias en que le habían entregado esa moneda:

«Se había difundido la noticia de que iba a ser construido un hospital y una pobre anciana, unos de los primeros días después, se presentó a él ante el confesonario y quiso hacerle un donativo. El Padre Pío, que conocía la pobreza de esa anciana, le dijo:

»—Gracias. Pero quédate con ese dinero para ti; lo necesitas.

Y la anciana:

—¡Tómelo usted, Padre!

El Padre insistió:

—No, ¿por qué quiere usted quitarse el pan de la boca? Haga usted lo que le digo: quédese con ese dinero, pues lo necesita usted.

Entonces la pobre mujer cambió:

—Tiene usted razón, Padre: es demasiado poco.

Al oír estas palabras, el Padre Pío comprendió que aquella desgraciada se había sentido humillada. Se sintió conmovido y le dijo:

—Dámelo, dámelo y que Dios te bendiga —y echó la cortinilla del confesonario para que no pudiera ver las lágrimas que corrían por su rostro»⁹.

Y cuando contaba esta anécdota y mostraba la moneda, lloraba: esta pobre también había querido corresponder con su poco dinero a lo que había recibido en gracias del Padre Pío. ¿Cómo se podría rechazar el agradecimiento y la caridad de los pobres?

En pocos meses se reunió un millón y medio de francos. La entrada en guerra de Italia el 10 de junio de 1940 hacía peligroso empezar los trabajos. El comité, de acuerdo con el Padre Pío y para evitar una posible devaluación de la moneda, compró en Lucera una propiedad con la cantidad ya recogida, propiedad que podría ser revendida después de la guerra.

Durante el conflicto, los donativos siguieron afluyendo. Uno de los más importantes fue el que envió Brunatto. Éste, después de haber tenido que abandonar el convento en los años 20 por orden de las autoridades que ya no permitían que ningún laico estuviera al lado del Padre Pío, se había empleado como agente comercial en la sociedad Zarlatti,

cuya sede estaba en Roma. Esta sociedad había fabricado una locomotora diesel y Brunatto se dedicaba a vender esa patente Zarlatti en toda Europa. En 1931 fue puesto al frente de la sociedad y trasladó la sede a París, en el bulevar Haussmann, para dar a conocer mejor «su» Zarlatti a las compañías francesas, belgas y alemanas. En pocos años, las patentes Zarlatti le permitieron acumular una verdadera fortuna. Incluso llegó a entrar en tratos con el director de los ferrocarriles soviéticos y con el comisario del pueblo para los transportes.

El gran proyecto del Padre Pío no podía dejarle indiferente. En cuanto los nuevos acuerdos para la transferencia a Italia de los haberes pertenecientes a italianos domiciliados en Francia se lo permitieron, Brunatto envió el 3 de junio de 1941 tres millones quinientos mil francos al comité para la construcción de la clínica de San Giovanni Rotondo. Cantidad enorme –unos cinco millones de francos actuales– que permitirían el comienzo de los trabajos en cuanto llegó la paz.

TRABAJOS GIGANTESCOS

Hasta que acabó la guerra en Europa no se dieron los primeros azadonazos. La propiedad de Lucera, el donativo del fidelísimo Brunatto, las demás ofrendas que seguían acumulándose hacían necesario que el comité se transformara en sociedad jurídica. El 5 de octubre de 1946, en Foggia, fue constituida ante notario la sociedad por acciones Refuge de los afligidos, con un capital de un millón de liras. Los asociados tenían por finalidad la construcción de un hospital y los estatutos oficiales de éste quedaban definidos en el acta notarial y su misión resumida en una frase: «Recibir las personas que piden caridad y asistencia en nombre de Cristo».

Dos días después de este acto que señalaba el nacimiento oficial y legal del hospital, Grazio Forgione, padre del Padre Pío, moría a los cerca de ochenta y seis años. El Padre Pío pudo asistir a los últimos momentos de su padre y conferirle los últimos sacramentos. Hoy descansa junto a Giuseppa Forgione en el cementerio del convento. Se ha escrito en varios lugares que Zi'Grazio había muerto en Roma y que su hijo había ido a asistirle en su última hora gracias a una de sus misteriosas bilocaciones. Pero, en realidad, Zi'Grazio murió en San Giovanni Rotondo. Quiso pasar los últimos años de su vida al lado de su hijo y fue acogido por María Pyle, cuya casa estaba cerca del convento.

En los días siguientes a la formación de la sociedad por acciones fue escogido definitivamente el terreno para construir. Se propusieron distintas parcelas al lado mismo del convento y libres de construcciones. «Cosa curiosa –observa el padre Derobert– este grandioso hospital se levantará en el lugar exacto en donde, el 2 de febrero de 1575, se convirtió, verdaderamente fulminado por la gracia, un aventurero arruinado por el juego y el desenfreno y que estaba empleado por los capuchinos de Manfredonia. Se dirigía a un pueblo cercano. Más tarde será San Camillo de Lellis»¹⁰. Camillo de Lellis fundará los clérigos regulares ministros de los enfermos y una veintena de hospitales.

La zona era montañosa y los trabajos iban a ser largos y difíciles. Hubo que dinamitar masas enteras de rocas y acondicionar espacios construibles antes de pensar en poner los fundamentos. Los médicos y administradores no faltaban, pero los arquitectos,

los geómetras y los aparejadores faltaron al principio. ¿Qué hacer? ¿Contratar el proyecto con una sociedad que propondría un plan y ejecutaría los trabajos? ¿Se podrían controlar el desarrollo de la obra y no se derrocharía el dinero de los donantes? El Padre Pío, con una de sus intuiciones proféticas que siempre desconcertaban a sus interlocutores, dijo un día a don Giuseppe Orlando: «Tienes que comenzar los trabajos». Don Orlando, originario de Pietrelcina, era su confidente desde hacía muchos años. A él había acudido el Padre Pío en 1921 para el pequeño hospital de San Francisco. Ahora, deseaba que don Peppino, como lo llamaba afectuosamente, dirigiera los trabajos de fundación de la Casa... Sin un plan, sin un ingeniero. Pero obedeció y el 19 de mayo de 1947 se empezaban a dar los primeros azadonazos en la montaña. Los trabajos duraron nueve años. Don Orlando tomó la iniciativa en los primeros días para transformar el mal camino que iba de San Giovanni Rotondo al convento en una amplia carretera de cuatro metros, cómodamente practicable para los camiones y las máquinas que tendrían que transitar por allí en breve. ¡Sabia iniciativa! Para animar el trabajo de sus obreros, don Orlando compuso una pequeña canción de circunstancias que desde entonces se oía en las obras de la mañana a la noche. Se hablaba en ella de hospital, de caridad, de sufrimientos y de penas, y también del Padre...

Como para dar una confirmación divina a esos primeros azadonazos, un mes después ocurrió un milagro del que todos los periódicos de la época se hicieron eco. Anna Gemma Di Giorgi, una pequeña siciliana de siete años era ciega de nacimiento. Ceguera al parecer irremediable, pues había nacido sin pupilas. Su abuela decidió llevarla a San Giovanni Rotondo por consejo de una pariente monja, que le había dicho: «El Padre Pío es un santo, sus manos estigmatizadas están llenas de gracias celestiales y su mirada está siempre dirigida al cielo para obtener de Dios las gracias que obtenemos por su intercesión». Apoyándose en esta fe sencilla y confiada, Anna Gemma y su abuela partieron el 6 de junio de 1947 hacia el convento de Gargano con la esperanza de que la pequeña, que todavía no había hecho la primera comunión, podría comulgar de su mano y pedir su curación.

Cuando llegaron al convento era mediodía, una gran muchedumbre de peregrinos se hallaba alrededor del confesonario del Padre. No pudieron acercarse y se resignaron a esperar al día siguiente para poder hablarle. Por sugerencia de una de las fieles, que decía estar bien enterada, se presentaron a la puerta del convento ya desde la 1 de la madrugada para estar seguras de que Gemma podría confesarse ese día y comulgar. La iglesia abrió sus puertas a las 4. Gemma y su abuela encontraron sitio cerca del altar y asistieron a la Misa del Padre. Éste se metió a continuación en el confesonario y llamó de inmediato a la pequeña ciega. Confesó a la pequeña, luego tocó sus párpados y les hizo la señal de la cruz.

Por la tarde hubo una nueva función litúrgica y el Padre Pío dio la comunión a

algunos niños. Gemma estaba entre ellos, recibió por primera vez el Cuerpo de Cristo y el Padre volvió a hacerle la señal de la cruz en los párpados. Pronto la niña se dio cuenta de que había recuperado enteramente la vista. La curación hizo gran ruido. El oculista de Palermo que había diagnosticado la ceguera definitiva examinó a la niña cuando regresó de San Giovanni Rotondo. Estupefacto, comprobó que, aunque sus ojos seguían sin pupilas, la niña veía normalmente los objetos o las personas. En octubre, uno de los más grandes oftalmólogos italianos, el Dr. Caramazza, de Perusa, fue llamado a consulta. Se le presentó a la pequeña sin decirle que había recobrado la vista. Después de un examen médico detenido, llegó a la conclusión de que, sin pupilas, la niña no podría ver nunca. No era posible una intervención quirúrgica ni ningún tratamiento. Pero veía...[11](#).

Curaciones como ésta podían aparentemente hacer inútil la construcción de un hospital en San Giovanni Rotondo. ¿Por qué curar médicamente, si el Padre Pío curaba milagrosamente? Era un razonamiento simplista que el mismo Padre Pío rechazó siempre. ¡Cuántas veces aconsejó a gente que iban a consultarle que fueran a operarse! Las gracias de curación, los milagros, no están para sustituir a la medicina, sino que son la respuesta a una petición concreta, como recompensa a un acto de fe y como testimonio de la bondad de Dios, y así sirven para un bien mayor que la propia curación: la renovación del alma y el triunfo de la fe.

Otra razón justificaba la construcción de un hospital por el monje taumaturgo: «En cada enfermo está Jesús sufriendo», decía con frecuencia. La Casa Sollievo respondía a esta preocupación, se curaría el cuerpo al mismo tiempo que se aliviaría a las almas. El enfermo debía ser recibido como si fuera Jesús en persona a quien se recibía.

Don Orlando dirigía con empeño y buena voluntad los trabajos de explanación. Setenta y cinco mil metros cúbicos de roca se arrancaron a la montaña. Pero había que establecer un plan de construcción. Fueron numerosas las sociedades o los particulares que enviaron espontáneamente proyectos a San Giovanni Rotondo. Un amplio proyecto propuesto por un tal Angelo Lupi fue aceptado por el comité. Era en verdad un proyecto grandioso: un edificio de cuatro plantas con seis mil metros cuadrados de superficie, que podía acoger trescientos cincuenta enfermos. Sin embargo, Angelo Lupi no era arquitecto, ni ingeniero. Había desempeñado diversos oficios: fotógrafo, carpintero, guionista de teatro. Aceptó lanzarse en aquella nueva aventura y hacer de arquitecto improvisado y luego maestro de obras. Con la ayuda del Dr. Sanguinetti se estableció un plan de construcción. A los excavadores se añadieron los primeros albañiles. Pronto trabajaban trescientas personas a tiempo completo en el Gargano para la gran obra del Padre. Lupi, hombre providencial, sustituyó al celoso don Orlando. Una vez más el Padre Pío tuvo razón al confiar en Dios. A final del año 1947, los primeros fundamentos surgían de tierra.

Una ayuda decisiva y sobrenatural vino a permitir la continuación de los gigantescos

trabajos. Bárbara Ward, periodista del gran semanario inglés *The Economist*, había sido encargada de hacer una encuesta en los diferentes países europeos sobre las reconstrucciones de la posguerra, reconstrucciones llevadas a cabo con la ayuda de la UNRRA¹². Cuando en su recorrido europeo llegó a Roma, uno de sus amigos, Bernardo Patrizi, le habló del Padre Pío. Bárbara Ward, que era católica, deseó conocer al capuchino extraordinario. En el otoño de 1947 fueron ambos a San Giovanni Rotondo. Miss Ward vio al Padre Pío y le pidió que rezara por la conversión de su novio, el comandante Jackson, que era protestante. Se interesó también por los trabajos en curso cerca del convento.

De regreso a Londres, contó esa visita a su novio y éste, asombrado y conmovido, le reveló que el mismo día y a la hora exacta de la conversación que había tenido con el Padre, había abandonado de repente sus prevenciones contra la Iglesia romana y sus dogmas y que, desde entonces, se había hecho bautizar en la fe católica... Jackson —vemos cómo los caminos de Dios saben interferirse con los intereses humanos— era delegado y consejero de la UNRRA para el imperio británico. Jackson y Miss Ward pensaron que, en agradecimiento por esa gracia de la conversión, obtenida por intercesión del Padre Pío, sería muy bien recibida una ayuda de la UNRRA para la construcción de su hospital. Para convencer a sus jefes, Jackson propuso que el hospital de San Giovanni Rotondo se llamara de Fiorello La Guardia. Doble habilidad, puesto que La Guardia, fallecido recientemente, era nativo de Foggia y había sido presidente de la UNRRA. Ayudando a edificar un hospital en una región pobre de Italia, el organismo de ayuda de las Naciones Unidas respondería a su misión de ayuda a la reconstrucción y al mismo tiempo honraría la memoria de quien había sido su primer presidente. El 21 de junio de 1948 fueron concedidos cuatrocientos millones de liras a la obra del Padre Pío. La Providencia toma a veces caminos tortuosos.

El gobierno italiano quedó asombrado al enterarse de esta subvención otorgada por la UNRRA a un hospital en construcción en la región de Foggia. Ningún proyecto, ningún plan había sido entregado a los ministerios competentes y no se había pedido ninguna autorización. El Padre Pío y sus colaboradores tuvieron que ponerse en regla con la administración y defender punto por punto la dotación que les había sido otorgada. Finalmente, el comité de la Casa no recibió más que doscientos cincuenta millones de liras, pues el gobierno italiano «confiscó», de paso, los otros ciento cincuenta millones. En cambio, el hospital pudo conservar su nombre originario y a la entrada se colocó una placa conmemorativa de Fiorello La Guardia.

El 8 de diciembre de 1949 estaba acabada la parte más importante del edificio y se habían cubierto aguas. Los sótanos pudieron albergar diferentes talleres. Se fabricaron en ellos las puertas, las ventanas, la carpintería y también el mármol artificial para recubrir el interior y el exterior, las camas, las mesas... Lupi dirigía los trabajos, Sanguinetti

concebía las instalaciones interiores y se ocupaba de los equipamientos médicos, Kisvarday llevaba la contabilidad y dirigía al personal: la gran obra del Padre Pío funcionaba como un reloj¹³. Centenares de campesinos de los alrededores aprendieron en esas obras un oficio. Esta gran obra sobre el Gargano ayudó también a que el pueblo se modernizara. El agua potable faltaba todavía con frecuencia en la región: una desviación del acueducto de Apulia satisfizo todas esas necesidades. La electricidad estaba poco extendida: una pequeña central eléctrica, que funcionaba con un motor diesel, fue construida para alimentar el futuro hospital y las habitaciones de los alrededores.

EL CUERPO Y EL ALMA

Si el Padre Pío puso tanto empeño en la realización de esa Casa Sollievo, fue porque él mismo, más que nadie, había conocido y conocía el peso del sufrimiento físico. Sabía bien que los males del cuerpo se acompañan con frecuencia de desaliento interior: el enfermo se siente inquieto y solo, el cuerpo sufre y también el alma. Había que intentar aliviar a ambos. Con ocasión del primer aniversario de la Casa, el Padre presentó a ese hospital de nuevo estilo como un lugar en el que «espíritus y los cuerpos agotados se acercan al Señor y encuentran en Él confortación». Nuestra alma es mirada por Dios con amor y en la tierra debe ser «llevada» por nuestro cuerpo, así pues, cuidemos de éste. El Padre Pío recordaba con frecuencia eso, que es de sentido común, a sus fieles. A los penitentes con demasiado celo que multiplicaban las mortificaciones hasta poner en peligro sus salud, les solía decir: «Nuestro cuerpo es como un burro al que hay que dar palos, pero no demasiados: porque si se derrumba, ¿quién nos llevará a cuestras?». Con este espíritu quiso construir la Casa tan moderna y suntuosa como fuera posible: nada es demasiado hermoso ni demasiado caro cuando se trata de aliviar el sufrimiento.

Sus superiores consideraron a veces que el dinero empleado en aquel proyecto lujoso habría podido ser dedicado a otra cosa, más útil según ellos, en las misiones de los capuchinos en África, por ejemplo. Pero el Padre Pío podría haber contestado que la solicitud por el prójimo debe ser aplicada primero por quien está más cercano, aquel a quien nos encontramos todos los días. En San Giovanni Rotondo, alrededor de su confesonario, se codeaba demasiado con la miseria humana como para no sentirse embargado por la piedad. A los enfermos, a los pobres que se agarraban a él como a su último recurso, les daba el consuelo de la religión por medio de las Misas y de las confesiones, de las que nadie podía salir indiferente, pero quiso dar la ayuda de la medicina. La iglesia, con el altar y el confesonario, y la Casa Sollievo serán como complementarias, la primera iluminando a la segunda. En la Casa, el pobre será cuidado gratuitamente y todo enfermo será recibido como si fuera Jesucristo.

El Padre Pío siempre se negó a que la sociedad por acciones fundada para la construcción de la Casa se endeudara con los bancos para sacar adelante los trabajos.

Sólo las aportaciones debían alimentar la caja. Cuando algunas veces llegaba a faltar el dinero y los responsables de las obras se preocupaban, el Padre Pío siempre los llamaba al orden: «¿Qué hacen ustedes con la Providencia?». En realidad, las facturas siempre fueron pagadas a tiempo, en el último minuto una donación providencial permitía hacer frentes a los vencimientos. Las ofrendas de los fieles, pequeñas o grandes, bastaron para financiar las gigantescas obras. Dos armas, si se puede decir así, sostuvieron la buena pelea por la Casa: el *Bolletino della Casa Sollievo* y los grupos de oración. El primer boletín de información sobre la Casa Sollievo se publicó en septiembre de 1949. Su objetivo era, por una parte, dar las gracias a los donantes y bienhechores, ofrecerles noticias del proyecto por el que habían hecho sus aportaciones y, por otra parte, informar más ampliamente a los fieles del Padre Pío sobre el desarrollo de su «gran obra terrestre». El primer boletín tuvo tal éxito que pronto se publicó mensualmente. En un primer momento fue confeccionado artesanalmente, pero rápidamente se convirtió en la revista oficial de los amigos del Padre Pío y se difundió por todos los continentes.

Los grupos de oración rezaban por las intenciones del Padre y, entre otras, por que se terminara la Casa; El *Bolletino* informaba a los fieles del Padre sobre el estado de los trabajos de la Casa y sobre las actividades de los grupos de oración. El Padre Pío había sido el inspirador de ambos. Había una total armonía: los dirigentes del comité de la Casa, sobre todo el Dr. Sanguinetti, estuvieron en el origen del *Bolletino* y también fueron los verdaderos organizadores de los grupos de oración. Más tarde, y ahora sigue siendo así, en la Casa Sollievo se cuidarán los cuerpos, y los grupos de oración serán «como la otra cara del alivio del sufrimiento vivido cristianamente».

El pobre convento que había conocido el Padre Pío en 1916 se había convertido en un lugar conocido en el mundo entero. La inauguración de la Casa y, después, la «segunda persecución» lo pondrán más aún bajo los focos de la actualidad. Los periodistas acudirán por centenares a San Giovanni Rotondo: y es que a los «canónigos de la *dolce vita* calumniadores del Padre Pío en los años 20 sucederán “el banquero de Dios” y los “monjes glotones”, nuevos perseguidores del pobre estigmatizado. En los años 45-50 nos encontramos aún en una época feliz, en la que la fama del Padre Pío alcanza su cima y puede ejercer su ministerio en la mayor libertad. El número de peregrinos aumenta en proporciones considerables. El desarrollo de los medios de comunicación y la fama cada vez mayor del monje extraordinario se aúnan para atraer fieles o simples visitantes. También las cartas llegan de todo el mundo. El 13 de septiembre de 1949, el padre Agostino anota en su Diario: Las cartas llegan por centenares. Hay cartas conmovedoras que imploran gracias; y se escribe del Padre Pío como si fuera un santo poderoso ante el Señor. Son numerosas las cartas que hablan de gracias recibidas».

A partir de 1950, para las mujeres, y de 1952, para los hombres, se tuvo que colocar

en la iglesia el sistema de numeración para las confesiones. Desde las 2 de la madrugada ya hay fieles en las puertas del convento para intentar confesarse con el Padre Pío durante el día. Cuando se abren las puertas siempre se produce un cierto tumulto y gritos. Por eso se recurre al sistema de dar números según el orden de llegada. La iglesia se queda pequeña y la multitud se apretuja de manera indescriptible para asistir a las Misas del Padre. En 1954, la orden capuchina decide edificar una nueva iglesia más amplia al lado de la antigua, donde el Padre Pío recibirá las confesiones.

Esas muchedumbres que habitualmente se acumulan alrededor del Padre Pío y las cantidades enormes que recoge para la construcción de la Casa son los frutos de una vida ejemplar dedicada por entero al Señor. La santidad de su vida era la que atraía a los fieles. El 22 de enero de 1953, celebrando sus cincuenta años de vida religiosa, podía escribir sin arrogancia en el revés de la estampa que se imprimió para esa ocasión¹⁴:

*Cincuenta años de vida religiosa,
cincuenta años fijos en la Cruz,
cincuenta años de fuego devorador:
por ti, Señor, y por tus rescatados.
¿Qué otra cosa podía desear mi alma
sino llevarlos todos a ti
y esperar con paciencia
que ese fuego devorador
queme todas mis entrañas
con el Cupio dissolvi?*

LA CONCLUSIÓN DE LA GRAN OBRA

Durante los años que duraron los trabajos de construcción de la Casa, el Padre Pío siguió siempre atentamente su desarrollo. Iba con frecuencia a las obras para animar con palabra amable a los obreros. Cada etapa que se cubría –la primera piedra, los cimientos acabados, las aguas cubiertas, la instalación de una unidad de cuidados o de un laboratorio– era ocasión para bendecirla y para rezar en común. A partir de diciembre de 1953, todos los primeros viernes de mes a las 16.15 h, la sirena señalaba el final del trabajo y todos los obreros iban a la iglesia del convento para asistir a la Misa que él celebraba por la intención de ellos.

A medida que avanzaba la construcción de la Casa se fue planteando el problema de la gestión del futuro hospital. La sociedad por acciones constituida en 1946 con quince accionistas sólo tenía un estatuto jurídico. El Padre Pío deseaba que también tuviera un estatuto religioso, es decir, que estuviera ligada directamente al convento, para que nunca fueran olvidados o traicionados los objetivos que habían presidido la fundación. Pero los superiores de la Orden, tanto en Foggia como en Roma, no estaban dispuestos a asumir las responsabilidades de una obra hospitalaria de proporciones enormes y de porvenir incierto. Finalmente, el Padre Pío se conformó con reunir los accionistas de la sociedad y a los futuros gestores de la Casa Sollievo en una congregación especial de la Orden terciaria franciscana, congregación de la que él sería el director y estaría unida al convento de Santa Maria delle Grazie; la sociedad civil de accionistas seguiría siendo propietaria de la Casa. El número de miembros del consejo de administración se aumentó a cincuenta, de manera que pudieran acoger a los ingenieros, técnicos y médicos que, a lo largo de los años, habían colaborado con el primer equipo fundacional. El arzobispo de Manfredonia dio su aprobación y, el 25 de agosto de 1954 el ministro general de los capuchinos promulgó el decreto de constitución de la congregación. Doce días después de esta decisión, Guglielmo Sanguinetti moría brutalmente. Esta repentina desaparición de quien había sido uno de los obreros de la primera hora afectó dolorosamente al Padre Pío. Con él, perdía un colaborador valioso, un hombre que había sabido mantener el espíritu original de la fundación, organizar y disciplinar a los grupos de oración –

cortando en seco, si hacía falta, ciertas desviaciones– y animar inteligentemente el *Bolletino*.

Sus sucesores al frente de la obra no tuvieron su envergadura. En poco tiempo se sucedieron tres y, a veces, tomaron decisiones extrañas. Así, Angelo Lupi, maestro de obras de los trabajos desde hacía varios años, fue cesado de sus funciones. Los hombres de buena voluntad y los fieles de la primera hora cedían el puesto a hombres de negocios y a ingenieros. Era, sin duda, una evolución inevitable que el propio Padre Pío no pudo evitar.

A medida que iba acabando la instalación de determinados servicios se acogió a algunos enfermos. Por fin, la inauguración oficial del hospital fue fijada para el 5 de mayo de 1956, día de la onomástica del Padre Pío. Terminaban nueve años de trabajos y de esfuerzos, pero también nueve años de aportaciones y de oraciones. La ceremonia fue grandiosa. Más de treinta mil fieles, venidos de todo el mundo, estaban presentes aquel día solemne. El cardenal Lercaro, arzobispo de Bolonia, presidía la ceremonia. También había acudido el padre Benigno da San Ilario Milanese, ministro general de los capuchinos, así como todos los responsables provinciales y romanos de la Orden. El presidente del Senado, ministros, diputados habían querido señalar con su presencia la importancia que el Estado italiano daba a la obra realizada por el Padre en esa región desolada de Gargano. Más de trescientos periodistas cubrían el acontecimiento.

Banderas de todos los países y de las principales ciudades de Italia flotaban en la fachada del hospital, como símbolo de la universalidad de los dones que habían permitido esa realización. El Padre Pío celebró la Misa a las 10 en la explanada de entrada. Se leyó el telegrama que Pío XII envió al Padre: «El día de la inauguración en San Giovanni Rotondo de la Casa de alivio del sufrimiento, el augusto pontífice, felicitándose por las obras inspiradas en la exacta comprensión de la caridad evangélica, invoca una amplia y solemne efusión de gracias divinas sobre el desarrollo de esa obra, sobre tantas piadosas donaciones y envía de todo corazón al celoso promotor, a los directivos y a los asistentes, su paternal bendición apostólica». Luego, el cardenal Lercaro y el Padre Pío tomaron la palabra. El capuchino estigmatizado, en un conmovedor discurso, saludó «a una nueva milicia hecha de renuncia y de amor» que se había levantado para trabajar a la gloria de Dios y «reconfortar a las almas y a los dolientes». La Casa Sollievo era un lugar en el que «toda la humanidad sufriente», por medio de la oración de los unos y del trabajo médico de los otros, debía «ser presentada a la misericordia del Padre Celestial». Nueve años de trabajos, que habían seguido a una inspiración que habría podido ser considerada locura en su comienzo, habían desembocado en la edificación de uno de los hospitales más modernos de Italia. Había costado mil quinientos millones de liras. Su capacidad era de trescientas camas (después de sucesivas ampliaciones, el hospital puede acoger hoy a mil enfermos), se había hecho

una pista de aterrizaje para helicópteros en la terraza de los edificios. Cuando se abrió, la Casa Sollievo disponía de quince secciones especializadas (cardiología, obstetricia, radiología, dermatología, etc.). Empleaba a cuarenta y cinco médicos (hoy son trescientos) y pronto tuvo su propia escuela de enfermeras.

Al poco tiempo de la inauguración se celebró en los locales de la Casa un importante congreso internacional sobre las enfermedades de las arterias coronarias. Participaron en él los más grandes cardiólogos mundiales de Italia, de Francia, de los Estados Unidos. Uno de los deseos del Padre Pío había sido que la Casa estuviese siempre a la cabeza del progreso médico y en el corazón de las investigaciones científicas. Después del congreso, esos cardiólogos, de los que algunos eran protestantes, fueron a Roma para ser recibidos en audiencia por el papa. Pío XII les dirigió un largo discurso en el que les habló de la originalidad de la Casa Sollievo. El pasaje merece ser citado, ya que explicita perfectamente las intenciones del Padre Pío:

«El hospital de San Giovanni Rotondo, que hora abre sus puertas, es fruto de una de las más elevadas intuiciones, de un ideal madurado largamente y afinado al contacto de las formas más diversas y más crueles del sufrimiento moral y físico de la humanidad. Quien por oficio está llamado a cuidar las almas o el cuerpo no tarda en medir hasta qué punto el dolor corporal bajo todos sus aspectos compromete al hombre entero y hasta las capas más profundas de su ser moral; le obliga a plantearse de nuevo las cuestiones fundamentales de su destino, de su actitud hacia Dios y hacia los demás hombres, de su responsabilidad individual y colectiva, del sentido de su peregrinación terrestre. Así, la medicina que desea ser verdaderamente humana debe abordar a la persona por entero, cuerpo y alma. Pero, por otra parte, es incapaz de ello por sí misma, pues no posee ninguna autoridad ni ningún mandato que la capacite para intervenir en el terreno de la conciencia. Reclama, pues, colaboraciones que prolonguen su obra y la lleven a su verdadero fin. Situado en las condiciones ideales desde el punto de vista material y moral, el enfermo tendrá menos dificultad para reconocer en quienes trabajan para sanarlo unos auxiliares de Dios, solícitos en preparar el camino para una intervención de la gracia, y el alma misma quedará restablecida en la plena y luminosa inteligencia de sus prerrogativas y de su vocación sobrenatural. Sólo con esta condición se podrá hablar con toda verdad de un alivio eficaz del sufrimiento; por eso el refugio de caridad, de entrega, de comprensión, que acaba de inaugurarse en San Giovanni Rotondo, ha querido llamarse: Casa Sollievo della Sofferenza»[15](#).

La obra estaba acabada. El Padre Pío había cuidado, junto con los arquitectos, de que los edificios pudieran ser ampliados según fueran las necesidades sin que se rompiera la armonía del conjunto. Eso se producirá en 1957 y luego en los años siguientes hasta hoy día.

Quedaba por establecer el estatuto jurídico de la sociedad. Sus cincuenta accionistas

estaban juntos en la congregación de la Orden tercera franciscana de Santa Maria delle Grazie, pero la sociedad civil era la propietaria titular de la Casa. La dirección de la Casa había tenido cambios importantes en los últimos años, lo cual no dejaba de inquietar al Padre Pío. Habría querido que la gestión de la Casa fuera confiada a la congregación de la Orden tercera, erigida en persona jurídica, y que las acciones fueran todas puestas a su nombre, para evitar las disensiones entre los accionistas. Poner la obra al abrigo de las pasiones y de los apetitos de los hombres era ahora su preocupación.

En marzo de 1957, el Padre Pío escribió a Pío XII una súplica pidiendo poder suscribir a su nombre las acciones de la Casa (lo cual implicaba canónicamente una dispensa del voto de pobreza) y a depositar esas acciones en el Instituto de obras de religión, el banco del Vaticano. Pedía además que, después de su muerte, el IOR «aceptara los bienes de la obra Casa Sollievo della Sofferenza y, si posible fuera, destinarlos a la continuación de esa misma obra»: Pío XII conocía la rectitud de intención del Padre Pío y tenía cierta razón –luego lo veremos– para desconfiar de los financieros que rondaban alrededor de su obra y de los bienes de la Orden capuchina. Así es que respondió favorablemente a todas esas demandas con una carta de Mons. Angelo dell’Acqua, sustituto de la Secretaría de Estado, fechada el 4 de abril. Sobre el punto de la transferencia de las acciones de la Casa a la Santa Sede después de la muerte del Padre, la carta estimaba inoportuna la propuesta.

Los accionistas de la sociedad inmobiliaria se reunieron, pues, en asamblea extraordinaria. El capital social era entonces de doscientos millones de liras. Ciento noventa y nueve mil novecientas noventa y nueve acciones de mil liras fueron adjudicadas al Padre Pío y la acción restante fue entregada simbólicamente al conde Telferner, representante de los donantes laicos. Las acciones fueron depositadas en Roma, en el IOR, y el Padre Pío, en cuanto director de la congregación de la Orden tercera y accionista mayoritario de la Casa, se convertía en propietario y director del hospital. Por otra parte, quedaba habilitado para recibir a su propio nombre, en una cuenta personal, las donaciones destinadas a la Casa. Finalmente, en septiembre de 1957, el Padre Pío nombraba como verdadero administrador de su obra a uno de sus hijos espirituales, Angelo Battisti, hasta entonces funcionario de la secretaría de Estado del Vaticano. Battisti se mostraría, en los años tormentosos que se avecinaban, hombre íntegro y prudente.

Tal confianza de la Santa Sede en el Padre Pío, tan grandes privilegios iban a suscitar no pocas ambiciones y envidias y, por último, iban a provocar una nueva persecución.

1 Algunos historiadores y escritores han hablado, injustamente, de los «silencios» de Pío XII durante el conflicto mundial. Sobre la acción del papa durante esos años terribles, se puede consultar especialmente el testimonio de sor Pascualina Lehnert, que

estuvo durante casi cuarenta años a su servicio: Pio XII, mon privilège fut de le servir, Téqui, 1985, y Alexis Curvers, Pie XII, le pape outragé, Dominique Martin Morin, 1988.

[2](#) Palabras referidas por el postulador general de los capuchinos, el padre Bernardino da Siena, «Padre Pío e la Chiesa», en Atti del 1 convegno di studio sulla spiritualità di padre Pio, San Giovanni Rotondo, 1973, p. 140.

[3](#) O. c., p. 137.

[4](#) Fernando da Riese Pío X, Padre Pio da Pietrelcina, ediciones «Padre Pio da Pietrelcina», San Giovanni Rotondo, 1984, p. 193 (1ª ed. 1974).

[5](#) Padre Costantino Capobianco, Paroles et anecdotes de Padre Pio, o. c., pp. 19-20.

[6](#) «Alocución a los párrocos de Roma y a los Predicadores de la Cuaresma» (17 de febrero de 1942).

[7](#) Padre Jean Derobert, o. c., p. 745.

[8](#) Informe manuscrito de la reunión de fundación en Gherardo Leone, Padre Pio e la sua opera, ed. Casa Sollievo della Sofferenza, San Giovanni Rotondo, 1984, pp. 28-29.

[9](#) Padre Costantino Capobianco, o. c., pp. 181-182.

[10](#) Jean Derobert, l. c., p. 737.

[11](#) Esta curación fue contada por la misma Gemma, que se hizo monja, y por su abuela. Ver su testimonio en Francobaldo Chiocci y Luciano Cirri, o. c., t. I, pp. 660-666.

[12](#) La «United Nations Relief and Rehabilitation Administration» había sido creada en 1943 por iniciativa de los Estados Unidos y de sus aliados europeos, para ayudar a las regiones recientemente liberadas. Luego fue integrada en la ONU.

[13](#) Sobre las diferentes etapas de la construcción de la Casa, ver el interesante álbum fotográfico de Gherardo Leone Padre Pio e la sua Opera, o. c.

[14](#) Texto en el Epistolario, t. IV, p. 922. Se observará que el Padre Pío habla de «cincuenta años fijos en la Cruz». En 1953 era un detalle profético, puesto que la estigmatización databa de 1918. A su muerte en 1968 hará exactamente 50 años que había sido fijado en la Cruz.

[15](#) «Discurso a médicos y cardiólogos» (9 de mayo de 1956) en Documentos pontificios de Su Santidad Pío XII.

CAPÍTULO 13

EL DIOS MAMMON

La primera persecución de que fue víctima el Padre Pío en los años 20 y 30 tuvo como origen la ignorancia de unos y las calumnias difundidas por otros. Cesó cuando la verdad salió a la luz del día. Las campañas organizadas aquí y allá, los informes reunidos habían concluido, por una parte, en reconocer la buena fe y la ejemplaridad de la vida religiosa del capuchino estigmatizado de San Giovanni Rotondo y, por otra parte, en descartar la tesis de la superchería para explicar las gracias y los carismas que poseía.

En la segunda persecución, la de los años 60, no se pueden aducir las mismas causas. Ya nadie podía acusar al Padre Pío de ser un «falsario» o un «histérico», los testimonios y los análisis médicos contrarios eran demasiado numerosos. «Por el bien de la Orden capuchina» y en nombre del «sentido de la Iglesia» serán organizadas las nuevas campañas y las nuevas manipulaciones contra el religioso. Los intereses humanos, las pasiones vulgares se adornarán, como sucede con frecuencia, con nobles motivaciones. Digamos desde ahora que esta segunda persecución se producirá después de un largo período de tranquilidad durante el cual el Padre Pío pudo cumplir su misión en toda su medida: durante los años de la guerra primero y, luego, por medio de los grupos de oración y de la Casa Sollievo. La nueva serie de vejaciones y de condenas sobrevendrá después de que el Padre Pío ponga en marcha sus grandes obras terrestres, como si fuera necesario que volviera a encontrar «su configuración con Cristo humillado, sufriente, perseguido y condenado», por emplear los términos del cardenal Lercaro.

Señalemos también que, durante las persecuciones, las curaciones y otras acciones sobrenaturales no cesaron. La vida del Padre Pío es también una vida de más de cincuenta años de milagros e intervenciones. Su número, su resonancia, pudieron cansar a la larga a algunas autoridades eclesiásticas, incitarlas a una mayor prudencia y severidad. Una de las curaciones milagrosas más célebres, ocurrida antes de la persecución de los años 60, es la sucedida en una familia de Alençon en enero de 1957. Fue contada al año siguiente por el padre Onfroy, que pudo verificar su autenticidad:

«Hace exactamente un año, el 29 de enero de 1957, el Padre Pío, capuchino célebre

del convento de San Giovanni Rotondo, en la provincia de Foggia, al sur de Italia, ejerció a favor de un niño de aquí el prodigioso poder de su sufrimiento y de su oración al servicio de la humanidad dolorida. En la ciudad normanda que dio nacimiento a nuestra pequeña –y grande– santa de los tiempos modernos, una familia de obreros, cuyo padre está en paro, se lamenta de la inminencia del peligro que amenaza a uno de sus ocho hijos, un pequeño de seis años, Daniel B...¹ está muy mal. Enfermo de meningitis cerebro-espinal infecciosa, delira y lucha contra las angustias de una agonía cercana. El doctor del hospital ha advertido a su madre, para que tenga valor, pues sin duda al día siguiente le tendrán que decir que su hijo ha muerto.

»Desolada, la pobre madre confía su pena a excelentes personas vecinas de su domicilio, a la que se les ocurre una idea genial: “Señora, si usted quiere, nosotros vamos a poner un telegrama de parte de usted a un santo sacerdote de Italia para pedirle que rece por el niño moribundo y lo bendiga”. La madre acepta y el telegrama es enviado a las 13.30 h cargado de esperanza. A las 15 h, la señora B... está en el hospital. Daniel tiene 41° de fiebre. Se debate entre convulsiones. La monja de servicio suplica a su madre que se marche, queriendo evitarle la pena de ver morir a su hijo. Pero ella se queda... A las 16 h, la fiebre baja a 37°. Se produce una calma. El niño descansa. Está salvado. El mensaje llegó a su destinatario y ya la oración del Padre Pío ha conseguido la salud del pequeño moribundo. La madre se había ido...

»Al día siguiente por la mañana, el doctor que se ocupa del niño, al ver llegar a la madre de Daniel, exclama: “¡No entiendo nada, pero su hijo no sólo está salvado, sino que está curado! No obstante, quiero tenerlo en observación unos días”. Emocionada con su inmensa alegría, la señora B... se va con las amigas que tuvieron esa feliz inspiración y éstas le dan a leer la vida de ese santo religioso; el libro tenía su foto en la cubierta. La Sra. B... vuelve con su hijo llevando el libro y lo coloca sobre la cama del niño. Éste mira. “Oye, mamá, yo conozco a ese cura. Ha venido a verme ya dos veces esta mañana... Se puso a cantar para que no me asustara... Y luego se fue por la puerta por la que tú entras cuando vienes a verme”.

»La madre le contesta con rapidez:

»—¿Cómo quieres, hijito, que un cura que vive a kilómetros de aquí haya venido a verte?

»Pero, ante la insistencia del niño afirmando el hecho, su madre se ve obligada a reconocer la realidad. Ignoraba que el Padre Pío poseía el don inexplicable, otorgado a ciertos santos, de la bilocación. Y a favor de su pequeño moribundo, el Padre Pío había efectuado un viaje de más de 2.000 km a la velocidad del pensamiento...

»Daniel B... está tan sano que sus padres deciden sacarlo del hospital antes de la fecha prescrita por el médico, pues no hay que olvidar que su padre está en paro y que los gastos son muchos para el matrimonio. Ante este magnífico regalo del cielo que les

devuelve a su hijo, estas buenas gentes reflexionan. No habían gozado de la gracia del matrimonio cristiano: el 19 de marzo siguiente, le piden a un sacerdote que bendiga su matrimonio. Han encontrado el camino de la verdadera felicidad, que es el de la verdad cristiana. Desde entonces, Daniel se encuentra muy bien. Su padre dice que su viveza y su vitalidad son un testimonio de la salud recobrada. Y de cuando en cuando, Daniel le susurra a su madre:

«¿Sabes, mamá? Cuando yo sea grande, seré sacerdote...».

Podemos observar una vez más cómo esta curación milagrosa obedece, por así decir, a las leyes de estos casos: el poder de la oración y la sinceridad de la fe movieron a Dios a intervenir por medio de un doble milagro (curación inexplicable y bilocación), siendo el Padre Pío intercesor entre los fieles y Dios y también el «instrumento» de Dios para esa circunstancia. Y también otras características: los frutos evidentes e inmediatos del milagro (la curación física de un condenado por la medicina) fueron acompañados por frutos espirituales: para todos, profundización en la fe (los padres se casan religiosamente, el niño piensa en ser sacerdote). Lo mismo que todos los milagros de la vida del Padre Pío, éste se sitúa en una perspectiva sobrenatural o religiosa, al mismo tiempo que restablece el orden natural trastornado.

UNA HOSTILIDAD DIFUSA

En todas circunstancias y en todo tiempo, las autoridades eclesiásticas se han mostrado lentas y prudentes en pronunciarse sobre el carácter sobrenatural de ciertos fenómenos: apariciones de la Virgen, milagros, curaciones, etc. Nada se parece tanto a determinados fenómenos sobrenaturales como las argucias del demonio. El papa Benedicto XIV, en el siglo xviii, definió en un tratado clásico, *De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione*, el procedimiento a seguir y los criterios que aplicar para reconocer las virtudes heroicas, los milagros y las revelaciones de los santos. Así, una curación no será considerada milagrosa sino cuando su realidad pueda ser debidamente comprobada, su carácter sobrenatural atestiguado y la intención divina que la ha presidido manifiesta. Si la enfermedad era grave y sin remedio, si la curación ha sido repentina, entera y definitiva, si está demostrada como tal y no es explicable por la ciencia médica, si se ha producido como consecuencia de las oraciones del interesado o de personas de su entorno y su influencia espiritual es evidente, entonces la autoridad eclesiástica competente –en este caso el obispo de la diócesis de origen del enfermo sanado– puede reconocer su carácter milagroso y sobrenatural.

Esta prudencia de la Iglesia no era desconocida por el Padre Pío. Nunca prometió una curación ni predijo un milagro. Siempre pidió que se rezase y si a veces anunció una curación fue cuando la curación se producía en el momento en que hablaba. Este fenómeno pudo ser comprobado en las gracias de conversión u otras gracias. Desde luego, la gracia que interviene pasaba por su intermediario, pero se puede decir que él mismo se da cuenta en el momento en que se cumple. Es como si hubiera una simultaneidad de la curación milagrosa que concierne tanto a la persona curada como a la que cura. Es como si cada una de las dos partes experimentara una transformación en el mismo instante: el «sanador» sirve de canal a la gracia, el enfermo recibe así de Dios la renovación física que la ciencia humana no podía darle.

A propósito de las diversas gracias (conversiones, curaciones, etc.), el Padre Pío decía siempre: «Es Dios quien las hace». Se negaba a que se lo agradecieran, a Dios había que darle honor. Y si Dios no otorgaba la gracia demandada, era porque tenía

designios mayores para el alma que imploraba. El «no-miraculado» más célebre es Giacomo Gaglione, muerto en olor de santidad en 1962 y ferviente discípulo espiritual del Padre Pío. Estaba enfermo desde su adolescencia, postrado en cama y paralítico; fue a San Giovanni Rotondo como otros miles de personas con la esperanza de sanar. Cuando se halló ante el Padre, todo sucedió de manera diferente a como había esperado. No pensó en pedirle la curación y él mismo cuenta: «me invadió una alegría extraordinaria, una especie de felicidad». Su vida quedó transformada desde entonces. Regresó a su casa en Caprodise, cerca de Nápoles: seguía en la cama, seguía paralítico, seguía sufriendo, pero con una fuerza en el corazón para consolar y reconfortar a los otros enfermos. Y así, durante más de treinta años visitó y se escribió con miles de enfermos, animándoles a rezar a la Señora, y a que se acercaran a Cristo. El proceso de beatificación de este apóstol del sufrimiento está en curso en Roma. Se puede decir que el Padre Pío encontró a uno de sus discípulos más auténticos en este «no-miraculado» que decía: «Para llevar bien la cruz, el mejor medio es hacer la voluntad de Dios. No desear nada para uno mismo y esperarlo todo del Señor».

No se puede acusar al Padre Pío de haber mantenido a su alrededor un clima pasional de advertencias proféticas o de promesas de milagros. Siempre actuó con prudencia. Es cierto que circularon algunas predicciones del Padre Pío más o menos auténticas, difícilmente verificables, pero nunca fueron puestas en circulación por el propio Padre.

Una de ellas merece ser referida, aunque no empezó a ser conocida por el público sino después de octubre de 1978... Se refiere a quien entonces sólo era Karol Wojtyla. Era en 1947. Karol Wojtyla, joven sacerdote, estudiaba teología en el Angélico de Roma. En las vacaciones fue con otros peregrinos a San Giovanni Rotondo para ver al Padre Pío. Pudo conversar, al parecer bastante tiempo, con el capuchino estigmatizado, y confesarse con él. Durante esta conversación parece que el Padre le predijo al joven sacerdote polaco que sería papa. Treinta años después, algunos autores de diversos periódicos contaron esta predicción. Nunca el Vaticano ha desmentido ni confirmado este hecho. Interrogado por nosotros sobre este punto concreto de la vida de Juan Pablo II, el secretariado del Santo Padre, por una carta de Mons. Sepe de la secretaría de Estado, con fecha 6 de febrero de 1988, respondía: «A pesar de su deseo de agradarle, el secretariado del Santo Padre le hace saber a usted, en respuesta a su carta de 28 de diciembre de 1987, que no tiene por costumbre dar razón de las cuestiones referentes a la vida privada de Su Santidad». Veremos también que en 1962 hubo otro contacto entre Mons. Wojtyla y el Padre Pío, para pedirle una curación.

Las curaciones, conversiones, predicciones fueron a veces objeto de artículos sensacionalistas durante la vida del Padre Pío. Cuando un actor célebre o un conocido dirigente comunista encontraron su camino de Damasco en San Giovanni Rotondo, la prensa se apoderó del acontecimiento. El Padre Pío no podía impedirlo. Quienes le

conocían bien sabían su gran humildad y el gran horror que tenía a la publicidad. Actuaba con discreción y sencillez, sin ostentación ni teatro. Una de las señales de su auténtica humildad es la confianza que tenía en él Pío XII. El papa no dudaba en confiarle las intenciones de oraciones especiales, como cuenta el padre Agostino en su Diario el 9 de febrero de 1952: «Sé que el papa se encomienda siempre a las oraciones del Padre Pío. Estos últimos días, el papa ha pedido una Misa al Padre Pío por una intención particular».

Esta actitud confiada del papa contrasta con la adoptada, en esa misma época, por el ministro general de los capuchinos. Inesperadamente y sin razón particular que los justificara, el 3 de mayo de 1952 el padre Clemente da Milwaukee, superior de la Orden desde 1946, dirigió una carta circular a todas las casas capuchinas de Italia pidiendo a todos los religiosos que no «favorecieran las peregrinaciones a San Giovanni Rotondo ni la difusión de los escritos y estampas del Padre Pío».

¿Por qué esa circular confidencial tan severa? Por prudencia sin duda, pero también, como veremos, por intereses mucho más materiales. En todo caso, apoyado en esa circular, Mons. Girolamo Bortignon, obispo de Padua, también capuchino, prohibió de inmediato los grupos de oración en su diócesis. Era el prólogo de una hostilidad que iba a aumentar y a agravarse con los años hasta llegar a una segunda persecución en 1960.

GIUFFRÈ, «EL BANQUERO DE DIOS»

Por muy curioso que parezca, fue un seglar, un hombre de fuera de la Orden capuchina, quien causó la desgracia del Padre Pío y estuvo indirectamente en el origen de las sanciones y vejaciones que soportó de nuevo. Fue en octubre de 1951 cuando Giambattista Giuffrè intervino por primera vez en los asuntos de la Orden capuchina. Se afianza en ella cada vez más, reina como dueño de las finanzas y lleva a ciertos responsables a prácticas financieras desastrosas y escandalosas. Cuando estalla el «escándalo Giuffrè», éstos caen en la tentación de restablecer la situación financiera valiéndose, de grado o por la fuerza, de las arcas del Padre Pío. Historia poco a favor de la Orden capuchina, pero que hay que relatar, puesto que es una de las claves esenciales de la segunda persecución.

Giambattista Giuffrè, nacido en 1901 en Bolonia, había sido varios años un simple empleado del Credito Romagnolo d'Italia. En ese tiempo, este hombre, a quien le divertían los juegos financieros, jugaba un papel de consultor financiero de administradores de distintos institutos religiosos. Abandonó el Credito Romagnolo cuando tomó fuerza la Sociedad anónima de los banqueros, que él mismo había fundado en la inmediata posguerra. Entonces y durante varios años, hasta que el escándalo estalla en agosto de 1958, Giuffrè, «el banquero místico», juega con el dinero de los fieles y engaña a muchos responsables religiosos o eclesiásticos, sobre todo al obispo capuchino de Padua, Mons. Bortignon, y a los superiores de la provincia de Foggia.

Su método era sencillo, y muy tentador para hombres de Iglesia ávidos de construir y dejar tras de su muerte grandes obras. Su divisa sonaba bien: «Quien me presta, duplica». A los obispados, órdenes religiosas, congregaciones, que tenían algún proyecto de construcción (iglesia, convento o cualquier otra obra), Giuffrè les explicaba: los hombres de Iglesia recogían dinero y prometían un interés razonable; las cantidades así recogidas eran confiadas a su Sociedad anónima de los banqueros y les prometía un interés del 40 al 100% anual.

Los fondos confiados a su Sociedad eran depositados en Bolsa o en otras operaciones financieras (lo cual permitía asegurar un interés alto) y Giuffrè se encargaba de preparar

él mismo la organización financiera necesaria para los trabajos proyectados. Los tesoreros de los obispados y de las Ordenes no tenían más que reunir el dinero de los fieles... En la Italia de la posguerra, las necesidades de construcción y de reconstrucción eran muy importantes. Los fieles, confiando en sus pastores, no dudaban en entregarles sus donativos y sus ahorros. Así, Mons. Bortignon lanzó dos grandes proyectos en 1956: la construcción de un seminario menor para seiscientos alumnos y una casa de la Providencia de dos mil plazas para incurables. Proyectos laudables que costaban caros: se calculaban cinco mil millones de liras. El obispo de Padua pidió préstamos de un lado y de otro, lanzó una suscripción e invitó a que se fuera generoso. Se comprende –aunque el motivo no sea edificante– las advertencias simultáneas a sus fieles para que no fueran a San Giovanni Rotondo y que no tuvieran relación con el Padre Pío: lo que se daba al Padre Pío y a la Casa Sollievo era dinero de menos para las obras de Mons. de Padua. En su diócesis, los fieles del estigmatizado de Gargano eran numerosos y muy generosos con la Casa. Se ha calculado que sus aportaciones para esa obra del Padre llegaban a más de quinientos millones de liras.

Ésta fue la baja motivación de quien fue uno de los enemigos más encarnizados del Padre Pío en esos años 50 y 60. No contento con haber prohibido, de nuevo verbalmente, los grupos de oración en su diócesis en julio de 1956 al mismo tiempo que lanzaba la suscripción para sus grandes proyectos, publicó solemnemente en noviembre siguiente, en el Boletín diocesano de Padua, una advertencia contra el Padre Pío: «... El obispo subraya la necesidad de evitar todas las exageraciones en las formas de devoción. Se desaconseja, pues, a los sacerdotes y a los fieles que organicen en la diócesis peregrinaciones al Padre Pío de Pietrelcina e igualmente organizar celebraciones de Misas o de cenáculos de oración en unión con ese padre. Se considera que todo eso no corresponde al *Sensus Ecclesiae Christi*, pues la Iglesia reserva determinadas manifestaciones para los siervos de Dios ya difuntos».

So capa de prudencia en materia de mística, Mons. Bortignon buscaba evitar que el dinero de sus fieles fuera a parar a otras arcas. Necesitaba cinco mil millones de liras y deseaba ver sus dos obras acabadas en otoño de 1958. Tenía que apresurarse. Giuffrè y su método llegaban a punto². Para el seminario menor fueron recogidos 161 millones por el clero entre los fieles; para la casa de la Providencia, fueron suscritos 700 millones por los ayuntamientos y la administración provincial, que se reservaban setecientas de las dos mil plazas previstas, y otros 300 millones fueron prestados o donados por diversos bancos locales. Se habían reunido poco más de mil millones de los cinco mil necesarios. Mons. Bortignon colocó en depósito esos mil millones en manos de Giuffrè, que se comprometió a dar el 90% de intereses al año. En el año 1957, Giuffrè pudo dar los intereses prometidos, pero en 1958 se produjo el crac de su Sociedad. El seminario menor no fue nunca construido y la casa de la Providencia no abrió sus puertas hasta

1962 con quinientas camas en vez de las dos mil previstas.

Se puede calcular que Mons. Bortignon no salió malparado, pues si sus grandiosos proyectos no fueron el éxito que él deseaba, tampoco perdió dinero, ya que Giuffrè, según dijo, al parecer le pagó 920 millones de liras en intereses el primer año. El estafador no pudo entregar esos fabulosos intereses sino porque al mismo tiempo otras personas depositaban importantes cantidades en la Sociedad anónima de bancos. Escalada sin fin. En total fueron unas trescientas obras cuya financiación Giuffrè se comprometió a financiar, o mejor dicho prometió financiar. El crac de su Sociedad ocurrió el 18 de agosto de 1958 después de que los prestamistas, cansados de esperar sus intereses, pusieron una denuncia y algunos de ellos pidieron que se les devolviera el dinero. La quiebra se declaró oficialmente en 1962 por el tribunal de Bolonia. Giuffrè muere en su lecho el 11 de junio de 1963, antes de haber tenido tiempo de comparecer ante la justicia. Quienes le habían prestado el dinero tuvieron que arreglárselas solos para sacar adelante sus arcas y pagar a sus prestamistas. Así el Padre Pío fue víctima de un asunto financiero en el que había permanecido totalmente al margen.

UNA ORDEN COMPROMETIDA

Más de siete mil millones de liras habían sido confiados por organismos de Iglesia a Giuffrè. Fueron raros los que pudieron recuperar, como Mons. Bortignon, su dinero antes del crac. Sin embargo, las advertencias no habían faltado. En Italia, en todas las cancillerías de los obispados, en todas las curias generalicias o provinciales de las Ordenes religiosas, era conocido el nombre de Giuffrè. Eran numerosos los clérigos que habían recurrido a sus procedimientos para financiar más rápidamente sus obras. La provincia capuchina de Foggia había sido de las más ambiciosas. En los años 1955-1960 había tomado a préstamo mil millones seiscientas mil liras para construcciones diversas: un nuevo convento, una iglesia, la cancillería provincial. Fueron numerosos los clérigos que habían sido dotados de un automóvil para las necesidades de su apostolado, en la región se les llamaba «monjes-claxon». Los intereses fabulosos prometidos por Giuffrè por las cantidades que le eran depositadas permitían, según pensaban, esos gastos y también numerosos proyectos. Bastaba con pedir a los fieles la mayor cantidad de dinero para obtener un beneficio «doble», según la divisa del banquero de Dios.

Los donativos recibidos por el Padre para la Casa Sollievo eran presa tentadora para esos religiosos obsesionados de pronto por un apetito insaciable de dinero nuevo que invertir y de construcciones que dejar a la posteridad. El superior general de esta época insensata, el padre Teofilo dal Pozzo della Chiana, fue un día a San Giovanni Rotondo para pedir al guardián del convento, el padre Carmelo da Sessano, superior directo del Padre Pío, que le animara para que confiase a Giuffrè los donativos que recibía³. El padre Carmelo, molesto por el encargo de su superior provincial, explicó al Padre Pío el sistema de Giuffrè y le pidió consejo.

—No veo claro este asunto —respondió el Padre—. No está de acuerdo con la moral y no es lícito.

En efecto, por parte de los clérigos clientes de Giuffrè se trataba nada menos que de usura, puesto que recibían intereses sobre capitales que no les pertenecían y de prevaricación pues utilizaban el dinero recibido en otros fines distintos de los propuestos a sus prestamistas.

Pío XII pensaba lo mismo acerca de este asunto. Los métodos de Giuffrè habían sido conocidos en el Vaticano. El papa quiso poner en guardia de inmediato a las diversas autoridades eclesiásticas. Con una carta circular de abril de 1957 enviada por la congregación del Consistorio, se pedía a los obispos y a los responsables de las congregaciones y órdenes religiosas que no mantuvieran relaciones con Giuffrè. En esas instancias se consideraba que sus métodos eran arriesgados e ilícitos. Bien pocos obedecieron.

Cuando el 17 de agosto de 1958 estalló el escándalo Giuffrè, como consecuencia de diversas denuncias de prestamistas que no conseguían recuperar su dinero ni percibir los intereses prometidos, ya era demasiado tarde. Unas semanas antes, Giuffrè había anunciado por medio de una circular la liquidación de su Sociedad. Las órdenes, congregaciones u obispados se vieron obligados a devolver a los fieles el dinero que les habían prestado y a terminar las construcciones empezadas por el «banquero místico». Para muchos de ellos, la situación era crítica. En la provincia de Foggia sólo se disponía de un millón de liras para devolver los mil seiscientos millones que habían prestado los fieles. Una vez más, el Padre Pío y la generosidad que él despertaba fueron el recurso necesario. De grado o de fuerza.

Señalemos que a los pocos meses, el 9 de octubre, el Padre Pío perdía a su más eficaz protector Pío XII. El padre Agostino ha anotado en su Diario la confidencia que le hizo el capuchino estigmatizado en esa ocasión: «Sintió todo el dolor de su alma por la muerte del papa Pío XII. Pero después el Señor se lo hizo ver en la gloria del paraíso». Con la desaparición del Pastor Angélico, el Padre Pío se volvía a encontrar prácticamente solo para hacer frente a la amenaza que se le acercaba: una serie increíble de presiones, de manipulaciones y de malversaciones destinadas a echar mano de los donativos que recibía y hasta de los bienes de la Casa Sollievo.

UN MILAGRO DE LA VIRGEN

En 1959, en vísperas de la segunda persecución que iba a abatirse sobre él, la situación del Padre Pío no era nada cómoda. Cardenales, obispos, personalidades diversas se mezclaban con el pueblo llano para acercársele, conversar con él, confiarse a él. Su salud era precaria. Perdía sangre continuamente, sólo hacía una comida diaria, al mediodía, si se puede llamar «comida» a unos pocos bocados de ensalada o de patatas hervidas, el vaso de vino y la fruta, que eran lo ordinario... Dormía poco, algunas horas por la noche. Seguía escrupulosamente la regla de su Orden y rezaba maitines, laudes, vísperas y completas con sus hermanos. Sin embargo, tenía que ser fiel a su misión: seguir confesando durante horas, recibir a los fieles y, por supuesto, celebrar la Misa por la multitud de peregrinos. Que pudiera mantener esa actividad tan agobiante a pesar de sus enfermedades y de su edad –tiene setenta y dos años– es algo milagroso. Se pudo decir que era un «milagro viviente». A lo largo de los años, las enfermedades o los padecimientos no habían cesado. Después de la Misa de Navidad de 1957 se sintió muy mal de repente. Durante varios días tuvo sufrimientos terribles, dolores de cabeza continuos e insomnio. En noviembre de 1958 padeció una otitis y, durante dos días, no pudo confesar. En abril de 1959 fue aquejado de una bronconeumonía complicada con pleuresía. Desde que se puso enfermo el 25 de abril hasta el 7 de agosto siguiente, fecha que él consideraba como la de curación milagrosa, estuvo prácticamente separado de los fieles, en la cama e incapacitado para decir Misa. El padre Agostino, testigo precioso, ha señalado en su Diario las fechas esenciales, aunque no son bastantes para reconstruir la trama completa de esa historia:

«A finales de abril, los médicos diagnosticaron una bronconeumonía. Unos días después, señalaron una pleuresía que obliga al padre a un reposo absoluto. Desde el 5 de mayo no celebra Misa ni confiesa. Le han hecho tres veces una punción de algo más de mil gramos de suero. El 4 de junio vinieron los profesores Gasparini⁴ y Pontoni. No han ordenado punción del suero, pero han recetado medicinas para reasorberlo. El padre sufre porque no puede seguir su vida de cada día con su ministerio espiritual para el bien de las almas. Por un micrófono oye desde su celda las ceremonias que se celebran en la

iglesia y después de la ceremonia dirige al pueblo unas palabras santas y les da a todos la bendición»⁵.

Estas breves palabras dirigidas por micrófono a los fieles desde su celda han sido conservadas y editadas en varios idiomas desde 1960. Ocupan poco sitio, sesenta páginas de un pequeño libro de formato minúsculo. Pero son como un compendio de los mensajes que el Padre Pío dirigió a los peregrinos a lo largo de su vida. No es un Padre Pío que, como en las cartas a sus directores de los años 1910-1920, manifiesta los secretos de su alma, no es un autor místico que expone una doctrina, son sencillamente consideraciones familiares y profundas destinadas a alimentar las almas que acudían buscando consuelo, fe y ejemplo a San Giovanni Rotondo. Durante la primavera y el verano de 1959, en las grandes fiestas y los domingos, después del ángelus de mediodía y de la tarde, el Padre Pío dirigió desde su lecho algunas exhortaciones a los peregrinos.

Un fiesta del Corpus Christi, al acabar la procesión del Santísimo Sacramento, el Padre Pío dijo en pocas palabras sencillas y teológicamente correctas lo que de verdad era la Eucaristía: «Jesús se ha dado a nosotros por entero y sin límite. Procuremos hacer lo mismo con Él y aprendamos a darnos a él con ese mismo amor. Sabemos bien lo que nos da dándose Él mismo. Nos da el paraíso»⁶. La hostia consagrada entregada a los fieles es un poco de paraíso, es decir, un poco de vida eterna y de gloria de Dios dadas a los hombres ya en esta tierra. Escuchar la voz ronca del Padre Pío diciendo esta verdad impresionante era una lección inolvidable para los peregrinos.

Algunas veces, cuando sus fuerzas se lo permitían, celebraba la Misa sentado en un sillón en la capilla interior del convento sin asistencia de fieles. En el momento de la consagración intentaba ponerse de pie haciendo un enorme y doloroso esfuerzo. El 1 de julio, Mons. Carta, obispo de Foggia, iba a consagrar la nueva iglesia del convento que había sido terminada. Al Padre Pío le habría gustado participar en la ceremonia. En el último momento se dio cuenta de que no iba a tener fuerzas para asistir a una celebración litúrgica tan larga. Decidió celebrar la Misa solo en la capilla de la Casa Sollievo para no molestar a nadie. Después de la Misa fue presa de mareos y de vértigos. Fue llevado a una habitación del hospital. Perdía gran cantidad de líquido pleural. Los médicos decidieron que permaneciera unos días en la clínica para hacerle más pruebas. Se produjo una gran emoción entre los numerosos peregrinos que había acudido para la consagración de la nueva iglesia. Todos querían visitar al Padre.

Estalló una polémica cuando unos padres capuchinos e, incluso, el propio superior visitaron a su hermano enfermo. Tuvieron que esperar largo rato antes de poder entrar en la habitación del Padre Pío. Un grupo de piadosas fieles se les había adelantado y no estaban por abreviar esa posibilidad única de ver de cerca de su Padre y de decirle algunas palabras... Las mujeres acaparaban al Padre Pío: ése fue el malicioso rumor que se extendió después de este incidente, rumor que iba a ser explotado y utilizado por sus

enemigos.

El 3 de julio, para cortar por lo sano la emoción y el desorden originados por su hospitalización, el superior provincial ordenó al Padre Pío que regresara al convento. A pesar de su extrema debilidad, el pobre capuchino obedeció en el acto. Su estado se mantuvo crítico durante todo el mes de julio. Habría sido necesaria una hospitalización más larga y mayores cuidados. Y entonces se produjo su curación en circunstancias extraordinarias a comienzos de agosto.

El 24 de abril, el mismo día en que se puso enfermo el Padre Pío, la imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima llegaba a Italia. Esta imagen de la Señora tal como se apareció a los niños de Fátima en 1917 es llevada de país en país y de ciudad en ciudad para despertar el fervor mariano y recordar el mensaje y las promesas de la Virgen a Portugal⁷. En 1947, la imagen de Nuestra Señora de Fátima había ya recorrido la península italiana. Esta primera *Peregrinatio Mariae* había tenido un inmenso éxito en la Italia de la posguerra y dio lugar a una renovación de la piedad en un país que acababa de pasar por duras pruebas. En diciembre de 1958, los obispos italianos habían decidido consagrar su patria al Corazón Inmaculado de María. Una nueva *Peregrinatio Mariae* debía preparar a los fieles durante varios meses.

«Llegada a Nápoles el 24 de abril de 1959, la imagen blanca recorrió toda Italia convocando a su paso en todas partes multitudes enormes y piadosas. Todas las regiones de la península, todas las ciudades importantes la acogieron con un entusiasmo y un fervor inesperados»⁸. En la apertura de la misión itinerante de la Virgen de Fátima a través de Italia, el cardenal Cerejeira, patriarca de Lisboa, dirigió a los obispos de Italia un vibrante mensaje que expresaba el espíritu de esa *Peregrinatio*:

«Estamos en una hora apocalíptica del mundo. Son los vientos espantosos del infierno que soplan y hasta los mismos elegidos se dejan arrastrar.

»La Virgen de Fátima vino a la Cova da Iria para recordar a los hombres el camino de la salvación: oración y penitencia. Es el eco de lo que Jesús dijo a los apóstoles en el huerto de los Olivos: “Vigilad y orad para no caer en la tentación”.

»Para llevar su mensaje a todo el mundo, la Virgen de Fátima se hace peregrina. Vedla ahora camino de Italia. Es la “llena de gracia” que pasa. Con ella se encuentra siempre su divino Hijo, el único en quien está la salvación. Y lleva con Él al Espíritu Santo. Esta peregrinación es como un Pentecostés, será una lluvia de bendiciones»⁹.

Esta promesa del cardenal Cerejeira se iba a cumplir especialmente en San Giovanni Rotondo, en la humilde persona del anciano capuchino estigmatizado que tanto había sufrido, tanto había rezado y que iba a pedir un favor particular a su Madre del Cielo.

Una de las últimas etapas de la imagen de Nuestra Señora de Fátima en su recorrido por la península fue en San Giovanni Rotondo, antes de pasar a Sicilia y regresar a Portugal. En los últimos días de julio, el Padre Pío, que seguía en cama enfermo, se

preparó y preparó a los fieles para esa llegada de la Señora. Fue organizada una novena. Todas las tardes, con un mensaje y una intención determinada, pedía a los peregrinos que «fueran mejores con el fin de acoger a nuestra Madre del Cielo le mejor posible». Y les recordaba que aquello era «una gracia muy particular» que recibía San Giovanni Rotondo.

El 5 de agosto por la tarde, la imagen de Nuestra Señora de Fátima llegó a San Giovanni Rotondo. El Padre Pío había exhortado una vez más a los fieles momentos antes: «Nuestra espera va a ser recompensada. Dentro de unos minutos, nuestra Madre del Cielo estará con nosotros. Abramos nuestros corazones a la confianza y a la esperanza. Viene con las manos llenas de gracias y de bendiciones [...] Nosotros debemos también hacer algún sacrificio. El siguiente sacrificio: amar a nuestra Madre celestial con perseverancia y constancia. Hemos de prometérselo y esa Madre no nos abandonará en la pena cuando se vaya de aquí...»¹⁰. Sus palabras fueron proféticas.

Un helicóptero se había posado en el estadio de San Giovanni Rotondo. Miles de fieles acudidos de todo el Gargano esperaban a la Señora. Con el arzobispo de Manfredonia y todo el clero local a la cabeza, llevaron la estatua hasta el convento y algunos la velaron durante toda la noche. No cabe duda de que en las oraciones de muchos y entre las gracias pedidas estaba presente la curación del Padre Pío. Al día siguiente, 6 de agosto, el Padre, que seguía muy débil, fue llevado en una silla hasta la iglesia. Con lágrimas en los ojos besó los pies de la Señora y le puso entre los dedos un rosario que le había regalado un grupo de oración de San Casciano Val di Pesa. La multitud era densa y piadosa alrededor del Padre. Se recogió ante la imagen, llorando y rezando a la vez, y luego lo devolvieron a su celda.

A comienzos de la tarde, después de haber sido trasladada por todos los servicios de la Casa Sollievo, la imagen de la Señora fue subida a la terraza del hospital, donde el helicóptero esperaba para llevarla a Sicilia. El Padre Pío quiso saludarla una última vez. Se hizo llevar a la tribuna de la nueva iglesia del convento y desde una ventana pudo ver cómo el helicóptero se llevaba a la imagen. El helicóptero dio tres vueltas por encima de la muchedumbre y del convento como último saludo. Entonces, muchos son los testigos de ello¹¹, el Padre Pío hizo una súplica ardiente a la Virgen María:

—*Madonna, Mamma mia*, desde que has entrado en Italia estoy enfermo; ¿ahora te vas y me dejas enfermo?

En el acto sintió como «un escalofrío en los huesos» (son sus propias palabras) y dijo a sus hermanos presentes: «Estoy curado». El helicóptero se alejó hacia Sicilia, otra etapa de la *Peregrinatio Mariae*. En la isla se había organizado un congreso eucarístico con ese motivo. Después de diferentes etapas en varias ciudades y santuarios de la isla, el 13 de septiembre, día de la clausura del congreso eucarístico, una gran celebración reunió a 300.000 personas en Catania. Ese día, los numerosos obispos italianos presentes

consagraron solemnemente Italia al Inmaculado Corazón de María, por la voz del legado pontificio, cardenal Mimmi. El papa Juan XXIII envió un radiomensaje. En él hablaba del sentido de esa consagración: «será motivo de un compromiso cada vez más serio en la práctica de las virtudes cristianas, defensa muy eficaz contra los males que las amenazan y fuente de prosperidad, incluso temporal, según las promesas de Cristo».

La Virgen de Fátima avivó un magnífico impulso de piedad por toda Italia. Y había curado al Padre Pío. Unos días después de ese paso por San Giovanni Rotondo, un diario de Foggia publicó un artículo en el que el redactor lamentaba que la imagen hubiera pasado de San Giovanni Rotondo al pueblo de Gargano y no al Monte Sant'Angelo, santuario cercano de allí dedicado a San Miguel. A un hermano que le contaba lo que decía el periodista, el Padre Pío respondió con la sencillez confiada que lo caracterizaba:

—La Señora ha venido aquí porque quería curar al Padre Pío.

Los médicos habían examinado al Padre después de su curación. Habían comprobado un restablecimiento completo y totalmente inesperado por su rapidez. Sus superiores le pidieron al principio que fuera prudente y luego, el 10 de agosto, lo autorizaron a celebrar de nuevo la Misa en la iglesia del convento. El día 21 volvió a confesar. Esa curación del 6 de agosto de 1959 había hecho al Padre Pío, según sus propias palabras, «sano y fuerte como nunca en su vida». Considerando los años que iban a venir y su cortejo de tormentos, no era más que una gracia concedida por el cielo antes de la tempestad.

[1](#) Relato publicado en la revista que él dirige, Notre-Dame des Temps nouveaux, marzo-abril de 1958.

[2](#) Emmanuele Brunatto desenredó el embrollo financiero de la diócesis de Padua durante el episcopado Bortignon en el Libro blanco, destinado a la ONU, Padre Pio, AID, Ginebra, 1963 (H.C.), pp. 20-21.

[3](#) Este episodio es contado por Luciano Cirri, Padre Pio i Papponi di Dio, ediciones «Il Borghese», Milán, 1963, pp. 77-78.

[4](#) En realidad se trata de los profesores Antonio Gasbarrini y Ludovico Pontoni...

[5](#) Párrafo publicado por el padre Derobert, o. c., p. 735.

[6](#) Estos pequeños mensajes han sido editados con el título Père Pio au micro, ed. Librería Santa Maria delle Grazie, San Giovanni Rotondo, 1960, p. 5.

[7](#) Sobre las apariciones de la Virgen en Fátima, su mensaje y sus peticiones, ver el trabajo exhaustivo del hermano Michel de la Sainte-Trinité, Toute la vérité sur Fatima, ediciones de la Renaissance catholique, Saint-Parres-lès-Vaudes, 3 vol., 1983-1985.

[8](#) Fr. Michel de la Sainte-Trinité, o. c., t. III, p. 357.

[9](#) Ibidem, pp. 357-358.

[10](#) Père Pio au micro, p. 53.

[11](#) Hay al menos tres testigos oculares: el padre Agostino en su Diario, p. 188, el padre Raffaele en recuerdos aún inéditos (citados por Fernando Riese Pio X, o. c., p. 425), el padre Carmelo da Sessano, superior del convento en el momento de los hechos, en una carta a Giuseppe Pagnossin reproducida fotográficamente por éste en *Il Calvario di Padre Pio*, t. II, pp. 296-297.

CAPÍTULO 14

LA SEGUNDA PERSECUCIÓN

El crac de Giuffrè no había desvelado todos sus secretos. La provincia de Foggia tenía que devolver a los fieles mil seiscientos millones de liras que les había pedido prestados. En las otras provincias de la orden capuchina, la situación era más o menos grave. Y es que los capuchinos habían sido unos «glotones» (así los había llamado Giuffrè). Para poner a flote las arcas en déficit de la Orden, la curia general decidió en el verano de 1959 recurrir al Padre Pío. Para ello, cuando el mandato del superior de la provincia de Foggia llegaba a su término (tres años), su sucesor no fue nombrado por el sistema normal, es decir, por sus hermanos, sino impuesto a la provincia por un decreto de la curia generalicia de Roma. Este nuevo provincial, el padre Amedeo da San Giovanni Rotondo, fue nombrado el 23 de julio de 1959. Iba a ser un perseguidor del Padre Pío y el hombre de todas las malversaciones.

EL PADRE PÍO TIENE QUE PAGAR

A finales de 1959 se hizo balance de lo que había costado la Casa Sollievo desde el comienzo de los trabajos, incluidas las sucesivas ampliaciones desde 1957. Se llegaba a la cantidad de dos mil millones de liras. Lo más asombroso era que esa suma hubiera sido íntegramente cubierta por los donativos de los fieles, pues el Padre Pío se había negado siempre a endeudarse con los bancos y a pedir préstamos, aunque fuera por los motivos más loables. Desde que abrió el hospital, los gastos de funcionamiento se cubrían en parte con el precio de la estancia que pagaban los enfermos (cada uno daba en función de sus posibilidades, para los pobres los cuidados eran gratuitos), y en parte por los donativos que seguían llegando. Recordemos que, desde su creación, la Casa Sollievo fue ampliada varias veces; fueron posibles por una rigurosa gestión y un aflujo ininterrumpido de donativos. Las dos terceras partes de éstos eran entregados por los peregrinos al Padre, el resto llegaban del mundo entero como transferencias o como cheques.

Esas ofrendas diarias eran ingresadas en la caja de la Casa Sollievo para cubrir las necesidades cotidianas y lo que sobraba se depositaba en el banco local, en Foggia, y a final del mes se ingresaba en la cuenta del hospital en el Instituto de las obras de religión, en Roma. El honrado Angelo Battisti, administrador de la Casa, efectuaba esas operaciones con toda regularidad. Los donativos podían elevarse a varios cientos de miles de liras cada día. Además, todos los años Battisti enviaba un informe detallado de la situación contable de la Casa a la Santa Sede. Las cantidades en circulación fueron siempre bastante importantes y esas sumas fueron una tentadora presa para la Orden capuchina que se hallaba en grandes dificultades después del crac de Giuffrè.

En octubre de 1959, el padre Amedeo le pidió al Padre Pío una ayuda financiera de 100 a 200 millones de liras para la provincia. El Padre no se había mezclado nunca directamente en cuestiones de dinero. Confuso por esta petición, dijo que tenía que hablar de ello al administrador de la Casa¹. Consultado, Angelo Battisti explicó al Padre Pío que no tenía facultades para disponer del dinero del hospital para ayudas de esa clase. Además le dijo que la reserva depositada en la cuenta de Foggia (55 millones de

liras en ese momento) estaba destinada a próximos trabajos de ampliación. El Padre Pío insistió. Quería que se hiciera un esfuerzo para mostrar la buena voluntad de la Casa en ese asunto y para manifestar que él no se desinteresaba de la suerte de la provincia monástica. Por último, se decidió que una cantidad de 40 millones de liras sería prestada a la provincia en dos entregas y que no se exigirían intereses en el momento de ser devuelta. Para el Padre Pío se trataba de una ayuda entre hermanos y no de una operación financiera.

En enero de 1960, el padre Amedeo volvió a la carga siempre por una cantidad de 100 a 200 millones. La Casa Sollievo, según él, tiene los medios de dar ese dinero y el Padre Pío, en cuanto «hijo de la provincia de Foggia», tenía el deber de hacerlo. Pronto será invocada la «santa obediencia»... El Padre Pío habló otra vez con Battisti. Esta vez el administrador manifestó que el estado de las finanzas de la Casa no permitía ya ninguna ayuda de esa importancia. El Padre comprendió bien el dilema. También sabía que no responder a las exigencias del provincial le traería algunos inconvenientes. Le dijo a Battisti:

—Tu resistencia dará lugar a que me hagan la vida imposible, se van a poner todos contra mí e invocarán de algún modo la obediencia.

Es lo que ocurrirá. Algunos de los hermanos del Padre Pío en el convento de Santa Maria delle Grazie se convertirán en sus perseguidores. El nombramiento del padre Amedeo como provincial en julio de 1959 había llevado algunos cambios en la comunidad de San Giovanni Rotondo. Habían llegado nuevos hermanos al convento, un nuevo superior había sido elegido en octubre, el padre Emilio da Matrice. El padre Amedeo, a la cabeza de la provincia, el padre Emilio, guardián del convento, y otros hermanos iban, en efecto, a hacerle la vida imposible al Padre Pío. Después de su negativa a hacer un «nuevo gesto» a favor de las finanzas de la provincia, se intentó por todos los medios sacarle dinero.

Primero se trató de actuar por caminos indirectos. El padre Mariano, que tenía toda la confianza del Padre y era capellán de la Casa Sollievo, iba todos los días a la celda del Padre, recogía los donativos recibidos durante el día y las transferencias y cheques llegados por correo y los llevaba directamente a los servicios contables de la Casa. Un día, el provincial en persona lo esperó a la salida de la celda del Padre y le ordenó que entregara la bolsa de los donativos no a la caja del hospital, sino al ecónomo del convento. El padre Mariano se negó a disponer así de los donativos de los fieles sin la conformidad del Padre². Pocos días después era sustituido en su cargo por dos hermanos afectos al padre Amedeo y al padre Emilio y enviado a descansar a un hospital psiquiátrico...

Luego, se intervino más directamente. Llegaban todos los meses cientos de cartas al convento para el Padre. Se tomó la decisión de abrirlas todas antes de entregárselas. Se

hacía una selección: sólo los cheques y las transferencias específicamente consignados «Para la Casa Sollievo della Sofferenza! eran entregados al Padre, las cartas que no llevaban destinatario o que estaban dirigidos a Padre Pío sin más precisión se entregaban al ecónomo del convento. Las cantidades debían ser repartidas entre el convento y la provincia. ese desvío de fondos se hizo más rentable aún por una tarjeta de votos editada por el convento para el año 1960. Esas tarjetas servían al Padre y a sus hermanos para dar las gracias a los donantes o contestar a los votos recibidos. Ese año, todas llevaban impreso en una esquina el siguiente *post scriptum*: «Para el envío de donativos es preferible utilizar la cuenta corriente 13-8511». Era el número de la cuenta del convento. Medio infalible para desviar la generosidad de los fieles, sin que ellos se enteraran, de la Casa Sollievo al convento y a la provincia.

Los apuros financieros de la Orden habían llevado a respetables religiosos a procedimientos poco honrados. Lo peor quedaba por venir...

Afuera, la hostilidad hacia el Padre Pío se manifestaba con mayor o menos claridad. Mons. Bortignon, obispo de Padua, seguía sancionando a sus diocesanos o a sus sacerdotes que persistían en mantener cualquier relación con el Padre. Actuaba por idénticos motivos que los «glotones» del convento de San Giovanni Rotondo, pero también por una visceral desconfianza hacia lo sobrenatural. Ya en los años 40, cuando sólo era superior de la provincia capuchina de Venecia, había acosado a un santo religioso de su Orden, el padre Leopoldo da Castelnuovo, que murió el 31 de julio de 1942. Ennemond Boniface cuenta el hecho siguiente: «Durante su agonía, este santo moderno contó que Girolamo Bortignon había sido la más dura prueba de su vida. No es la primera vez que se verá a un místico incomprendido por su superior. El padre Bortignon acusaba al padre Leopoldo de ignorar la moral y deformar las conciencias. Prohibía a los seminaristas que se confesaran con él»³.

Este religioso perseguido por Bortignon ha sido declarado bienaventurado por la Iglesia y su proceso de canonización continúa. Una vez obispo de Padua, Mons. Bortignon se destacó por su hostilidad hacia el Padre Pío. A las advertencias siguieron pronto las denuncias y las sanciones. El 2 de julio de 1959, recibido en audiencia por Juan XXIII, le expuso la situación de su diócesis y las turbaciones provocadas, según él, por una devoción exagerada al Padre Pío. A finales de ese mismo año, castigaba con la sanción de suspensión *a divinis* a dos sacerdotes de su diócesis, Attilio Negrisoló y Nello Castello, acusados de haber formado grupos de oración, a pesar de su prohibición y de haberse confesado habitualmente con el Padre Pío. Esta sanción les privaba del ejercicio normal de su ministerio. En febrero de 1960, una mujer piadosa, Costantina Nalesso, era castigada con un «interdicto» que le prohibía recibir los sacramentos. Su crimen era haber recogido en la diócesis donativos para la Casa Sollievo entre los fieles del Padre Pío. Mons. Bortignon le había pedido antes que le diera parte de las cantidades recogidas

y luego, ante su negativa, la sancionó. Evidentemente, estos incidentes daban que hablar. Los dos sacerdotes castigados recurrieron ante el tribunal eclesiástico de la diócesis y luego emprendieron un largo proceso, que duró diez años y terminó ante la Rota romana en 1970 con la completa rehabilitación de los acusados.

UNA SOSPECHA GENERALIZADA

Esta actitud de Mons. Bortignon en su diócesis jugó un papel importante en los acontecimientos que siguieron, influyó notablemente en algunas posturas tomadas por obispos de la región de Triveneto, de la que era secretario e informador. Su vecino inmediato, Mons. Albino Luciani (el futuro Juan Pablo I), obispo de Vittorio Veneto, no tardó en adoptar la misma postura hostil hacia el Padre Pío. Ambos obispos se conocían desde hacía mucho tiempo. Antes de ser nombrado obispo de Padua, Mons. Bortignon había ocupado de 1944 a 1949 la diócesis de Belluno. En 1947 había nombrado al joven Albino Luciani vicario general. Trasladado a Padua, había conservado algunos lazos con su antiguo vicario. En diciembre de 1958 sugirió a Juan XXIII que nombrara a Luciani para la sede de Vittorio Veneto. ¿Fue quizá por amistad y agradecimiento hacia Bortignon que Mons. Luciani, poco más de un año después, puso también en guardia a sus fieles contra el Padre Pío?

Sea lo que fuere, la hostilidad de esos dos prelados obedecía a motivos diferentes. En Mons. Bortignon se trataba de no dejar que se fueran a San Giovanni Rotondo los donativos. Consideraba que la generosidad de sus fieles debía ejercerse primero en su propia diócesis. Mons. Luciani no obedecía a las mismas consideraciones. No se había manchado con los dudosos asuntos de Giuffrè. Siempre se había mostrado un pastor cercano a su pueblo, sabiendo predicar el Evangelio con palabras sencillas y llenas de sentido común. La advertencia que iba a hacer pública contra el Padre Pío estaba inspirada, ante todo, por la prudencia tradicional de la Iglesia ante lo sobrenatural y ante las manifestaciones espontáneas de devoción que inspira. Por lo demás, se puede observar que el mismo boletín diocesano conminatorio hacia el capuchino estigmatizado y sus fieles contiene otra advertencia contra «la apertura hacia la izquierda» (*sinistreggiare*) de los católicos y «el marxismo inconsciente y el laicismo consciente» que lleva consigo. Así es que Mons. Luciani intervenía en el asunto Padre Pío como obispo prudente que desea preservar intacta la fe de sus fieles y que tiene confianza (quizá demasiada) en sus colegas.

El 29 de enero de 1960, Mons. Luciani hizo una visita al obispo vecino suyo.

Podemos suponer que hablaron del caso del Padre Pío y de la gran devoción que le tenían numerosos fieles de la región⁴. Mons Bortignon debió de mostrarse convincente, puesto que el 4 de febrero, en una reunión de los vicarios diocesanos de su diócesis, Mons. Luciani juzgó bien ponerlos en guardia ante las «devociones poco límpidas» que se practicaban entre los fieles del Padre Pío. Advertencia solemne que se publicó en el boletín oficial de la diócesis. En este escrito se reconoce el estilo, familiar en la forma y firme en la intención, que más tarde será el de Albino Luciani ya Juan Pablo I:

«Devociones poco límpidas: son las que manifiestan un deseo exagerado de lo sobrenatural y de lo insólito. Los fieles necesitan pan sólido (Misa, catecismo, santos sacramentos) que los alimente; y no chocolates, pastelillos y golosinas que los empachen y los ilusionen.

»Entre esas golosinas indigestas, el obispo señala las peregrinaciones al Padre Pío en viajes organizados. El Padre es un santo varón; pero está rodeado por algunos fieles de algo que se parece al ridículo o a la superstición. Queda prohibido a los sacerdotes participar y dirigir peregrinaciones a San Giovanni Rotondo. En cuanto a los grupos de oración, el obispo no ha permitido su fundación cuando se le ha solicitado; si existen algunos grupos en diversas parroquias, ya no deben surgir otros nuevos».

La advertencia no admitía equívoco posible; recordaba, y esta vez oficialmente, una desconfianza antigua expresada hasta entonces a diversas personas a título privado. Mons. Luciani se mostraba fiel discípulo del obispo del que había sido joven vicario general.

Estas declaraciones sucesivas de obispos no habían sido ignoradas, desde luego, por el Vaticano. Al propio tiempo, quejas contradictorias llegaban al Santo Oficio. Por una parte, ciertos defensores del Padre Pío denunciaban la desviación de donativos por orden del padre Amedeo y del padre Emilio, así Angelo Battisti en una carta al cardenal Ottaviani en marzo de 1960. Por otra parte, personas bien intencionadas acusaban a los administradores de la Casa de mala gestión y de gastos desconsiderados.

El cardenal Ottaviani, secretario del Santo Oficio, decidió clarificar la situación. En abril de 1960 envió en misión a San Giovanni Rotondo uno de sus colaboradores, Mons. Crovini, sustituto del Santo Oficio y responsable del Índice. Estaba encargado de controlar la gestión de la Casa e investigar las quejas que habían llegado al Santo Oficio⁵.

Apenas enterado de esta misión de carácter administrativo ordenada por el Santo Oficio, el ministro general de los capuchinos, padre Clemente da Milwaukee, escribió al papa el 14 de abril pidiendo que un visitador apostólico fuera enviado a San Giovanni Rotondo. ¿Hacía esta petición para cubrirse ante las autoridades superiores o para cortocircuitar, anticipándose, el informe que entregaría Mons. Crovini y las sugerencias que haría? En todo caso, en esa carta hablaba de la «situación peligrosa» en la que se

encontraban, según él, la comunidad de San Giovanni Rotondo y la Casa Sollievo. Imploraba a Juan XXIII que tuviera a bien ordenar lo más pronto posible una visita apostólica, única «posibilidad de solución eficaz y total». Esta visita apostólica solicitada, y obtenida, iba a anular los efectos positivos de la misión Crovini.

Mons. Crovini permaneció en San Giovanni Rotondo del 18 al 28 de abril. Había visitado la Casa, analizado las cuentas, interrogado a unos y a otros, en especial al administrador Battisti y al Padre Pío. Había llegado a la conclusión de una buena gestión del hospital. En cambio, su informe enunciaba las prácticas reprensibles de los superiores del Padre Pío, que se apoderaban de una parte de los donativos de los fieles. Redactó un informe en ese sentido para el Santo Oficio. Podría haberse creído que el asunto había terminado.

MICRÓFONOS EN EL CONFESONARIO

Sin embargo, no fue así. Antes incluso de que Mons. Crovini hubiera comenzado su misión, el ministro general de la Orden había pedido, como hemos visto, una visita apostólica a San Giovanni Rotondo. El 30 de abril, Juan XXIII recibió al ministro general y a los seis definidores generales de la Orden y les informó de que aceptaba dar curso a su petición. Eso era anular de hecho el informe de Crovini aun antes de que fuera conocido. Se puede pensar que el papa actuaba así por prudencia más que por hostilidad hacia el Padre Pío y para satisfacer la petición de los superiores de la Orden capuchina que él juzgaba bien fundada puesto que era unánime.

Esta visita apostólica, mucho más solemne y con poderes canónicos más amplios que una simple misión de control administrativo, satisfacía a todos los responsables de la Orden capuchina: al ministro general porque iba por fin a clarificar la situación y a permitir que se tomaran las medidas que fueran necesarias; al padre Emilio, superior del convento, al padre Amedeo, provincial, y al padre Bonaventura da Pavullo, definidor general de la curia generalicia, porque, según ellos, iba por fin a sacar a la luz la incapacidad del Padre Pío y del administrador designado por él para la gestión de la Casa y a emplear bien las aportaciones de los fieles. Esos tres religiosos, con la complicidad de algunos hermanos, tuvieron entonces la idea sacrílega de colocar micrófonos en los diferentes lugares del convento de Santa Maria delle Grazie para grabar las conversaciones de los fieles con el Padre Pío. Idea sacrílega, puesto que no se trataba sólo de espiar al Padre, sino de escuchar lo que le decían en confesión y lo que él aconsejaba a sus penitentes.

Querían vigilar las palabras del Padre y al mismo tiempo, en sus relaciones con sus penitentes, comprobar si en todo punto él observaba la regla de la Orden y conocer sus intenciones. ¿No hablaba mal de sus superiores? En las conversaciones con sus más fieles discípulos, ¿no trazaba algún proyecto secreto? Y, en una palabra, ¿estaba sano de espíritu? Quienes ordenaron y quienes organizaron esas escuchas, en un momento en que las peregrinaciones de fieles estaban en su cumbre en San Giovanni Rotondo, actuaban, para algunos, por el bien de la Orden capuchina, o al menos así lo pensaban. Querían

impedir que la Casa Sollievo no fuera a la deriva (temor injustificado, si se considera el informe Crovini, pero no se habían tomado la molestia de examinar su contenido y de esperar las conclusiones). Otros actuaron por amistad o por temor a sus superiores.

Se puede aventurar otra hipótesis para explicar esas escuchas sacrílegas. Desvelar un complot en el que mística dudosa e intereses materiales están mezclados. Ha sido difícil desenredar los hilos de esta madeja⁶, pero sólo ese clima de falsa mística, en contraste con lo sobrenatural auténtico del Padre Pío, puede explicar que religiosos y sacerdotes hubieran llegado a esas prácticas sacrílegas.

Entre las religiosas de la congregación de celadoras del Sagrado Corazón empleadas como enfermeras en la Casa Sollievo se encontraba una tal hermana Lucina. Decía tener visiones, comía muy poco y apenas dormía porque sus visiones siempre tenían lugar por la noche. Sus visiones eran su única preocupación y su vida giraba en torno a esa idea fija. Las opiniones acerca de ella estaban divididas. Eran numerosos los religiosos que creían dudoso su caso, más cercano del monoideísmo neurótico que del sano equilibrio de los auténticos místicos. Pero tenía sus partidarios precisamente entre los religiosos implicados en el asunto de los micrófonos. En la correspondencia entre los conjurados, su nombre se repite con frecuencia. Estaba también muy relacionada con Umberto Terenzi, párroco del importante santuario romano del Divino Amor y que será un importante protagonista de este asunto.

Por otra parte, se sabe que las religiosas empleadas en la Casa se hallaban entonces en conflicto frecuente con el administrador. Presentes en el hospital desde sus comienzos, se consideraban sus cofundadoras y gustosamente habrían tomado a su cargo la obra de la que el Padre Pío había sido desposeído. Este futuro radiante era el que sor Lucina entreveía en sus visiones. Este clima de exaltación mística y de envidia mezcladas puede explicar que ciertos religiosos hubieran creído deber suyo espiar al Padre hasta en el confesonario. Era servir a una gran causa.

En cuanto se tomó la decisión de una visita apostólica, pasaron a la acción. En definitiva, su intención era preparar esa visita y proporcionar elementos de juicio «a las altas esferas», empleando métodos de investigación que el visitador, evidentemente, no podría nunca utilizar. Los sacerdotes y religiosos implicados en esto de los micrófonos son conocidos. El padre Giustino da Lecce y el hermano converso Maseo da San Martino in Pensilo, primero; dos religiosos especialmente encargados de ayudar al Padre Pío en sus desplazamientos y en su vida cotidiana, como es tradición en la Orden capuchina con los hermanos de edad o enfermos. Estos religiosos, en quienes el Padre tenía toda su confianza, fueron los que instalaron los micrófonos con la ayuda del padre Daniello da Roma, que desde hacía poco había sido destinado a San Giovanni Rotondo con ese solo objeto⁷. El padre Emilio, guardián del convento, y el padre Amedeo, provincial, se encargaban de recoger las cintas grabadas y de transcribirlas. El padre

Aurelio da Sant'Elia a Pianisi, que con frecuencia estaba en misión de predicar, y el padre Perguiliano da Caselle Torinense, guardián del convento de Foggia, actuaban de intermediarios. El padre Bonaventura da Pavullo, definidor general en la curia generalicia, y Umberto Terenzi, párroco del santuario del Divino Amor, eran en Roma los últimos destinatarios de las cintas magnéticas y los comanditarios de este asunto.

En las notas y testimonios escritos que existen sobre esta cadena del espionaje y del sacrilegio, se hace referencia a menudo a «órdenes de arriba», a protecciones «alta instancia», a «superiores mayores del Santo Oficio». El padre Bonaventura y Terenzi, ¿actuaban por propia iniciativa o efectivamente por orden de superiores eclesiásticos situados más arriba? En ausencia de pruebas indudables, hay que dejar por el momento sin respuesta la pregunta. Será aún mucho tiempo uno de los enigmas fascinantes y horribles que hay en la historia.

Los micrófonos fueron, pues, colocados a finales de abril o principios de mayo. Primero en la celda del Padre Pío: la celda n° 5 en la que a veces recibía sus visitas y confesaba desde hacía tiempo a sus fieles más conocidos. Una grabadora fue instalada debajo de la cama conectada con la luz de la cabecera. El aparato se manejaba desde el pasillo por medio de un interruptor colocado detrás de un cuadro. Otro aparato fue instalado en el locutorio, donde el Padre recibía también visitas, escondido en un armario, que estaba situado en el marco de una ventana próxima al sillón donde el Padre se sentaba. Y un tercer aparato fue colocado en el confesonario reservado para las mujeres.

¿Imaginamos en qué circunstancias fueron instalados esos aparatos? Uno de los padres vigilaba mientras los otros hacían la fechoría. No tenían que ser descubiertos por el Padre Pío o por uno de los religiosos del convento que no estuviera complicado con ellos. ¿Imaginamos cómo se obtenían las grabaciones? Los conjurados tuvieron que estar, todos los días durante meses, al acecho de todos los movimientos del Padre Pío, poner en marcha en mecanismo acercándose al cuadro cuando él entraba en su celda, al armario cuando recibía en el locutorio, al confesonario cuando recibía a un penitente.

El padre Giuseppe, que entonces estaba en el convento, contó más tarde haber visto una noche al padre Giustino, al padre Daniele, al hermano Maseo, al padre Aurelio y a Terenzi juntos cerca del confesonario del Padre. Estos últimos fueron, sin duda, a comprobar la instalación hecha por los primeros. El padre Giuseppe no sospechó nada. ¿Cómo iba a imaginárselo? La instalación debió de haberse hecho bastante bien, pues el padre Giustino asegurará que había oído en las cintas incluso los suspiros del Padre Pío...

Las grabaciones en el locutorio y en el confesonario empezaron el 9 de mayo de 1960. Duraron cuatro meses, hasta que el visitador apostólico se enteró de su existencia y ordenó que se interrumpieran. Las que se hicieron en la celda duraron menos tiempo,

porque un día el Padre lo descubrió y cortó con una navaja el cable, lo cual provocó un cortocircuito. El Padre Pío se quejó de esta práctica sacrílega a varios visitantes. A Giovanguilberto Alessandri, magistrado del tribunal de apelación de Florencia y que era penitente suyo desde 1936, le entregó la navaja ennegrecida por el cortocircuito. Más tarde, la foto de la navaja será publicada en los periódicos.

En total, unas treinta y siete cintas fueron grabadas sin que se dieran cuenta el Padre Pío, sus visitas ni sus penitentes. Las grabaciones, o bien eran recogidas directamente por Terenzi, que venía de Roma a escondidas, o bien eran enviadas por correo certificado desde Foggia para no despertar sospechas. ¿De qué pudieron enterarse esos espías sino de secretos del alma que en ningún caso le servirían en su empeño de denigrar al Padre Pío y de apoderarse de su obra?

UNA VISITA APOSTÓLICA ESCANDALOSA

Ya hemos dicho que, el 30 de abril, Juan XXIII accedía a la petición del ministro general de la Orden de enviar un visitador apostólico a San Giovanni Rotondo. El derecho canónico prevé que el Santo Oficio, en nombre del papa, nombre un visitador apostólico. En el caso presente, hacía falta que la misión Crovini hubiera terminado, es decir, que su informe fuese entregado para que no hubiera interferencia entre las investigaciones, aunque la naturaleza de una y de otra era muy diferente.

En este asunto, una circunstancia de peso: el 16 de mayo de 1960, Mons. Bortignon entregó en el Santo Oficio una carpeta de acusación –¡en 16 volúmenes!– contra el «cisma carismático» provocado por el Padre Pío. No sabemos exactamente cuál era el contenido de esa carpeta, pero, considerando las decisiones anteriores del obispo de Padua, se puede suponer que sería abrumador.

Así pues, dos investigaciones y dos informes muy diferentes llegaron al Santo Oficio en pocos meses. El primero en fecha fue el informe Crovini, que hacía una apreciación positiva de la gestión de la Casa Sollievo y, por el contrario, denunciaba las desviaciones de los donativos ordenadas por el padre Emilio. El cardenal Ottaviani se mostró fiel a su deber y al mismo tiempo obediente al papa. Hizo su deber firmando a comienzos de junio un decreto que ordenaba el traslado del guardián, del padre Raffaele, ecónomo, y del padre Giustino a otros conventos. El antiguo superior del convento, el padre Carmelo da Sessano, era repuesto en sus funciones. Obedeciendo al papa, «el carabinero de la fe» nombraba en el mismo decreto un visitador apostólico en la persona de Mons. Ronca.

Al recibir el decreto del Santo Oficio que castigaba a algunos culpables de malversaciones financieras (los micrófonos estaban en pleno funcionamiento, al parecer sin que lo supieran las altas autoridades) y nombraba un visitador apostólico, el padre Clemente da Milwaukee, ministro general de la Orden, obtuvo ser recibido en audiencia por el papa. Protestó contra las sanciones impuestas sin haber sido consultado y recusó al visitador nombrado. Poniendo en juego su dimisión, pidió a Juan XXIII que anulara el decreto y nombrara a otro visitador. ¿Sugirió algún nombre? Es muy posible. En la sesión plenaria del Santo Oficio del 12 al 15 de junio, el decreto de Ottaviani fue

anulado y Mons. Maccari era el encargado de hacer la visita apostólica a San Giovanni Rotondo.

Este nuevo visitador les convenía a los espías sacrílegos y a los ladrones de donativos. Tenemos testimonio de ello en una carta de Terenzi al padre Daniele el 15 de junio de 1960:

«En lo que se refiere a los asuntos del padre Pío, puedo decirte que ahora el visitador nombrado ya no es Mons. Ronca, sino otro monseñor de Roma, condiscípulo mío en el seminario romano, muy buen amigo mío y también persona muy recta y “muy guiable” (*guidalissima*)»⁸.

Mons. Carlo Maccri, persona «muy guiable» según Terenzi, era un prelado del Vicariato de Roma. Perteneía a las oficinas 1 y 2 encargadas del culto divino, de las visitas apostólicas y de la disciplina del clero. Escogió como ayudante y secretario de esta visita a Giovanni Barberini, un sacerdote perteneciente a la misma oficina. Fueron nombrados oficialmente el 22 de julio para esclarecer las relaciones entre el convento y la Casa Sollievo y llegaron a San Giovanni Rotondo el 29 por la tarde. Muy pronto, su misión se convirtió en una investigación sobre la vida y virtudes del Padre Pío. Torpezas y provocaciones se sucedieron. La primera persona en ser recibida por Mons. Maccari fue Michele De Nittis, arcipreste de la iglesia parroquial de San Giovanni Rotondo, el mismo que en los años 20 había pertenecido al grupo de los «canónigos de la *dolce vita*», acusadores y calumniadores del Padre Pío. La investigación empezaba mal.

Diversos notables de la ciudad, el administrador de la Casa, hijos espirituales del Padre, monjes del convento y el propio Padre Pío (una sola vez) fueron interrogados a continuación. Mientras, Barberini abría todo el correo que llegaba al convento, incluso las cartas dirigidas personalmente a los monjes y al Padre, para descubrir, según él, millones o un gigantesco tráfico. No encontró más que modestas aportaciones, intenciones de oraciones o agradecimientos por gracias obtenidas. Una vez expurgado el correo, Barberini pasaba el resto de su tiempo en los bares y restaurantes del pueblo llevando una vida alegre e interrogando a la gente sobre el convento y el Padre. Esa conducta poco digna de un sacerdote escandalizó a los fieles del capuchino. Incluso algunos de los más celosos prepararon una expedición de castigo. Lo esperarían al regreso de una de sus salidas nocturnas y se le infligiría una buena paliza. El rumor de ese complot llegó a oídos de algunos padres que consiguieron calmar el ardor de los defensores del Padre⁹.

Pero los hermanos que trataban todavía de defender al Padre Pío no pudieron impedir que se aplicaran medidas coercitivas decididas por Mons. Maccari unos días después de su llegada: las mujeres, después de confesarse en la antigua iglesia, tenían que abandonar el convento y, en ningún caso, podían hablar con el Padre; los hombres, que hasta entonces estaban autorizados por motivos espirituales a ver al Padre en la sacristía o en

la terraza del convento durante la recreación de la tarde, vieron prohibida su entrada en el monasterio, aparte de la iglesia.

Curiosamente, el 8 de agosto, poco más de una semana después de su llegada, Mons. Maccari y Barberini decidieron regresar a Roma. Ambos sabían que no habían terminado su visita. Volvieron a San Giovanni Rotondo el día 14. La explicación de esta interrupción era clara: los dos enviados del Vaticano no quisieron estar presentes en el convento el 10 de agosto, porque ese día el Padre Pío iba a celebrar el 50 aniversario de su sacerdocio.

Ese jubileo sacerdotal fue celebrado con tristeza y amargura. La visita apostólica no había terminado aún y ya mostraba que no sería favorable al Padre Pío. Veinte mil fieles se reunieron junto al capuchino estigmatizado que celebraba un sacerdocio «favorecido con tantos bienes y con tanta fecundidad» según la expresión del futuro Pablo VI, entonces arzobispo de Milán, en el mensaje que le envió en esta ocasión. A cientos llegaron los telegramas al convento. Los cardenales Bacci, de Roma, Lercaro, de Bolonia, Montini, de Milán, Meyer, de Chicago, setenta obispos de Italia y de otros lugares dirigieron mensajes de felicitación al Padre. Hombres políticos, escritores, personalidades del mundo entero (desde Giulio Andreotti hasta Raúl Follereau pasando por Graham Greene) manifestaron su admiración hacia el estigmatizado del Gargano; pero ninguna autoridad eclesiástica, con la excepción de Mons. Carta, obispo de Foggia, se atrevió a estar presente ese día en San Giovanni Rotondo. Juan XXIII no concedió su bendición apostólica como lo había hecho Pío XII en semejantes circunstancias los dos últimos años de su pontificado. *L' Osservatore Romano* no publicó ni un línea sobre ese acontecimiento. En muchos aspectos fue una fiesta desgraciada.

Se imprimió una estampa en recuerdo de la ceremonia jubilar. El texto lo compuso el Padre Pío. En pocas frases resumía la historia de cincuenta años de sacerdocio y de toda una vida dedicada a Dios¹⁰:

*Oh María,
madre dulcísima de los sacerdotes,
mediadora de todas las gracias,
desde el profundo amor de mi corazón
te ruego, te suplico, te conjuro,
que le des gracias hoy, mañana, siempre a Jesús
por el don inestimable
de los cincuenta años de mi sacerdocio.
Jesús,
concédeme el perdón
de mis pecados, negligencias y omisiones,
dame la gracia*

*de perdonar y de perseverar,
bendice con abundancia
a mis superiores y a todos mis hermanos,
haz que los grupos de oración sean
faros de luz y de amor en el mundo.
Oh María,
madre y salud de los enfermos,
ayuda, protege y consuela a los enfermos,
haz que florezca tu
Casa Sollievo della Sofferenza,
otorga al mundo desolado la verdadera paz,
a la Iglesia católica
el triunfo de Tu Hijo.*

Padre Pio da Pietrelcina – Capuchino
en recuerdo de sus Bodas de oro sacerdotales.
Benevento, 10-8-1910
San Giovanni Rotondo, 10-8-1960

Esta hermosa oración sacerdotal resumía una vida de amor a Dios y de donación de sí. En ese día de acción de gracias, el Padre Pío quería olvidar todas sus penas, todas las persecuciones. Robado y traicionado por algunos de sus superiores y de sus hermanos, vejado y maltratado moralmente por los visitantes apostólicos –a la espera de restricciones y obstáculos más dolorosos aún–, ese día sólo quería acordarse de los beneficios del Señor. El Padre Pío iba a cumplir pronto los setenta y tres años. Seguía siendo el mismo, en el fondo, que aquel joven sacerdote que, un día del mes de agosto de 1912, enfermo y recluido en su pueblo natal de Pietrelcina, víctima de los asaltos terribles de *Barbablù*, tenía no obstante todavía la fuerza interior para escribir a su director espiritual: «Sí, mi alma está herida de amor a Jesús; estoy enfermo de amor; siento de continuo el dolor amargo de ese fuego que quema sin consumir»[11](#).

LA INFAMIA

El 14 de agosto, el visitador apostólico y su secretario estaban de vuelta en San Giovanni Rotondo. Fue olvidado rápidamente ese respiro celestial del jubileo sacerdotal cuando, el 16 de agosto, Mons. Maccari ordenó que se pusiera una verja en la comunicación entre las dos iglesias, la antigua donde confesaba el Padre Pío y la nueva donde ahora tenían lugar las celebraciones litúrgicas. En septiembre fue colocada una puerta de enormes barrotes de hierro para impedir que los fieles entraran en la iglesia cuando el Padre confesaba allí.

Continuaron los interrogatorios, Mons. Maccari actuaba con la misma hostilidad sistemática, Barberino con el mismo desenfado. Este último espetó un día a un grupo de fieles que le preguntaron un tanto rudamente sobre la visita:

—Una bendición del visitador apostólico vale más que mil absoluciones del Padre Pío.

La única medida positiva que se le puede atribuir a Mons. Maccari es la de haber puesto fin a las grabaciones sacrílegas. Creyendo haber actuado bien y haber servido a su causa común, ¿fueron los culpables quienes desvelaron este asunto al visitador apostólico o fue el Padre Pío quien le habló del aparato descubierto bajo su cama? Fuera lo que fuese, a final de agosto las grabaciones cesaron. De acuerdo con la Orden y con el Santo Oficio, este asunto fue archivado, los culpables destituidos discreta y más o menos rápidamente de sus funciones y trasladados a otros conventos.

El 18 de septiembre, el padre Emilio da Matrice se vio obligado a dimitir de su cargo de guardián del convento, menos de un año después de haber sido nombrado. Fue sustituido por el padre Rosario da Aliminusa, hasta entonces provincial de Palermo. Este siciliano de cara patibularia iba a portarse como el más feroz de los carceleros, aunque su probidad cortó con el oportunismo y el comadreo de su predecesor.

La visita apostólica tenía que terminar el 2 de octubre, pero Mons. Maccari y Barberini abandonaron San Giovanni Rotondo el 17 de septiembre después de más de un mes y medio de investigaciones e interrogatorios diversos. Se podía temer lo peor del informe que iban a redactar y de las decisiones que iban a ser tomadas.

[1](#) El administrador relató este asunto con detalle al cardenal Tardini, secretario de Estado, el 29 de junio de 1960. Este informe fue publicado íntegramente en Francobaldo Chiocci y Luciano Cirri, Padre Pio, o. c., t. II, pp. 519-524.

[2](#) Episodio citado en el informe de Battisti al cardenal Tardini, o. c., pp. 521-522.

[3](#) Ennemond Boniface, Padre Pio, La Table Ronde, 1966, p. 149.

[4](#) Estas relaciones de Bortignon con Luciani no han sido nunca objeto de un estudio a fondo. En cuanto al episodio que aquí nos interesa, los datos se han podido reconstituir gracias a diversos elementos indicados en Peter Hebblethwaite, Jean XXIII, Le Centurion, 1988, y David Yallop, Au nom de Dieu, Christian Bourgois, 1984. Además, las obras ya mencionadas de Pagnossin y de Chiocci-Cirri y, para el texto de la advertencia episcopal, el Bollettino Ecclesiastico della Diocesi di Vittorio Veneto, nº 2, febrero 1960.

[5](#) Es significativo que el padre Fernando da Riese Pio X en su biografía «oficial» del Padre Pío, compuesta a petición de la orden capuchina, no cita esta misión y ni siquiera el nombre de Mons. Crovini. Sin embargo, esta misión de Crovini es la que incitará a algunos a pedir una visita apostólica y a organizar un espionaje con micrófonos.

[6](#) Algunos elementos se hallan en el testimonio del padre Raffaele en su Diario (inédito) citado por Giuseppe Pagnossin, o. c., t. II, p. 100. Hay otros en la correspondencia de los conjurados: reproducción fotográfica de las cartas manuscritas en Francobaldo Chiocci y Luciano Cirri, o. c., t. III, p. 450 ss., y en Emmanuele Brunatto, Padre Pio, AID, 1963 (H.C.), 18/1 ss.

[7](#) El padre Giustino redactó, en noviembre de 1961, sus confesiones en veintiuna hojas manuscritas. Reproducción fotográfica íntegra en Francobaldo Chiocci y Luciano Cirri, o. c., t. III, pp. 454-474.

[8](#) Fotografía de la carta en Francobaldo Chicci y Luciano Cirri, o. c., t. III, pp. 508-510.

[9](#) El padre Raffaele da Sant'Elia a Pianisi (que fue confesor del Padre Pío de 1926 a 1944, superior del convento de Santa Maria delle Grazie de 1928 a 1941, y que no hay que confundir con su homónimo, ecónomo del convento en los años 60) dejó escrito en su Diario algunos episodios de esta visita tan movida. Algunos pasajes inéditos han sido publicados por Giuseppe Pagnossin, o. c., t. II, pp. 98-101.

[10](#) Texto en Francobaldo Chiocci y Luciano Cirri, o. c., t. II, p. 580.

[11](#) Carta al padre Agostino el 9 de agosto de 1912, Epistolario, t. I. p. 297.

CAPÍTULO 15

CALUMNIADO, SANCIONADO, DESPOSEÍDO

El 3 de octubre de 1960 fue difundido un comunicado de prensa del Vaticano. Comunicado terrible que iba a originar una virulenta campaña de prensa. Merece la pena reproducir el texto íntegro:

«El visitador apostólico, Mons. Maccari, ha marchado de San Giovanni Rotondo y ha anunciado otra visita dentro de breve tiempo. El prelado enviado del Vaticano ha llevado a cabo una investigación sobre todo lo que se refiere a la clausura del convento de las Gracias donde reside el Padre Pío, especialmente sobre la gestión de la Casa Sollievo della Sofferenza y sobre el tráfico de cartas y de paquetes postales que había sido observado estos últimos tiempos entre ciudadanos extranjeros, sobre todo americanos, y elementos locales extraños a la vida del convento.

»Para salvaguardar a la Iglesia de una especie de fanatismo deletéreo, que desgraciadamente se insinúa con frecuencia en el bagaje de las pasiones humanas, se ha implantado un mayor rigor en la clausura de los hermanos y se ha aconsejado un control más atento en las relaciones con los fieles. Ha sido enviado al convento de las Gracias un nuevo superior, hasta ahora provincial de la provincia monástica capuchina de Palermo. El Padre Pío y los hermanos del convento podrán así entregarse con mayor serenidad a su ministerio y a todas las obras de caridad y de amor cristiano que dispensan desde hace más de cuarenta años en ese feliz rincón del Galgano»[1](#).

Este comunicado oficial confuso, desconsiderado y acusador iba a tener consecuencias desastrosas. Consideremos que ya emitía un juicio, cuando el informe todavía no estaba terminado y enviado al Santo Oficio. Por otra parte, la falta de respeto a la clausura, la mala gestión de la Casa y un tráfico de reliquias del Padre Pío eran «rumores» que habían dado lugar a la visita apostólica; Mons. Maccari, al exponerlos públicamente, se guardaba bien de considerarlos como tales y parecía que los aceptaba como hechos al anunciar en la segunda parte las medidas ya tomadas. Además, anunciaba otra «visita» en breve plazo, lo cual daba a pensar que el asunto estaba lejos de estar concluido.

Esta segunda investigación no se realizó nunca, pero su anuncio contribuyó a dramatizar el asunto. En un mes aparecieron unos ochocientos artículos en la prensa italiana sobre el estigmatizado de San Giovanni Rotondo y su obra. Resurgieron entonces todos los chismes y todas las fábulas que se habían propalado sobre él en los primeros tiempos de su estigmatización. Entonces los artículos hostiles fueron más numerosos que los justos y favorables. Algunos periódicos ya anunciaban que la Casa Sollievo iba a pasar bajo el control del Vaticano, porque se habían cometido «irregularidades». *Paese Sera* del 4 de octubre titulaba «El escándalo del famoso padre taumaturgo», explicando a sus lectores que la investigación del Vaticano se refería a un «asunto de varios miles de millones». El *Avanti* publicó un artículo acusador sobre «el fascista de la primera hora». «El capuchino más rico del mundo», «Idolatría e intereses económicos»: tales fueron, entre otros cientos, algunos títulos de artículos que aparecieron durante las semanas siguientes al comunicado de Maccari. Raros fueron los órganos de prensa que tomaron la defensa del Padre e investigaron por su cuenta sobre el terreno.

Mientras la campaña de prensa hacía furor, sus fieles acudían numerosos todos los días para mostrarle amistad y apoyo. El domingo, la iglesia estaba llena en la Misa del Padre. Igualmente, eran enviadas al Santo Oficio y al papa numerosas cartas protestando del tratamiento injusto al Padre Pío y contra los artículos difamatorios provocados por el comunicado de Maccari. Estas cartas fueron, sin duda, particularmente numerosas, sobre todo las procedentes de Italia del norte, puesto que el 5 de noviembre el cardenal Tardini, secretario de Estado, dirigió una carta a diferentes obispos de Lombardía y de Venecia invitándoles a que dijeran «una palabra de lamentación» contra esos fieles celosos y protestatarios. Mons. Bortignon, de Padua, fue rápido en actuar, pues el día 7 publicaba una solemne *Deplorazione* contra los grupos de oración de su diócesis y sus actividades. «Ese movimiento no presenta el carácter evangélico de un grupo de oración, sino el de un conventículo de disidentes».

Una vez más, la agitación y la emoción llegaban al colmo en San Giovanni Rotondo y en los fieles del Padre Pío, que se había limitado, el 4 de octubre, por prudencia y por cansancio sin duda después de tantas tribulaciones, a redactar su testamento. Volveremos a ello.

El padre Carré estuvo con el Padre Pío al comienzo de esos años 60. Ha dejado un bello testimonio sobre el espíritu con el que el Padre vivía su calvario físico y moral:

«Lo vi dos veces y, la segunda vez, después de haberle ayudado en el altar, pasé con él prácticamente toda la mañana. Estaba rodeado, guardado (es la palabra más exacta) por religiosos de rostro patibulario. Vivía un largo calvario. Nunca una persona me había dejado tal impresión de fortaleza contenida, de sentido común, de alegría teñida de buen humor y de paz. No detuve mi mirada en los estigmas de sus manos, que vi claramente.

Estaba habitado por el Espíritu: sin paradoja, pensé en todos los discípulos de Jesús, incluidos los más ordinarios. La unión de la cruz de Cristo y la presencia del Espíritu era evidente en San Giovanni Rotondo. Por eso recordé a tantas personas como conozco, de las más ricas y de las más pobres, que se sienten abrumadas en sus cuerpos y en sus corazones. Ignoran aún que pueden entregar eso que sufren al Espíritu Santo de Dios»[2](#).

MEDIDAS DISCIPLINARIAS DRACONIANAS

Después de su calamitoso comunicado del 3 de octubre, que señalaba el término oficial de la visita apostólica, Mons. Maccari acabó la redacción de su informe, del que había infiltrado algunos datos a ciertos periodistas. Este informe, entregado al Santo Oficio, nos es, por supuesto, desconocido y lo será mucho tiempo todavía. El tono del comunicado puede, sin embargo, darnos una idea de su tenor.

Dos problemas de naturaleza diferente habían sido el centro de la visita apostólica pedida por el Santo Oficio: el propio Padre Pío, su comportamiento, el movimiento de devoción y de fidelidad que le rodeaba; la Casa Sollievo, por otra parte, su gestión y sus finanzas. Las decisiones que van a ser tomadas por el Santo Oficio como consecuencia del informe Maccari se referirán únicamente al primer punto, los problemas relativos a la Casa Sollievo fueron dejados a la apreciación de la secretaría de Estado del Vaticano. ¿Se trataba para el Santo Oficio de no salirse del campo de su competencia (la fe y las costumbres) y dejar a otras jurisdicciones romanas el cuidado de lo temporal? ¿O se trataba para el cardenal Ottaviani de no hacerse cómplice de una decisión concerniente a la Casa Sollievo, que sabía iba a dolerle al Padre Pío? La cuestión sigue en pie.

El 31 de enero de 1961, el cardenal Ottaviani en una carta comunicaba al ministro general de los capuchinos las decisiones del Santo Oficio concernientes al Padre Pío. La carta era precisa y circunstanciada³:

«Considerando por una parte los resultados de la visita que, desgraciadamente, ha revelado demasiadas violaciones de la regla religiosa y, por otra parte, exigencias imprescindibles de prudencia dictadas por las circunstancias particulares creadas por el entusiasmo popular que existe alrededor del Padre Pío, los eminentísimos padres han decidido hacer suyas y definitivas las medidas tomadas de momento por el visitador apostólico y que son:

1. Que el Padre Pío, con la caridad requerida en consideración a su estado de salud, sea reintegrado a la observancia conventual regular.
2. Que sea absolutamente prohibido a los sacerdotes, y con mayor razón a los obispos, ayudar a Misa al Padre.

3. Que todos los días se cambie, en la medida de lo posible, el horario de la santa Misa, como ya hace tiempo había decidido el Santo Oficio.

4. Que sea absolutamente respetada la distancia entre el confesonario del Padre Pío y los fieles que esperan para confesarse, con el fin de que se impida el abuso de personas que, durante las confesiones, tenían la posibilidad de oír el acto de acusación sacramental, como desgraciadamente ha podido ocurrir, a este efecto deben ser mantenidas las verjas prescritas por el visitador.

5. Que sea evitada de la manera más categórica la asiduidad excesiva de los devotos –y especialmente de las devotas– en el confesonario del Padre Pío.

6. Que le sea absolutamente prohibido al Padre Pío recibir a mujeres cuando está solo en el locutorio del convento o en otro lugar».

En la misma carta se pedía que, en el más breve plazo, fuera nombrado un nuevo provincial: elegido fuera de los religiosos de la provincia de Foggia, debía ser designado directamente por el ministro general de la Orden y el Santo Oficio; tendría por primera tarea «efectuar gradualmente el cambio de los religiosos del convento de San Giovanni Rotondo, empezando por el padre Raffaele y exceptuando al actual guardián, el padre Rosario».

Las indicaciones del Santo Oficio, simples repeticiones de las medidas decididas por Mons. Maccari o decisiones complementarias, iban a ser escrupulosamente observadas. Poco más de un mes después de la carta del cardenal Ottaviani, el padre Amedeo, comprometido en el asunto de los micrófonos, era sustituido en su cargo de provincial por el padre Torquato da Lecore, extraño a la región y hombre de disciplina. Conseguiría, con el apoyo del guardián del convento, que se marchara el padre Raffaele, confidente del Padre desde hacía más de treinta y cinco años. El Padre Pío se encontraba cada vez más aislado y muy estrechamente vigilado. El padre Rosario aplicaba la recomendación del cardenal Ottaviani («que el Padre Pío sea reintegrado a la observancia conventual regular» con severidad y sin miramientos. Igualmente hacía mantener el orden entre los fieles. Las mujeres tenían acceso sólo de cinco en cinco a la iglesia antigua donde el Padre confesaba y, mientras esperaban su turno, tenían que estar de espaldas al confesonario para no echar miradas curiosas.

Argumentando que en las atribuciones del superior de la comunidad estaba la de celebrar los ritos de la semana santa, aquel año de 1961 el padre Rosario prohibió al Padre Pío officiar en la iglesia del convento desde el miércoles santo hasta el domingo de Pascua incluido. El Padre tuvo que celebrar los oficios de la semana santa solo, en la capilla interior del monasterio, privado de sus fieles. Numerosos periódicos se hicieron eco de la decepción de los numerosos peregrinos llegados a San Giovanni Rotondo en esa ocasión. Todos se dieron cuenta de la severa llamada al orden que esa medida significaba, era la primera vez en más de treinta años que se impedía al Padre Pío

celebrar las ceremonias pascuales. Algunos diarios difundieron el rumor de que, a este draconiano hacerse cargo del monasterio de San Giovanni Rotondo, seguiría un traslado del Padre a un convento español.

Esta nueva campaña de prensa tuvo la suerte de desagradar al Santo Oficio. Una nueva reunión plenaria de los cardenales de esta congregación acabó tomando una segunda serie de medidas que Mons. Parente, entonces asesor del Santo Oficio, comunicó en carta de 24 de abril de 1961 al ministro general de los capuchinos. «Para eliminar los desórdenes, los peligros y la posibilidad de disturbios» y para no facilitar una reunión demasiado grande de fieles y manifestaciones menos rectas de devoción personal», se prescribía, con amenaza de que la próxima vez se tomarían «penas canónicas»: «que el Padre Pío celebre la Misa en los límites de tiempo que habitualmente se toman los sacerdotes piadosos, es decir, una media hora o todo lo más cuarenta minutos y que se atenga a no celebrar todos los días invariablemente a la misma hora»⁴.

Así pues, habría que cronometrarle la Misa al Padre Pío, si no lo hacía él mismo. Cuando se sabe lo que era una Misa del Padre Pío, cómo la celebración de los Sagrados Misterios era para él una celebración *vivida*, participación física en un sacrificio renovado, se comprende todo lo que estas nuevas medidas podían tener de mezquinas y dolorosas. No obstante, el Padre Pío no protestó cuando el padre Rosario le comunicó esas nuevas órdenes de Roma. «Recibió las nuevas órdenes con espíritu de humildad y obediencia, dijo el guardián del convento, sin poner ninguna objeción»⁵. Es notable, según se expresó Pierre Pascal, un fiel que fue defensor suyo, que la vida del Padre Pío fue un perpetuo «milagro de obediencia». Nunca discutió las órdenes recibidas, por muy injustas que fueran. «Obedecer a los superiores es obedecer a Dios», decía con frecuencia a los fieles que se asombraban de su pasividad. «En un superior temerario, el poder de mandar es una espada en manos de un loco»: esta sentencia de San Francisco de Asís no le era sin duda desconocida, pero también conocía la admonición del Padre seráfico sobre la obediencia perfecta: «Por desgracia, no pocos religiosos se imaginan descubrir que se puede hacer otra cosa mejor que lo que mandan sus superiores; miran atrás y vuelven a sus vómitos: su propia voluntad. Son homicidas, pues sus malos ejemplos siembran la muerte en muchas almas»⁶.

DESPOSEÍDO

Un inmenso impulso de generosidad había permitido la edificación de la Casa Sollievo y seguía en gran parte manteniendo su funcionamiento. Ese maná ininterrumpido había despertado la codicia de la Orden capuchina y había llevado a algunos de sus miembros a actuaciones escandalosas, como si se hubieran vuelto locos a la vista del dinero que afluía del mundo entero hacia el pobre estigmatizado de Gargano. La gestión del hospital fue uno de los objetivos de la investigación del visitador apostólico en 1960. Contrariamente a lo que habían avanzado algunos periódicos, nada de reprehensible se había detectado en la administración de la Casa Sollievo y en el empleo de los donativos recibidos diariamente. Por el contrario, había quedado patente el deseo de malversación de los superiores del convento.

La situación jurídica de la obra no dejaba de ser excepcional: era propiedad de un religioso que tenía voto de pobreza y que había sido dispensado del mismo por Pío XII para poder preservar la fundación. Después de su muerte, ¿qué pasaría con esta obra? ¿Quién sería el propietario? ¿La Orden capuchina, puesto que había sido fundada por uno de sus hijos, o un grupo de fieles del Padre quienes él hubiera instituido herederos, como era su intención?

Después de la deliberación de la comisión cardenalicia para la administración de las obras de religión, el papa decidió que la Santa Sede debía ser propietaria de la obra del Padre Pío. El cardenal Cicognani, nuevo secretario de Estado, escribió pues al Padre Pío el 18 de octubre de 1961 pidiéndole que transfiriera la propiedad de la Casa Sollievo a manos de la Santa Sede.

Para esto, hacía falta que el Padre Pío firmase un acta haciendo donación de las doscientas mil acciones, que le pertenecían y que constituían el título de propiedad del hospital, al Instituto para las obras de religión. El Padre Pío seguiría siendo el director de la Casa hasta su muerte y después el Vaticano nombraría un administrador que dirigiría la obra legada. El 17 de noviembre, el ministro general de los capuchinos, acompañado por el definidor general y el provincial de Foggia, fue en persona a llevar la carta del cardenal Cicognani al Padre Pío. Reunidos en la celda del Padre, los tres superiores

explicaron el objeto de su visita y la utilidad de la firma que se solicitaba. Se trataba de poner definitivamente la obra al abrigo de los aprovechados o «gourmands». Esta gestión inesperada le extrañó al Padre Pío. ¿Tenía derecho a desposeer a sus fieles de una obra cuya construcción habían hecho posible con sus donativos? Pidió una noche de reflexión y el 18 de noviembre, obedeciendo como siempre a los mandatos de sus superiores, firmó el acta que le quitaba, lo mismo a sus fieles, la propiedad de su «gran obra terrestre».

El sacrificio que aceptaba era conforme a los preceptos de San Francisco sobre la pobreza: «Los hermanos no deben poseer nada: ni casa, ni terreno, ni cualquier otra cosa. Como peregrinos y extraños en este mundo, sirviendo al Señor en pobreza y humildad, mendigarán su alimento con confianza, sin avergonzarse, pues el Señor se hizo pobre por nosotros en este mundo»⁷. Además, en su carta de marzo de 1957 a Pío XII, el Padre Pío había propuesto que a su muerte el IOR «tenga a bien aceptar los bienes de la obra Casa Sollievo della Sofferenza y, si posible, los destine a continuar esa misma obra».

En ese momento, el papa no había aceptado esa donación a la Santa Sede. Hoy, otro papa la pedía. El Padre Pío no se negó. Esta decisión conmovió a algunos de sus fieles. Esa exigencia del Vaticano pareció como un castigo suplementario después de la visita apostólica. En realidad, por muy dolorosa que fuera, la medida fue sin duda prudente. De hecho, a la muerte del Padre Pío la Casa Sollievo no será reivindicada por nadie y la Santa Sede, es decir, la Iglesia entera, heredó la obra del Padre Pío y desde entonces la ha administrado con cuidado y según las intenciones de su fundador.

Cuando el cardenal Ottaviani recibió en Frascati a Emmanuele Brunatto, que había ido a protestar por esa expoliación de noviembre, le dio otra explicación de la aparente desposesión:

—Hemos actuado en interés de la Casa y del Padre Pío, con el fin de que la Orden capuchina no pudiese apoderarse de la obra.

El motivo no carecía de justificación. En ese caso ya no fue el Padre Pío quien resultó castigado... Más bien fue la orden capuchina la humillada: el Vaticano obligó a sus superiores generales a firmar un acta que le arrebató para siempre lo que durante algunos años fue objeto de todas sus codicias y ocasión de no pocas conductas abominables.

LOS DEFENSORES DEL PADRE PÍO

El año 1960, que fue para el Padre Pío, por misteriosa coincidencia, el del comienzo de la segunda persecución al mismo tiempo que el de sus cincuenta años de sacerdocio, fue también ocasión para una nueva movilización de sus amigos y fieles para defenderlo y para actuar en su favor. Movilización que ya no cesaría hasta su muerte e, incluso, después. Entre sus defensores se hallaban los laicos que habían estado en primera línea en la época de la persecución de los años 20 y 30: Emmanuele Brunatto y Francesco Morcaldi. También había otros nuevos, sobre todo un rico industrial de Padua, Giuseppe Pagnossin que, durante treinta años, reunió un número increíble de documentos sobre la vida del estigmatizado de Gargano⁸.

En el mes de mayo de 1960, Brunatto fundó en Ginebra una Asociación para la defensa de la persona y de las obras del Padre Pío. La primera intervención de la Asociación fue, después de la visita de Mons. Maccari, una larga carta dirigida el 29 de octubre de ese mismo año a la secretaría de Estado. Prevaliéndose del título de fundador de la Casa –podía pretenderlo por su donativo muy importante de tres millones quinientos mil francos en 1941–, Emmanuele Brunatto amenazaba una vez más al Vaticano: tenía dispuesto un libro, decía, en el que trazaba «la misión histórica del Padre Pío con relación a la Iglesia católica, según una documentación irrefutable y única en el mundo». Brunatto mandaba las pruebas de imprenta al Vaticano y se declaraba dispuesto a publicarlas si el Padre Pío no era dejado en paz de una vez para siempre. «No amenazo a nadie, escribía, pero estoy decidido –y mis amigos lo están conmigo– a hacer saltar esa cábala infernal que dura desde hace un tercio de siglo, si se toca la libertad del Padre Pío o si se introduce la más mínima modificación en las estructuras de la obra sin el consentimiento del Padre y el nuestro»⁹.

A pesar de esta amenaza, el Santo Oficio, como hemos visto, adoptó en enero de 1961 algunas medidas restrictivas contra el Padre Pío. Un año después de esta carta, no habiendo tenido ninguna respuesta ni compromiso, los defensores del Padre Pío pasaron a la acción. Con el acuerdo de Brunatto, que residía entonces de manera habitual en París, Pagnossin proporcionó al *Europeo*, semanario ilustrado de gran tirada,

documentos sobre el asunto de los micrófonos: fotos de los sitios, del cuchillo que había servido al Padre Pío para cortar el hilo del magnetófono instalado bajo su cama y cartas en las que el padre Bonaventura transmitía las consignas al padre Giustino. ¿Cómo habían caído todos esos documentos, o al menos sus fotografías, en manos de Brunatto y de Pagnossin? Eso está, en parte, en el misterio. El cuchillo había sido entregado por el propio Padre Pío a GiovanguAlberto Alessandri, magistrado florentino, uno de sus más antiguos discípulos. ¿Pero y las cartas del padre Bonaventura, pruebas irrefutables? ¿Tal vez algún religioso del convento de San Giovanni Rotondo, fiel al Padre Pío, hizo de espía sin que éste lo supiera, fotografió entre los papeles del padre Giustino las cartas comprometedoras? Es sólo una hipótesis.

Los primeros documentos abrumadores fueron publicados el 5 de noviembre de 1961. El Vaticano no tardó en reaccionar. El 11 de noviembre, un mandatario oficioso de la Santa Sede, Mons. Giacomo Testa, presidente de la Academia pontificia, llegaba a París para entrevistarse con Emmanuele Brunatto. Se vieron varias veces. Estas conversaciones llegaron el 17 de noviembre a un acuerdo: por un lado, se detenía la publicación de los documentos comprometedores; por el otro, habría conversaciones oficiales con el cardenal Ottaviani. Los principios siguientes se establecieron como bases de conversaciones ulteriores: liberación del Padre Pío, mantenimiento del *statu quo* para la Casa Sollievo durante las negociaciones, respeto a los *status* de los grupos de oración reconocidos por Pío XII.

Ya hemos visto cómo ese mismo 17 de noviembre, los superiores de la Orden iban a San Giovanni Rotondo para que el Padre Pío firmara un acta de «desposesión» de la Casa a favor de la Santa Sede. ¿Jugaba el Vaticano con dos barajas al mismo tiempo, tenía un doble lenguaje? Parece ser que no.

Enterado del contenido del acta que había firmado el Padre Pío, Brunatto se puso furioso. Tuvo la impresión de que había sido traicionado. A comienzos del mes de enero de 1962 regresó a Italia y consiguió que le recibiera el cardenal Ottaviani. La entrevista tuvo lugar el día 21 en un lugar discreto de los alrededores de Roma, sin duda el «Oasis santa Rita», un convento a dos kilómetros de Frascati donde se acogía a huérfanos. El cardenal era su fundador y superior y con frecuencia iba allí para descansar. El «carabiniere de la fe» confirmó a Brunatto el deseo de conciliación que tenía en cuanto secretario del Santo Oficio y que era también, según decía, el del papa. Explicó que la decisión tomada había sido en interés de la propia Casa Sollievo y para cortar de raíz todo nuevo intento de que se la apropiara la orden capuchina...

El cardenal Ottaviani afirmó también: «He dado instrucciones directas para que sea respetada la libertad del Padre Pío» y se declaró dispuesto a examinar atentamente las peticiones concretas que podrían serle sometidas por los grupos de oración¹⁰.

Después de este encuentro con el cardenal Ottaviani, Brunatto se instaló en un hotel

a dos pasos del Vaticano, alquiló una oficina, contrató una secretaria y se lanzó a una amplia empresa de información. Él mismo se informó de todos los episodios recientes ocurridos en San Giovanni Rotondo (no había vuelto a Italia desde hacía más de veinticinco años) y, por otra parte, organizó en la prensa una campaña de defensa del Padre Pío. En sus números del 25 de junio y el 25 de julio de 1962, la muy seria revista *Legge e Giustizia*, una de las principales publicaciones jurídicas italianas, estudiaba el tema de las grabaciones sacrílegas desde el punto de vista jurídico y penal. En agosto siguiente, los diarios volvían sobre este triste episodio. *L'Osservatore Romano*, diario oficioso del Vaticano, se vio en la precisión de publicar el 5 de agosto en primera página un suelto desmintiendo la información: «Se ha publicado recientemente en ciertos periódicos que habían sido colocados micrófonos en el confesonario del Padre Pío de Pietrelcina para grabar en cintas magnetofónicas todo lo que se decía entre el Padre Pío y sus penitentes en confesión». El desmentido anónimo no comprometía a nadie y permitía despreciar en una frase los documentos y los testimonios abrumadores que existían. ¿Se reservaban el *Osservatore Romano* y las autoridades vaticanas acabar, por medio de un desmentido escrito y firmado por el propio Padre Pío, con esta acusación lanzada al rostro del mundo? Dos veces, en septiembre de 1963 y diciembre de 1964, le será pedida esa declaración y dos veces se negará a hacerla. En conciencia, incluso por el bien y el honor de la Iglesia, no podía mentir¹¹. Por el contrario, con motivos idénticos y después de algunas flexibilidades en su vida ordinaria del convento, aceptará firmar una declaración en la que dice que es «libre»... Volveremos sobre ello.

En el convento, el padre Rosario cumplía sus funciones de guardián con la más extrema severidad. Prohibió a Elsa Bertuetti que se confesara con el Padre por haber difundido el número acusador de *Legge e Giustizia* en la librería «Santa Maria delle Grazie» cercana al convento. El mismo día le prohibieron la confesión a Emmanuela Gómez de Terán. Su crimen consistía en ser secretaria de Brunatto en Roma. Éste había lanzado poco tiempo antes un boletín mensual, *Franciscus*. Oficialmente se trataba de un boletín de la Asociación de los fundadores y benefactores de la Casa Sollievo della Sofferenza, pero, de hecho, era un boletín de defensa del Padre Pío al mismo tiempo que una revista religiosa de piedad mariana. La tirada de la publicación era de seis mil ejemplares y se hacían dos ediciones, francesa e italiana. Financiada por Pagnossin, redactada por Brunatto, se convirtió rápidamente en la revista de lucha de los defensores del Padre Pío.

En esa misma época, un periodista de *Il Borghese*, documentado por Brunatto y Pagnossin, publicó un pequeño libro en el que por primera vez se contaban el crac de Giuffrè y el asunto de los micrófonos¹². La prensa internacional se hizo eco; en Francia *Rivarol*, *Monde et Vie* e *Itinéraires* dieron a conocer los procedimientos increíbles de que era víctima uno de los «santos» de nuestro siglo.

UN SOSPECHOSO EN SEMILIBERTAD

El 22 de enero de 1963, en un clima de tristeza, el Padre Pío celebró el sesenta aniversario de su toma del hábito religioso. Al escoger el camino de la pobreza y de la sencillez evangélica en la familia más estricta de los hijos de San Francisco, Francesco Forgione no se podía imaginar que un día sería perseguido, envidiado, desposeído porque –aunque inocente– se encontraría en el centro de un embrollo financiero y religioso poco corriente...

En la orden capuchina, las posturas y opiniones a su respecto eran diversas. Iban desde la admiración fiel y sin falla a la hostilidad más declarada. Algunos se mostraban severos con él por prudencia o por obediencia a las directivas de Roma, otros exageraban en el rigor. Así, los definidores generales que habían ordenado, en diciembre de 1962, la dispersión de los novicios y seminaristas de la provincia monástica. Éstos recibían toda su formación en Foggia después de la guerra. En los años 60 eran numerosos los que iban con regularidad a San Giovanni Rotondo para visitar al Padre Pío, religioso ejemplar para ellos. Se confesaban con él y le pedían consejo. Las autoridades de la Orden consideraron nefasta esta influencia del Padre en los novicios de la provincia y, el 10 de diciembre, todos los jóvenes religiosos fueron dispersados y enviados a noviciados de otras provincias monásticas, a Bari, Ancona, Venecia y Belluno.

El superior de la Orden, el padre Clemente da Milwaukee, dos veces ministro general (de 1946 a 1952 y de 1958 a 1964, era, pues, la suprema autoridad de la orden capuchina en el momento de los micrófonos y de la segunda persecución), justificaba su actitud en un informe moral que escribió al final de su mandato. Se limitó a mostrar una prudente reserva: «... No está permitido divulgar ciertas cosas que sería imprescindible decir para que se entendiera este asunto. Baste con saber esto: todo lo que hemos hecho, tanto con respecto a la provincia como a cada uno de los hermanos, lo hicimos después de haber informado a la autoridad eclesiástica y, de ordinario, por su orden».

¿Quiere esto decir que el mismo Juan XXIII ordenaba las diversas medidas que se tomaron respecto al Padre Pío, lo mismo que fue Pablo VI, en 1964, quien lo «liberó»? Sí y no. La jerarquía de la Iglesia no es una jerarquía militar. Funciona en ambos

sentidos. Fieles, sacerdotes, obispos y superiores de Orden, cardenales, prefectos de congregación no reciben simple y sucesivamente directivas claras y netas procedentes del papa. Es una cascada de avisos, de consejos, de orientaciones, que se transforman más o menos rápidamente en órdenes, decisiones y decretos concretos. Inversamente, las súplicas y peticiones de los fieles o del clero, si llegan a la cumbre de la pirámide, llevan un cierto tiempo hasta que son acogidas, tomadas en consideración, y para que se responda por vías más o menos rápidas y por medios más o menos directos a las peticiones. Hay que considerar este entrecruzamiento de esferas de influencia para juzgar la responsabilidad de Juan XXIII en la suerte reservada desde 1960 a 1963 al Padre Pío...

Juan XXIII no se ocupó personal y directamente del asunto del Padre Pío (¿Conocía siquiera los puntos principales?), la preparación del concilio Vaticano II y luego su primera sesión lo tenían más ocupado. En este asunto no decidió solo. Más bien siguió las opiniones y recomendaciones de sus consejeros y de quienes le hablaron del «caso» (así, Mons. Bortignon en julio de 1959). La influencia del secretario particular de Juan XXIII, Mons. Loris Capovilla, parece haber sido determinante en las decisiones tomadas por el papa o las que dejó de tomar. Mons. Capovilla era secretario del futuro Juan XXIII desde 1953, y seguirá siéndolo hasta la muerte de éste. Se ha podido escribir: «Capovilla será más que un secretario para Roncalli: un hijo espiritual, un ejecutor testamentario, un *confidente* y un biógrafo entusiasta»¹³.

Por otra parte se sabe que Mons. Capovilla estaba muy ligado desde hacía tiempo con Mons. Bortignon, principal adversario del Padre entre los obispos de Italia. Que Juan XXIII, al dejar que se tomaran las medidas que conocemos contra el Padre Pío, haya seguido más la influencia Capovilla-Bortignon que la de los informes de defensa que le llegaban o que se alegaban ante él, es cosa evidente. No hay que buscar una enemistad particular de Juan XXIII hacia el estigmatizado de Gargano. Y por el contrario, la estima personal de Pablo VI hacia el Padre Pío permitirá su «liberación» por su directa intervención.

Esta prudencia de las más altas autoridades de la Iglesia y las restricciones en el ejercicio de su ministerio de que era víctima el Padre Pío, no impedían que los fieles acudieran cada vez en mayor número a San Giovanni Rotondo o que recurrieran a él, a sus oraciones, por cartas llegadas de todo el mundo. Las curaciones, conversiones y confesiones extraordinarias continuaban incluso si la situación difícil por la que pasaba el Padre Pío atraía más las miradas. Una curación milagrosa ocurrida en esos años de la segunda persecución, merece ser relatada porque sus testigos están aún con vida y uno de ellos es nada menos que el actual Juan Pablo II.

El episodio tuvo lugar en noviembre de 1962. Karol Wojtyła era entonces vicario capitular de la diócesis de Cracovia y participaba en la primera sesión del concilio

Vaticano II. Una de sus colaboradoras, Wanda Poltawska, estaba gravemente enferma. La conocía desde la posguerra, pues ambos habían estudiado juntos en la universidad Jagellon de Cracovia. Wanda, doctor ya en medicina y en psicología, era profesora de psiquiatría y trabajaba en determinados informes con Mons. Wojtyla. Cuando éste se enteró de que su colaboradora, que se había quedado en Cracovia, tenía un cáncer de garganta y que había de ser operada con urgencia –aunque con la perspectiva de que incluso esta intervención podía ser inútil– el futuro Juan Pablo II resolvió escribir personalmente al Padre Pío. Lo había visto en 1947, como hemos relatado, y sin duda había quedado impresionado por ese monje extraordinario. El 17 de noviembre de 1962 le escribió en latín una súplica: «es una mujer de cuarenta años, madre de cuatro hijos, que estuvo durante la guerra cinco años en un campo de concentración de Alemania. Hoy su vida está en peligro por causa de un cáncer»¹⁴.

Diez días después, Battisti recibió el encargo de llevar una segunda carta al Padre Pío. Éste es el texto: «Venerable Padre. La mujer que vive en Cracovia en Polonia, madre de cuatro hijos, encontró de repente la salud el 21.XI, antes de la operación quirúrgica. *Deo gratias*. Y os doy las gracias, Venerable Padre, en nombre de esa mujer, de su marido y de toda su familia. En Cristo. Karol Wojtyla, vicario capitular de Cracovia. Roma 28 de noviembre de 1962».

La víspera de la operación, Wanda Poltawska se había encontrado instantánea y completamente curada ante el gran estupor de los médicos que la examinaron. Actualmente, dirige el Instituto polaco de teología de la familia y, en 1983, fue nombrada por Juan Pablo II miembro del Consejo pontificio para la familia. Se observará que, en este caso de curación milagrosa, bastó la oración, no fue necesario tocar una reliquia ni al propio Padre Pío. Sólo la fe importa. Fe de quienes imploraron la oración del Padre Pío, fe del mismo Padre, que sabía que la oración bastaría para que Dios actuara.

La personalidad de los testigos y actores de este milagro hace que no haya caído en el olvido. ¡Pero cuántas otras curaciones o conversiones permanecerán ignoradas u olvidadas! ¿Qué no sabrán de la vida extraordinaria del Padre Pío los tiempos futuros? Que fue un hombre santo, estigmatizado, taumaturgo, adulado por centenas de miles de fieles... Sólo en el año 1963 se cuentan 83.085 inscripciones en el registro de las confesiones para las mujeres, 19.837 para los hombres. Una media de doscientas setenta y tres personas por día deseando confesarse con el Padre Pío. ¡Esa tarea era imposible! Confesaba durante ocho, doce horas cada día, según le permitían sus fuerzas, pero no podía atender todas las peticiones. Ese año 1963 vio también a numerosos obispos, reunidos en Roma para el concilio, aprovechar el final de la primera sesión en diciembre de 1962, para visitar al capuchino estigmatizado y asistir a su Misa. Fueron unos cincuenta obispos y arzobispos y miles de sacerdotes los que ese año hicieron la

peregrinación a San Giovanni Rotondo, a pesar de la prudente reserva del Vaticano.

[1](#) Texto publicado en Francobaldo Chiocci y Luciano Cirri, o. c., t. II, p. 613.

[2](#) A.-M. Carré, *Chaque jour je commence*, Cerf, 1980, p. 128.

[3](#) Reproducción fotográfica del documento en Giuseppe Pagnossin, o. c., t. II, pp. 104-106.

[4](#) Reproducción fotográfica del documento en Giuseppe Pagnossin, o. c., t. II, pp. 108-109.

[5](#) Testimonio recogido en P. Fernando da Riese Pio X, o. c., p. 384.

[6](#) Escritos de San Francisco («Admoniciones» 3, 10), Ediciones franciscanas, 1975.

[7](#) Escritos de San Francisco, o. c.

[8](#) Giuseppe Pagnossin, fallecido el 4 de mayo de 1987, recibió del Padre Pío el sobrenombre de l'Alfiere della Verità (el portaestandarte de la Verdad). Fue él quien inspiró y documentó los primeros trabajos importantes sobre el estigmatizado de Gargano, los de Ennemond Boniface: *Padre Pio. Vie, Oeuvre et Passions* (La Table Ronde, 1966) y los de los periodistas romanos Francobaldo Chiocci y Luciano Cirri: *Padre Pio, storia d'una vittima* (Libreria el No, 1967). Él mismo reunió en dos enormes volúmenes lo esencial de la documentación que poseía. Una gran cantidad de documentos sobre los episodios diversos de la vida «exterior» del Padre están reproducidos fotográficamente y comentados. De esta colección de documentos se hizo en 1978 una edición de algunos centenares fuera de comercio *Il Calvario di Pare Pio*, y providencialmente me fue enviado un ejemplar dos meses antes de su muerte; G. Pagnossin había adjuntado un ejemplar, anotado y corregido de propia mano, de la *Piccola Cronologia*, dactilografiada e inédita, que había escrito para la comisión canónica encargada del proceso de beatificación del Padre Pío.

[9](#) Documento reproducido y traducido en *Padre Pio* (Libro blanco), o. c., 19/3.

[10](#) El 22 de enero, Brunatto dejó constancia del tono de sus conversaciones con el cardenal Ottaviani (aunque sin precisar el lugar y las circunstancias). Reproducción fotográfica del documento en Giuseppe Pagnossin, o. c., pp. 177-186.

[11](#) Incluso hoy, a la orden capuchina no le gusta hablar de este asunto de los micrófonos. Sin embargo, mejor que nadie ella está en condiciones de hacer la luz sobre este desgraciado episodio de la vida del Padre Pío. El padre Fernando da Riese Pio X, en su biografía «oficial» del Padre, sólo dedica dos líneas a este asunto y para situarlo entre otros asuntos en una serie de episodios que, según él, fueron el objeto de «campañas de denigración» con la ayuda de «hechos inventados y documentos deformados». Interrogadas por nosotros acerca de esto, las autoridades romanas de la Orden contestaban lacónicamente con una carta de 24 de mayo de 1987: «En lo que se refiere al asunto de los micrófonos: el proceso [de beatificación] y los estudios siguientes harán

sobre ello toda la luz».

[12](#) Luciano Cirri, Padre Pio e i papponi di Dio, «Il Borghese», 1962, 240 páginas. Después de esa fecha se han conocido nuevos documentos, se han podido hacer nuevas hipótesis, pero esa obra sigue siendo útil y, en todo caso, fue la primera en revelar a un público amplio esos «asuntos» poco gloriosos.

[13](#) Peter Hebblethwaite, Jean XXIII, le pape du concile, Le Centurion, 1988, p. 263 (el subrayado es del texto). El autor no cita en ningún momento el asunto del Padre Pío.

[14](#) Este episodio fue contado por primera vez por Renzo Allegri, Padre Pio, l'uomo della speranza, Arnoldo Mondadori Editore, Milán, 1984, pp. 220-221. Otras informaciones, en especial la fotografía de la segunda carta de Karol Wojtyła, aparecieron en la prensa (Corriere della Sera y Il Tempo de 4 de octubre de 1984).

CAPÍTULO 16

«DESEARÍA SER CONSIDERADO COMO LOS DEMÁS HERMANOS CAPUCHINOS»

Su situación de semilibertad apenas al Padre Pío, hay de ello numerosos testimonios. Confesar y celebrar Misa (con ciertas restricciones, como hemos visto) eran las únicas actividades que se le autorizaban. Raros eran los visitantes que podían acercársele por otro motivo y conversar un poco con él. Generalmente se trataba de prelados o de personalidades a quienes los superiores del convento no osaban prohibirles que estuvieran personalmente con el capuchino estigmatizado. Pero el Padre no podía, en esos años de la segunda persecución, conversar con los simples fieles, aunque fuera para darles consejos espirituales. Tampoco podía rezar con ellos y dirigirles una de esas meditaciones suyas sencillas y fuertes. Los fieles que llegaban a San Giovanni Rotondo se sentían como huérfanos de su padre espiritual.

La ventana de la celda del Padre Pío daba a una pequeña explanada a la izquierda del convento. Después de los oficios, los peregrinos habían tomado la costumbre de reunirse en ella. De una peregrinación a otra se transmitían discretamente la información: aparte de la Misa y de la confesión era aún posible ver al Padre colocándose en la explanada a las 13 horas o a final de la tarde. A esta multitud, el Padre Pío le respondía muy gustosamente. El padre Costantino ha contado uno de esos saludos de la tarde, casi clandestinos, sencillos en su devoción pero auténticos:

«Yo estaba en San Giovanni Rotondo con el padre Clemente da Postiglione. Me encontraba bastante cerca del Padre Pío que, en ese momento, agitaba un pañuelo desde la pequeña ventana de su habitación, sin asomarse fuera; respondía así al saludo de la muchedumbre que todos los días se reunía frente a su habitación por fuera de los muros de la clausura.

»Esa multitud que lo esperaba rezando, cantando a la Santísima Virgen y, con frecuencia, alguna canción dedicada a él, gritaba al verlo: «¡Padre, bendíganos usted!». Sin gritar (aunque nosotros lo oíamos), el Padre Pío respondía con corazón paternal.

«¡Sí, hijos míos!». Sus hijos no oían su voz, pero comprendían los latidos de su corazón al verle agitar el pañuelo blanco en respuesta a su llamada»¹.

Ese mismo fervor popular de confianza y de fe sencilla puso de nuevo en conmoción a la pequeña ciudad de San Giovanni Rotondo. Era el 5 de mayo de 1963. Se esperaban numerosos peregrinos de toda Italia para la fiesta onomástica del Padre, el día de San Pío V. Ya hemos dicho que el año 1963 era el sesenta aniversario de su toma de hábito; a todos les parecía que el 5 de mayo debía tener un brillo especial. Por la mañana temprano, el alcalde de San Giovanni Rotondo, Francesco Morcaldi, fiel entre los fieles, fue al convento acompañado de algunos consejeros municipales. Deseaba felicitar en nombre la ciudad a su ilustre ciudadano y conseguir que la Misa del Padre fuese retrasada un poco, con el fin de que numerosos peregrinos, que aún eran esperados, pudiesen asistir.

El padre Rosario recibió a la delegación de mal humor en el pasillo del convento. No estaba dispuesto a derogar, ni por excepción, las indicaciones del Santo Oficio. El Padre Pío se acercó entonces al pequeño grupo. Todos quisieron felicitarle. El Padre Pío se disponía a dirigirles la palabra para agradecerse cuando se lo llevaron sin miramientos dos religiosos que el padre Rosario, furioso por el giro que tomaba la visita, había ido a buscar.

Este incidente escandalizó a Morcaldi y a los consejeros que lo acompañaban. Pronto toda la población de San Giovanni Rotondo se enteró de lo que había pasado aquella mañana en el convento y de que les estaba prohibido manifestar su devoción al Padre Pío. Entonces se produjo en la pequeña plaza de la iglesia una de esas reuniones de cólera y amor mezclados que el pueblo había realizado cada vez que se atentaba contra la libertad y la paz de su *santo*. Por la noche, en la colina cercana al convento y luego en la plaza, a la luz de cientos de antorchas, el pueblo de San Giovanni Rotondo manifestó su devoción al Padre con cánticos y rezos. Luego, llegaron hasta el convento gritos de cólera y en la sombra amenazaban algunos garrotes:

—¡Fuera los perseguidores! ¡Liberad al Padre Pío!

Fue necesaria toda la energía y la sangre fría de Morcaldi para calmar los ánimos. Anunció que ese mismo día habían sido enviados dos telegramas de protesta por el ayuntamiento en nombre de la población, uno al presidente de la República italiana, Antonio Segni, y el otro al secretario de Estado de Juan XXIII, cardenal Cicognani. A éste, Morcaldi le había telegrafiado: «Población San Giovanni Rotondo mortificada por no poder manifestar convenientemente sus sentimientos de agradecimiento al Padre Pío de Pietrelcina el día de su fiesta ruega a Vuestra Eminencia implore la alta intervención de Su Santidad para eliminar la restricción en el ejercicio apostolado digno sacerdote».

Esta multitud que se inflamaba una vez más por su «digno sacerdote» fue en los días siguientes los grandes titulares de la prensa italiana.

UN LIBRO BLANCO PARA LA ONU

Al mismo tiempo, en otro lugar, Brunatto, Pagnossin y algunos otros fieles se afanaban dispuestos a dar un gran golpe. La Asociación internacional para la defensa de la persona y obras del Padre Pío fundada en 1960 no había sido un fuego de pajas. Se había rodeado de un comité de seis juristas especializados en derecho internacional, comité presidido por Jean-Flavien Lalive, abogado del Colegio de Ginebra, antiguo primer secretario del Tribunal internacional de justicia de La Haya. Se había preparado un Libro blanco. Debía ser entregado a la ONU y presentado a la opinión pública internacional para llamar la atención sobre los «atentados a los derechos del hombre» de que era víctima el Padre Pío y para exigir reparación. Era verdaderamente una obra bastante explosiva².

En más de cuatrocientas páginas reunía lo esencial de los documentos que, desde los años 20, permitían demostrar la injusticia y el escándalo de las diversas sanciones y condenas recaídas sobre el capuchino estigmatizado. Desde Mons. Gagliardi hasta el padre Rosario, pasando por el padre Gemelli y Mons. Bortignon, todos los perseguidores eran denunciados. Desde canónigos de la *dolce vita* hasta los micrófonos en el confesonario, pasando por el crac de Giuffrè, todos los escándalos de los que el Padre era víctima expiatoria e inocente estaban desvelados y explicados. Era una serie de documentos acusadores y no un retrato del Padre Pío. Sus estigmas, su vida espiritual, su misión religiosa, sólo se citaban en dos o tres páginas. Para los acusadores, se trataba esencialmente de denunciar la injusticia de la situación. El abogado Lalive explicaba en un prefacio las razones de tal iniciativa a primera vista sorprendente: «Porque la Asociación para la defensa de la persona y las obras del Padre Pío ha considerado que ningún camino de recurso estaba abierto en el terreno interior, ha considerado deber suyo apelar, para todos los fines útiles y en defecto de una jurisdicción internacional competente, al más alto tribunal de la opinión pública mundial, el de las Naciones Unidas».

A falta de haber sido escuchada por la Iglesia y de haber obtenido de ella justicia y reparación, la Asociación se proponía apelar a un «arbitraje internacional». Su programa

era ambicioso: enviar un ejemplar del *Libro blanco* a todos los embajadores cerca de las Naciones Unidas en Ginebra, ofrecer una conferencia de prensa internacional y someter el informe al Tribunal internacional de justicia de La Haya. No es necesario precisar que el Padre Pío ignoraba todas las gestiones e iniciativas de sus celosos defensores.

El *Libro blanco* estaba en imprenta cuando, el 3 de junio de 1963, falleció Juan XXIII. Además, el 13 de junio se supo por los periódicos que el provincial, padre Torquato da Lecore, y los padres definidores de la provincia de Foggia eran trasladados a otras provincias de la Orden; el padre Alessandro, secretario provincial, y el padre Giustino (el de los micrófonos) también eran alejados de San Giovanni Rotondo. El decreto había sido firmado por el cardenal Valeri, prefecto de la congregación de Religiosos, el 28 de mayo. Las desautorizaciones y los castigos empezaban a caer. ¿El clima de fin de reinado que marcó el final del pontificado de Juan XXIII permitía a unos y a otros el arreglo de cuentas y a tomar decisiones impensables unos meses antes? ¿O era que, con la lentitud prudente que la caracteriza, la Iglesia mostraba mejores sentimientos con respecto al Padre Pío? Sea lo que fuere, Brunatto y sus amigos decidieron suspender su proyecto de divulgación del *Libro blanco*. No obstante, en ese mes de junio fue enviado un ejemplar del documento al nuevo papa, Pablo VI, a U. Thant, secretario general de la ONU, y al presidente de la República italiana, Antonio Segni.

El 23 de agosto de 1963, el padre Clemente da Santa Maria in Punta era destinado a Foggia. No era elegido para el puesto de provincial por sus hermanos, como es costumbre en la Orden capuchina, sino que fue nombrado directamente por la congregación de Religiosos con el título de administrador apostólico. Permanecerá en funciones hasta 1970, es decir, durante los últimos años de la vida del Padre Pío. ¿Puede decirse que fue el artífice de la liberación del Padre? Esto sería excesivo. Contribuyó a ello, fue el intermediario, quizá el negociador.

LA «LIBERACIÓN»

El 10 de octubre, el padre Clemente visitó el convento de Santa Maria delle Grazie. ¿Le llamó la atención la manera en que era tratado el Padre Pío y el comportamiento del carcelero que tenía el superior del convento? En 1970, haciendo el informe moral de sus siete años de administración apostólica de la provincia de Foggia y refiriéndose al Padre Pío, dirá: «Hice lo posible para que le fuesen levantadas las restricciones. Después de repetidas entrevistas con las más altas autoridades, pude conseguirlo».

El primer gesto concreto de esta buena voluntad del nuevo provincial fue –aunque el informe moral no lo menciona, para no herir susceptibilidades– el alejamiento del padre Rosario, incluso antes del final de su mandato de guardián del convento. En su lugar fue nombrado, el 23 de enero de 1964, el padre Carmelo da San Giovanni in Galdo. En esa misma época, el padre Clemente visitó de nuevo al Padre Pío y le pidió, de parte del ministro general, que «interviniera de manera eficaz para defender la Orden capuchina víctima de una violenta campaña de prensa».

Esta visita y esta petición de sitúan el 3 de enero, cuando ya estaba tomada la decisión de alejar al cancerbero. El anuncio de un cambio de superior y la petición de una declaración pública en la que el Padre Pío afirmara que estaba libre, ¿iban a la par? Parece ser que sí. Sin embargo, ese día el Padre Pío se negó a acceder a la petición del administrador apostólico. No haría ninguna declaración pública mientras no estuviese libre.

—Yo sólo desearía ser considerado como los demás hermanos capuchinos –se limitó a pedir el Padre Pío.

Esta declaración de libertad le será por fin «arrancada» al Padre Pío después de un año de presiones y de concesiones diversas, como después contaremos.

El nuevo papa no ignoraba el nuevo clima que reinaba en la orden capuchina. Siendo todavía arzobispo de Milán, había manifestado públicamente su admiración y su estima por el estigmatizado de Gargano. No parece que Giovanni Battista Montini visitara nunca al Padre Pío. Sin embargo, un encuentro por así decir celestial tuvo lugar entre estos dos hombres de Iglesia. En los últimos meses de 1959, cuando Juan XXIII había

sido elegido papa sólo un mes antes, el Padre Pío encargó a un amigo del cardenal Montini que le transmitiera un mensaje: «Di al arzobispo que, después de éste, él será papa. Que se prepare. No es una bendición, sino un río desbordado (*fiumana*)... Cuando el arzobispo de Milán recibió al *commendatore* Alberto Galletti a su regreso de San Giovanni Rotondo y oyó la asombrosa profecía que le traía, respondió: «¡Oh, las extrañas ideas de los santos»³.

Elegido papa, el cardenal Montini debió de recordar las palabras del capuchino cuatro años antes. En todo caso, tuvo conocimiento de los informes que su predecesor había abandonado o incluso ignorado. Tuvo igualmente conocimiento del *Libro blanco* enviado por Brunatto. Tenía todavía presentes el fervor y la autenticidad espirituales de los grupos de oración de la gran diócesis de Milán que acababa de dejar. Siempre los había alentado. En su ánimo, el nombre del Padre Pío no estaba asociado a un misticismo turbio, sino a la idea de un don misterioso de Dios a nuestra época sedienta de lo sobrenatural. El cardenal Lercaro, arzobispo de Bolonia, que había ido varias veces a San Giovanni Rotondo y había presidido varias ceremonias en la Casa Sollievo, pudo también informar a su colega de Milán sobre el capuchino estigmatizado. Cuando Montini fue papa, no es incongruente pensar que Lercaro intercediera ante él para que se aliviara la situación del Padre Pío⁴.

Al menos sí es cierto que Pablo VI, unos meses sólo después de haber sido elegido papa, intervino directamente para que se le devolviera la libertad al Padre Pío. El 30 de enero de 1964, el cardenal Ottaviani citó al padre Clemente en el Santo Oficio y le indicó que el Santo Padre deseaba que «el Padre Pío ejerciera su ministerio con plena libertad». La orden era clara, aunque no escrita. El 19 de febrero, el padre Clemente fue en persona al convento de San Giovanni Rotondo para informar al superior de las nuevas disposiciones romanas y atender a que fueran aplicadas. La sacristía fue de nuevo abierta a los fieles que deseaban hablar unos momentos con el Padre; los que habían sido privados de confesión podían volver a confiarse a él y, finalmente, si bien se mantenía el sistema de orden para los numerosos penitentes, el acceso ridículamente puntilloso en la antigua iglesia no estaba limitado a cinco penitentes vueltos de espalda...

Estas nuevas disposiciones no eran conocidas por la AID. Brunatto y sus amigos, después de haber parado su acción nueve meses antes, estaban decididos a reanudarla. El *Libro blanco*, dejado a un lado durante un tiempo, iba a ser enviado a todos los obispos y arzobispos reunidos en concilio en Roma y a otras diversas personalidades católicas. Por otra parte, estaba prevista una conferencia de prensa en Ginebra el 25 de marzo. Aparte de la prensa internacional, todos los diplomáticos cerca de las Naciones Unidas estaban invitados. Un ejemplar del *Libro blanco* sería enviado a cada uno de los quinientos participantes que se preveían. En una carta de invitación, enviada el 7 de marzo, Brunatto exponía los motivos de esa operación espectacular: la conferencia tiene por

objeto, explicaba: «exponer y denunciar, apoyándose en documentos, una serie de abusos y de actos ilícitos, de que han sido víctimas el Padre Pío, monje capuchino de nacionalidad italiana, y cierto número de fieles». «Nuestro Comité, añadirá, expondrá los entresijos de este triste asunto del que no ha sido posible obtener justicia por parte de las autoridades judiciales y administrativas, eclesiásticas y laicas, en el Vaticano y en Italia (...) Ha sido, pues, necesario someter este asunto a la asamblea general de las Naciones Unidas en cuanto tribunal supremo de la opinión pública internacional...»⁵. Giuseppe Pagnossin también fue a Ginebra para atender a la organización de la conferencia y alquilar el gran salón del hotel Richmond. Esta operación iba a hacer bastante ruido. El principal interesado, el Padre Pío, ignoraba todo esto.

El juez Giovanguualberto Alessandri fue el encargado de advertirle de la inminente iniciativa tomada en su favor. El 13 de marzo fue a San Giovanni Rotondo. Apenas le expuso el asunto, el Padre Pío aconsejó «que se quedaran tranquilos, porque todo iba a quedar como antes». Alessandri informó de inmediato a Pagnossin de los deseos del Padre, indicándole que, en efecto, «las cosas ya han cambiado». Un nuevo clima se había instaurado.

Pagnossin y Brunatto, dudando de que ese cambio hubiera podido producirse tan rápidamente, pero al mismo tiempo deseando no desobedecer al Padre Pío, retrasaron en un primer momento la conferencia de prensa al 2 de abril y luego, por último, publicaron un comunicado de victoria el 25 de marzo:

«La AID tiene el placer de anunciar que, desde hace unos días, ha sido restablecida en el monasterio de San Giovanni Rotondo en la provincia de Foggia la libre práctica del culto, tanto en lo que concierne al apostolado de ese padre venerado como en lo que es derecho de los fieles de confesarse con él. Así llegan a su fin los abusos y los actos autoritarios que duraban desde hace unos cuatro años».

El recurso a un arbitraje internacional ya no era necesario, la conferencia de prensa quedaba anulada y el *Libro blanco* quedó como un secreto de los organizadores y de las tres personalidades que lo habían recibido a título confidencial en junio de 1963. Este comunicado de la AID permitió a la prensa internacional anunciar «el fin de las persecuciones contra el Padre Pío» y su «liberación». El *Libro blanco* no había sido un medio de presión, sino todo lo más, en esas circunstancias, uno de los elementos de información y de apreciación del que había tendido conocimiento Pablo VI y que había contribuido a hacerle intervenir directa y rápidamente.

La AID, medio humano, demasiado humano, de defensa del Padre Pío no podía en ningún caso satisfacerle. La oración y la aceptación del sufrimiento eran para él los medios mucho más eficaces y adecuados para acelerar su liberación. Un día explicó a unos fieles cuál debía ser la verdadera confianza de los creyentes: «Si el miedo os aprieta estrechamente, debéis exclamar con San Pedro: ¡Señor, sálvanos! Os tenderá la mano,

apretadla con fuerza y seguid vuestro camino con alegría. Aunque el mundo se ponga cabeza abajo, aunque todo esté en tinieblas, lleno de humo y de estruendo, ¡Dios está con vosotros! El Padre Pío sabía que las esperanzas puestas en el Señor nunca quedan decepcionadas».

Aquel año de 1964 pudo por primera vez desde hacía tres años celebrar las ceremonias de la Pascua entre sus fieles. Pablo VI había sido su liberador, los diarios hablaron de esta intervención directa del papa. La III sesión del concilio Vaticano II iba a empezar. «Conservadores» y «progresistas» se enfrentaban en cuestiones esenciales: la constitución de la Iglesia, la liturgia, la vida religiosa. ¿Eran los pastores y los fieles quienes tenían que ser llamados al orden o había que reformar las estructuras y el lenguaje de la Iglesia? Restauración o reforma, reconquista de las almas o apertura al mundo: la elección que hiciera el concilio iba a comprometer a la Iglesia entera para los decenios que vendrían.

San Giovanni Rotondo atrajo a algunos padres conciliares que, inquietos o desorientados, esperaban encontrar alguna luz o respuesta. Sólo encontraron a un religioso que confesaba durante todo el día y celebraba la Misa con una atención y una piedad sobrenaturales. Vieron a un sacerdote estigmatizado, el primero en la historia de la Iglesia, que habría podido decir con San Pablo: «Completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia» (*Col 1, 24*). Sufrir por la Iglesia y por la Iglesia, ésa era la primera lección que podía dar el Padre Pío a los preladados que iban a consultarle. A una visita que le preguntaba demasiado le había contestado un día: «La costumbre de preguntar siempre “por qué” ha llevado al mundo entero a su pérdida».

Jean Guitton, que fue uno de los pocos laicos que participaron en el concilio Vaticano II, contó la visita que hizo por entonces al Padre Pío y la viva impresión que le causó:

«Durante el concilio, un joven sacerdote italiano muy inteligente me propuso llevarme a San Giovanni Rotondo. Y quiero decir aquí lo que allí vi. El Padre Pío estaba muy enfermo con una bronquitis. Me permitieron entrar en su celda para verle. Celda blanca, inodora, correcta, bastante confortable; algunas medicinas sobre la mesa. Por la ventana estrecha desde la que bendice, un ancho rayo de sol oblicuo me mostraba ese grueso cuerpo agonizante. Tuve la impresión de que el Padre iba a morir; una especie de estertor, de gemido... ¿Oía aún? Como todo ser humano, yo también llevaba mi sufrimiento cotidiano. Y recuerdo haberlo manifestado, en lengua francesa, que él no entendía, a ese oído campesino, que había escuchado millones de confidencias y de súplicas. El Padre no murió.

»Incluso, al día siguiente, resucitado, avanzaba pesadamente hacia el altar a las 4 de la madrugada ante un pueblo de fieles, pobres, ricos, aglutinados que formaban un solo

cuerpo inmóvil, una sola oración muda. Avanzaba en el rezo con dificultad creciente y, cuando estuvo para empezar el canon, se detuvo como ante una escalada inverosímil, una cita de amor doloroso y radiante, un misterio inexpresable, un misterio que podía hacer morir. Esa mirada que lanzaba a lo alto, después de la consagración, decía todo esto. Quizá él era el único sacerdote estigmatizado en acto, mientras que todos los demás, me decía a mí mismo, lo eran en potencia.

»Por lo demás, no había en él nada de un rostro o de un cuerpo ascéticos. Todo lo contrario: un *bon vivant* campesino, a lo Juan XXIII, un bonzo chino, un Sócrates tosco. Así era como yo me imagino a Diógenes, Heráclito o Parménides, los primeros filósofos. Dar algunos pasos para ir del altar a la sacristía era un problema, como pasaba con el cura de Ars. Le presionaban por todas partes: todos le exponían sus penas. Y él lanzaba, soltaba respuestas que a veces hacían llorar, a veces hacían sonreír; pues tenía mucho buen humor. Y, después de haber vuelto a ser un simple capuchino, con ese mismo paso claudicante de buey herido (como si llevase encima soberanamente todo el dolor humano), regresaba a su habitación...

»Vivía en otro mundo que el nuestro. Respiraba en la cristosfera. No quería “saber más que al Crucificado”. Expresar un juicio sobre el Padre sería largo, complejo. Pero miles de testigos se levantarán para decir que él les ha aumentado la convicción de la presencia divina y de la verdad del Evangelio»[6](#).

ACTOS DE OBEDIENCIA

Ese pobre monje cansado, enfermo, anciano –iba a cumplir ochenta años–, tuvo en los últimos años de su vida una «fama mundial» como no la tuvo ningún hombre de Iglesia durante su vida, aparte de los papas. La libertad que había vuelto a San Giovanni Rotondo multiplicó aún más la multitud de los visitantes, curiosos, fieles o devotos. Pero ya no encontraban exactamente al mismo Padre Pío. Al peso de los años se añadían los sufrimientos morales por las restricciones y vejaciones padecidas en la segunda persecución. Decir que estaba cansado no quita nada al carácter extraordinariamente sobrenatural que siempre tuvo su vida. En 1965, durante una enfermedad que lo abrumó más todavía, elevó un lamento que parecía más bien un deseo: «Es hora de que el Señor me llame».

Recordamos que en 1960, el 4 de octubre, inmediatamente después del escandaloso comunicado de prensa por el que Mons. Maccari ponía fin a su visita apostólica a San Giovanni Rotondo, el Padre Pío había redactado testamento. Designaba como legatario universal a la Casa y de sus acciones a una «sociedad jurídica» que encargaba a la Santa Sede que constituyera después de su muerte. Esta sociedad jurídica agruparía a representantes de los fundadores, benefactores y administradores del hospital. El Vaticano era designado en ese primer testamento como ejecutor testamentario y no como heredero. Ya hemos dicho que, sin embargo, el 18 de noviembre de 1961, había sido obligado a firmar un acta por la que cedía después de su muerte las doscientas mil acciones de la Casa a la IOR, es decir, al Vaticano. Así pues, su testamento de 1960 había caducado, ya que estaba en contradicción con ese cambio de propietario de los bienes que le pertenecían.

En 1964, el padre Clemente le presentó un texto en el que el Padre Pío nombraba a la Santa Sede legataria universal de todos los bienes que aún poseía. ¿Fue por desconfianza por lo que se había preparado un texto que no tenía más que copiar? Obedeciendo, el 11 de mayo hizo dos copias prácticamente idénticas de este segundo testamento que lo desposeía definitivamente de su obra terrestre: desprendimiento y expolio de quien tanto había recibido.

El segundo acto de obediencia que se sitúa en ese mismo año e 1964 fue más inesperado y es una de esas torpezas típicamente eclesiásticas que ensombrecieron la vida del Padre Pío y provocaron la indignación de sus defensores. El 11 de diciembre tuvo lugar en los apartamentos del cardenal Ottaviani en el Santo Oficio una reunión del cardenal secretario de la suprema congregación, su asesor Mons. Parente y el padre Clemente. Se convino en pedir de nuevo al Padre Pío una declaración en la que defendería a la Orden capuchina acusada por la prensa aquellos últimos años por la suerte que había reservado al estigmatizado de Gargano. En definitiva se pedía al Padre que él mismo defendiera el honor de quienes le habían atormentado... Sutil diplomacia eclesiástica. El cardenal Ottaviani precisó que se trataba de pedir al Padre Pío ese servicio «como un favor y no como una orden».

Le mandaron al padre Clemente el texto que le pedían al Padre que firmara, texto preparado por Mons. Parente y el cardenal Ottaviani. El administrador apostólico fue el día 14 a San Giovanni Rotondo y pidió al anciano capuchino que firmara la declaración preparada por el Santo Oficio. ¿Firmó el Padre Pío «gustosamente» ese texto del que no era autor, como más tarde dijo el padre Clemente? Es más verosímil que lo firmó «constreñido», «forzado», «en virtud de la santa obediencia», como él mismo dijo los días siguientes a algunos visitantes. El texto que se hizo público el 16 de diciembre era, en verdad, sorprendente:

«En el nombre del Señor. Amén.

»Desde hace algún tiempo la prensa publica informaciones fantásticas sobre mi situación, diciendo que soy objeto de coacciones y de persecuciones por parte de la autoridad eclesiástica. Ante Dios, siento la necesidad y el deber de deplorar tales informaciones, que son falsas, y declarar que gozo de libertad en mi ministerio y que no tengo enemigos ni perseguidores. Me es grato igualmente afirmar públicamente que encuentro en los superiores de mi Orden y de la autoridad de la Iglesia comprensión, aliento y protección y que no necesito otros defensores aparte de Dios y sus legítimos representantes. Declaro además que el periódico *Franciscus*, editado en París, no ha obtenido nunca de mí autorización alguna para su aparición y no tiene nada que ver con la obra “Casa Sollievo della Sofferenza”, de la que soy, con la ayuda de Dios y de los benefactores, el único fundador. Escribo esto para la verdad y la justicia, para disipar los equívocos que perjudican a las almas y a la Iglesia y me entristecen. No quiero otra cosa más que el bien de todos y la glorificación del Señor».

Este texto firmado por el Padre Pío «por el bien de la Orden y de la Iglesia» sorprendió a los observadores desprevenidos. Era la primera vez que el Padre Pío sentía la necesidad de dirigirse a la prensa y de sacar a la plaza pública los asuntos internos de la Orden capuchina. Mons. Angelo dell’Acqua, sustituto de la secretaría de Estado, quiso asegurarse de la autenticidad de esa declaración antes de publicarla en el *Osservatore*

Romano. Envió a Mario Cinelli, redactor jefe del cotidiano oficioso del Vaticano, a San Giovanni Rotondo. A Cinelli, el Padre Pío no tuvo más remedio que confesarle: «Me han obligado». Las cosas estaban claras.

El *Osservatore Romano* no publicó la declaración y los grandes periódicos romanos lo imitaron. Hubo que esperar al 21 de enero del año siguiente para que *la Stampa* de Turín se decidiera a entrar en el juego de esta indignidad, imitado por el cotidiano francés católico *la Croix*.

El Padre Pío había consentido en copiar de propia mano y en firmar un texto dactilografiado que le presentaban sólo en virtud de la obediencia. Siempre prefirió obedecer a sus superiores, aunque fuera a costa de su propia humillación, que tener él solo razón frente a la Iglesia. En una entrevista concedida al diario *Il Tempo* el 31 de enero, Brunatto apuntaba otra explicación, más coyuntural pero igualmente válida: «El Padre Pío ha obedecido siempre y obedecerá más que nunca en la hora actual en la que la indisciplina de los clérigos y de los fieles amenaza con dividir a la Iglesia». Diez días después moría el más antiguo defensor del Padre Pío. Había tenido la satisfacción de ver la completa liberación de aquel por quien había luchado con ardor.

UN SACERDOTE FIEL A LA IGLESIA

Este asunto de la declaración del 16 de diciembre había creado una cierta conmoción en el Vaticano. Mons. Del'Acqua había tenido confirmación de que había sido obtenida «en nombre de la obediencia». En este punto concreto de la obediencia es en el que Pablo VI intervino de nuevo, como para reparar la presión a la que había sido cometido el Padre Pío. Por intermedio del cardenal Ottaviani, gonfalonero impávido y fiel, el papa ordenó «que se comportase en adelante con el Padre Pío como si no tuviera voto de obediencia». Orden desconcertante y muestra de una gran confianza, que el cardenal Ottaviani transmitió el 12 de febrero de 1965 al padre Clemente. El Padre Pío había encontrado en Pablo VI un protector eficaz.

Sin embargo, entre el papa que quería que la Iglesia fuera «la hermana y la madre de todos» y emprendiera los caminos del hombre y del mundo y el anciano capuchino estigmatizado al que le gustaba decir que «lo santos siempre se han burlado del mundo y de los mundanos y se han puesto bajo los pies al mundo y sus máximas», había una gran diferencia. Entre el papa que proseguía un concilio reformador y de «apertura» y el monje que, más que cualquier otro en aquella época, escandalizaba a los espíritus modernos por lo extraordinario y lo sobrenatural de su vida, había un gran contraste.

No obstante, el capuchino del Mediodía y el papa intelectual no eran extraños el uno al otro, incluso si su visión de la Iglesia difería y hasta si sus preocupaciones eran contrarias. Pablo VI, continuador de Juan XXIII, consideraba al concilio que estaba terminando como una etapa esencial hacia «la restauración de la unidad de los cristianos». El primer esquema estudiado por los padres conciliares había sido la constitución sobre la liturgia, que sus promotores se proponían reformar esencialmente en un sentido ecuménico⁷. La constitución sobre la liturgia fue promulgada el 4 de diciembre de 1963. Se dedicaron entonces a revisar ciertos ritos y a preparar nuevos textos litúrgicos. Un *Consilium* de liturgia, organizado por Pablo VI el 25 de enero de 1964, se dedicó a este trabajo. Mons. Annibale Bugnini y el cardenal Lercaro fueron sus hombres clave. Se trataba de reformar todos los ritos sacramentales y, en primer lugar, la Misa, con una perspectiva de acercamiento a las otras confesiones cristianas. El rito

tridentino, llamado de Pío V, iba a ser sustituido después del concilio por un nuevo rito, el *Novus Ordo Missae* promulgado de manera definitiva por Pablo VI el 3 de abril de 1969. Proponía una formulación teológica del sacramento de la Eucaristía y también la posibilidad de celebrar la liturgia en lengua vulgar.

Esta reforma litúrgica no dejó de inquietar al Padre Pío. Si bien el *Novus Ordo* no entró en vigor oficial y obligatoriamente hasta 1969, seis meses después de su muerte, ya desde el primer domingo de Cuaresma de 1965, el 7 de marzo, se celebraron por primera vez misas en lengua vulgar según los textos litúrgicos «experimentales» debidos al cardenal Lercaro y a Mons. Bugnini. Esta liturgia «experimental», que abandonaba el latín y revolucionaba la formulación teológica del sacramento, no podía encontrar conformidad en el Padre Pío. Antes de que fuera autorizada oficialmente, pidió el 17 de febrero poder seguir celebrando la Misa según el rito tridentino.

Aunque el cardenal Lercaro, su amigo y protector en no pocas ocasiones, estuviera entre los iniciadores de esa reforma litúrgica, a él no acababa de convencerle. Pablo VI accedió gustoso a esa petición del Padre Pío y el 9 de marzo envió al cardenal Bacci a que llevara él mismo el indulto autorizando al anciano capuchino a celebrar siempre la Misa de su ordenación. El escoger a Bacci no era un azar. Aparte de que había sido uno de los pocos prelados que siempre manifestaron su apoyo y su amistad al Padre Pío en los momentos más difíciles de la segunda persecución, había sido también durante el concilio —que terminaría pocos meses más tarde— uno de los animadores de la tendencia conservadora y un ardiente defensor del rito tradicional en latín⁸.

Esta autorización para poder celebrar la Misa tridentina hasta su muerte alivió al Padre Pío. Se sentía inquieto por las múltiples reformas y novedades que agitaban a la Iglesia y que fomentaban las divisiones entre padres conciliares. Después de haberle dado las gracias al cardenal Bacci por ese indulto concedido por el papa, le dijo como dándole un consejo:

—El concilio, por piedad, terminadlo pronto⁹.

Nueve meses después, el 8 de diciembre de 1965, Pablo VI clausuraba solemnemente el concilio Vaticano II. Lo hacía con una visión entusiasta de la obra concluida. Los obispos y arzobispos que regresaban a sus diócesis después de haber trabajado en la «renovación de la Iglesia» deberían ahora responder, según Pablo VI, a «la llamada imperiosa de los pueblos». El Padre Pío tenía una visión mucho menos optimista del mundo y de la Iglesia. En adelante, su sentimiento dominante sería el de la inquietud.

ÚLTIMOS AÑOS

El Padre Pío tenía setenta y ocho años. Era un anciano tullido de dolores que veía aproximarse el final de su vida. Desde su adolescencia, su salud siempre había sido frágil. Desde hacía mucho tiempo se alimentaba muy poco: una comida al día. Aunque no se puede llamar comida a las pocas cucharadas de verduras cocidas o de pasta hervida, el trozo de fruta y el vaso de vino que se limitaba a tomar. Además estaban los estigmas que sangraban de continuo desde ya hacía casi cincuenta años, una artrosis lacinante que le ocasionaba interminables insomnios. Los médicos que lo atendían le habían recetado desde finales de 1964 un tratamiento a base de sedantes. Todas las noches, el Padre Pío tomaba cinco pastillas: dos barbitúricos y tres somníferos.

El 19 de marzo, el Padre Pío tuvo que meterse en la cama. Durante tres días no pudo celebrar Misa. Día y noche necesitaba que le ayudasen. Durante casi dos meses estuvo en un sufrimiento largo y casi continuo. Atiborrado de sedantes, a veces pasaba el día entero adormilado. El sábado santo se sintió un poco mejor, se levantó y pudo confesar a algunos fieles. El domingo de Pascua pudo celebrar Misa, con gran alegría de los peregrinos que habían acudido ese día. Los días de descanso eran pocos. El padre Raffaele visitó a su viejo hermano enfermo y lo encontró pálido y con el rostro sudoroso. En un determinado momento, el Padre Pío estalló en sollozos y «se puso a llorar como un niño», cuenta el padre Raffaele. Ya no podía soportar el seguir arrastrándose, ser una carga para sus hermanos. En aquellos días de enfermedad se le escapó esta súplica de desesperación y de espera impaciente: «Ya es hora de que el Señor me llame».

Los rumores más contradictorios empezaron a circular sobre la larga enfermedad del Padre Pío. En un mes y medio no había disfrutado más que de unos pocos días de respiro. Algunos periódicos se interrogaban sobre el «extraño sueño» que tenía el hermano de los estigmas. Se hablaba de somníferos impuestos con exceso al enfermo para que los dejara tranquilos... Un comunicado difundido por la agencia de información ANSA el 22 de abril hizo saber que el profesor Valdoni, célebre cardiólogo, había visitado el día antes al Padre Pío. Esta información había sido facilitada por la curia provincial de Foggia. Según ese comunicado, el médico sólo había diagnosticado una

crisis de asma y había recetado cuatro días de descanso.

Para aumentar la inquietud, se supo pronto que el día mencionado el profesor Valdoni estaba de viaje, en Munich, y que no había visitado al Padre Pío últimamente... Al parecer, se había producido una confusión de nombres: era el profesor Pontoni, que trabajaba en la Casa Sollievo, quien había visitado al Padre. Este error, atribuible sin duda a la agencia ANSA, fue interpretado como deseo de ocultar la verdad.

Los médicos de la Casa Sollievo, inquietos por la salud de su fundador, pidieron al profesor Cassano, eminencia médica romana, que visitara al Padre Pío. El profesor, que se hallaba en los Estados Unidos, acompañando como médico personal a Aldo Moro, que estaba en visita oficial, hizo saber que estaba dispuesto a ir a San Giovanni Rotondo en cuanto regresara. Apenas desembarcado en Roma el 29 de abril, salió para Foggia en avión militar que Aldo Moro había mandado que pusieran a su disposición. Llegó a final de la tarde, pero no pudo proceder al examen médico, pues el superior del convento se lo prohibió. Sólo pudo ir unos momentos a saludar al ilustre enfermo. Esta desatención hacia el profesor Cassano dio lugar a los más inverosímiles rumores: ¿estarían tratando de «acabar» a fuego lento con el Padre?

Por fin, el 3 de mayo un comunicado de ANSA apaciguó las inquietudes: el hermano de los estigmas había superado completamente, decía, «el estado de debilidad subsiguiente a una gripe» contraída el mes anterior. Ese mismo día volvía a emprender sus actividades: Misa, ángelus y confesiones.

Pudo continuar su apostolado en el altar y en el confesonario. Misión que superaba a su simple persona y era como un testimonio de los misterios de Dios a los ojos de los hombres. En el confesonario escrutaba las almas, les ayudaba a librarse del peso de sus faltas.

—Si conseguís vencer la tentación —decía—, ésta produce el efecto de un lavado en la ropa sucia.

En el altar celebraba un misterio incomprensible para la simple razón humana. Celebraba como mediador entre los fieles y Dios y también celebraba ofreciéndose a sí mismo como hostia, y esto era lo más conmovedor. A Cleonice Morcaldi, que un día le preguntó qué era la Misa para él, le respondió: «Una unión completa entre Jesús y yo»¹⁰. Pero no con esto se olvidaba de sus fieles.

Esta constante comunión de espíritu entre el Padre y sus fieles colmaba de gozo a los visitantes cada día más numerosos. Éstos sabían que no eran olvidados y que todos podían encontrar, de una u otra manera, respuesta cerca del Padre. Existe un testimonio emocionante de esta solicitud del Padre Pío por las preocupaciones de cada uno. El escritor francés Pierre Pascal estuvo entre los visitantes del estigmatizado de Gargano en aquellos años de 1960. Pierre Pascal se había instalado en Roma desde 1945. Antes de la guerra había sido amigo de Charles Maurras y había tenido siempre una fidelidad total

hacia el maestro de la Acción Francesa¹¹. Es sabido que Maurras, sordo desde su adolescencia, no se abrió a la luz de la fe católica hasta las últimas semanas de su existencia, en 1952. Al recibir al fiel discípulo de Maurras, el Padre Pío se refirió al maestro del nacionalismo francés, a su destino de ultra tumba y a los lazos que le habían unido a su visitante hasta entonces desconocido para él. Asombrosas palabras en boca del capuchino estigmatizado, que sin duda nunca había leído ni una línea de Maurras, pero que lo conocía, por así decir, en visión sobrenatural. Pierre Pascal ha narrado este primer encuentro con el Padre Pío y sus extraordinarias palabras en el siguiente soneto:

Por primera vez estaba solo ante él
en medio de otros peregrinos. Se acercó a mí,
me miró hasta el fondo del alma y luego
murmuró lentamente: «Lo sé... lo veo.

¿Por qué esa desesperación y esa gran noche?
¿No has padecido nada, hijito –¡dichoso tú!–
por amor a la Verdad? Esta noche, en su casa,
el Padre Pío te espera. ¡Pero ven con tu cruz!».

La puerta estaba abierta. Estaba allí, de pie,
me tendió los brazos: «¡Pongámonos de rodillas
y recemos: yo por ti, y sobre todo tú por mí!».

Lo escuché mucho tiempo contarme mis días,
todos mis días con vosotros –¡Está seguro!
No sigas sordo, un héroe te protege.
¡Sí! ¡Hijito, queda en paz!».

Pierre Pascal estuvo con el Padre Pío dos veces más. Él es quien ha contado que, en la penumbra de la celda, los estigmas de las manos estaban luminosos, con esa luz sobrenatural que es un anticipo de la luz eterna de los cuerpos resucitados y gloriosos.

Los discípulos no desaprovechaban ni una ocasión de reunirse alrededor del monje de los estigmas. El 5 de mayo de 1966, décimo aniversario de la inauguración de la Casa Sollievo, fue organizada una gran ceremonia en San Giovanni Rotondo. Un Padre Pío muy débil asistió a la Misa solemne celebrada por el cardenal Lercaro ante la clínica, en presencia de miles de miembros de los grupos de oración venidos de todo el mundo y que, en esa ocasión, se habían reunido en un congreso internacional. El año siguiente, el 25 de mayo se reunió una gran multitud de peregrinos en San Giovanni Rotondo para celebrar sus ochenta años. Los más de mil grupos de oración allí representados eran muestra del vigor y de la riqueza del apostolado del Padre. Éste no cambió en nada sus costumbres: celebró Misa a las 5 de la mañana, al término de ésta se leyó un telegrama de felicitación que Pablo VI le había enviado; luego confesó durante toda la mañana y rezó el ángelus al mediodía. A final de la tarde, en un prado que linda con el convento, el

Padre Pío dirigió un saludo amistoso a sus fieles que habían acudido incluso del extranjero.

Era un hombre agotado el que los peregrinos de Gargano veían en esos últimos años. Pero él, al límite de sus fuerzas, trataba de recibirlos como antes, ser todo para ellos. Sobrevivía como por milagro, comiendo prácticamente nada, cada vez más agobiado por un antiguo asma y dolorido por la artrosis en las rodillas y en la columna vertebral. Desde los últimos días del año 1962, a causa de la debilitación de su vista, sus superiores le habían autorizado a sustituir la lectura del breviario por el rezo del rosario. Las piernas ya no lo sostenían. El 24 de noviembre de 1966, por primera vez tuvo que celebrar la Misa sentado. El altar fue vuelto hacia el pueblo, aunque el rito fue el del misal tridentino. Él sabía que sus días estaban contados, anunció con bastante precisión la fecha de su muerte. Fue el 14 de octubre de 1967, en una conversación con una de sus sobrinas, Pia Forgione-Pennelli. Ella se quedó tan afectada que recogió por escrito las palabras de su tío y depositó el documento en un notario de San Giovanni Rotondo, Domenico Giuliani, en un sobre sellado. Este sobre debía ser entregado al superior del convento después de la muerte del Padre Pío. Éste es el testimonio de Pia Forgione-Pennelli:

«San Giovanni Rotondo, 20 de octubre de 1967. Declaro que hace unos días, precisamente el 14 de octubre de 1967, tuve, con permiso del superior, una conversación privada con mi tío el Padre Pío, en el salón San Francisco del convento de los padres capuchinos de San Giovanni Rotondo, a la 1.30 h.

»Estaba sola con mi tío y, después de haberle expuesto unos problemas relativos a mi familia, me dijo textualmente: “Dentro de dos años ya no estaré...”. En ese momento le corté la palabra y le dije: “¿Por qué? ¿Adónde va a ir usted?”. Y él, con seguridad y gran firmeza, añadió: “Dentro de dos años ya no estaré, porque me habré muerto. Muchas cosas cambiarán”. Para dar fe. Pia Forgione-Pennelli»[12](#).

La profecía se cumplió, pues el año siguiente el Padre Pío desapareció. Hasta el final intentó cumplir su misión de salvación y testimonio. Durante el año 1967 confesó a unas 15.000 mujeres y 10.000 hombres (unas 70 personas cada día). Es inevitable recordar a otro confesor, San Juan María Bautista Vianney, que durante cuarenta y un años fue párroco de Ars, pequeña parroquia de Dombes: «Son unas doce horas en el frío del invierno, dieciséis horas en el calor del pleno verano las que Vianney, “prisionero de las almas”, pasa cada día en los años 1850, encerrado entre las planchas de madera de su confesonario»[13](#). El Padre Pío y, antes que él, el cura de Ars atraían a las muchedumbres a su confesonario porque poseían una clarividencia sobrenatural. Leían en las almas de los penitentes, les ayudaban a confesar sus faltas y los reconciliaban con Dios sin por ello mostrar una debilidad culpable. En el tribunal de la penitencia eran como la imagen del Cristo de Justicia y Misericordia.

Tanto en el altar como en el confesonario, el sacerdote se presenta verdaderamente en toda la grandeza de su sacerdocio. El santo Cura de Ars dio en una ocasión esta bella definición del sacerdote: «¿Qué es el sacerdote? Un hombre que está en el lugar de Dios. Un hombre que está revestido de todos los poderes de Dios [...] Mirad el poder del sacerdote. La lengua del sacerdote hace, de un trozo de pan, un Dios. Eso es más que crear un mundo [...] Si me encontrara a un sacerdote y a un ángel, saludaría al sacerdote antes de saludar al ángel»[14](#).

MUERTO SIN ESTIGMA

A partir del mes de marzo de 1968, el Padre Pío ya sólo se desplazaba en una silla de ruedas. A veces, estaba tan débil, que ni podían bajarlo a la iglesia del convento para celebrar Misa. Sus últimos meses fueron como un largo calvario. Ennemond Boniface, que se hallaba en San Giovanni Rotondo en los días anteriores a la muerte del Padre, ha dejado un testimonio único sobre esa última estación de un via crucis que duraba cincuenta años:

«... En realidad su muerte terminó una agonía que, más o menos aparente, duraba desde hacía años y que se iba agravando cada día.

»Los días anteriores a su jubileo de los estigmas, yo tuve la impresión de que era un moribundo el que llevaban por en medio de los fieles en la silla de ruedas. Lo mantenían en vilo más que sostenerlo, para sentarlo en un asiento especial contra el altar en el que, apoyando los codos, celebraba Misa en una inmovilidad casi total, haciendo con las manos los gestos indispensables para la consagración y la comunión. Incluso de muy cerca no se le oía rezar. Para que no tuviera que girar la cabeza, el monje que le ayudaba le ponía ante la vista el misal abierto y le señalaba con el dedo lo que tenía que leer. Era un moribundo el que decía Misa»[15](#).

A las puertas de la muerte, exactamente once días antes de fallecer, el Padre Pío quiso manifestar por última vez públicamente su fidelidad a la Iglesia y su apoyo al papa. El 30 de junio de 1968, cuando la Iglesia católica estaba sacudida desde hacía varios años por una grave crisis, Pablo VI sintió la necesidad de «confirmar en la fe a nuestros hermanos». En medio de los movimientos de rebelión que afectaban a los fieles y al clero, rebelión contra la fe y las costumbres, el papa reafirmó con una profesión de fe solemne el *Credo* católico completo. «En el momento de hacerlo, tenemos muy presentes en nuestro ánimo las confusiones con las que se ven agitados ciertos medios modernos en lo que se refiere a la fe. No se han librado de ser arrastrados por un mundo en profunda mutación en el que tantas verdades son radicalmente criticadas o discutidas. Y vemos incluso un gran número de católicos presa de una especie de pasión por el cambio o por la novedad en todas las cosas»[16](#).

Tres semanas después, con la misma intención, Pablo VI publicaba la encíclica *Humanae Vitae*. En ella reafirmaba la doctrina católica sobre la vida conyugal, en total oposición de la Iglesia a los métodos artificiales de la contracepción y al aborto. Aplaudida por unos, criticada abiertamente por otros, esta encíclica del 25 de julio despertó un cierto alboroto incluso en la jerarquía de la Iglesia. En *Le Monde*, Jean Marie Paupert, entonces uno de los portavoces más destacados de la *intelligentzia* católica progresista francesa, titulaba una larga requisitoria contra la *Humanae Vitae*, «puerta cerrada». Denunciaba a un «pontífice romano que ha tomado definitivamente el otro partido, el de la conservación de las estructuras esclerosadas». «La fracción esclerótica e incluso integrista de la Iglesia ha ganado», se lamentaba.

En Francia, en los Países Bajos, en los Estados Unidos, la encíclica apenas si encontraba defensores. El silencio, incluso la hostilidad de numerosos teólogos y obispos de algunas partes del mundo apenó profundamente a Pablo VI. El Padre Pío escribió entonces, el 12 de septiembre, una larga carta al papa, carta de fidelidad obediente y amante:

«Sé que en estos días vuestro corazón sufre mucho por el destino de la Iglesia, por la paz del mundo, por las necesidades tan numerosas de los pueblos, pero sobre todo a causa de la falta de obediencia de algunos, incluso entre los católicos, a la elevada enseñanza que nos dais, con la asistencia del Espíritu Santo y en el nombre de Dios. Os ofrezco mi oración y mi sufrimiento cotidiano, con el humilde pero sincero recuerdo del último de vuestros hijos, con el fin de que el Señor os conforte con su gracia para seguir el recto y difícil camino en defensa de la verdad eterna que no cambia nunca aunque los tiempos cambien.

»En nombre de mis hijos espirituales y de los grupos de oración, os agradezco igualmente las palabras claras y decisivas que habéis pronunciado, especialmente en la última encíclica *Humanae Vitae*, y confirmo mi fe, mi obediencia incondicional a vuestras luminosas directivas...»¹⁷.

Esta carta de apoyo al papa fue el último acto público del Padre Pío. ¿Lo sabía? El 20 de septiembre de 1968, viernes, era la fecha del cincuenta aniversario de la estigmatización. Iba a celebrarse el IV congreso internacional de los grupos de oración. El 20, el Padre Pío celebró Misa a las 5 de la mañana como de costumbre, luego pasó la mañana confesando. Por la noche hubo una gran procesión de antorchas alrededor del convento, pero el Padre Pío, extenuado, no se mostró en la ventana de su celda como esperaban sus fieles. El sábado no pudo bajar a la iglesia conventual para celebrar Misa. El Dr. Sala, llamado a la cabecera del enfermo, afirmará: «Sábado 21 de septiembre a las 5 horas, ha tenido una crisis de asma bronquial de intensidad considerable, con taquicardia, sudores fríos, cianosis labial, disminución de los valores arteriales...».

Por la noche pudo, no obstante, asistir desde la tribuna de la iglesia a la oración que

clausuraba el primer día del congreso y bendecir a sus hijos espirituales. El domingo 22 había sido señalado para festejar brillantemente el jubileo estigmático del Padre. A los delegados de setecientos grupos de oración acudidos de todo el mundo se añadía ese domingo una muchedumbre importante de peregrinos que habían querido manifestarle su adhesión. Cincuenta ramos de rosas rojas, dispuestos por los fieles alrededor del altar, recordaban simbólicamente los cincuenta años de una crucifixión sangrante y salvadora. El guardián había pedido al Padre Pío que celebrara una Misa solemne y cantada. Aunque no se sentía con fuerzas, el Padre lo hizo. Los padres Honorado y Valentona le ayudaron como diácono y subdiácono y el padre Guglielmo como monaguillo. Ennemond Boniface, testigo ocular de esa última Misa del Padre, cuenta:

«Así el Padre Pío, obediente como siempre y ya moribundo, intentó cantar la Misa. No lo pudo hacer. No pudo cantar el prefacio. Penosamente lo leyó. Al *Pater*, cada vez más abrumado y confuso, empezó por las palabras del prefacio... y al final de la Misa se desfondó de pronto, desmayado. Se habría caído al suelo si los hermanos que le ayudaban, entre ellos el robusto Guglielmo, no lo hubieran sostenido a tiempo (...) Por primera vez hubo que traer la silla de ruedas hasta el altar, en vez de llevar al estigmatizado a la sacristía sostenido por dos hermanos por debajo de los brazos. Pero esa vez, la última, era tal su estado que no se le pudo pedir ni siquiera ese simulacro de algunos pasos sobre sus piernas. Al alejarse en la silla de ruedas, dirigió una impresionante mirada a los fieles apiñados de pie contra la balaustrada, a la derecha del coro, y tendiendo los brazos como si quisiera abrazarlos, murmuró: “Hijos míos, queridos hijos míos”. Así fue la última Misa del Padre Pío»[18](#).

Otro testigo de esta última Misa cuenta un hecho extraño, aunque con sólidas pruebas en su apoyo. Se trata del fiel Pagnossin que, asistiendo a esta ceremonia desde arriba de la tribuna izquierda de la iglesia, tomó algunas fotografías con un teleobjetivo. Cuando, unos días después, reveló la película, cuál no fue su sorpresa al observar sin duda posible que el Padre Pío ya no tenía los estigmas[19](#). ¿Cuándo desaparecieron los estigmas? Los hermanos del Padre Pío no se dieron cuenta hasta el momento de su muerte y entonces también ellos harán fotos del extraño fenómeno: una piel suave y lisa como la de un recién nacido sustituye a las cinco llagas sanguinolentas. Milagro inverso al del 20 de septiembre de 1918...

Se puede suponer, como razonable hipótesis, que los estigmas desaparecieron de repente el 20 de septiembre de 1968, cincuenta años día a día después de su aparición; no como por prestidigitación ni simple juego divino, sino para anunciar claramente al propio Padre Pío que su misión había terminado, que quedaba descargado de su cruz y que su peregrinación en la tierra tocaba a su fin. Lo cual sucedió, en efecto, la noche del 22 al 23 de septiembre, a las 2.30 h.

Después de la Misa lo habían subido a su celda. Estaba prevista una bendición y una

breve exhortación a los fieles para el mediodía, a la hora del ángelus. Sintiendo cansado, el Padre Pío fue a saludar a sus hijos espirituales un poco antes, a las 10.30, antes de irse a descansar. Apareció en la ventana del coro de la iglesia, «pálido, con el rostro blanco, agitando un pañuelo y bendiciendo con la mano. Fue una aparición, una visión etérea, como viniendo de otro mundo, y después el Padre, ayudado y sostenido, se retiró a su habitación»²⁰.

Estuvo postrado todo el día, débil y ya como sin vida. A las 18 h quiso asistir desde la tribuna de la iglesia a la Misa de la tarde. Al final de la celebración deseaba dar una última bendición a la multitud, pero no pudo levantarse. Tuvo que ser llevado a la celda. El padre Pellegrino lo velaba²¹. El Padre Pío lloraba en silencio. No conseguía conciliar el sueño y parecía debilitarse cada vez más. Pasada la media noche quiso confesarse. Luego le dijo al padre Pellegrino:

—Escucha, si el Señor me llama hoy, pide perdón por mí a mis hermanos por todas las molestias que les he causado. Pídeles, y también a mis hijos, que recen por mi alma.

Quiso renovar su profesión religiosa, última consagración de sí mismo y de su vida al Señor.

No conseguía encontrar descanso. Decidió levantarse y anduvo unos minutos por la terraza cercana, acompañado por el padre Pellegrino, que contó: «Andaba con paso decidido, muy derecho, como un hombre joven, yo no tenía que sostenerlo». Digamos de pasada que quizá era una muestra suplementaria de la desaparición de los estigmas de las manos y de los pies desde el día 20. De repente el rostro se le demudó y se cubrió de sudor. Débilmente, repetía: «Jesús María, Jesús María». El padre Pellegrino tuvo que sentarlo en la silla de ruedas para llevarlo a la celda.

Su estado se agravaba por minutos. Hacia la 1 y cuarto, el padre Pellegrino decidió llamar a uno de sus hermanos para que le ayudara y avisara por teléfono al médico que atendía al Padre, el Dr. Sala²². Éste llegó a los diez o quince minutos, trató primero lo que él creía una nueva crisis de asma con las inyecciones habituales. No obstante, el guardián del convento y otros hermanos fueron llamados. Se administró los últimos sacramentos al moribundo. Los recibió todavía plenamente consciente. Inmediatamente después, su estado se agravó. A las 2.09 h, su respiración y los latidos del corazón se hicieron muy débiles, el Dr. Sala le inyectó una mezcla de oxígeno. Fueron llamados otros médicos de la Casa. Se intentó reanimarle con la respiración artificial y un masaje cardíaco. A las 2.30 h expiró dulcemente, sin ruido, con el rostro sereno y un rosario entre las manos.

Era el 23 de septiembre de 1968. Sus hermanos se dieron cuenta entonces de que ya no tenía los estigmas. Diez minutos después del fallecimiento, el padre Giacomo da Montemarano tomó nueve fotos (del costado, de los pies y de las manos por la palma y por la parte de encima)²³. El Dr. Sala y otros hermanos del convento estaban aún

presentes. Ni una cicatriz, ni una señal quedaba del calvario padecido durante cincuenta años por Francesco Forgione, convertido por la gloria de Dios y la salvación de los hombres en Padre Pío da Pietrelcina.

Para no perturbar ni agitar a los fieles, sus manos fueron cubiertas con mitones y sus pies calzados. Hasta después de los funerales no se reveló este último milagro de la desaparición súbita de las llagas. El 23 y el 24, su cuerpo, revestido con el hábito capuchino, fue expuesto a la vista de los fieles en un ataúd con tapa de cristal. Durante dos días le rindieron un homenaje conmovedor y sincero al religioso que, durante toda su vida, sólo había buscado una cosa: cumplir la Voluntad de Dios.

[1](#) Padre Costantino Capobianco, Padre Pío de Pietrelcina. Palabras y anécdotas, 1986, pp. 176-177.

[2](#) Padre Pío de Pietrelcina (Libro blanco), AID, Ginebra 1963. Este libro fuera de comercio y que al final no fue nunca difundido entre el público, era anónimo. Sin embargo, Emmanuele Brunatto puede ser considerado su autor principal. La amabilidad de E. padre, de Ginebra, nos permitió obtener un ejemplar de ese documento rarísimo.

[3](#) Testimonio relatado por Giuseppe Pagnossin, o. c., t. II, p. 26.

[4](#) Aunque el caso del Padre Pío no se cita, se puede leer un ensayo muy documentado del largo episcopado de Lercaro en Bolonia (1952-1968) y sobre las relaciones de éste con Giovanni Battista Montini: Nazario Sauro Onofri, *Le due anime del cardinale Lercaro*, Capelli Editore, Bolonia, 1987.

[5](#) Texto reproducido en Giuseppe Pagnossin, o. c., t. II, pp. 203-204.

[6](#) Testimonio publicado pocos días después de la muerte del Padre Pío en *La Croix* de 3 de octubre de 1968.

[7](#) Ver el estudio muy documentado de Grégoire Célier, *La dimension oecuménique de la réforme liturgique*, Fideliter, 1987.

[8](#) Ver el *Bref examen critique de la nouvelle messe* presentado a Pablo VI por los cardenales Ottaviani y Bacci en 1969.

[9](#) Palabras referidas por Giuseppe Pagnossin en *Piccola Cronologia per la Causa de Beatificazione di Padre Pio*, 1985 (manuscrito dactilograficado inédito), p. 87.

[10](#) Preguntas de Cleonice Morcaldi y respuestas del Padre Pío han sido publicadas, entre otros, en Giuseppe Pagnossin, t. II, pp. 7-9.

[11](#) Hay que leer el conmovedor y muy documentado Maurras que Pierre Pascal publicó en 1986 en Editions de Chiré.

[12](#) Testimonio recogido en padre Jean Derobert, o. c., pp. 771-772.

[13](#) Philippe Boutry, *Prêtres et paroisses au pays du curé d'Ars*, Cerf, 1986, p. 449.

[14](#) Deposición de Alfred Monnin en el proceso del ordinario, p. 1090, citado en Philippe Boutry, o. c., p. 185.

[15](#) Ennemond Boniface, entrevista en Carrefour el 3 de octubre de 1968.

[16](#) Dos discípulos del Padre Pío, el escritor Pierre Pascal y el abogado Umberto Ortolani, establecieron una traducción en griego, italiano, francés, alemán, inglés, español, portugués y ruso de la Profesión de Fe en latín de Pablo VI. Con el título de Credimus, en las ediciones del Coeur fidèle, se realizó una obra de arte tipográfica. Este libro, fuera de comercio, tuvo una tirada de 1.000 ejemplares, fue distribuido a todos los cardenales del Sacro Colegio y a todos los embajadores acreditados cerca de la Santa Sede.

[17](#) Carta de 12 de septiembre de 1968 a Pablo VI, Epistolario, t. IV, pp.12-14.

[18](#) Ennemond Boniface, Padre Pio le Crucifié, NEL, 1971, pp. 176-177.

[19](#) Las fotografías han sido publicadas en Giuseppe Pagnossin, o. c., t. II, pp. 347-348.

[20](#) Testimonio del padre Gerardo di Flumeri, publicado en padre Jean Derobert, o. c., pp. 776-777.

[21](#) El padre Pellegrino dio testimonio de las últimas horas del Padre Pío en un folleto: padre Pio est mort, editado por la Curia provincial de Foggia en 1968.

[22](#) El Dr. Sala contó su última intervención a la cabecera del moribundo en una entrevista concedida al semanario Oggi, el 10 de octubre de 1968.

[23](#) Fotografías publicadas en anexo a la obra de Fernando da Riese Pio X, Padre Pio da Pietrelcina, o. c.

CONCLUSIÓN

El 26 de septiembre de 1968 por la tarde, el padre Clemente da Wlissingen, ministro general de los capuchinos, presidió los funerales del estigmatizado de Gargano. Se dio lectura de un telegrama de pésame de Pablo VI y el administrador apostólico, padre Clemente da Santa Maria in Punta, pronunció el elogio fúnebre del hermano a cuya «liberación» había contribuido.

El cuerpo del Padre Pío fue bajado a la cripta de la iglesia del convento donde, para cumplir su deseo de 1923, le había sido dispuesta una tumba. Merece ser relatado un último hecho extraordinario que ocurrió el día de sus funerales. Es como el último adiós del Padre Pío a sus fieles, que habían acudido por miles para rendirle el último homenaje. El hecho fue contado por un discípulo del Padre, pero cientos de testigos más lo presenciaron y los diarios italianos y franceses dieron cuenta del fenómeno:

«... En sus funerales, cuando ya su cadáver descansaba en la cripta, la multitud de sus devotos se dirigió al terreno vago a la hora habitual de las “señas del pañuelo”. Y, luego de una oración vocal, entonaron cánticos que le gustaban especialmente al Padre. De pronto, se oyeron exclamaciones de alegría: el Padre Pío aparecía, sonriente, con el rostro vuelto hacia la izquierda en el cristal de lo que había sido su celda. Se veía con claridad su hábito hasta la cintura y el cordón tal y como yo los había visto. A los gritos de *miracolo* de la muchedumbre, el padre guardián del convento envió un hermano al lugar. Y éste volvió con la increíble información: el Padre aparecía en el cristal. Entonces, para dar una lección de realismo a todos los que podían ser considerados como exaltados, fanáticos, dio orden de abrir la ventana de la celda del Padre y extender en ella una tela blanca. Pues bien, después de un «¡Ah!» de decepción de la masa, resonaron unos «¡Oh! ¡Oh!» jubilosos y divertidos: la «foto viviente» del Padre aparecía al mismo tiempo en todos los cristales de esa fachada del convento de Santa Maria delle Grazie»¹.

Desde la muerte del Padre Pío, cientos de miles de fieles van del mundo entero a San Giovanni Rotondo para invocar al que Pablo VI ponía como ejemplo a los capuchinos:

—Seguid el ejemplo de vuestro santo hermano fallecido hace poco, el Padre Pío. ¡Mirad qué fama ha tenido! ¡Qué multitud de todo el mundo ha reunido a su alrededor!

¿Y por qué? ¿Era filósofo, sabio? ¿Disponía de medios enormes? No. Decía Misa humildemente, confesaba desde la mañana a la noche y era –es difícil decirlo– el representante de Nuestro Señor, marcado por las llagas de nuestra Redención. Un hombre de oración y de sufrimiento. Ésa es la razón por la que sentimos hacia él un agradecido afecto².

Millones de fieles ya han canonizado en sus corazones al Padre Pío. Pero la Iglesia, tradicionalmente, es lenta en llevar a los altares a sus hijos más eminentes. Actúa siempre con prudencia y circunspección. Múltiples investigaciones y miles de páginas de testimonios, deposiciones y atestados son necesarios antes de llegar a un decreto de beatificación y luego de canonización. El 4 de noviembre de 1969, el padre Bernardino da Siena, postulador general de los capuchinos, envió al arzobispo de Manfredonia la petición oficial de apertura de una causa de beatificación. Los primeros testimonios sobre la vida del Padre Pío fueron entonces recogidos y enviados, a finales de 1971, a Roma a la congregación de la Causa de los santos.

Hasta el 20 de marzo de 1983 no se concedió el *nihil obstat* que permitía la apertura oficial de la causa de beatificación. Se constituyó un tribunal eclesiástico, encargado de instruir «el proceso informativo sobre la vida y virtudes del siervo de Dios, Padre Pío da Pietrelcina». Paralelamente, fue formada una comisión histórica, encargada de recoger todos los escritos del siervo de Dios y todos los documentos a él referentes: está formada por el padre Alessandro da Ripabottoni, primer historiador capuchino del Padre Pío, un canónigo de San Giovanni Rotondo, un abogado y dos médicos. Sólo Dios sabe cuándo este proceso de beatificación acabará.

Ya desde ahora se puede, sin prejuizar de la decisión final³, reconocer en el Padre Pío una vida extraordinaria de obediencia y sufrimiento por y para la Iglesia. No es indiferente que esa existencia fuera de lo corriente haya sido dada a nuestro siglo atormentado. En el cuarto aniversario de la muerte del Padre Pío, el cardenal Siri definió así la misión del primer sacerdote estigmatizado de la historia de la Iglesia: «El sufrimiento por el pecado de los hombres». Y añadió significativamente: «Quizá si el pecado del mundo no se manifestara en todas direcciones, grave, pesado, opresor, con malicia satánica, su caso habría sido otro, quizá Dios habría otorgado sus dones místicos al Padre Pío sin obligarlo a estar medio siglo en la Cruz. Pero no ha sido así. Es un signo de Dios».

¹ Henri Bourdeau, *Le Dernier des fils du Padre Pio* (manuscrito inédito), p. 18.

² Discurso de Pablo VI el 20 de febrero de 1971 durante la audiencia concedida al padre Pasquale Rywalski, nuevo ministro general de los capuchinos, y al capítulo general de la Orden.

³ El clamor popular de santidad se vió confirmado oficialmente, el día 2 de mayo de

1999, cuando el Santo Padre Juan Pablo II, lo proclamó Beato, y solo tres años más tarde, el 16 de junio de 2002, lo declaró Santo. La asistencia de fieles a ambas ceremonias fue extraordinaria.

ANEXO I

LOS SUPERIORES DEL PADRE PÍO

Nos ha parecido útil presentar un cuadro sintético con los nombres y las fechas de la función de los superiores, tanto eclesiásticos como religiosos, a los que el Padre Pío estuvo sujeto durante los cincuenta años que pasó en el convento de San Giovanni Rotondo (de 1916 a 1968). En la orden capuchina, los superiores, cualesquiera que sean sus responsabilidades, son elegidos, salvo excepción. El superior del convento, llamado guardián, es elegido por tres años por los religiosos que residen en el monasterio. El superior regional, llamado provincial, es igualmente elegido por tres años por los distintos guardianes de la provincia y otros responsables provinciales. El superior general de la Orden, llamado ministro general, es elegido por seis años por un capítulo general que agrupa a los diferentes provinciales de todos los países en donde está implantada la Orden.

El cuadro que reproducimos fue publicado por Fernando da Riese Pio X, biógrafo «oficial» de la Orden, en su obra *Padre Pio da Pietrelcina*, ediciones «Padre Pio da Pietrelcina», San Giovanni Rotondo, 1984 (2ª edición).

	Papa	Obispo de Manfredonia	Ministro general	Provincial de Foggia	Guardián del convento San Giovanni Rotondo
1916	Benedicto XV	Pasquale Gagliardi	Venanzio da Lisle-en-Ligault	Benedetto da S. Marco in Lamis	Paolino da Casacalenda
1919				Pietro da Ischitella	Lorenzo da S. Marco in Lamis
1920			Giuseppe Antonio da S. Giovanni in		

			Persiceto		
1922	Pío XI				Ignazio da Ielsi
1924				Bernardo da Alpicella	
1925					Tommaso da Montesantangelo
1926			Melchiorre da Benisa		
1928					Raffaele da S. Elia a Pianisi
1929		<i>Admin. apostólico</i> Alessandro Macchi			
1931		Andrea Cesarano			
1932			Vigilio da Valstagna		
1938			Donato da Welle	Agostino da S. Marco in Lamis	
1939	Pío XII				
1941					Dámaso da S. Elia a Pianisi
1944				Paolino da Casacalenda	Agostino da S. Marco in Lamis
1946			Clemente da Milwaukee		
1950				Antonino da S. Elia a Pianisi	
1952			Benigno da Sant'Ilario Milanese		Ferdinando da S. Marco in Lamis
1953				Teófilo da Pozzo della Chiana	Carmelo da Sessano
1956				Agostino da S. Marco in Lamis	
1958	Juan XXIII		Clemente da Milwaukee		
1959				Amedeo da S.	Emilio da Matrice

				Giovanni Rotondo	
1960					Rosario da Aliminusa
1961				Torquato da Lecore	
1963	Pablo VI			<i>Admin. apostólico</i> Clemente da S. María in Punta	
1964			Clementino da Vlissingen		Carmelo da S. Giovanni in Galdo
1967		<i>Admin. apostólico</i> Antonio Cuniai			
1968					

ANEXO II

DISCURSO DEL CARDENAL LERCARO

(8 DE DICIEMBRE DE 1968)

El cardenal Giacomo Lercaro, arzobispo de Bolonia de 1951 a 1968, fue uno de los más constantes defensores del Padre Pío. Visitó al capuchino estigmatizado numerosas veces y presidió varias ceremonias en la Casa Sollievo della Sofferenza. Apenas tres meses después de la muerte del Padre, pronunció un largo discurso en el que rendía homenaje al primer sacerdote estigmatizado de la historia. Explicaba el sentido teológico de su misión y de las pruebas por las que pasó. Este discurso fue pronunciado ante una enorme multitud el 8 de diciembre de 1968. Fue muy comentado, tanto por la personalidad de su autor como por el vigor y la elevación de lo que en él se dice. El texto fue publicado íntegramente en francés por primera vez por Ennemond Boniface, *Padre Pio le crucifié* (Nouvelles Éditions Latines, 1971).

DISCURSO DEL CARDENAL GIACOMO LERCARO

Con sentimiento de profunda humildad me dirijo a ustedes esa mañana, religiosos de la Orden, fieles de los grupos de oración y todos mis hermanos. Este sentimiento de humildad me lo exige la figura del Padre Pío, a la que la muerte repentina, aunque esperada, ha dado el último toque y, trasladándola más allá de las vicisitudes de este mundo, nos ha permitido a todos, incluso a sus adversarios más obstinados, entrever al menos su estatura espiritual...

De él, callaré los hechos singulares, que sin embargo han contribuido a atraer sobre el humilde capuchino de un pequeño convento de Gargano la atención del mundo, de todo el mundo: los estigmas, el perfume misterioso, los dones de profecía, de conocimiento de los corazones... No los niego, no los afirmo, dejo su discernimiento al juicio de la Iglesia. Creo, como San Pablo, que no son esos dones del Espíritu los que hacen su grandeza, pues como todas las gracias, dones gratuitos que el único Señor distribuye como le place, son otorgados por el bien del Cuerpo místico, es decir, de la comunidad de la Iglesia, cuyo jefe es Cristo.

Ante estas manifestaciones del espíritu de Dios, sólo podemos agradecer a la bondad divina el tesoro de iluminación, de conversión, de estímulo para el bien, de confortación, de esperanza que aportan al mundo misterioso de las almas, cooperando (y a veces operando) a quebrar los corazones endurecidos y los lazos tenaces, así como a alentar por el camino de la generosidad más valiente y más comprometida, energías que hasta ese momento eran desperdiciadas en la indolencia espiritual o en el pecado.

En todo caso, llamado a conmemorar al Padre Pío, me complace recordar y comentar su más auténtico timbre de gloria, aquel para el que todas las manifestaciones de la gracia no son, por así decir, más que un marco o una llamada para los hombres con demasiada frecuencia distraídos o miopes para poner su mirada, su atención y su veneración en el compromiso esencial del cristiano, representado por Jesucristo, el Hijo único de Dios, que se hizo nuestro hermano mayor, en el que el Padre halla sus complacencias y que es, para nosotros, el único Maestro y el Modelo supremo. San

Pablo afirma que todos aquellos a quienes Dios halle semejantes a la imagen de su hijo, según el divino designio de la gracia, compartirán su gloria.

Este compromiso, que sugirió a San Pablo su vocabulario fascinante, lo llevó también a sentir en él, intensamente, los mismos sentimientos de Cristo y a darse cuenta de que, si bien seguía siendo él, Pablo, el que vivía, ya no era él quien realmente vivía, sino que Cristo vivía en él y su vida era Cristo...

En el Padre Pío este compromiso ascético fue constante y, lo mismo que en el apóstol Pablo, tuvo su sello en la participación de la Cruz. Igual que San Pablo, el Padre Pío pudo afirmar que sufría con Cristo, que estaba crucificado con Él; poniendo –según también la atrevida afirmación de San Pablo– con su sufrimiento lo que falta a la Pasión de Cristo.

* * *

No me es posible examinar de manera apropiada toda la vida –en apariencia monótona y siempre igual– del Padre para diseñar en ella su amorosa y generosa configuración con el Señor.

Me detendré en tres aspectos cuya evocación creo que será para mí –y pienso que para vosotros también– especialmente útil hoy.

En primer lugar, el espíritu de oración, alma del apostolado. El Padre Pío es, como Jesús, hombre del coloquio: un hombre de oración...

Recuerdo cuando lo vi, en años ya lejanos: lo encontré en el pequeño coro de la antigua iglesia de las Gracias, en su lugar de oración. Me dio gran alegría, aunque aquello retrasaba mi conversación con él que, evidentemente, no deseaba interrumpir su coloquio con Dios. Me pareció que era precisamente así, en oración, como se le debía encontrar. La Misa al alba, en medio de una numerosa asamblea, pero tan recogida y casi embelesada, lo mismo que la oración silenciosa en el pequeño coro, eran las raíces de esa fuerza sobrenatural que daba energía a su palabra iluminada, a veces tosca y dura, pero tan persuasiva y reconfortante...

El Padre Pío sentía tan profundamente la fuerza sobrehumana de la oración que quiso hacérsela más fácil a sus hijos espirituales, cada día más numerosos en el mundo, y dejársela como herencia preciosa para continuar su constante solicitud por el advenimiento del Reino de Dios en las almas y en el mundo.

Así nacieron los grupos de oración, que reunían periódicamente a sus hijos espirituales para rezar juntos y, juntos, meditar sobre la eficacia que suministra la insustituible fuerza de Dios por el bien del mundo.

Es sorprendente –y hasta sería incomprensible para nosotros si el Evangelio no nos hubiera advertido de la incomprensión de los hombres– que los grupos de oración hayan encontrado tantas dificultades y hostilidad precisamente allí donde hubiéramos lógicamente esperado que tuvieran aliento y expansión.

Y no obstante, yendo al fondo de las cosas, es el Señor Jesús quien los ha alentado, cuando afirmó que donde dos o tres personas se reúnen en su nombre, Él estaría entre ellas y que todo lo que le pidieran al Padre les sería concedido...

Pero lo que sorprende y entristece más es que, a veces, ni siquiera los centinelas, según la imagen de Isaías, puestos para velar en la noche de los tiempos, consideraron la actualidad de esa llamada a la luz y a la fuerza de Dios, en un mundo que, como el nuestro, en su pretendida secularización, niega o ignora a Dios, mientras que su obra de construcción, privada de dimensión vertical, no sólo se cierra el horizonte para toda esperanza más allá de la tierra, sino que, con todo el esfuerzo de su investigación científica y de su técnica muy avanzada, hace que el panorama de esa misma tierra esté terriblemente ensangrentado y devastado por la guerra, desolado por el hambre y envenenado por los gérmenes explosivos de divisiones, de odios, de violencias... En ese panorama fúnebremente dominado por lo que se ha dado en llamar, paradójicamente aunque no sin un acento amargo de verdad, la «teología de la muerte de Dios» ha echado raíces el mesianismo, como única razón de esperanza para el mundo desgarrado por las diferencias de niveles sociales. Y un mesianismo inmanente, que espera su redención de las cosas y la búsqueda por medio de la lucha y no por el amor; como si fuera posible que las exigencias del espíritu se apaciguasen con la sola opulencia de la civilización del bienestar en la tierra y como si el odio pudiese ser constructivo.

Los grupos de oración, en un mundo así hecho, para recordar al hombre evangélico la necesidad de Dios, de sus certezas y de sus esperanzas, de su caridad y de su gracia para la salvación en la vida y más allá de la vida, son una manifestación colectiva de confianza en la paternidad amorosa del Señor y, al mismo tiempo, constituyen un lazo de fraternidad que une a todos los que participan en ellos y superan todas las miserias, todas las indignicias, todos los sufrimientos. La «perseverancia en la oración» y en la «fracción del pan» unía a los primeros hermanos, dirigidos por la «enseñanza de los Apóstoles», y hacía de ellos «un solo corazón y una sola alma», de tal suerte que –y ésta es una reflexión social del escritor inspirado San Lucas– «no había entre ellos ningún necesitado».

Poco antes de su muerte, el Padre Pío, que, en silencio, había siempre alimentado la oración de los grupos, vio por fin su suprema aprobación. Terminó así, entre los coros de los fieles en oración, su misión en esta tierra. En realidad, había sido una continua oración, una súplica persistente al Padre para presentarle, con Cristo, en Cristo y por Cristo, las necesidades y los dolores, las esperanzas y las ansiedades de la Iglesia y del mundo. En su sacerdocio, la mediación del único mediador se realiza a través de la ofrenda incesante que lo unía a la víctima del altar y, lo mismo que alrededor del altar de un modesto santuario, por invitación suya, en el mundo entero, las almas se reunían y unían el coro de sus oraciones vocales a los irresistibles gemidos de Cristo.

Pero fue la pobreza la que acercó especialmente el Padre Pío a Cristo, hijo de Dios, que se hizo pobre y desnudo por nosotros en el establo y en la Cruz, a Cristo exiliado y muy humilde artesano en un pueblo, sin techo y sin pan en los caminos de la tierra miserable que había escogido como escenario de su obra...

Igual que Cristo, el Padre Pío fue pobre, y no sólo por el voto de pobreza que había hecho en una Orden caracterizada, desde sus comienzos y en su reforma sucesiva, por una pobreza efectiva, sino porque de hecho vivió su vida de capuchino en la celda de un humilde convento del Mediodía de Italia, sin jamás salir de él para extender su mirada a un horizonte más amplio: es decir, la pobreza del tiempo pasado, que no había visto nunca la ciudad y no conocía las emociones de un viaje, ni la encantadora alegría de una excursión...

El Padre Pío no podía decir como Jesús: «Las raposas tienen madriguera y los pájaros tienen nido, pero el Hijo del Hombre no tiene donde descansar la cabeza», él tenía en el pequeño convento de las Gracias una celda, una cama, una almohada. Pero el Padre Pío no se sentaba en colinas floridas de anémonas, no subía a las montañas, no atravesaba el lago tembloroso bajo la brisa o batido por los vientos...

Su mundo exterior era verdaderamente pequeño y restringido y, a veces, en los momentos de persecución aguda, limitado como –¿podemos llamarlo así?– el mundo de un preso... el mundo de los más pobres entre los pobres, los que ni siquiera tienen el aire del que disfrutaban las aves y las flores... Y si la riqueza afluía a él, sus manos estaban abiertas... Han sido objeto de discusión los estigmas del Padre Pío, pero nadie ha puesto en duda que tenía las manos abiertas...

En efecto, como Cristo, se había hecho pobre para enriquecer a los demás: *Ut ditaret nos!*

Casi poeta, tuvo la idea, que defendió con persistencia contra todas las dificultades y que realizó efectivamente, de fundar la Casa de alivio del sufrimiento y la construyó funcional, dotada de todos los recursos que en nuestros días la ciencia y la técnica pueden ofrecer, bella, digna y también rica y noble en su presentación: abierta gratuitamente a los pobres, no despreciable para la gente acomodada, igual en los cuidados, los tratamientos y la asistencia, llena de amor a todos... Así fue creada en la árida roca de Gargano, entre almendros en flor y de higueras de Berbería, una de las más modernas clínicas. Y así, las más ilustres personalidades de la medicina del mundo entero celebraron en ella un simposium para celebrar su apertura...

La obra por la que el Padre Pío sufrió tanto y por la que supo alentar en tantos corazones el gran soplo de la generosidad cristiana, es la más feliz y la más auténtica interpretación de la caridad evangélica, sostenida, en su compromiso de dar, por el desprendimiento de la pobreza.

Es verdaderamente singular –y me atrevo a pronunciar la palabra «prodigioso»–, es

verdaderamente prodigioso que un muy humilde hijo de la tierra de la Italia del sur – pobre como lo era entonces–, criado en el ambiente desnudo del convento capuchino, concibiera por pura intuición, con lúcida claridad, y hubiera querido con tanta energía lo que, en medios muy diferentes y con una educación diferente, otros no sólo no llegaban a concebir, sino que además, viéndolo realizado, no llegaban a apreciarlo ni a comprenderlo...

El Padre Pío quiso que el enfermo pobre recibiera una hospitalidad y una asistencia cualificada; que todos los recursos de la ciencia fueran empleados para su existencia en un marco cómodo y digno. Superó así casi de un salto el clima deprimente del «hospicio» tradicional, la atmósfera mortificante de una asistencia que reservaba para el indigente las migajas del banquete, esas migajas que, como dice el Evangelio, son destinadas a los perros...

El Padre Pío había comprendido, y más concretamente que el gran Bossuet, la eminente dignidad de los pobres de la Iglesia. Él, que había desposado amorosamente la pobreza en la luz de la fe, única guía de su pensamiento y de su acción, veía claramente en el pobre, según la palabra evangélica, al Señor Jesús presente –o para mejor decir según su precioso comentario– dos veces presente en el pobre enfermo...

El Padre creía, y creía concretamente, la sentencia anticipada del Juez supremo: «Tuve hambre y me diste de comer... Estaba enfermo y me visitaste...; siempre que esto hiciste al más pequeño de tus hermanos, a mí me los hiciste...».

Y deseaba reservar para Jesús, único Señor, todas sus atenciones: Jesús se había quejado a Simón el fariseo porque cuando lo recibió no tuvo con él las atenciones de costumbre con los huéspedes importantes.

«Entré en esta casa y no me ofreciste agua para lavarme los pies... No me has dado el beso... No has vertido perfume sobre mi cabeza.» Y el Señor concluyó haciendo una comparación con la actitud de la pecadora pública: «¡Me has amado menos...!». A Jesús no se le puede amar menos... Y está misteriosamente presente en el pobre, en el enfermo; a Él van todas las atenciones de una hospitalidad que siente su presencia – aunque esté velada por la miseria– y lo adora.

Yo diría que ése es el nuevo estilo de la caridad: nueva, pues el Evangelio es el que ha revelado en Jesús el nombre de pobre, humilde e indefenso, cuya voz anónima ya se dejaba oír en el Antiguo Testamento. Pues, incluso después del anuncio evangélico hecho a los pobres, los egoísmos humanos han «envilecido al pobre» durante siglos y con demasiada frecuencia, a pesar de la amenaza del Espíritu en la carta de Santiago...

Así, el Padre Pío se había moldeado como Jesús, pobre y humilde, para dar a los pobres el alivio y la riqueza que se ofrece a las gentes acomodadas, con la eficacia del sentido de la fraternidad, y había hecho sentir al mundo secularizado la fecundidad social de la caridad de Cristo y de su pobreza.

* * *

Pero la configuración del Padre Pío con Cristo se hizo luminosa por el padecimiento... Su vida es una pasión y las similitudes con el padecimiento del Salvador son incluso hasta demasiado evidentes. Empezando por la incredulidad y por la persecución de quienes, antes que nadie, habrían podido y habrían debido comprender, mientras que precisamente las masas humildes y sinceras asediaban la iglesia de las Gracias y el confesonario del Padre y «acudían –por emplear las palabras de San Lucas (6, 7)– de toda la Judea y de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón –en definitiva, del mundo entero– para oírle y hacerse curar de sus enfermedades y... todos intentaban tocarle, pues de él salía una fuerza que los sanaba a todos».

El Padre Pío vivió en su pasión dos momentos de particular intensidad: uno cuando su nombre había empezado a circular ampliamente, signo de veneración, entre el pueblo de Dios y que se habían puesto en duda los fenómenos extraordinarios que atraían la atención sobre el capuchino de Gargano, mientras que la austeridad de su humilde vida y el celo de su palabra y de su ministerio callado molestaban a los pastores locales y provocaban la crisis de la Iglesia de Manfredonia, envenenada por la infidelidad, manchada por «abominaciones cometidas en el lugar santo» y encubiertas por monstruosas complicidades y connivencias interesadas.

Esos seres despreciables, puestos al descubierto por la luz de una vida santa y de un ministerio inmaculado, eran por desgracia escuchados cuando denunciaban al humilde hermano como hipócrita exhibicionista y declaraban que los hechos milagrosos, que le ganaban la confianza de la multitud de los fieles, no sólo eran ilusión sino además eran una estafa.

La condena por la autoridad superior, el veredicto que la provocó, no justificado por un examen objetivo, lo hallaron, como siempre lo habían hallado las decisiones de la autoridad, dispuesto a obedecer en silencio... *Jesus autem tacebat!* «Jesús callaba», dice San Juan.

Las palabras del evangelista que subrayan el silencio de Jesús ante la turbamulta de sus acusadores –silencio que extrañó profundamente al juez romano–, resumen cuarenta años de vida atormentada del Padre Pío...

Se habló de él, se escribió sobre él... Se le condenó y se hizo burla de él... Él callaba.

El silencio. Es el elemento de la vida ascética; es la condición del coloquio con Dios y de la vida interior; es la premisa de toda palabra sensata que puede aportar luz y fuerza a los hombres; fue la misteriosa propedéutica a las grandes misiones de Moisés, de Elías, de Juan Bautista...; Jesús que es la Palabra viva y eterna del Padre, la única Palabra de verdad y de vida, lo vivió durante treinta años...; pero se convierte en heroísmo –el silencio– cuando se calla ante la calumnia, cuando no se reacciona ante los insultos,

cuando no se reivindica el propio derecho; cuando no se acusa el atropello, la injusticia, el delito... «Y Jesús callaba...».

Así llegó la segunda sesión del drama misterioso: cuando antiguas amarguras de hombres desbordados por la vida, sacadas a la luz con la verdad de los hechos por el humilde hermano calumniado –también nuevos apetitos de dinero–, provocaron la nueva persecución, increíblemente audaz y cínicamente cruel, contra el justo desarmado por la bienaventuranza de los pobres, de los mansos, de los perseguidos por la justicia...

Lo que afligía al Padre Pío hasta la agonía no era el hecho de que, contra todo derecho, se intentaba disponer de las riquezas que representaba la Casa Sollievo della Sofferenza, que estaba sostenida por la caridad de sus hijos espirituales. Desde luego, tenía que defender las intenciones de los benefactores, para cuya salvaguarda le había sido concedido, a pesar de su voto de pobreza, que podía disponer de esos bienes como si fueran de su propiedad...; y él se mantuvo firme, humildemente y con serenidad...

Lo que le afligió hasta lo más profundo, lo que le hizo agonizar como el Salvador en el Huerto de los Olivos, no era tanto el sufrir «para» la Iglesia, sino el sufrir «por» la Iglesia, por hombres de Iglesia que derraman en la comunidad, a la que Cristo anima con su espíritu y hace admirable el sacramento de la salvación, el peso de sus miserias, de su avidez, de sus ambiciones, de sus mezquinerías y de sus desviaciones...

Sintió la amargura de procedimientos arbitrarios, de medidas muy duras, injuriosas, malignas, sin reaccionar y sin protestar... Se le aisló de sus amigos y, como Jesús, pudo decir: «No encontré quien me consolara...; han apartado de mí a mis amigos y a mis hermanos...».

En su lugar, acudieron los adversarios, alentados por poderosos apoyos, en el miserable rencor de lo mediocre, que no soporta la superioridad de la virtud. Sus hermanos incluso fueron sus torturadores y el que, conforme a la tradición de los capuchinos, le fue dado como bastón de su vejez, fue su miserable traidor y llevó hasta el sacrilegio su beso de traidor... «Y Jesús callaba».

Hasta la Providencia callaba. Igual que en la Pasión de Nuestro Señor, dejaba a los hombres en manos de sus pasiones, sin estorbar los planes con intervenciones superiores. «Dios mío, Dios mío –hubo de gemir en lo profundo de su corazón el anciano hermano enfermo y fatigado–, ¿por qué me has abandonado?»

Y callaba, él también...

Su humildad no faltó nunca, ni su obediencia, ni su caridad...; y nunca perdió la confianza.

Y siguió –agotado por los años, por los cansancios, por los ayunos, por el asma, por los padecimientos interiores–, siguió sembrando a su alrededor, en las almas que se acercaban a él, luces de fe, de esperanza, de generosidad, de amor...

Tal vez no haya nada más grande en el Padre Pío –pobre hermano de Gargano, a

quien todo el mundo conoció y admiró—, tal vez no haya nada más grande que su silencioso, persistente —casi testarudo, aunque humilde— amor a la Iglesia, su fidelidad a la Iglesia, su completa disponibilidad que, a la primera ráfaga de viento, le permitió disponerse con serenidad a partir para España, y al segundo, le permitió ceder con toda sencillez la realización terrestre en la que tanto había soñado y a la que más había amado...

Su última palabra, cuando ya ningún velo le ocultaba su cercana marcha desde el exilio atormentado y crucificado a su patria, fue precisamente una carta de devoción filial y afectuosa a la Sede apostólica... Y después, en silencio, como había vivido, se marchó...

El Padre Pío era pobre: lo había sido siempre, incluso cuando un privilegio le autorizaba a poner a su nombre la Casa Sollievo della Sofferenza; no era más que una forma jurídica para dejar a salvo los objetivos de la Casa.

Pero él —muy pobre— dejó un testamento; y es una herencia preciosa: su ejemplo, su espíritu, su oración, su caridad, su comunión de fe y de amor con la Orden de la que era hijo y de la que el papa Pablo VI lo declaró modelo... y con la Santa Iglesia de Dios...

A nosotros nos corresponde, pues, la responsabilidad de acoger piadosamente y hacer fructificar ese rico patrimonio.

Con demasiada frecuencia, por un individualismo natural más que cristiano, nos vemos inducidos a buscar «protectores» en las almas luminosas. Probablemente es designio amoroso de Dios que esas almas luminosas nos sirvan de ejemplo: un ejemplo luminoso y cercano, que nos facilita la verdadera realización por la que podemos vivir y actuar útilmente: una perfecta conformidad con Cristo Nuestro Señor.

BIBLIOGRAFÍA

I. ESCRITOS DEL PADRE PÍO

Epistolario, ediciones «Voce di Padre Pío», San Giovanni Rotondo, 1981, 4 vol.

Componimenti scolastici, ediciones «Padre Pío da Pietrelcina», San Giovanni Rotondo.

Père Pio au micro, ediciones Librería Santa Maria delle Grazie, 1960.

II. OBRAS SOBRE EL PADRE PÍO

Se han dedicado al Padre Pío más de quinientas obras desde 1921 hasta hoy. El padre Alessandro da Ripabottoni publicó con el título *Molti hanno scritto di lui* (ediciones «Padre Pio da Pietrelcina», San Giovanni Rotondo, 1986, 2 vol.) la bibliografía más completa hasta hoy. Aquí no citamos más que las obras consultadas.

ALESSANDRO DA RIPABOTTONI, *Dietro le sue orme. Guida storico-spirituale ai luoghi di Padre Pio*, ediciones «Voce di Padre Pio», San Giovanni Rotondo, 1986, 2ª edición.

ALIMENTI, DANTE, *Padre Pio*, Librairie Jacques, Bruselas, 1987.

ALLEGRI, RENZO, *Padre Pio, l'Uomo della speranza*, Arnoldo Mondadori Editore, Milán, 1984.

BEVILACQUA, FRANCO, *Le opere e i miracoli di Padre Pio*, Giovanni De Vecchi Editore, Milán, 1984.

BONIFACE, ENNEMOND, *Padre Pio de Pietrelcina*, La Table Ronde, 1966.

—*Padre Pio le Crucifié*, Nouvelles Éditions Latines, 1971.

BOURDEAU, HENRI, *Le Dernier des fils du Padre Pio* (manuscrito inédito).

BRUNATTO, EMMANUELE, *Padre Pio*, AID, Genève, 1963 (fuera de comercio).

CAPOBIANCO, COSTANTINO, *Paroles et anecdotes de Padre Pio*, Résiac, 1986.

CARTY, MORTIMER, *Padre Pio, le stigmatisé*, La Colombe, 1985.

CHIOCCI, FRANCOBALDO y CIRRI, LUCIANO, *Padre Pio, storia d'una vittima*, i libri del No, Roma, 1967, 3 vol.

CIRRI, LUCIANO, *Padre Pio e i papponi di Dio*, ediciones del Borghese, Roma, 1963.

DEROBERT, JEAN, *Padre Pio, transparent de Dieu. Portrait spirituel de Padre Pio au travers de ses lettres*, Éditions Jules Hovine, Marquain (Bélgica), 1987.

Dieu est amour, número especial «Padre Pio, premier prêtre stigmatisé», n° 72, febrero 1985.

FERNANDO DA RIESE PIO X, *Padre Pio da Pietrelcina, crocifisso senza croce*, ediciones «Padre Pio da Pietrelcina», San Giovanni Rotondo, 1984, 2ª edición.

GERARDO DA FLUMERI, *Le Stigmate di Padre Pio da Pietrelcina. Testimonianze. Relazioni*, ediciones «Padre Pio da Pietrelcina», San Giovanni Rotondo, 1985.

LEONE, GHERARDO, *Padre Pio. Enfance et prime jeunesse*, ediciones Casa Sollievo della Sofferenza, San Giovanni Rotondo, 1975.

—*Padre Pio e la sua opera*, ediciones Casa Sollievo della Sofferenza, San Giovanni Rotondo, 1984

MAC CAFFERY, JOHN, *Padre Pio. Ricordi e racconti*, Morcelliana, Brescia, 1980.

MASCI, MANLIO, *Padre Pio e gli altri stigmatizzati*, i libri del No, Roma, 1968.

PAGNOSSIN, GIUSEPPE, *Il Calvario di Padre Pio*, editado por cuenta del autor, Padua, 1978, 2 vol. (fuera de comercio).

—«*Piccola Cronologia*» per la Causa di Beatificazione di Padre Pio manuscrito dactilografiado, 1985 (inérito).

PAOLINO DA CASACALENDA, *Le mie Memorie intorno a Padre Pio*, ediciones «Padre Pio da Pietrelcina», San Giovanni Rotondo, 1954.

PATRI, LORENZO, *Cenni biografici su Padre Pio da Pietrelcina*, ediciones «San Francesco», San Giovanni Rotondo, 1954.

SALDUTTO, GERARDO, *Un tormentato settenio (1918-1925) nella vita di Padre Pio da Pietrelcina*, ediciones «Padre Pio da Pietrelcina», San Giovanni Rotondo, 1986.

SIENA G. padre, *Quand les songes viennent de Dieu. Les faits de Padre Pio*, ediciones l'Arcangelo, San Giovanni Rotondo, 1966.

WINOWSKA, MARIA, *Le vrai visage du Padre Pio*, Fayard, 1976.

III. OTRAS OBRAS CONSULTADAS

L'Alouette, número especial «Marthe Robin», agosto-septiembre 1981.

BACCI, ANTONIO Y OTTAVIANI, GIUSEPPE, *Bref examen critique de la nouvelle messe*, supl. al n° 141 de la revista *Itinéraires*, marzo 1970.

BOUTRY, PHILIPPE, *Prêtres et paroisses au pays du curé d'Ars*, Cerf, 1986.

CARRÉ, AMBROISE-MARIE, *Chaque jour je commence*, Cerf, 1980.

CÉLIER, GRÉGOIRE, *La dimension oecuménique de la réforme liturgique*, Fideliter, 1987.

Concilio Ecuménico Vaticano II. Constituciones. Decretos. Declaraciones.

GOBRY, IVAN, *Saint François d'Assise et l'esprit franciscain*, Seuil, 1957.

GUITTON, JEAN, *Portrait de Marthe Robin*, Grasset, 1985.

HEBBLETHWAITE, PETER, *Jean XXIII, le pape du Concile*, Le Centurion, 1988.

LEHNERT, PASCALINA, *Pie XII. Mon privilège fut de le servir*, Téqui, 1985.

MICHEL DE LA SAINTE-TRINITÉ, *Toute la vérité sur Fatima*, La Renaissance Catholique, 1983-1985, 3 vol.

MICHEL AIMÉ, *Metanoia. Phénomènes physiques du mysticisme*, Albin Michel, 1986.

ONOFRI, MAZARIO SAURO, *Le due anime del Cardinale Lercaro*, Capelli Editore, Bologna, 1987.

POULAIN, AUGUSTE, *Les Grâces d'oraison. Traité de théologie mystique*, Beauchesne, 1931 (11^a edición).

TANQUEREY, ADOLPHE, *Précis de théologie ascétique et mystique*, Desclée, 1924.

THURSTON, HERBERT, *Les Phénomènes physiques du mysticisme*, Editions du Rocher, 1986 (1^a edición inglesa 1951).

TONQUÉDEC, JOSEPH, *Les Maladies nerveuses ou mentales e les manifestations diaboliques*, Beauchesne, 1938.

—*Merveilleux métapsychique et miracle chrétien*, Lethielleux, 1955.

Les visions mystiques, Nouvelles de l'Institut catholique de Paris, febrero 1977, n° 1.

YALLOP, DAVID, *Au nom de Dieu*, Christian Bourgois, 1984.

Índice de contenido

PRÓLOGO

Capítulo 1 EN PIETRELCINA

La familia Forgione

Francesco

Una vocación franciscana

Capítulo 2 UN JOVEN RELIGIOSO

En Morcone

De convento en convento

Sacerdote «alter Christus»

Capítulo 3 EL SECRETO DEL REY

La Misa del Padre Pío

Los asaltos del demonio

Las señales del Señor

La noche oscura del alma

El ministerio de las almas

Capítulo 4 SAN GIOVANNI ROTONDO

El Padre Pío bajo las banderas

El convento de Foggia

En San Giovanni Rotondo

El director de almas

El Padre Pío, con uniforme

Capítulo 5 EL AÑO DE LOS SIGNOS DEL SEÑOR

Un toque divino sustancial

Un dardo de fuego

Los estigmas de Jesús crucificado

Llagas sobrenaturales

«Suaves heridas»

El rumor

Capítulo 6 LA PRUDENCIA DE LAS AUTORIDADES

Los primeros artículos

Detallados exámenes médicos

¿Autosugestión?

Capítulo 7 UNA FAMA ENVIDIADA

Calumnias

Visitas contradictorias

«El filósofo de la persecución»

Capítulo 8 UN MONJE Sospechoso

¿El Padre Pío fascista?

Conversiones, milagros, curaciones

La primera condena del Santo Oficio

Capítulo 9 EL PADRE PÍO CONDENADO

- Un decreto oficial
- El pueblo defiende a su «santo»
- La primera obra del Padre Pío
- Los defensores del Padre Pío
- Visitas apostólicas reparadoras en parte
- El desamparo de un alma
- Un libro escandaloso
- La «prisión»

Capítulo 10 LA LIBERACIÓN

- La gran prueba
- Negociaciones complicadas
- La liberación

Capítulo 11 EL CONFESONARIO Y EL ALTAR

- El confesor
- La Misa del Padre Pío
- Un sacerdote humilde y angustiado

Capítulo 12 SAN GIOVANNI ROTONDO, UN REMANSO DE PAZ

- El Padre Pío y Pío XII
- La guerra
- Los grupos de oración
- Una fundación de los años de guerra
- Trabajos gigantescos
- El cuerpo y el alma
- La conclusión de la gran obra

Capítulo 13 EL DIOS MAMMON

- Una hostilidad difusa
- Giuffrè, «el banquero de Dios»
- Una Orden comprometida
- Un milagro de la Virgen

Capítulo 14 LA SEGUNDA PERSECUCIÓN

- El Padre Pío tiene que pagar
- Una sospecha generalizada
- Micrófonos en el confesonario
- Una visita apostólica escandalosa
- La infamia

Capítulo 15 CALUMNIADO, SANCIONADO, DESPOSEÍDO

- Medidas disciplinarias draconianas
- Desposeído
- Los defensores del Padre Pío
- Un sospechoso en semilibertad

Capítulo 16 «DESEARÍA SER CONSIDERADO COMO LOS DEMÁS HERMANOS

CAPUCHINOS»

Un Libro blanco para la ONU

La «liberación»

Actos de obediencia

Un sacerdote fiel a la Iglesia

Últimos años

Muerto sin estigma

CONCLUSIÓN

Anexo I LOS SUPERIORES DEL PADRE PÍO

Anexo II DISCURSO DEL CARDENAL LERCARO (8 de diciembre de 1968)

Discurso del cardenal Giacomo Lercaro

BIBLIOGRAFÍA

I. Escritos del Padre Pío

II. Obras sobre el Padre Pío

III. Otras obras consultadas

Índice

PRÓLOGO	4
Capítulo 1 EN PIETRELCINA	6
La familia Forgione	7
Francesco	10
Una vocación franciscana	16
Capítulo 2 UN JOVEN RELIGIOSO	20
En Morcone	22
De convento en convento	27
Sacerdote «alter Christus»	34
Capítulo 3 EL SECRETO DEL REY	40
La Misa del Padre Pío	41
Los asaltos del demonio	44
Las señales del Señor	49
La noche oscura del alma	54
El ministerio de las almas	56
Capítulo 4 SAN GIOVANNI ROTONDO	61
El Padre Pío bajo las banderas	63
El convento de Foggia	65
En San Giovanni Rotondo	69
El director de almas	73
El Padre Pío, con uniforme	75
Capítulo 5 EL AÑO DE LOS SIGNOS DEL SEÑOR	81
Un toque divino sustancial	82
Un dardo de fuego	84
Los estigmas de Jesús crucificado	87
Llagas sobrenaturales	89
«Suaves heridas»	93
El rumor	95
Capítulo 6 LA PRUDENCIA DE LAS AUTORIDADES	98
Los primeros artículos	100
Detallados exámenes médicos	104
¿Autosugestión?	110

Capítulo 7 UNA FAMA ENVIDIADA	113
Calumnias	115
Visitas contradictorias	118
«El filósofo de la persecución»	122
Capítulo 8 UN MONJE Sospechoso	125
¿El Padre Pío fascista?	126
Conversiones, milagros, curaciones	129
La primera condena del Santo Oficio	133
Capítulo 9 EL PADRE PÍO CONDENADO	138
Un decreto oficial	139
El pueblo defiende a su «santo»	143
La primera obra del Padre Pío	146
Los defensores del Padre Pío	150
Visitas apostólicas reparadoras en parte	156
El desamparo de un alma	159
Un libro escandaloso	161
La «prisión»	164
Capítulo 10 LA LIBERACIÓN	168
La gran prueba	169
Negociaciones complicadas	171
La liberación	174
Capítulo 11 EL CONFESONARIO Y EL ALTAR	178
El confesor	179
La Misa del Padre Pío	182
Un sacerdote humilde y angustiado	186
Capítulo 12 SAN GIOVANNI ROTONDO, UN REMANSO DE PAZ	190
El Padre Pío y Pío XII	191
La guerra	193
Los grupos de oración	196
Una fundación de los años de guerra	199
Trabajos gigantescos	202
El cuerpo y el alma	207
La conclusión de la gran obra	210

Capítulo 13 EL DIOS MAMMON	215
Una hostilidad difusa	218
Giuffrè, «el banquero de Dios»	221
Una Orden comprometida	224
Un milagro de la Virgen	226
Capítulo 14 LA SEGUNDA PERSECUCIÓN	232
El Padre Pío tiene que pagar	233
Una sospecha generalizada	237
Micrófonos en el confesonario	240
Una visita apostólica escandalosa	244
La infamia	248
Capítulo 15 CALUMNIADO, SANCIONADO, DESPOSEÍDO	250
Medidas disciplinarias draconianas	253
Desposeído	256
Los defensores del Padre Pío	258
Un sospechoso en semilibertad	261
Capítulo 16 «DESEARÍA SER CONSIDERADO COMO LOS DEMÁS HERMANOS CAPUCHINOS»	266
Un Libro blanco para la ONU	268
La «liberación»	270
Actos de obediencia	275
Un sacerdote fiel a la Iglesia	278
Últimos años	280
Muerto sin estigma	285
CONCLUSIÓN	291
Anexo I LOS SUPERIORES DEL PADRE PÍO	294
Anexo II DISCURSO DEL CARDENAL LERCARO (8 de diciembre de 1968)	297
Discurso del cardenal Giacomo Lercaro	298
BIBLIOGRAFÍA	306
I. Escritos del Padre Pío	306
II. Obras sobre el Padre Pío	307
III. Otras obras consultadas	309